

Libros del Asteroide 

# Nickolas Butler

## Algo en lo que creer


Traducción de Álvaro Marcos



**Nickolas Butler**

Algo en lo que creer

Traducción de Álvaro Marcos

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

Algo en lo que creer

Primavera

1

2

3

4

5

6

7

8

Verano

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Otoño

20

21

22

23

Invierno

24

25

26

27

28

29

Primavera

30

31

Nota del autor

Agradecimientos

## Colofón

Primera edición, 2020

Título original: *Little Faith*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019 by Nickolas Butler

© de la traducción, Álvaro Marcos, 2020

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Juliet Pomés, 2020

Fotografía del autor: © Olive Juice Studios, 2013

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-27-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

*Para Jim y Lynn Gullicksrud  
En memoria de Dave Flam (1945-2017)*

Esta novela está parcialmente inspirada en los sucesos ocurridos en Weston, en el estado de Wisconsin, el 23 de marzo de 2008.

La tierra estaba arando a los hombres, a los caballos y a los arados (...). Ninguna generación ve cómo sucede, y los nuevos campos mojados crecen y olvidan (...). Todos los seres vivos estaban ascendiendo juntos hacia la cresta del presente. Todos los hombres, mujeres y niños se extendían en una larga fila, sujetando en lo alto una cinta o un banderín; corrían por un prado tan grande como la tierra, abriendo el tiempo como un sendero en la hierba, y él se vio arrastrado por ellos. No, dijo, retirando la luz; caminando por el cielo de vuelta a casa, no.

Annie Dillard, *Quienes viven*



**Primavera**

# 1

El niño rio al pasar sus suaves manitas por la frente fruncida del abuelo, tocando sus cejas encanecidas, sus párpados y sus pestañas. Luego le colocó la venda justo por encima de la nariz y de las orejas y echó a correr por el cementerio soleado, buscando un escondite.

—Cuenta hasta veinte, abuelo —gritó el pequeño.

—Misisipi uno... Misisipi dos... Misisipi tres... —contó en alto el abuelo, sin prisa, paciente como un polvoriento reloj de pared abandonado en la esquina de un comedor.

El sonido de la risa se fue alejando mientras Lyle Hovde seguía contando, despacio. Apretado contra su frente y sus párpados, el pañuelo de algodón, de un rojo desvaído, olía igual que sus raídos vaqueros azules Wrangler: a gasóleo y a serrín, a sus caramelos de azúcar y mantequilla favoritos y al tufillo metálico que deja la calderilla suelta en el bolsillo. Antes de contar seis, Lyle escuchó la respiración del niño, el ruido de sus pequeños pasos apagándose, el crujido ocasional de alguna piña o alguna rama de pino blanco bajo la suela de sus zapatillas, la agitación, entre las sombras espesas, de las altas y fragantes alestas y, finalmente, más risitas. Al llegar a doce, solo se escuchaba el graznido de un cuervo en lo alto de un pino. Cuando contó diecisiete, sintió que su corazón comenzaba a latir más despacio. Estaban en abril; el sol calentaba de una forma muy agradable y su chaqueta de lona le proporcionaba un confort semejante al de una manta bien remetida. Sintió deseos de dar una cabezada, de abandonarse a las negras y suaves aguas del sueño. Ralentizó el ritmo del conteo y, al llegar a veinte, se retiró la venda y abrió los ojos. El mundo seguía allí todavía, con sus mil matices diferentes de verdes, incipientes y frágiles, y de amarillos y ocres delicadamente desvaídos. No había tráfico en Cemetery Road. Ni un solo coche. Ningún tractor labrando. En el cielo, dos grullas canadienses descendieron hacia un estanque distante. Lyle tenía la espalda apoyada contra la lápida de su hijo Peter. Se incorporó despacio, apoyándose en la losa de granito; sus rodillas protestaron.

—Estés listo o no —gritó—, allá voy.

El cementerio era pequeño, no más de doscientas tumbas. La sombra de Lyle se proyectó, alargada, desde la punta de sus botas hacia la luz en declive. Ese nieto suyo, Isaac, su único nieto, ese enano de cinco años, qué energía. Llevaba a su cargo todo el día, mientras su mujer, Peg, y su hija, Shiloh, iban de compras a Mineápolis. Cuidarlo no suponía carga alguna, ninguna en absoluto, pero, Señor, cómo corría el niño, cómo corría... Era solo media tarde y Lyle se sentía tan cansado como si hubiera estado trabajando toda la jornada, cortando troncos o limpiando de piedras los campos.

—Cuando te encuentre... —dijo Lyle en voz alta—, ¡ay, cuando te encuentre...!

Avanzó lentamente entre las lápidas, sorteando las tumbas de hombres y mujeres a los que había conocido hacía mucho tiempo, cuando tenían la edad que Lyle tenía ahora. Hombres y mujeres que habían poblado Redford, llenando los bancos de la iglesia luterana de San Olaf o deambulando por los estrechos y abigarrados pasillos de la ferretería Hanson's, señalando colores de un muestrario, estudiando botes de insecticida o esquivando sacos de pienso. O

empujando los inestables carros de la compra por los pasillos del supermercado, el marido guiando el carro mientras la mujer sostenía una lista interminable, en la que figuraba gran parte de su vida administrada en delicada letra cursiva. Viejos profesores, granjeros, carteros, leñadores, lecheros, mecánicos, cocineros, secretarios, dentistas, médicos, bomberos, carniceros, empleados de banca, camareros, taxidermistas...

Lyle pasó caminando muy cerca de Isaac y el pequeño soltó una risa ahogada, mientras se movía para ocultarse a la sombra de la lápida del viejo Egdahl. Sabiendo que gran parte de la diversión del juego consistía en que te encontraran, cayó sobre el pequeño y empezó a hacerle cosquillas en la barriga, las axilas y el cuello, hasta que Isaac necesitó recuperar su corto resuello. Satisfecho, Lyle se sentó en el suelo, junto a su nieto y, al ver que este tenía los cordones desatados, empezó a atárselos.

—Hoy no me has hecho dormir siesta —dijo Isaac, pasándose la lengua por los labios agrietados.

Lyle dio una palmadita a las zapatillas recién atadas, se metió la mano en el bolsillo y ofreció a Isaac un botecito amarillo de bálsamo labial Carmex.

—Ya tienes cinco años. No te puedes pasar la vida durmiendo la siesta.

—La abuela dice que nunca se es demasiado mayor para dormir la siesta. Dice que todo el mundo debería hacerlo. Todos los días. Dice que en España y en Portugal cierran todo después de comer para que la gente pueda dormirla.

—¿Qué sabes tú de Portugal? —preguntó Lyle.

El pequeño lo miró frunciendo el ceño, metió un dedo en el bálsamo y se lo aplicó en los labios.

—Tú también duermes la siesta a veces, abuelo.

—¿Cómo dices?

—Que tú también duermes siestas. En tu butaca. Cuando ves la televisión. A veces hasta roncas.

—Eso no son siestas —sonrió Lyle—, son descansitos. Tu abuelo se toma pequeños descansos.

—La gente no ronca cuando se toma descansitos, abuelo.

—Yo no ronco.

Isaac se rio.

—Sí que roncas. Mamá te grabó un día con el móvil. Y la abuela me dijo que a veces hasta te despiertas a ti mismo con tus ronquidos.

Lyle pasó su mano por el pelo rubio del muchacho, desordenándolo.

—Venga, en marcha. Vamos a limpiar la tumba de tu tío y luego iremos a ver a Hoot, que nos está esperando. Ya verás, seguro que te tiene preparado algún helado.

Llenaron dos cubos de aluminio con agua fría de pozo extraída de una vieja tubería situada en el centro del cementerio y Lyle añadió unas gotas de lavavajillas Dawn que había traído de casa en un botellín de plástico. Luego removió el líquido con la mano, formando un torbellino de burbujas iridiscentes, y llevó los cubos rebosantes hasta la tumba de su difunto hijo, Peter. Lavaron la tumba entre los dos, frotando con un estropajo metálico, mientras el sol les calentaba la espalda y se filtraba a través de la piel fina y translúcida de sus orejas. Con cada minuto que

pasaba, sin embargo, la tarde refrescaba más y más. Las manos se les enrojecieron y se les quedaron frías.

—¿Me cuentas otra vez cómo...? Bueno, qué es lo que le pasó —pidió el muchacho.

Lyle frotó el estropajo contra la piedra, quitando líquenes y tierra. Miró a su nieto y lo invadió una ola de amor hacia él, pues era un niño afable, sensible y curioso, y esas eran —por encima de cualquier otra— cualidades que Lyle empezaba a valorar cada vez más en el mundo.

—Estaba enfermo —respondió finalmente, omitiendo los detalles trágicos—. No estaba destinado a quedarse aquí con nosotros, supongo.

—¿Y durante cuánto tiempo estuvo aquí? Quiero decir, ¿cuántos años tenía cuando...?

—Unos nueve meses.

Isaac asintió y siguió frotando, probablemente pensando: «Soy mucho mayor que él». Luego, transcurrido un momento, dijo:

—Abuelo, ¿podemos irnos ya a casa de Hoot?

Apoyándose sobre las rodillas, Lyle se levantó y se pasó la manga de la chaqueta por la frente. Luego vació el agua sucia de los cubos, describiendo amplios arcos al tirarla lejos de las lápidas.

—Una última cosa —dijo—. Llena los cubos de nuevo, ¿de acuerdo? Aclaremos la piedra para dejarla bien limpia y luego podremos irnos.

Lyle observó cómo el muchacho corría con el cubo vacío y cómo lo llenaba junto a la espita, con el agua salpicando alrededor de sus zapatillas deportivas. Lo vio agacharse y abrir la boca como si estuviera bebiendo de una fuente, mientras el chorro chocaba contra su lengua y sus labios y el agua le corría barbilla abajo, salpicándolo. Luego lo vio cerrar el grifo y emprender el camino de vuelta, derramando bastante agua con cada esforzado pasito. Tomó el cubo de las manos de su nieto y, con tres gráciles movimientos, vertió el agua sobre la superficie de piedra.

El mundo, Lyle lo sabía, se dividía en dos tipos de personas (como suele decirse, o como se tiende a simplificar): aquellas a las que los cementerios les resultaban lugares tristes e inquietantes, y aquellas otras a las que, como le sucedía a él, les inspiraban una sensación profunda y duradera de unidad y equilibrio; como si alguien bajara repentinamente el volumen de la vida y uno flotara en el espacio exterior, contemplándolo todo, contemplando su inmensidad. Para Lyle, aquel era un lugar en el que poder estar cerca de gente que había desaparecido hacía mucho tiempo. Un lugar libre y sereno al margen de las cosas. Un lugar en el que entrar en contacto no solo con sus recuerdos, sino también con su futuro.

—Venga —dijo, tomando a su nieto de los hombros—, vámonos. Hoot estará esperándonos.

—Abuelo, tengo que hacer pis.

Lyle miró en derredor y señaló un gran pino blanco en uno de los extremos del cementerio.

—Hazlo en aquel árbol de allí —dijo.

Mientras corría hacia el enorme tronco, el pequeño se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Lyle miró hacia otro lado: a un campo sin cultivar, a una granja de vacas cercana, a los bosques que tupían los valles. Al cabo de un momento, el niño regresó junto a él.

—Eres la única persona que conozco que hace más pis que yo —dijo Lyle—. Pero yo tengo una excusa. Creo que tengo un agujero en la vejiga.

—¿Un agujero? —preguntó el muchacho, mirando a su abuelo con incredulidad.

—Tiene que ser un agujero. O varios.

—¿Y cómo te hiciste el agujero?

—Me hirieron. Con una flecha. Me atravesó limpiamente y me dejó este agujero aquí — respondió Lyle, tocándose el ombligo.

El niño rio.

—Abuelo, de ahí salía tu cordón umbilical. Lo que te conectaba con la placenta. Yo también tengo. Todo el mundo tiene.

—Oh —dijo Lyle—, se me había olvidado. Pensaba que era ahí donde me habían herido.

«Pero ¿cómo sabe todas esas cosas? ¿Placenta? ¿Portugal?», se dijo Lyle.

Guió a su nieto hasta la vieja camioneta Ford F-150, le abrió la puerta del copiloto y luego la cerró con firmeza. Después, rodeó el vehículo por detrás y, al volverse, vio la cabeza del muchacho, que lo esperaba sentado muy quieto, con la vista fija en el frente. Pasó la mano por el óxido de la plataforma trasera del vehículo y las escamas de pintura descascarillada y, finalmente, se subió a la cabina, dejándose caer pesadamente frente al volante, aspirando el olor a polvo y gasolina, al moho de sus mapas de carretera y... ¡a canela!

Se volvió hacia su nieto.

—¿Me has robado mis chicles?

Pero el pequeño se limitó a sonreír y siguió mascando, ahogando una risita.

—Así que ahí es a donde van a parar todos mis chicles. Y yo pensando que eran los ratones.

## 2

La camioneta comenzó a descender lentamente por la colina donde se asentaba el cementerio, cercado de pinos blancos y tuyas y, más allá, hacia los cuatro puntos cardinales, por campos de maíz y alubias. Entre los campos se veía también algún que otro granero rojo y, aquí y allá, retazos de bosque. A poco menos de un kilómetro de distancia se erguía el orgulloso campanario de la iglesia de San Olaf, el lugar donde Lyle había sido bautizado, donde había recibido la primera comunión, donde se había casado y donde, en algún momento, lo sabía también, se oficiaría su funeral. Más lejos, hacia el oeste, fluía el río Misisipi, a su manera lenta y arremolinada, con un ritmo apenas superior al que Lyle imprimía a sus paseos después de la cena.

Hoot vivía no muy lejos de Lyle, en una casa tipo rancho y más bien pequeña situada a las afueras del pueblo. Aunque, por lo demás, se trataba de un hogar impecable, la casa siempre estaba impregnada de un denso olor a tabaco. Hoot solo era unos años mayor que Lyle, pero se había jubilado hacía mucho, y se pasaba los días estudiando con atención los folletos publicitarios de los supermercados que venían con el periódico, recortando cupones de descuento y, luego, deambulando por los pasillos de los almacenes de los pueblos grandes (La Crosse, sobre todo, pero también Eau Claire), en busca de «chollos» o, más exactamente, de «oportunidades de ahorro». Sus noches eran idénticas unas a otras y consistían en una veintena de alegres y sucesivas excursiones a la nevera en busca de una lata de cerveza Old Milwaukee bien fría o de un filete o una chuleta de cerdo que echar a la sartén. Después de cenar, se fumaba uno o dos paquetes de Camel y luego se iba a la cama, donde dormía a tirones, con frecuentes interrupciones para evacuar toda la cerveza consumida durante la velada. Junto con Peg y, quizá, el pastor Charlie, Hoot era el mejor amigo de Lyle. Aunque distintos en muchas cosas, ambos eran bondadosos, y la bondad es, desde luego, una buena medida de la capacidad de una persona para trabar amistad con otras y tal vez también para amarlas.

Lyle aparcó en la entrada de la casa de Hoot. Isaac se escurrió del asiento del copiloto y salió de la furgoneta detrás de su abuelo, corriendo para adelantarlo y tocar el timbre, que tenía forma de O y era de un amarillo pálido pero brillante.

—Pero bueno, ¿quién está aquí? —graznó Hoot con su voz profunda y cascada al abrir la puerta—. Vaya, vaya, si son este par de granujas. Vamos, muchachos, entrad.

Lyle le estrechó la mano.

—No te entretendremos mucho —dijo, y luego añadió, bajando la voz—: Solo quería pasar un momento para que me contaras qué tal los resultados de las pruebas.

—Bueno, todavía estoy vivo. Al menos puedo decir eso —y se dio unos golpecitos en la cabeza con los nudillos—. Toco madera.

—Peg me pidió que pasara a ver qué tal estabas y a preguntarte si necesitabas algo.

—Ahora mismo, lo que necesito es otra cerveza fría —dijo Hoot—. ¿Tú quieres una?

En el mundo existen muchos tipos diferentes de alcohólicos, y Hoot pertenecía a la clase dedicada casi en exclusiva al consumo de cerveza enlatada, americana y barata. No era un

borracho de los que se caían, nunca se quedaba inconsciente ni se ponía agresivo o beligerante. Tampoco hacía el ridículo. Sencillamente, le gustaba surfear el humilde tubo que creaba el ciego de cerveza y dejarse llevar en punto muerto, solo con la dosis necesaria de magia en sus venas para suavizar un poco la dureza de las cosas. Hacía mucho tiempo que se había divorciado, y el tabaco y la cerveza —el humo y las alegres burbujas— eran su compañía predilecta cuando se sentaba en la cocina a escuchar en su vieja radio un partido de béisbol, de fútbol americano o de baloncesto. Hoot era amable y solitario, tímido incluso, y Lyle no podía llevar la cuenta de la cantidad de veces que Peg lo había invitado a casa a cenar. Pero Hoot siempre declinaba la invitación, sin excepción, educadamente. «Tenemos chuletas de cerdo», le decía Peg, «¿seguro que no quieres quedarte? Hay de sobra. Hasta tenemos cerveza de la que te gusta en la nevera».

Lyle asintió, tomó nota de la media docena de latas vacías y ordenadamente alineadas junto al fregadero y sonrió.

—Suena bien —dijo—. Gracias, Hoot.

—¿Y para ti, jovencito? ¿Quieres un vaso de agua? ¿Leche? ¿Una Coca-cola? Creo que tengo una lata de Coca-cola por algún lado.

—El abuelo dijo que tenías helado —dijo Isaac.

—Eso dijo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y tienes sed también?

—El chaval siempre tiene sed —dijo Lyle, y era verdad—. Shiloh no consigue que pare de beber y de comer.

Isaac se sentó junto a la pequeña mesa redonda de la cocina y empezó a explorar cuidadosamente el contorno y las rugosidades del pesado cenicero de cristal que reposaba en su centro. Hoot era consciente del olor que impregnaba la casa y Lyle sabía que la repintaba cada primavera, abriendo las ventanas y aplicando gruesas capas de blanco en las paredes y techos ya amarillentos. En cierta ocasión, Hoot le había mostrado a Lyle un baño que había en el sótano, con un crucifijo colgado sobre el retrete. Al descolgarlo, el crucifijo dejó una marca pálida y borrosa en forma de cruz en mitad del muro amarillento y parduzco. Hoot solía decir en broma que lo que mantenía la casa en pie, tanto o más que la madera y los clavos, eran los restos apelmazados de nicotina. Lyle se preguntó qué tal andarían los maltratados pulmones de Hoot y cómo habría ido su reciente visita al médico, algo, lo de ir al médico, que casaba tan mal con Hoot como salir a correr diez kilómetros o presumir de haberse comprado una esterilla de yoga rosa.

—Bueno, el chico ha trabajado duro, ¿no es cierto, Isaac? —dijo Hoot, posando un vaso de agua junto a la muñeca del muchacho. Luego se rascó el pelo, inmaculadamente peinado y todavía oscuro a pesar de los años, y añadió—: ¿Helado, has dicho?

Isaac se encogió de hombros.

—Eso me dijo el abuelo —respondió.

—Bueno, ya sabes que no tienes que hacer caso de todo lo que diga el vejstorio de tu abuelo, ¿verdad?

El pequeño se retorció en la silla de madera y sonrió, sin saber bien cómo responder. Lyle cogió una silla y se sentó junto a él. Siempre es algo digno de ver cómo los niños desarrollan su propio sentido del humor, ese radar que nos permite reírnos de nuestro mundo, de nuestros defectos y decepciones, y hasta de los horrores, incluso.

—Vaya —dijo Hoot—, tengo que rebuscar un momento en el refrigerador. Así que helado, eh...

—¿Ha dicho «refrigerador»? —susurró Isaac a Lyle.

—¡Ajá! Aquí lo tenemos. Esto ya es otra cosa —dijo Hoot—. Napolitano. Me gustan estos porque tienen tres sabores en uno. ¿Los has probado alguna vez? También me tiran mucho los *spumoni*. Helados italianos, de los caros.

Isaac miró a Lyle; cualquier duda sobre aquellos helados pronto quedó eclipsada por la curiosidad.

—Bueno, esto es la leche —prosiguió Hoot—. Tres helados distintos en un mismo recipiente. Un milagro, como la Santísima Trinidad, diría yo. Y mucho mejor que esos polvillos artificiales y azucarados que venden, válgame Dios. Esto es zumo congelado de pura fruta.

Cogió un viejo sacabolos y lo puso bajo el grifo del fregadero para lavarlo. Luego extrajo un par de bolas más o menos esféricas de helado tricolor y las depositó en un plato, que colocó frente a Isaac, junto con una cuchara. El pequeño empezó a dar cuenta de ellas, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. Satisfecho también, Hoot sacó dos latas de Old Milwaukee de la nevera y le pasó una a Lyle. Cada uno abrió la suya y la alzó hacia el otro para brindar.

—Salud —dijo Hoot.

—*Skol* —respondió Lyle, asintiendo, y ambos bebieron un trago.

—Bueno, bueno —dijo Hoot—, así que venís del cementerio.

Lyle dio otro sorbo y asintió.

—Sí, hoy he tenido un buen ayudante.

Los dos miraron a Isaac, que seguía devorando su helado.

—¿Cómo está aquello?

—Sigue más o menos igual —dijo Lyle, y evocó en su mente los altos árboles que habían visto ese día, comparándolos con cómo eran treinta años antes, mucho más bajos y delgados. La mayoría de esos árboles tendría la edad que Peter habría tenido ahora. Cuando Lyle era joven, muchas de las tierras que rodeaban el cementerio no estaban cultivadas, sino salpicadas por pequeñas masas boscosas de pinos blancos y robles, de nogales, de olmos y, en algunas zonas, hasta de manzanos silvestres. Recordaba los días —a veces no le parecían tan lejanos— en los que había menos lápidas y el camino del cementerio ni siquiera estaba asfaltado, cuando los tractores que trabajaban en los campos eran más pequeños y, desde luego, mucho más lentos... Pero no era eso lo que Hoot le estaba preguntando.

—Dime, ¿quieres un poco más de helado? —le dijo Hoot a Isaac—. Tengo que preguntarle una cosa a tu abuelo, fuera, en el garaje. ¿Te parece bien si te lo robo un momento?

Hoot ya se había levantado para rellenar el plato de Isaac cuando Lyle intervino.

—Su madre me matará —dijo—. El chiquillo todavía no ha cenado.

—Venga —dijo Hoot—, no le hará daño.

Isaac sonrió, ofreciendo su cuenco vacío, y Lyle bajó los brazos, resignado.

Luego, Lyle siguió a Hoot hasta el garaje, donde, tapados por sendas lonas impermeables, había no uno, sino dos Ford Mustang —uno de 1965 y otro de 1969— en diferentes fases de deterioro. La camioneta de Hoot, no muy grande, estaba aparcada fuera, en la entrada, como si fuera un tercer hijo no tan predilecto pero más fiable.



—Eres la única persona que conozco que tiene dos Mustang, ninguno de los cuales vale un pimiento —dijo Lyle.

—Bueno, algo valen todavía —respondió Hoot—. Por eso tuve que descuartizarlos. Cuando Sheila me pidió el divorcio, tuve clarísimo que no le iba a dejar llevarse uno. Y la única forma que encontré de frenarla fue asegurarme de que no funcionaran.

—Pues el plan sí que funcionó —dijo Lyle—. Y demasiado bien, me parece a mí —añadió, pasándose la mano por la mandíbula y sonriendo mientras observaba los coches—. Tampoco eres tan mal mecánico, Hoot. Podías haberlos arreglado hace años.

—Lo que tenía que haber hecho es diseccionarlos de manera un poco más organizada —dijo Hoot, negando con la cabeza—. Maldita sea, me puse sin más a vender piezas, a esconder otras y a tirar el resto a la basura. Por nada del mundo hubiera permitido que esa mujer se llevara uno de mis Mustang.

—¿Has vuelto a saber algo de ella? —preguntó Lyle, aunque estaba bastante seguro de conocer la respuesta.

—No, ese barco zarpó hace mucho. Pero no tengo nada contra ella. Si es feliz, me alegro mucho.

—No recuerdo ahora... ¿dónde acabó?

—Cayo Hueso. Trabaja en un bar. Conoció a un buen tío, creo.

—Buf —gruñó Lyle—, si yo viviera allí, tendría miedo todo el rato de que llegara un huracán y me sepultara el mar. Como la Atlántida.

Hoot inspeccionó sus coches a la luz de la única bombilla que colgaba, desnuda, del techo del garaje.

—Hazme caso, voy a arreglar uno de estos. Ya verás. Qué digo, podríamos arreglar los dos y conducirlos juntos. Y montar un club, incluso. Nos podemos hacer unas chaquetas especiales, de seda, con pañuelos a juego. Y guantes de esos con agujeritos de ventilación. Podríamos recorrer River Road hasta Nueva Orleans. Beber cerveza helada, comer jambalaya y contemplar el Golfo.

—Ningún club nos admitiría —dijo Lyle.

—Por eso digo que montemos uno nosotros —replicó Hoot, sacando un paquete de Camel del bolsillo de la camisa, encendiéndose un cigarrillo y expulsando una bocanada de humo al tiempo que se rascaba la sien—, uno muy exclusivo.

Lyle retiró una de las lonas y pasó la mano por el suave capó color rojo ciruela de uno de los Mustang. Hoot tosió a sus espaldas.

—Creí que ibas a dejarlo —dijo Lyle.

—Lo intenté, durante un tiempo. No funcionó, supongo. ¿Tú lo echas de menos alguna vez?

En su época de veinteañero, Lyle fumaba por las noches, en el bar, cuando ya llevaba unas copas encima. Podía evocar esa versión más joven de sí mismo, reflejada en el nebuloso espejo del local: un cigarrillo colgando de sus labios mientras gritaba algo por encima de la barra, pidiendo una cerveza. O de pie, junto a la gramola, moviendo la cabeza al ritmo del bajo martilleante de «Folsom Prison Blues» de Johnny Cash. O bien durante una de esas raras noches en las que Hoot y él volvían a la oficina después de una larga jornada repartiendo e instalando electrodomésticos. Esas veladas en las que se sentaban en la sala de descanso con un pack de seis cervezas y una bolsa de pistachos o de cortezas de cerdo y decían chorradas durante una hora o dos, antes de desearse buenas noches y retirarse cada uno a sus respectivas casas. En esas

ocasiones, al llegar a la suya, Lyle siempre tenía la precaución de colgar su ropa fuera, en el tendedero, o de meterla rápidamente en el cubo de la ropa sucia, pues Peg odiaba el olor a tabaco y pensaba que fumar era un estúpido derroche.

—No —dijo Lyle, sin dudar—, no lo echo de menos. Supongo que no pienso mucho en ello.

Ambos permanecieron unos instantes en silencio, hasta que Lyle tomó la palabra de nuevo.

—Y bien, ¿qué te han dicho los médicos?

—Solo es una neumonía. Se supone que tengo que dejarlo, otra vez. Esta es la última, lo prometo. Dios, he tenido miedo, Lyle. Me he librado de una buena.

—¿Solo una neumonía? —repitió Lyle—. No fastidies, Hoot. Tienes que empezar a cuidarte. Ya sé que es un hábito terrible, lo sé, pero, por Dios te lo pido, compañero...

—Tengo setenta y un años —dijo Hoot—. ¿Sabes cuántas veces he intentado dejarlo? Más de las que puedo contar. Pero te diré una cosa: esta vez estoy cagado. Me conoces bien. ¿Te imaginas? Yo, yendo al médico. Llevándome a mí mismo al médico. Si te soy sincero, casi no podía ni respirar. Me faltaba el aliento, como a un puñetero pez fuera del agua. Te lo juro, esta es la definitiva, compañero. Se acabó. *Finito*.

Desde la cocina, llegó la voz del pequeño Isaac, llamando a Lyle.

—¿Abuelo?

—Espera un segundo, hijo —respondió Lyle con gesto ausente—. Mira —le dijo a Hoot—, si necesitas algo, lo que sea, dínoslo. Puedo comprarte los chicles esos, si quieres. ¿Nicorette, se llaman? O los parches. Te llevaré a un hipnotizador, o a un acupuntor. Lo que creas que pueda ayudar.

Hoot dio una última calada al pitillo, dejó que el humo, oscuro y denso, inundara sus pulmones y luego lo exhaló lentamente, tirando la colilla sobre el suelo del garaje y pisándola con la punta de sus deportivas baratas.

—No hace falta. Ya tengo mis instrucciones. El médico hasta me dijo que podía probar con tabaco de mascar. Pero ya va tocando cambiar de hábitos.

—Me alegro —dijo Lyle, sin mirar a su amigo—. Queremos tenerte con nosotros mucho tiempo.

—Yo también —respondió Hoot—. Nunca he vivido como los ricos y famosos, pero sin duda prefiero mi vida a una larga siesta bajo tierra. De todas formas, soy como las pilas esas, ya sabes, «y duran y duran...». ¿O era «no se acaban nunca»? Bueno, prefiero durar mucho a ser eterno, creo. La cuestión es que no me he rendido todavía.

Lyle no recordaba haber tocado nunca a Hoot, pero lo hizo en ese momento, poniendo una mano sobre el hombro de su viejo amigo.

—De acuerdo, pero has oído lo que te he dicho, ¿verdad? Si necesitas cualquier cosa, no seas tan cabezota de no pedirlo, ¿estamos? —dijo.

Hoot clavó la vista en una pequeña mancha de aceite que había en el suelo del garaje.

—Vamos dentro, a ver qué pasa con el chiquillo — dijo.

Encontraron a Isaac sentado a la mesa de la cocina, sosteniendo el cuenco tan alto, que el helado derretido caía directamente en su boca abierta. Los dos hombres cogieron una silla cada uno y se sentaron junto al pequeño, limitándose a mirarlo.

—¿Quieres una galleta para el camino? —preguntó Hoot.

El niño dijo que sí con la cabeza.

Al arrancar y dar marcha atrás, Lyle echó un último vistazo a la casa de Hoot y vio a su amigo a través de la pequeña ventana de la cocina, tosiendo junto al fregadero, donde probablemente estaba lavando el cuenco del helado, con el agua tibia deslizándose entre sus manos.

### 3

A última hora de la tarde, Peg y Shiloh volvieron a casa sonrientes y cargadas de bolsas. Se quitaron los zapatos y se acercaron a dar un beso en la cabeza a Lyle, que estaba medio dormido en su butaca reclinable, viendo la tele. Las noticias sobre la salud de Hoot habían sido todo un alivio y sentía que se había quitado un peso de encima. Hasta tal punto temía perder a uno de sus mejores amigos.

—Bueno —dijo—, ¿cómo estáis?

—Hemos encontrado un montón de gangas —respondió Peg—. Hemos comprado unos pantalones largos y otros cortos para Isaac y esta chaquetita monísima para la iglesia. Va a ir hecho un pincel.

El pequeño corrió primero hacia su abuela, que lo estrechó contra sí, le dio un beso en la frente y le frotó las orejas, mientras él permanecía allí de pie, absorbiendo todo su amor y su atención, como un gato cuando se estira y se pone panza arriba, dejándose arrullar por el sol resplandeciente.

—¿Se ha portado bien? —preguntó Shiloh, dejándose caer en una silla y doblando las piernas para sentarse sobre ellas. Cuando hizo el gesto de ir a coger el mando de la tele, Lyle se lo pasó.

—Oh, siempre se porta muy bien —respondió Lyle—. Este chiquillo es un encanto.

—Bueno, tú lo malcrías, papá. Eso seguro que tiene algo que ver —dijo Shiloh, lanzando una mirada recelosa a Lyle—. No me lo habrás atiborrado de comida basura, ¿eh?

—Puede que haya comido un poco de helado en casa de Hoot.

—Helado italiano —dijo Isaac, completando, solícito, la información.

—Papá, no quiero hacer de poli mala, pero prométeme que controlarás más las chucherías que come, ¿de acuerdo? Por favor. No debería tener que decírtelo.

—Por supuesto, cariño. Pero algún día me entenderás. Si de mí dependiera, le dejaría comer helado tres veces al día, con cada comida. Es lo que hacemos los abuelos. Es nuestro trabajo. Si quisiera que el chico me odiase, lo atiborraría a coles y berza.

Shiloh respondió meneando la cabeza y la habitación se quedó en relativo silencio, mientras la televisión emitía un murmullo apagado, Peg canturreaba alegremente en la cocina y Isaac hojeaba ociosamente un ejemplar del *National Geographic* del año anterior. Lyle suspiró y miró por la ventana, hacia la oscuridad.

—¿Estás bien, papá? —preguntó Shiloh, irguiéndose en la silla y apagando la tele.

Lyle revolvió el montón de periódicos viejos y revistas que había en la mesa baja del salón, junto a su butaca.

—Sí, es solo que... no sé. Estaba pensando en Hoot. Tiene neumonía. Dice que esta vez se ha asustado mucho. Hasta el punto de ir al médico y todo.

—¿Neumonía? Eso es terrible. Pero, claro, ¿desde cuándo lleva fumando? ¿Desde los dieciséis? ¿Los dieciocho?

—Desde los nueve —respondió Lyle—. Desde que era un niño de nueve años, imagínate. Me contó que solía robarle los pitillos a un tío suyo y que fumaba a escondidas, en el pajar. Una vez, le prendió fuego por accidente.

—Pero eso es... Papá, entonces Hoot lleva fumando más de sesenta años.

Peg, que había estado lavando una lechuga en el fregadero, entró en el salón con las manos pingando agua.

—¿De qué habláis? —preguntó.

—Hoot tiene neumonía —respondió Lyle—. Se ha llevado un buen susto. Va a dejar de fumar, me ha dicho.

—Un hombre tan bueno —murmuró Peg—. ¿Cómo lo has visto? ¿Se encuentra bien? ¿Necesita alguna cosa? ¿Hace falta que le llevemos algo?

Lyle negó con la cabeza.

—Lo he visto bastante bien. Aunque se quejaba de que le cuesta un poco respirar.

—En fin, ¿hay algo que podamos hacer?

—Podemos rezar por él —dijo Shiloh y, sin dudarle un momento, se arrodilló sobre la vieja alfombra verde oliva del salón, alargando las manos para buscar las de sus padres. Luego, alzando la vista con gesto serio y enérgico, llamó a su hijo.

—Isaac, ven aquí a rezar con tu familia.

Cuando el pequeño se acercó hasta ella, ambos apoyaron la barbilla contra el pecho y cerraron los ojos.

Lyle lanzó una mirada a Peg.

Shiloh se había marchado de casa con dieciocho años para ir a la universidad en Milwaukee. Nunca les había pedido un solo centavo. Había servido mesas, fregado platos y atendido barras para costearse la ropa, un coche de segunda mano y los viajes de las vacaciones de primavera. En algún punto de la veintena, sin embargo, su fe religiosa adquirió una importancia y un vigor renovados. Se convirtió en una devota entusiasta, si bien a Lyle le costaba identificar de qué rama. La iglesia a la que pertenecía se reunía en centros comerciales, restaurantes cerrados por quiebra y otros establecimientos en desuso. Era cierto que de niña había sido criada en el seno de la iglesia luterana, pero con el tiempo su fe se había ido tornando mucho más feroz. Lo más fuerte que bebía era una cerveza *light*, un margarita o una sangría, e insistía en rezar antes de cada comida. También se vestía de manera más conservadora, citaba la Biblia con frecuencia y cuestionaba la fe de Lyle y Peg.

Todos los domingos, desde que ella y Isaac habían regresado a casa de Lyle y Peg, Shiloh acompañaba amablemente a sus padres a misa y después, por las tardes, asistía a otra ceremonia en La Crosse, celebrada en un antiguo cine. Solía pasar toda la tarde allí, hasta caída la noche, «en hermandad», como decía ella. Lyle comprendía lo que era la hermandad entre feligreses, pero no más allá de compartir dos o tres tazas de café insípido y un rato de charla amable, tras lo cual, ¿no iba siendo hora de irse a casa a cortar el césped? O a rastrillar las hojas. O a limpiar alguna canaleta. O, quizá, a arrancar malas hierbas.

Lo cierto era que Lyle no creía en Dios. O, al menos, no estaba seguro de hacerlo. No desde la muerte de Peter. Era como si, desde entonces, le hubieran drenado la voluntad de creer, la energía necesaria para hacerlo.

El verano siguiente al entierro de Peter, habían celebrado una reunión familiar en un pabellón del parque, junto a un lago atestado de algas. Los adultos se acomodaron en las mesas del merendero, compartiendo cotilleos y reciclando viejas historias, intercambiando noticias locales mientras evitaban hablar de política y bebían café ardiendo en vasos blancos de plástico, a pesar del calor sofocante de la tarde estival. Los niños corrían de un lado para otro en una zona de juegos cercana, cogiendo a hurtadillas refrescos y zumos, galletas, helados y dulces. Lyle permanecía de pie, apático, espaciando los sorbos a su cerveza, perdido en sus divagaciones. Desde donde estaba, podía ver a Peg, rodeada de un grupo de mujeres que, sin duda, trataban de *animarla*, preguntándole si había algo que pudieran hacer por ella. Sus parientes y sus amigos de la iglesia luterana de San Olaf llevaban meses pasando por casa para dejar guisos y lasañas. Llamaban al timbre y depositaban la comida sobre la escalera de la entrada. Tanta comida que su nevera estaba abarrotada. Tanta comida para solo dos personas, ambas con el corazón destrozado y sin apetito alguno.

Lyle depositó la lata vacía sobre el montón que sobresalía ya del cubo de basura y cogió otra antes de acercarse hasta la orilla herbosa del lago. Fue allí donde lo encontró su primo Roger, un hombre delgado, de bigote ralo y gafas sempiternamente rancias. Roger ya era entonces misionero en Costa de Marfil y lo seguiría siendo durante décadas, aunque a lo largo de ese periodo su piel nunca se pondría morena; más bien al contrario, parecería tornarse milagrosamente más pálida todavía, más cetrina. En aquella época, Lyle solía ver a Roger cada cinco años más o menos, cuando volvía a San Olaf para informar a los feligreses sobre su misión en África y el uso que daban allí a sus donativos, empleados en la construcción de pozos nuevos o la compra de libros de texto y mosquiteras.

Fue en aquel momento, con la cerveza y la tristeza corriendo por sus venas y el sol ardiente golpeando su rostro, cuando Lyle, presa de la rabia, la soledad y el abandono, y tras una breve charla cortés, le dijo a su primo:

—Háblame de tu relación con Dios. Por favor.

Roger se rio.

—¿Me lo dices en serio, Lyle?

Lyle dio un largo trago a su cerveza.

—Completamente en serio, primo. Cuéntame.

El misionero esbozó una sonrisa circunspecta y miró hacia las aguas fétidas y estancadas.

—De acuerdo... —dijo—. Pues un día, cuando todavía estaba en la universidad, un amigo me invitó a visitar su iglesia. La idea no me atraía mucho. Estábamos en la universidad, ya sabes, y había cosas mejores que hacer... el frisbi, las chicas, salir de fiesta toda la noche... Pero al final fui. Y recuerdo estar allí sentado en un banco, cantando un himno, y tener la sensación, de repente, de que Dios me había llenado de amor. Como si toda mi vida hubiera estado esperando a que llegara ese momento. Como si yo fuera una linterna, y Él, la luz. Sentí como si me hubiera transformado en luz. Después de aquello, empecé a hablar con Dios y a dejar que me guiara. Fue así como supe que mi destino estaba en África. Que estaba llamado a ser misionero.

—¿Él te llamó? —preguntó Lyle, mientras se llevaba la brillante lata de aluminio de nuevo a la boca.

—Así es.

—¿Y cómo te llamó exactamente? —dijo Lyle, imitando un teléfono con la mano y llevándosela al oído.

Sentía unas ganas enormes de burlarse y de decir: «Hola, ¿Roger? Dios al aparato. ¿Tienes un minuto, hijo mío?».

—Sencillamente lo sentí. Fue como un empujón. O no lo sé, ¿quizá sentí que algo tiraba de mí? Fue una mezcla de todo eso, supongo, pero también una especie de impulso que lo abarcaba todo. Sentí esa convicción. Supe que tenía que hacerlo. Nunca he sentido algo parecido en mi vida.

—¿Algo tiró de ti?

—Así es, Lyle, pero ¿estás bien? ¿Estás sufriendo? ¿Quieres que recemos juntos?

Lyle miró a Roger, un hombre tan alejado del día a día de su vida que resultaba casi un extraño. Dio otro trago a su cerveza y arrugó la lata.

—Claro. Recemos —dijo.

Por un momento, Lyle se concentró, se rindió incluso, y aguardó con esperanza. «Por favor, Señor, lléname de luz. Por favor, haz que desaparezca este sufrimiento. Por favor, llévate a mi pequeño contigo, al cielo.» Todo su cuerpo se tensó de dolor y sintió que podía explotar allí mismo como si fuera una fuente de lágrimas.

Así que Lyle tomó la mano de su primo y permaneció junto a él, de pie sobre la espesa hierba de julio, los mosquitos y las moscas negras zumbando en el aire quieto y asolando sus oídos, mientras llegaban hasta él los gritos de los niños que jugaban y el olor de los perritos calientes, de las hamburguesas con queso y de las salchichas que ardían en la parrilla; notando cómo las miradas de toda su familia descendían hacia ellos desde el pabellón abarrotado. Y así fue como escuchó a Roger mientras rezaba por él, pidiendo que Lyle admitiera al Señor en su corazón, rogando al Señor que aliviara el dolor y el duelo de Lyle y Peg por su bebé perdido, rogando que fuera su luz y los guiara a través de aquel valle de lágrimas; hasta que, un poco después, Lyle y Roger ya no estaban cogidos de la mano, sino que eran sus frentes sudorosas las que estaban apoyadas la una contra la otra, la mano derecha de Roger había encontrado el pecho de Lyle y su mano izquierda sostenía la nuca de Lyle, cuya cabeza estaba empapada en sudor, mientras permanecía en silencio, emitiendo solo un gemido grave y prolongado, acompañado por el leve chirrido de sus botas Rockport al balancearse hacia delante y hacia atrás. Por un momento, Lyle sintió algo muy poderoso, solo que no se trataba de Dios o de Jesucristo o del Espíritu Santo, sino de la creencia ferviente y extática de otro ser humano en lo sobrenatural. Y luego recordó a su hijo y recordó cómo se había despedido del pequeño en el hospital. Lo había cogido en sus brazos fuertes y curtidos por el sol y había tocado sus pequeños deditos, blancos y rosados, maravillándose de lo largas que eran sus pestañas, de la suavidad de sus uñitas, hasta que llegó el momento en que tuvo que entregar su cuerpo a una enfermera, y se quedó a solas con Peg, aquella tarde, en una habitación de hospital... lo recordaba todo con tanta claridad: aquella rabia y aquella desesperación desafiante, el pensar en Dios en ese momento y decir: «Maldito seas, maldito seas». Porque ¿qué bien podía comportar el arrebatar un bebé de los brazos de su madre? ¿Qué había de bueno en traer un niño al mundo, solo para robarlo unos pocos meses más tarde? ¿Por qué? ¿Qué clase de Dios haría una cosa así? Y las únicas respuestas que Lyle podía hallar eran estas: o bien Dios no existía, o bien Dios era cruel. Y Lyle no podía creer en un Dios tan cruel.

Finalmente, Roger y él se separaron y Roger dijo:

—Que Dios te bendiga, Lyle. Espero que puedas hacer un hueco a Jesús en tu corazón.

Lyle se quedó callado unos instantes.

—Gracias por rezar por mí —dijo finalmente.

Y creía haberlo dicho de verdad, pues en aquella hora, junto al lago, hubiera intentado cualquier cosa, lo hubiera intentado todo para sentirse entero de nuevo, para estar con su hijo, para escapar de aquella rabia. Pero lo cierto fue que nada cambió, nada se removió, nada desapareció. Remontó de nuevo la cuesta hacia el pabellón y las voces volvieron a subir de volumen cuando las personas allí reunidas trataron de fingir que no habían estado poniendo la oreja y espiándolo. Recordaba, años después, cómo había hundido su mano y parte del brazo en la nevera helada para coger otra cerveza y cómo los había mantenido allí dentro, en el agua dolorosamente fría, varios segundos, sintiendo primero cómo se le entumecían los dedos y luego el tacto congelado del aluminio, hasta que alguien le dio una palmada en el hombro y se lo llevaron hacia la zona del juego de la herradura, donde había ya algunos hombres esperando, observándolo con cautela. Entonces alguien le dio dos herraduras y sintió su peso en la mano y, de algún modo, aquello lo serenó: el hierro cálido de la herradura en una mano y el aluminio frío de la lata de cerveza en la otra.

Peg pasó por detrás de Lyle y tomó la mano de Shiloh, a lo que él reaccionó dándose la vuelta y saliendo del salón para irse a su habitación, donde cerró la puerta, apagó la luz y se sentó en su lado de la cama, con los ojos muy abiertos, mientras oía cómo su hija lo llamaba desde el otro cuarto: «¿Papá?»; y su mujer decía: «¿Lyle?»; a lo que siguió un silencio breve y tenso, hasta que sus voces volvieron a hacerse audibles, quedas y suplicantes, «Dios amado...», comenzaron a rezar.



## 4

Shiloh era adoptada. La habían adoptado tres años después de la muerte de Peter y después de sufrir varios abortos y de soportar un sinfín de consultas médicas. Tras la pérdida del bebé, su matrimonio había adquirido una tonalidad diferente. Una suerte de gris melancólico parecía teñir cada habitación en la que se encontraban, como una nube que apagaba el sol. Cuando hacían el amor, parecía un acto accidental y pesaroso. Cuando se besaban, lo hacían con labios fríos y rígidos. Lyle se daba cuenta de que la presencia de Peg en San Olaf tenía tanto de duelo como de estricta observancia o de celebración. Los otros parroquianos, gente buena y bienintencionada, los interceptaban cuando cruzaban el pórtico de la entrada en dirección al aparcamiento y les decían «Oh, cariño, lo sentimos tanto por ti, por vosotros dos. Qué cosa más terrible». Peg sufría con coraje su simpatía para liberar luego toda su amargura en el coche, mientras volvían a casa, llorando desconsolada con un clínex en la mano y pataleando sobre la alfombrilla de goma.

Fue en aquella época cuando Lyle perdió su fe, aunque siguió ocupando su sitio en la iglesia todos los domingos, como siempre. Pero ¡ah!, hasta qué punto ahondaba aquello en su resentimiento. Y como el agua que comienza a filtrarse por la grieta de una gran roca, comenzó él también a desgastar a Peg, poco a poco, tratando de erosionar su propia conexión con la iglesia y con su fe. «No tenemos por qué ir a misa hoy si no te apetece», le decía, «de hecho, me da igual si no volvemos nunca más por allí». O «no creo que ayude en nada. Solo te hace pensar más en Peter. Deberíamos salir a montar en bicicleta o a dar un paseo por el campo. O alquilar unas canoas. Lo que sea. Pero creo que nos convendría más convertirnos a la Iglesia de la Naturaleza».

Pero fue en su iglesia donde supieron de Shiloh. Un día, tras la misa, una de las amigas de Peg los llevó a un rincón apartado y les habló de una sobrina suya de quince años que había dado a luz a un bebé en el baño de mujeres de un McDonald's de Indiana. La muchacha se estaba quedando con unos parientes que vivían a unos ochenta kilómetros de Redford porque sabía que su comunidad religiosa no iba a apoyarla; que, lejos de eso, de hecho, la rechazarían (su familia, el director del colegio, sus profesores, su iglesia, su consejero espiritual, sus amigos, sus compañeros de clase). Había conseguido ocultar el embarazo vistiendo prendas cada vez más holgadas, pero en los momentos siguientes al parto, sola en aquel servicio mugriento y ruidoso, y, más tarde, escondida en casa de una amiga, la joven madre había comprendido que no podía hacerse cargo de la recién nacida y que quería darla en adopción. Así que había mentido a sus padres, diciéndoles que se iba a un retiro de jóvenes cristianos y, en lugar de eso, se había comprado un billete de autobús a Wisconsin, donde vivían sus tíos más queridos, las únicas personas del mundo en quienes confiaba. Había aparecido en la puerta de su casa, con un bebé de un solo día, desaliñada, exhausta y temerosa.

—¿Dónde está? —había preguntado Peg, entrando en pánico—. ¿Dónde podemos encontrarnos con ella?

Su amiga le acarició el pelo con la mano.

—Cuanto antes lleguéis allí, mejor. La pobre criatura se está quedando sin tiempo. Tiene que volver a casa antes de que sus padres empiecen a hacer preguntas.

De modo que no se lo pensaron dos veces. Fueron a buscar el coche, que estaba en el aparcamiento, y Peg se dirigió como una centella hacia la puerta del conductor, algo que no hacía casi nunca.

—Sube —le dijo a Lyle, sin mirarlo siquiera.

Él obedeció, sin dejar de observar a su mujer por el rabillo del ojo. Peg condujo rápido. Era a principios de invierno y el reflejo del sol sobre los campos congelados, de un blanco azulado, los deslumbraba. Lyle, acostumbrado a conducir él, no sabía muy bien qué hacer con las manos. Abrió la guantera y revolvió los mapas de carretera, luego jugueteó con el medidor de presión de las ruedas, con unas gafas de sol rotas y con un paquete de caramelos Tic-Tac de color naranja.

—Sé que te has rendido y que has dejado de... que ya no confías en Dios —le dijo Peg—. Pero escucha una cosa, Lyle: no estoy tan segura de que tengas razón. No digo que estés cometiendo un error o que esté mal que te sientas como te sientes. Si hubiera tenido la oportunidad de ver a Dios cuando murió Peter... bueno, es muy probable que lo hubiera asesinado yo misma. Pero tengo una corazonada sobre esta chica a la que vamos a ver. Puede que haya sido un camino retorcido, una especie de plan alambicado el que, sin embargo, nos haya conducido hasta aquí, hasta este día, en este coche, para encontrarnos con ella.

Peg alargó el brazo para buscar la mano de Lyle.

—Te necesito —le dijo—. Te necesito ahora mismo más que nunca —repitió, mirándolo con una intensidad que él no podía siquiera evocar.

Lyle la cogió de la mano.

—Estoy aquí —dijo—. Estoy contigo.

Los tíos de la joven madre vivían en una casa similar a muchas otras en Wisconsin: la típica casa de una planta y tres habitaciones edificada en los cincuenta y asomada a una pulcra calle de clase media, flanqueada por dos filas de fresnos. Cuando Peg y Lyle pasaron al interior, los saludó un olor a sándwiches de carne picada y a tarta de manzana. Todo había sido preparado de acuerdo con la importancia que revestía el encuentro. Había platos con encurtidos y verduras cortadas en rodajas, patatas fritas de bolsa y queso en grano. Los anfitriones no eran mucho mayores que Lyle y Peg, pero todos se estrecharon la mano. Al poco, la madre, Sarah, tan joven, tan delgada y pálida, entró con Shiloh en brazos y envuelta en una mantita rosa. Todos pudieron ver que estaba llorando, aunque no dejaba de sonreír. Sin vacilar un instante, se colocó junto a Peg y, en menos de un minuto, la niña había cambiado de brazos, y entonces todos empezaron a llorar, incluida Peg, incapaz como era de despegar sus ojos empañados del bebé, de aquella niña que, como supo en aquel mismo instante, estaba a punto de convertirse en su hija.

## 5

Aunque Lyle había dejado de creer, nunca dejó de ir a la iglesia del todo. De hecho, con frecuencia sospechaba que no era el único, que millones de cristianos, judíos, musulmanes, budistas, taoístas y mormones de todo el mundo acudían a sus iglesias, templos y mezquitas tanto por rutina u obligación como por fe o convicción reales. O, quizá, incluso, con el solo fin de lucir un nuevo sombrero, un par de zapatos lustrosos o un traje elegante. La culpa, pensaba, también debía de desempeñar un papel importante, pues, desde luego, no todos los traseros que se sentaban en los bancos de misa se dedicaban las veinticuatro horas del día a llevar a cabo la obra del Señor. Los habría que defraudaban a Hacienda, que se acostaban con la mujer o el marido del vecino o la vecina, que se jugaban las becas escolares de sus hijos a las tragaperras o a la ruleta, o quienes tenían sabe Dios qué otra retahíla de defectos, desde los más triviales a los más ilícitos. Otros tal vez acudieran para combatir el aburrimiento o la soledad. Para Lyle, sin embargo, la razón tenía mucho que ver con su amigo de infancia, el pastor Charlie, y con la encantadora y vieja iglesia campestre en la que había pasado tantos domingos de niño, apoyado contra el duro banco y estrujado entre sus padres, fallecidos hacía ya mucho tiempo.

En ocasiones, Lyle oía a la gente de La Crosse o de Eau Claire despotricar contra el desarrollo urbano y el crecimiento descontrolado de las ciudades, y, en gran parte, suponía, llevaban razón. ¿A quién le gustaba ver cómo los campos y los bosques eran devorados por carreteras y aparcamientos, invadidos de repente por edificios de aspecto ofensivo y construidos a toda prisa? Para muchos, se imaginaba, la reacción automática era la tristeza, la rabia o alguna forma de duelo. Durante toda su vida, sin embargo, Lyle no había hecho más que ver cómo su pueblo natal, Redford, su calle principal, sus tiendas, sus restaurantes, bares e iglesias se iban vaciando hasta tener que cerrar, y con el tiempo los locales quedaban abandonados o incluso se venían abajo. Y para Lyle, aquello suponía una tragedia mayor que la del avance del comercio, pues mucho de lo que una vez había amado había desaparecido para siempre.

Asistir a los servicios de San Olaf constituía un melancólico recordatorio semanal de esa pérdida. A lo largo de los años, el cabello de los parroquianos se había ido tornando gris, y luego blanco, hasta desaparecer por completo. Con el tiempo, cada vez había menos feligreses en los bancos y, desde luego, cada vez menos niños, de modo que la voz matutina y dominical del pastor Charlie parecía a un tiempo remota y desafiante en aquel espacio, y el púlpito desde el que predicaba, cada vez más endeble y artificial. Tal vez, había llegado a pensar Lyle, fuera mejor formar un círculo y reunirse sencillamente para hablar. Y qué pensaría el propio pastor Charlie, contemplando aquella nave rectangular y alargada, en la que hacía tan solo un par de décadas no cabía un alfiler y en la que ahora apenas contaba unas decenas de feligreses.... La iglesia ya no se podía permitir un secretario ni sostener un coro. Tampoco impartir clases dominicales, pues los niños no llegaban a la docena y sus edades oscilaban entre uno y dieciocho años. La propia liturgia había ido reduciéndose hasta los cuarenta minutos, de los cuales, al menos quince se iban entre la bienvenida, darse la paz, los anuncios (la zona de *lutefisk* y *lefse* escandinavos, los

funerales, la venta de pasteles, la predicción del tiempo y cosas así) y la bendición final, que llegaba demasiado pronto y, al mismo tiempo, insoportablemente tarde, pues parecía que a todos les costaba un enorme esfuerzo llegar hasta ahí.

Pero Peg y Lyle aguantaban y, si bien era cierto que Lyle había abandonado su fe, no lo era menos que Peg lo había asido de la mano mucho tiempo atrás y que no lo iba a dejar caer por más que ambos estuvieran asomados a un precipicio que se desmoronaba. Ella creía *por* él y también, de algún modo, *en* él.

Y de esa forma, cada domingo seguían levantándose temprano. Se tomaban el café, se arreglaban —Peg se ponía un vestido bonito y Lyle su traje raído, cada vez más apretado— y después conducían hasta las colinas en las que se erguía ufana la iglesia de San Olaf, con sus altas vidrieras y su señorial escalinata, su ladrillo y su piedra sin cantear, sus anchas y tolerantes puertas, sus viejos bancos de madera de roble, sus himnarios y Biblias medio podridos, y el sempiterno aroma a café tostado Folgers. Con cada año que pasaba, menguaba el número de coches y camionetas estacionadas en el aparcamiento, y Lyle y Peg tenían la impresión de aparcar cada vez más cerca de la entrada.

Aun así, Lyle apreciaba aquella rutina. Le gustaba ver a todos aquellos vejetes y carrozas que salían a la calle cada domingo vestidos con sus mejores galas, recién duchados, afeitados y perfumados. ¡Qué sordos se habían quedado ya la mayoría de ellos! Pero con su sordera había llegado también una nueva forma de intimididad, pues Lyle se daba cuenta de que, para poder oírle, tenían que inclinarse y acercarse a él, y él a ellos, para hablarles a sus orejas peludas y a sus audífonos Beltone. Y cómo se aferraban a él los abueletes, después de estrecharle la mano, agarrándose fuerte a su brazo, temblando a veces, tirando de él más y más, como si quisieran compartir con él el secreto más importante del universo o la combinación de una vieja caja fuerte en la que guardaran un antiguo tesoro de oro, plata y piedras preciosas. Hasta qué punto apreciaba Lyle aquellos momentos, cómo se ralentizaba el tiempo entonces, de modo que podía verse a sí mismo, en unos años, arrugado y encogido también, aferrándose del mismo modo a alguien más joven, como si fuera una balsa de madera o una raíz de árbol, tratando de sujetarse para que los remolinos y los rápidos del río no lo arrastraran de los tobillos corriente abajo, hacia las cascadas, sin contar siquiera con un viejo barril como protección en la caída.

Peg y él tenían un banco favorito, uno en particular en el que se sentaban siempre desde hacía décadas: el cuarto banco de la izquierda, contando desde el frente. Estaba cerca del púlpito, pero tampoco demasiado cerca. Los dos compartían el mismo himnario, que Lyle solía sostener abierto entre ambos. Durante la lectura del Evangelio, Lyle prefería buscar los versículos en la Biblia y seguir la letra impresa ayudándose con el dedo, mientras que a Peg le bastaba con escucharlo. Cuando el pastor Charlie subía al púlpito, Peg cruzaba una pierna sobre la rodilla, de modo que su pie rozaba la espinilla de Lyle, mientras este le pasaba el brazo por la espalda. Así permanecían largo rato, escuchando. Y si la noche del sábado no habían dormido muy bien, a veces —sí— uno de los dos cerraba los ojos de tanto en tanto, confiando en que el otro le diera un pequeño codazo en las costillas para despertarlo a tiempo.

Lyle y Charlie habían crecido juntos. Vivían en granjas vecinas y habían compartido tareas, paseos diarios al colegio, el mismo equipo de fútbol americano y clases en la escuela dominical. Esa es la bendición y la maldición más evidente de todo pueblo pequeño: tu familia, tus amigos, tus vecinos, tus compañeros de trabajo y tus sacerdotes parecen estar siempre contigo, como si los

llevaras en el bolsillo o estuvieran observándote desde la ventana. Te conocen tanto como para saber, sin necesidad de preguntar, si estás contento o triste, distraído o enamorado, o si estás deseando desaparecer de allí.

De hecho, «desaparecer» era un buen término para describir lo que había sucedido con Charlie una vez acabó el instituto. Durante varios años, el trabajo lo había llevado cada vez más hacia el oeste, mientras se deslomaba en las cuadrillas de mantenimiento ferroviario de la Canadian-Pacific, hasta que, finalmente, había llegado a Alaska. En Alaska desempeñó durante dos décadas todo tipo de trabajos agotadores: en barcos cangrejeros, fábricas de conservas de salmón, explotaciones forestales, bares y hasta estuvo empleado durante una temporada en una mina de aluvión, en mitad de la nada.

Bien fuera porque en un momento dado su cuerpo no aguantó más aquel maltrato, aquellos inviernos interminables y oscuros de frío y alcoholismo, o bien por cualquier otra cosa, a mediados de la cuarentena, Charlie regresó a Wisconsin e ingresó en el seminario. Y, para su alegría, había terminado como pastor en Redford, una parroquia que hubiera despertado poco entusiasmo en cualquier seminarista joven, dado el modesto salario, el menguante número de feligreses, la ausencia de apoyo administrativo y el estado de la propia iglesia, ya muy ajada y anticuada. Pero ninguna de estas cosas molestaba lo más mínimo a Charlie.

Cuando reapareció en Redford después de tanto tiempo fuera, Lyle y él retomaron con facilidad su vieja amistad, si bien los parámetros que la definían habían mutado a lo largo del tiempo en función de sus respectivas experiencias y responsabilidades. Charlie se había vuelto más callado y huraño y, si bien estaba disponible todos los domingos, como es lógico, solía pasar el resto del tiempo encerrado en su casa, leyendo libros de sus librerías atestadas y escuchando discos de su enorme colección de vinilos. Lyle, por su parte, no tenía ningún problema con eso, pues él también tenía su familia y su trabajo, su propia vida, pero cuando ambos se juntaban para tomar una cerveza o para ir a cazar ciervos, retomaban un viejo patrón familiar en el que se alternaban el silencio y la curiosidad. Hablaban de la iglesia de San Olaf, de Redford, de las granjas de sus familias y, a medida que avanzaban los años, de las formas tan incómodas y, en ocasiones, embarazosas, en que sus cuerpos empezaban a traicionarles.

Lyle profesaba una silenciosa admiración por su viejo amigo. Charlie había viajado y había visto mundo, había tenido trabajos románticos y un centenar de amantes. Su vida era como una novela de Jack London, y Lyle nunca se cansaba de escuchar sus aventuras. Charlie nunca se había casado y vivía en la casa parroquial de la iglesia, un pequeño bungalow de ladrillo ubicado a poco más de medio kilómetro de San Olaf, en el que pasaba en soledad la mayor parte de sus días, leyendo historias de la guerra de Secesión, escuchando la npr, tallando y pintando piezas de ajedrez de madera y dando paseos por los caminos más apartados. Era más alto y corpulento que Lyle y durante muchos años había llevado una barba cuya perilla había ido amarilleando en torno a los labios, como resultado de su furtivo pero prolongado *affaire* con los cigarrillos Old Gold y los puritos White Owl. Charlie llevaba el pelo largo y suelto y en los días más calurosos del verano solía officiar con unas sandalias Birkenstock (le gustaba decir en broma que Jesucristo hubiera sido el representante perfecto de aquella marca hippie de calzado). Se conducía con esa forma reservada de amabilidad que suele ser propia de quienes han tocado fondo en algún momento y saben como nadie lo que es sufrir. También, por qué no decirlo, de quienes se han metido todas las drogas del mundo sin quedarse por el camino.

Con todo, Charlie nunca, nunca sermoneaba a Lyle sobre religión o fe. De modo que, desde hacía ya años y cientos de domingos, Lyle se sentaba frente a su amigo y le escuchaba predicar. Y lo que más apreciaba Lyle de la forma en que Charlie dirigía la iglesia era el modo en que, a pesar de su vida exagerada y de su exagerado tamaño, sabía mostrarse vulnerable. Vulnerable, ciertamente, a lo elusivo de la fe y a las dificultades que entrañaba la convicción plena; vulnerable a la imposibilidad de saber con certeza, sin una sombra de duda, que aquel libro, aquella Biblia —interpretada, traducida y copiada por tantos miles de manos durante tantos siglos en tantos países diferentes— pudiera realmente transmitir la pureza, la esencia y la sabiduría no adornada de Dios, del creador de todas las cosas. Por eso, algunas veces, en los momentos en que Charlie bajaba la cabeza en el púlpito y hacía una pausa, durante cinco, diez o veinte segundos, Lyle se inclinaba hacia delante con suavidad, como si su amigo sufriera una crisis de fe de la que tuviera que rescatarlo. Pero entonces, Charlie volvía a alzar la mirada, mesándose o rascándose la barba y, sonriendo a la congregación, hablaba con una voz ronca que semejaba la gravilla de los caminos a primera hora de la mañana; «lo siento», decía con sencillez, «a veces mi disco se raya y tengo que mover un poco la aguja para encontrar un nuevo surco».

Sus feligreses lo adoraban porque podían notar en él aquellas viejas fallas y faltas. Podían verse a sí mismos reflejados en él. No quedaban esquinas afiladas en Charlie, solo cantos redondeados, como los de esas piedras suaves y lisas de los ríos que la gente arrebató a las aguas en movimiento para metérselas en el bolsillo o para ponerlas en la estantería, después de frotarlas y pasárselas entre los dedos como si fueran un talismán o un amuleto.

Tras la misa, Charlie se quedaba en la entrada, bajo el pórtico, estrechando la mano de todos y dirigiéndose a cada uno por su nombre, sus ojos entrecerrados mostrando sus arrugas, las puertas de la iglesia completamente abiertas durante todo el año, a excepción del invierno. Y tres cuartos de hora después de la ceremonia, te lo podías encontrar detrás de la iglesia, sentado en una vieja silla plegable de metal, con las piernas cruzadas de manera informal, contemplando los valles y barrancos mientras fumaba un cigarrillo, la sotana colgada ya en el interior, pero con el alzacuellos todavía en su sitio.

Aquel domingo, Shiloh y Isaac acudieron con Lyle y Peg a San Olaf. Los viejitos y viejitas se acercaban a su banco para abrazar a la madre y acariciar el pelo del muchacho, pues la presencia de ambos allí era como la de dos astronautas o exploradores que regresaran de un largo viaje. A Lyle le gustaba presumir de aquellas dos personas a las que tanto quería y de las que estaba tan orgulloso, y disfrutaba mucho de poder sentarse todos juntos, como habían hecho en tiempos, cuando Shiloh todavía era una niña, tan pequeña que aún cabía acurrucada bajo su axila mientras leía algún libro de *Boxcar Children* o de su querida Laura Ingalls Wilder (cuya «casa de la pradera» no quedaba muy lejos de su pequeño pueblo).

A Shiloh y a Charlie les encantaba charlar juntos, y el amigo de Lyle era el único capaz de sonsacarle cosas a su hija, detalles de su biografía que nunca había compartido con sus padres: textos religiosos que había estudiado, teólogos eruditos sobre los que había indagado, viajes de voluntariado a zonas y comunidades afectadas por tornados o huracanes, exnovios, trabajos... Solo muy de vez en cuando compartía Shiloh aquellas partes de su vida con sus padres, si bien, por lo general, se mostraba tan educada y respetuosa como reservada.

Después de la misa, se subieron a la sólida ranchera Subaru de Peg y regresaron a Redford, donde Shiloh preparó un *brunch* con fruta fresca, medallones de salchicha y huevos, mientras Lyle

empujaba a Isaac en el columpio del jardín, consistente en un sencillo tablón de madera gris y desgastada que colgaba de dos cuerdas fijadas a una ancha rama de roble en la parte trasera de su pequeña propiedad. Isaac podía columpiarse durante horas. Lyle, por su parte, disfrutaba del ritmo mecánico del juego: las suaves protestas del árbol, la chirriante sinfonía de las cuerdas y el parloteo incesante del pequeño, que podía incluir desde un fallido intento de resumir el sermón de Charlie a los dibujos animados de por la mañana, pasando por preguntas sobre la Biblia, la física teórica o los fundamentos de la evolución, para acabar versando sobre los colores favoritos o los ingredientes de pizza predilectos del pequeño.

«Abuelo, si descendemos de los gorilas y los monos, ¿eso significa que Adán y Eva descendían de gorilas y de monos? Pero entonces, ¿ellos —Adán y Eva— eran más parecidos a los gorilas o a nosotros? ¿O es solo una historia? Pero si Adán y Eva fueron los primeros humanos, ¿empezaron siendo ya mayores? Quiero decir, ¿fueron niños alguna vez? ¿A que sería genial que solo hubiera niños entonces? Solo dos niños en todo el planeta.»

Y a continuación, sin apenas pausa:

«Abuelo, ¿dónde está el cielo? ¿Está en las nubes? ¿O pasadas las nubes? ¿En el espacio exterior? Porque, si está en las nubes, ¿qué pasa los días que hace sol? ¿A dónde se va el cielo? ¿Y por qué no podemos ver a la gente que está allí?»

Cuántas preguntas era capaz de hacer el muchacho, durante horas y horas, con aquella exhaustividad, incansable y sincera. Las visitas a la iglesia llenaban la pequeña cabecita de Isaac de gloriosos misterios y promesas, y luego le tocaba a Lyle deshacer los nudos con delicadeza, teniendo siempre cuidado de no cortar ningún hilo que Shiloh hubiera atado ya con esmero y habilidad en torno a ella y a Isaac. El mundo está lleno de misterios casi infinitos, y de una cantidad aún más infinita de respuestas tentativas, de engaños, de mentiras, de chácharas y también, de tanto en cuanto, de un pequeño puñado de respuestas sagradas, casi ocultas.

Por su parte, Lyle se sentía cada vez más a gusto estando en silencio y cerca de aquellos a los que amaba, sin intentar resolver ningún problema ni responder ninguna pregunta, sino, sencillamente, aprendiendo a vivir de manera más liviana, a amar más intensamente, a comer mejor. Y, antes de cerrar los ojos por la noche, recorría con la mirada los estantes y estantes de libros que, desafortunadamente, sabía, no viviría lo suficiente para leer: todos esos pájaros de alas blancas posados en su nido bajo la pálida luz de la lamparita de noche, sus delgadas páginas aguardando a ser hojeadas, pasadas suavemente por una yema de dedo humedecida, para poder entregar sus historias, sus poemas y sus mitologías. Con todo, y en franco contraste con su avidez lectora, Lyle también se daba cuenta, cada vez más, de que nada le gustaba más que echar una buena cabezadita y robar ratitos de sueño como un niño roba una moneda de la barra de un bar: un hurto insignificante y banal, pero emocionante.

## 6

El huerto de Sourdough ocupaba un collado que se extendía casi desde las ciénagas del Misisipi hacia el este, hacia los altos riscos de arenisca sobre los que águilas, halcones y buitres trazaban círculos interminables. El terreno estaba delimitado al norte por una vía comarcal, al sur por un profundo valle y al oeste, por supuesto, por el gran río y la carretera a la que daba nombre, la River Road. Por las mañanas, en aquellas tierras, el sol proyectaba sombras extravagantemente oscuras y azuladas, mientras que los atardeceres abundaban en tonos dorados y cobrizos, a medida que el sol avanzaba hacia el río, hacia Minnesota. Era un sitio ideal para ser un manzano.

Lyle se levantaba pronto casi todas las mañanas, pero no antes que Peg, quien deambulaba por la casa desde primera hora, con su ajada bata de franela, echando un vistazo de vez en cuando a la pantalla de su preciado ordenador portátil y a las fotos y mensajes familiares que le llegaban constantemente a través de Facebook, no tanto compartiendo con Lyle las novedades en redes sociales como hablando consigo misma en voz alta, diciendo: «Anda, parece que Maya está embarazada de nuevo», o «Vaya por Dios, el chaval de Elsa, Zachary, se va a divorciar otra vez». A lo que Lyle, que mientras tanto andaba por la cocina moliendo café, lavando los platos, pasando la bayeta u holgazaneando, respondía con un «no me digas» o alguna expresión banal similar, pues le había sucedido más de una vez lo de no estar escuchando realmente y responder con un «pues ya lo siento» poco apropiado (como cuando Peg anunció que su prima Nancy había subido un álbum de fotos preciosas de su viaje a Noruega, documentando los fiordos, las cascadas, los puertecitos idílicos, etcétera). Después de décadas de matrimonio, Lyle había aprendido que, cuando no estaba escuchando activamente a Peg, era aún más peligroso fingir que sí lo hacía. A menudo, un ruido o un gruñido emitidos en el momento adecuado, o un simple «Oh», eran la mejor respuesta.

Tras rellenar su termo de café, Lyle decía adiós a Peg —pues Shiloh y Isaac solían seguir durmiendo en las dos habitaciones del piso de abajo— y conducía su vieja Ford hasta el sur del pueblo para luego girar hacia el este y llegar a la pequeña pomarada. Lyle era el único empleado del huerto y le pagaban bajo cuerda cada viernes, una vez que los dueños, Otis y Mabel Haskell, tabulaban las horas trabajadas en un cuaderno barato de anillas en el que anotaban y salvaguardaban aquella información pertinente.

Lyle había pasado casi treinta años de su vida trabajando en Redford Appliance & Repair, una pequeña tienda de venta y reparación de electrodomésticos situada en el límite del pueblo y en la que se vendía de todo, desde tostadoras y microondas a máquinas quitanieves y cortacésped, pasando por todos los escalones intermedios de aparatos: estufas, lavadoras y secadoras, trituradoras de basura, neveras, congeladores, lavaplatos, aspiradoras y hasta hornos y equipos de aire acondicionado. Todo lo que vendían, también lo instalaban y lo reparaban. De aquel modo, aunque su mercado era muy pequeño, los dueños lograban mantener el negocio —si bien no prosperar, precisamente— año a año, gracias a una clientela extraordinariamente fiel. Hoot también había trabajado en Redford Appliance, a veces en la tienda, como vendedor, y durante los



meses de invierno, más flojos, en la trastienda, practicando la cirugía a viejas aspiradoras Hoover y cocinas Amana. A Lyle le gustaban su trabajo y sus clientes, pues eran sus vecinos y sus parientes. Cuando un cliente se quejaba de que el lavaplatos no le funcionaba bien, Lyle sabía exactamente de qué aparato se trataba y en qué cocina había sido instalado. Podía evocar en su mente el sistema circulatorio —eléctrico y de fontanería— de la casa en cuestión. Sabía cómo olía y hasta cómo crujía cuando el viento soplaba fuerte.

—¿Cuánto tiempo tiene el jabón que estás usando? —preguntaba Lyle.

—¿Cómo dices? —le preguntaban al otro lado.

—El jabón del lavaplatos. ¿Estás usando uno de cristales pequeños?

—Sí, los cristalitos que vienen en una caja verde. Marca Cascade.

—Vale —respondía Lyle—, pues hazme un favor. Cuando llegues a casa, coge una cucharada pequeña de jabón, échatelo en las manos y frótatelas. Luego, llámame otra vez.

Y más tarde, ese mismo día, el cliente llamaba a Redford A & R.

—Oye, Lyle, he hecho lo que me dijiste y me he frotado las manos con los cristales. ¿Ahora qué?

—¿Has sentido calor en la piel al frotar el jabón?

—Pues... —y se hacía una pausa al otro lado—. No te sabría decir —otra pausa—. No, no he sentido nada. Calor no, desde luego. ¿Te refieres a si quemaba o algo? No te entiendo bien, Lyle.

—Ese jabón es demasiado viejo —explicaba Lyle—. Compra un paquete nuevo y te aseguro que el lavaplatos volverá a funcionar perfectamente.

Durante treinta años, Lyle trabajó en Redford A & R ayudando a su comunidad de las formas más básicas y palpables. Pero ya entrado en la cincuentena, cuando Redford empezó a despoblarse lentamente, el negocio también comenzó a decaer. El día que Redford A & R cerró fue más o menos el día que Lyle se retiró y empezó a percibir su pensión de la Seguridad Social. No le costó mucho aceptarlo, a pesar de que no tenía muy claro qué iba a hacer para ocupar sus días de jubilado, aparte de seguir ejerciendo de manitas y seguir reparando electrodomésticos en Redford hasta que todos aquellos aparatos Whirlpool, Frigidaire, KitchenAid, ge, y los más exclusivos Viking o Wolf, pasaran a mejor vida.

Un tiempo después, cuando Lyle ya llevaba dos años jubilado, Otis Haskell, que había apoyado a Redford A & R durante toda su vida y tenía fama de ser el académico excéntrico y liberal del pueblo, lo llamó para ofrecerle trabajo en el huerto Sourdough. Lo cierto era que aquella oferta había sido una bendición para Lyle. No por lo que le pagaban (que, en verdad, era muy poco), sino porque los ciclos del huerto le brindaron algo que había estado echando en falta sin ni siquiera darse cuenta: sentido. Por eso y porque supuso la oportunidad de redescubrir las bondades del trabajo al aire libre.

Aquella mañana de primavera, Lyle aparcó cerca del almacén donde se guardaba la cosecha de manzanas refrigerada en cajones de madera —que en aquel momento estaban vacíos y solo contenían la dulce fragancia de la cosecha del año anterior— y llamó a la puerta de los Haskell antes de entrar. Sabía que los dueños estarían sentados a la mesa de la cocina, leyendo el periódico de la mañana mientras lo esperaban. Otis, vestido ya con su sempiterno peto vaquero marca Key, su camisa de franela beige, su gorra de béisbol con visera larga y solapa para el cuello manchada de sudor, un lápiz amarillo Dixon Ticonderoga del número dos detrás de la oreja

y unas viejas zapatillas Nike, blancas en origen, pero tan manchadas de hierba que eran ya de un verde brillante. Mabel, todavía en camión, con sus zapatillas rosas de andar por casa y un albornoz, excesivamente grande, cubriendo su cuerpo delgado y atado, muy ceñido, en torno a su estrecha cintura.

—Buenos días, Lyle —dijo Otis.

Lyle cogió una silla y se sentó a la mesa. Otis se estaba comiendo un plátano ya medio pocho, espantando todo el rato una mosca, mientras Mabel se rascaba la nuca con un lápiz sin punta.

—¿Cómo está ese nieto tuyo? Tienes que traerlo por aquí. Hay que empezar a entrenarlo.

—La energía no se le acaba nunca —respondió Lyle, sonriendo—. No nos deja aburrirnos.

—¿Y cómo está mi chica, Shiloh? ¿Ha encontrado trabajo ya? —preguntó Otis mirando por encima de las gruesas lentes de sus gafas, completamente rayadas.

Si Lyle hubiera tenido que escoger una palabra para describir a Otis, probablemente se hubiera decantado por «frugal» o, quizá, sencillamente, por «tacaño». El hombre no tiraba nada, compraba muy pocas cosas y casi todo lo que él y Mabel poseían se encontraba en estado de lenta pero inexorable degradación: su camioneta, su viejo Volkswagen diésel de cuatro puertas, su envejecida casa, su ropa, la valla del huerto... Ambos, Otis y Mabel, eran hijos de la Gran Depresión y su infancia había sido espartana, si no directamente desesperada en algunos momentos. Mabel había crecido en las afueras de Tulsa, en Oklahoma, y todavía guardaba el vago recuerdo de un primo suyo que había muerto de la llamada neumonía del polvo. Aunque Otis había sido durante décadas un respetado profesor del departamento de Horticultura de la Universidad de Minnesota, rara vez gastaba un céntimo en nada que no fuera el propio huerto. A menudo, bromeaba con que aquel pedazo de tierra, con sus viejas construcciones y sus centenares de árboles, no era sino su pequeña locura.

—Hay una iglesia a las afueras de La Crosse. Puede que consiga un puesto de secretaria allí —dijo Lyle—. Isaac podría tener guardería gratis.

Lo cierto era que Lyle no entendía aquel plan de Shiloh: irse tan lejos de casa y tener que conducir por carreteras comarcales por un trabajo de nueve dólares la hora y sin cobertura médica. Aun así, se sentía tan agradecido de tenerlos cerca, a ella y a Isaac, que no se atrevía a hacer el menor comentario crítico, por miedo a ahuyentar a su hija.

—La Crosse, ¿eh? —dijo Otis—. Hay un buen paseo hasta allí, ¿no? Espero que tenga un cuatro por cuatro. Esas carreteras de la zona del río pueden ser traicioneras.

Lyle frunció el ceño.

—En último término, siempre puede coger mi camioneta si la necesita.

Mabel suspiró profundamente, mirando el crucigrama que estaba haciendo.

—Una palabra para designar una roca negra —dijo.

—Carbón —propuso Lyle.

—No —replicó Mabel—, tiene que terminar en «x», nada más y nada menos.

Otis se metió en la boca lo que quedaba de plátano y masculló mientras masticaba:

—Ónix.

Mabel lo miró con una mezcla de burla y admiración.

—Aquí el viejo vale para poco ya, pero, oye, hasta un reloj parado da la hora correcta dos veces al día.

Otis se levantó de la mesa y Lyle lo siguió fuera. El aire de la mañana era fresco todavía. La niebla se adensaba en el valle mientras, más arriba, en lo alto, un águila se elevaba aprovechando las primeras corrientes de aire cálido del día.

—Me gustaría rociar esos Macintosh hoy —dijo Otis—. Y tal vez echar un ojo a los Cortlands, creo. También podemos segar un poco.

Metieron varias herramientas en la camioneta de Lyle y recorrieron en ella la pequeña distancia que había hasta la entrada vallada del huerto, donde una alambrada de tres metros de altura impedía el paso a los ciervos para proteger los árboles. Otis abrió la portilla y Lyle metió la camioneta dentro. Sin más demora, ambos se pusieron los guantes de cuero y comenzaron la faena.

Durante la primavera y el principio del verano, las tareas del huerto eran sobre todo preparativas: segar y rastrillar, fumigar con insecticida y, en algunas zonas, talar árboles muertos para reemplazarlos con nuevos retoños. La valla siempre necesitaba alguna reparación, había que quemar pilas de ramas secas, retirar los vendajes protectores de algunos troncos y enderezar y clavar bien las guías de los árboles más jóvenes. Trabajo más que de sobra para dos hombres ya mayores.

A Lyle le gustaba trabajar a finales de la primavera, antes de que llegara el calor de verdad, cuando el aire todavía era fresco y húmedo, pero anticipaba ya la cálida promesa del verano. Las aves migratorias regresaban entonces por la ruta del Misisipi y, a ratos, mientras trabajaba, alzaba la vista y podía ver una explosión de color surcando el cielo o escuchar el exótico canto de algún pájaro al que tenía olvidado desde el otoño.

A la hora del almuerzo, hicieron una pausa y volvieron a casa de los Haskell. La cocina olía a sopa de tomate Campbell ligeramente requemada. En un plato había una pila de sándwiches de queso a la plancha, con las lonchas naranjas, marca Kraft, asomando entre las rebanadas de pan Wonder Bread, tostadas de manera poco uniforme. Sobre la encimera, un bote de pepinillos Vlastic, casi vacío, un cuenco con galletitas saladas reblandecidas y una bolsa de chocolatinas Hershey's Kisses algo rancias. Mabel había sacado platitos y cuencos, para que los dos hombres se sirvieran, estilo bufé, mientras ella se sentaba en el salón, todavía enfrascada en su crucigrama, pero aguardando, en realidad, el inicio de sus «novelas». El culebrón que solían ver estaba a punto de empezar, así que Otis se instaló en su butaca favorita, movió la mesita con la tele para ponerla en frente, se quitó las Nike harapientas y resopló largamente.

Todavía en la cocina, Lyle se lavó las manos en el fregadero. Los Haskell solían hacer la compra en una gasolinera cercana, siempre en la tienda que fuera más barata. Esa gasolinera también vendía los plátanos ya medio pasados que le gustaban a Otis, a tan solo diez centavos el medio kilo.

—¿Hope volvió con Bo o sigue enredando con aquel otro tipo? —preguntó Otis, mirando a Mabel, mientras daba un bocado a su sándwich—. Estos culebrones son todos iguales. Siempre me pierdo.

—Creo que a Hope la habían secuestrado, en el muelle —dijo Lyle desde la cocina, aunque él solía echar una cabezada durante el «programa» de sobremesa.

—Esa era Marlena —aclaró Mabel—. Hope estaba en el hospital, visitando a Roman. Ahora, silencio, por favor.

Lyle llevó su plato al salón y se acomodó en otra silla, próxima a la ventana, dejándose caer pesadamente antes de enfrascarse en la contemplación del cielo vespertino. Se preguntó qué planes tendría Peg para Isaac, si Shiloh trabajaba o no ese día, si podría o no sugerirle que buscara otro empleo. Uno que no requiriera conducir tan lejos de casa y por carreteras tan estrechas.

—El jefe de policía de Salem debería estar avergonzado —dijo Otis al rato, masticando un pepinillo—. Tantísimo crimen.

Solían terminar la jornada sobre las cinco de la tarde, algunas veces, un poco antes. Cerraban la portilla del huerto tras de sí y conducían de nuevo hasta la casa que servía de almacén, donde se despedían.

—Nos vemos mañana —gritó Lyle desde el coche, mientras se ponía en marcha.

—Si no me muero antes —respondió Otis, saludando con la mano—, aquí estaré.

Lyle negó con la cabeza. Otis tenía ochenta y seis años y estaba fuerte como un roble. Había ocasiones en las que Lyle se preguntaba si el viejo lo sobreviviría.

Algunos días, Isaac acompañaba a Lyle al huerto. Los Haskell adoraban al pequeño y le daban chocolate caliente por la mañana, mientras el resto bebía café flojo, y lo observaban fascinados. Mabel sacaba bandejas enteras de galletas y *brownies* recién horneados y Lyle contemplaba cómo los ojos de Isaac se abrían como platos.

Muchas mañanas de verano, el muchacho se quedaba con Mabel y la «ayudaba» a fregar los cacharos, o se sentaba en su regazo a ver *Barrio Sésamo* o algún otro programa del canal pbs. En una ocasión, cuando Lyle y Otis pararon para el almuerzo, se los encontraron comiendo palomitas con mantequilla y viendo *Sonrisas y lágrimas* en una vieja cinta de vídeo vhs.

Otras veces, Isaac se sentaba entre Lyle y Otis en la camioneta e iba con ellos hasta el huerto. Cuando Otis se bajaba del asiento del copiloto para ir a abrir la portilla, el pequeño lo seguía, cerrando la puerta tras él.

«Atesorar» es una palabra fuerte, pero es cierto que Lyle atesoraba aquellos días. El ángulo en que incidía la luz en la primavera tardía, sus manos tentando las ramas y topando con delicados nidos de pájaros cantores nunca vistos, el olor dulce de la hierba recién cortada y el terroso de las hojas caídas y húmedas; las flores y las lilas de la acequia, las morenillas, tan raras y codiciadas; la electricidad de las abejas y su extático anhelo de polen; su nieto Isaac trepando a las ramas de un árbol para esconderse o corriendo por el huerto con una pluma de pavo en cada mano, los brazos extendidos como si fuera a echar a volar. O bien verlo sentado y casi inmóvil, con su chaquetita azul, arrancando hierba de la tierra...

—¿Sabes cómo hacer un silbato con hierba? —le preguntó una vez Otis al muchacho.

Isaac se rio. El viejo lo miró y fingió ponerse muy serio.

—¿Crees que te estoy tomando el pelo?

El pequeño asintió.

Con esfuerzo, el viejo se sentó junto a él en la hierba y arrancó una brizna larga.

—Tienes que sostenerla así —dijo—, entre el dedo índice derecho y el pulgar. Luego tienes que juntar las dos manos, un poco como si estuvieras rezando, dejando esta pequeña ventana entre ambas, así. Y luego soplas.

Otis sopló, y el sonido era en efecto muy parecido al de un silbato, pero también a un reclamo para pájaros. Isaac sonrió.

—Ahora mira a tu alrededor. Tienes un campo de silbatos entero para ti —dijo, revolviendo el pelo del muchacho—. Eso debería mantenerte ocupado un buen rato.

Y así fue como, durante una tarde entera, el huerto se llenó con el sonido de extraños silbidos mientras Isaac corría de un lado a otro del collado. Lyle y Otis se despreocuparon por completo, mientras los silbidos proseguían, misteriosos y juguetones, surgiendo entre las filas de árboles. Porque ¿había algo mejor que ser un niño pequeño y vagar libremente por el mundo salvaje para explorarlo? No existía peligro alguno, pues eran los adultos los que introducían el peligro en el mundo, siempre los adultos.

Otros días, Mabel se acercaba en su viejo Volkswagen hasta la portilla y tocaba el claxon, y entonces Isaac salía como una exhalación hacia ella y, aunque todavía no tenía la altura o la fuerza suficientes para abrir la portilla, de algún modo lograba hacerlo, laboriosamente. Mabel entraba entonces conduciendo muy despacio y Isaac cerraba la valla tras ella y luego corría de nuevo hasta la puerta del vehículo, un coche robusto y gris, y ella le alcanzaba un gran cesto de mimbre, que el niño llevaba torpemente hasta los dos hombres, mientras Mabel lo seguía a poca distancia. A continuación, desplegaban una vieja manta de franela, apolillada a más no poder con los años, y los cuatro se sentaban a su alrededor, mientras Mabel sacaba sándwiches de salami, queso y mayonesa envueltos en servilletas de papel, acompañados de patatas fritas, palitos de apio, zanahorias, *brownies* y a veces hasta de un termo con sidra de manzana. En cierta ocasión, recordaba Lyle, Mabel sacó incluso una botella de vino francés (un regalo que les habían hecho a los Haskell, por supuesto) y tres jarritas Mason. Y qué decididamente *civilizado* se sintió entonces Lyle, sentado en el huerto vernal, dando cuenta de una botella entera de Burdeos y luego levantándose para sentir la inclinación y el giro del planeta bajo sus pies. Su nieto se abrazó a su pierna y él lo levantó, como si no tuviera sesenta y cinco años, sino la edad de cuando Shiloh era pequeña y él la cogía y, alzándola, le daba una vuelta en el aire y luego le frotaba la nariz contra el cuello. Oh, ¡quería tanto al pequeño! Y eso era todo cuanto importaba.

## 7

Peg y Isaac estaban sentados a la mesa de la cocina. El pequeño llevaba una de las viejas camisas dominicales de Lyle, puesta al revés y abotonada a la espalda, y el tejido azul celeste estaba lleno de salpicaduras de pintura roja. La casa estaba caldeada y olía a estofado de cerdo guisado a fuego lento, a azúcar moreno y a canela. A Lyle se le hacía la boca agua.

—¿Qué andáis haciendo vosotros dos? —gritó mientras se sentaba y se desataba despacio sus botas Red Wing.

Peg susurró al oído de Isaac.

—¡No es asunto tuyo! —gritó el niño, riéndose, antes de regresar a la cartulina que estaba pintando.

Lyle se levantó, fue hasta la nevera y sacó un botellín de cerveza. Besó a Isaac en la cabeza y percibió el fresco aroma a champú de fresa que desprendía su cabello. Retiró una ramita de su mata de pelo rubio y, luego, un trocito de hoja.

Esa noche, después de que Shiloh hubiera fregado y secado los platos, y una vez que Peg hubo acostado a Isaac y le hubo leído varios cuentos de los osos Berenstain, los tres adultos se sentaron en el salón a ver, algo distraídos, el programa de antigüedades *Antiques Roadshow*, mientras Peg decía de vez en cuando: «Tenemos algo parecido en casa, por algún lado», o «Vaya, me acuerdo de ese juguete». Peg solía hacer de narradora de los programas de tele que veían juntos, aportando opiniones y comentarios críticos en tiempo real.

Lyle estaba ya cabeceando cuando Shiloh se aclaró la garganta para hablar.

—Tengo que deciros algo.

Lyle se incorporó en la silla y bajó el volumen del televisor.

Shiloh clavó la mirada en sus manos inquietas.

—Mirad —dijo—, ha sido maravilloso poder estar aquí, en casa, y agradezco mucho que nos hayáis acogido a Isaac y a mí. Prometo que no será para siempre.

Peg se inclinó hacia delante en la butaca.

—Cariño, podéis quedaros aquí todo el tiempo que necesitéis. Todo el tiempo que queráis. Estamos felices de teneros aquí.

Su hija se apartó el largo pelo castaño de la frente y lo colocó detrás de las orejas. Tenía la piel pálida y los ojos de un marrón oscuro, serios y vivaces. En la habitación, la luz era suave y tenue. La casa estaba en calma.

—Solo quería que supierais que estoy buscando un apartamento. En La Crosse. No podemos instalarnos aquí permanentemente. Para mí es importante estar cerca de mi iglesia y... eso era lo que quería deciros. No quiero que juzguéis mis creencias o cómo crío a Isaac...

—Shiloh, jamás osaríamos... —empezó a decir Peg—. Eres una madre maravillosa.

—Es solo que mi fe es lo más importante en mi vida. Mi fe y Isaac. Y vosotros dos, por supuesto. Y me encantaría que intentáramos practicarla juntos. Que acudierais a mi iglesia, con Isaac y conmigo.

—Por supuesto que podemos ir a tu iglesia, Shiloh —dijo Peg, con un deje de desesperación en su voz—. Nos encantaría hacerlo. ¿No es así, Lyle?

En momentos como ese, la más mínima vacilación puede interpretarse como una reticencia, como una negativa incluso, y aunque Lyle no tenía ningún interés en asistir a ninguna otra iglesia que no fuera aquella en la que había sido bautizado, en la que se había confirmado y casado, comprendió de súbito que su hija tenía el poder de privarle de la compañía de su nieto, algo que con solo imaginarlo le resultaba tan devastador como la idea de que le amputaran un miembro. Así que, mientras las partículas de tiempo pasaban zumbando junto a él y la conversación adquiría rápidamente una intensidad y un significado completamente nuevos, se forzó a responder deprisa.

—Por supuesto —dijo.

Shiloh sonrió, triunfante.

—Estoy tan contenta. No ha sido fácil criar sola a Isaac. Y... bueno, ha habido muchos días en los que lo único que me hacía seguir adelante era mi fe.

Una nube de tristeza invadió a Lyle, como si se hubiera bebido de golpe un vaso de agua fría y se le hubieran helado las venas. Durante la veintena, Shiloh se había pasado años enteros sin cogerles el teléfono, y las cartas y paquetes que le enviaban les eran devueltos porque no se habían podido entregar. Las visitas, difíciles, fueron escasas durante esos años en los que habían sabido tan poco de ella, en los que ni siquiera podían adivinar de qué color tendría el pelo cuando apareciera en su puerta por Navidad. Había sido Isaac, de hecho, quien los había reunido de nuevo, cuando Shiloh se mudó a Mineápolis y comenzaron las primeras llamadas de teléfono (la mayoría entre Peg y Shiloh). Pues fue entonces cuando, por primera vez desde su más tierna infancia, su hija les había pedido ayuda.

Y cómo se habían movilizado entonces, abalanzado casi, a la primera oportunidad de echarle una mano. Lyle, llevando todas las pertenencias de Shiloh a su nuevo apartamento; él y Hoot transportando sus cosas desde la camioneta al diminuto piso, subiendo tres pisos de escaleras estrechas y sinuosas. Luego, haciendo viajes a la ferretería a comprar trampas para ratones y detectores de humo, y al supermercado para dejarle la nevera llena. A pesar de las protestas de Shiloh, Peg le había dado también quinientos dólares en metálico. «Cógelos, no seas tonta», le había rogado Peg, «no lo tomes como un regalo para ti, sino para nuestro nieto».

Lyle y Peg no sabían nada del padre de Isaac. Peg solo se había atrevido a preguntar por él un par de veces y Shiloh había respondido haciendo un gesto despectivo con la mano. «No se merece ni que lo mencionen, de verdad», respondía, o «No quiero hablar de ello».

Había sido Peg quien había acompañado a Shiloh al hospital. Peg quien había aguardado en la sala de espera. Peg quien se había quedado con Shiloh en el pequeño apartamento hasta que su hija se acostumbró a dar el pecho y a dormir poco. Peg quien se había ocupado de las comidas, de lavar la ropa, de ayudar a cambiar pañales, de pasar la aspiradora, sacar la basura, hacer la compra...

—Es que no puedo ni imaginarme cómo... —le había dicho Peg a Lyle por teléfono—. No sé cómo se las va a apañar completamente sola.

Al otro lado de la línea, Lyle la escuchó llorar.

Resulta frustrante que tu única hija, la única que tienes, rechace tu amor y tu apoyo, como una flor que da la espalda al sol. Pero Lyle comprendía entonces, como también lo hacía ahora, que debía dejar que su hija ya adulta tomara sus propias decisiones y cometiera sus propios errores. Lo que siempre le había gustado de Shiloh, además, lo que siempre había admirado en ella, eran su fortaleza y su independencia.

—Iremos con vosotros este domingo —dijo Peg, asintiendo con un gesto—. Lo estoy deseando.

—Entonces, ¿ya no queréis venir a la iglesia con nosotros? Aquí, en San Olaf —preguntó Lyle con suavidad—. A todos les ha hecho tanta ilusión veros, como ya habrás notado. Y piensa en Charlie, también.

Shiloh negó con la cabeza.

—Tengo mis propias creencias —respondió, pronunciando aquellas palabras con cautela, mientras su ánimo se oscurecía ligeramente, como una bombilla parpadeando en una habitación sin ventanas.

Lyle no quiso insistir y, si bien no lograba entender de qué manera las creencias de Shiloh podían ser tan radicalmente diferentes (¿o mejores?) que las de la iglesia en la que había crecido, hizo lo que había hecho toda la vida cuando se presentaba una situación de conflicto con su hija: se levantó de la butaca, besó a Shiloh en la frente, dio las buenas noches a Peg y se fue al dormitorio. Lyle se había criado en una familia en la que rara era la ocasión en la que sus padres levantarán la voz, no digamos ya que discutieran abiertamente, y él no tenía ningún interés en pelearse con nadie, menos aún con su amada hija.

Ya en la cama, esa noche, Lyle miró hacia la ventana. Fuera, todo estaba donde siempre había estado: los arces, los fresnos, los álamos y los robles del bulevar, los coches oxidados de sus vecinos, la boca de riego roja, la acera agrietada y combada por la presión persistente de las raíces de los árboles... ¿Cómo discutir con alguien a quien se ama con tanta intensidad?, se preguntaba. Sentía que algo le quemaba por dentro, pues, por más que rehuyera el enfrentamiento, si la iglesia de Shiloh era la fuerza que les estaba arrebatando a su hija y a Isaac, estaba ya predispuesto a que no le gustara.

Al poco, Peg entró en el cuarto y Lyle la escuchó desvestirse, ponerse el camisón y meterse en su lado de la cama. Sus pies fríos encontraron las pantorrillas de Lyle.

—Señor, qué fríos tienes los pies, mujer —dijo él—. Tienes suerte de que te quiera.

—Tu trabajo es darme calor.

Durante un rato, ambos permanecieron callados.

—Ojalá pudiera entenderla —dijo Lyle finalmente.

—No tienes por qué —suspiró Peg—. Solo tienes que quererla.

—La quiero.

Peg le dio una palmada en el hombro.

—Pues sonrío y trágame.

—Trágame ¿qué?

—Toda esa ristra de fanáticos, beatas y predicadores del fuego y el azufre del infierno. Lo que sea que nos espera allí.



—¿En eso es en lo que cree?

—Me voy a dormir —dijo Peg.

Lyle se volvió hacia ella.

—Peg, ¿es eso en lo que cree? —repitió.

Podía sentir la mirada de ella en la habitación a oscuras. En la distancia se escuchó el silbido del tren, cada vez más agudo al aproximarse, y, al poco, sintieron temblar la cama. Era un Canadian Pacific, o tal vez un Burlington Northern Santa Fe, sacudiendo el pequeño pueblo que dormitaba a su paso, zarandeando los aparadores con porcelanas, los bibelots y baratijas apoyados sobre estantes polvorientos; sacudiendo los espejos y las fotografías enmarcadas y colgadas de peligrosos clavos Sheetrock; haciendo temblar las latas de refrescos en las neveras de los bungalós cercanos a las vías. En el único bar del pueblo, el Railroader, las botellas de Budweiser, de Michelob, de Miller High Life y de Coors vibraron y danzaron sobre la antigua y gastada barra de caoba. Era un sonido lacerante y agudo del que uno quería escapar enseguida, pero que resultaba reconfortante al mismo tiempo, como la mano que mece una cuna hacia delante y hacia atrás: el tren traqueteando sobre los raíles, tractrac-trac, trac-trac-trac... el ritmo del metrónomo de la América rural al caer la noche. Todo irá bien, el mundo sigue girando, los trenes siguen funcionando, el sol saldrá mañana... todo eso.

—No me importa lo que cree, Lyle. Me da igual. La quiero, y quiero a Isaac, y si me pide que visite su iglesia, lo haré feliz. No me supone un gran esfuerzo —dijo, dándole un beso de buenas noches.

Lyle se volvió hacia la ventana. Había un gato fuera, escurriéndose entre las sombras, con la cola erguida y curvada como un signo de interrogación.

La iglesia no denominacional de Shiloh se llamaba Coulee Lands Covenant (clc) y tenía su sede en un antiguo cine a las afueras de La Crosse. Los puestos que antes servían palomitas, refrescos y chucherías ahora servían café y donuts gratis. Los feligreses deambulaban por el recibidor, charlando en grupos, relajadamente, mientras los niños pequeños correteaban de aquí para allá por los pasillos enmoquetados del viejo cine y los chavales un poco mayores pasaban el rato en las esquinas del edificio, mirando sus teléfonos móviles. A las diez y media, se escuchó lo que a Lyle le pareció un grupo de rock arrancando, y su hija los guio hacia la música.

Shiloh llevaba unos zapatos blancos y planos, una falda azul marino que le llegaba por la rodilla y una blusa blanca. Iba discretamente maquillada, con un pintalabios recatado y un poco de rímel. Se había rizado ligeramente el pelo y tenía las mejillas levemente sonrojadas. Lyle creyó verla más feliz de lo habitual, más conectada con el mundo exterior.

No había bancos, sino filas y filas de butacas con la tapicería destrozada, aunque a los feligreses no parecía importarles. Muchos se movían al compás de la música que tocaba la pequeña banda, acompañándola con palmas. Lyle no reconoció la canción, que le pareció una suerte de rock terrible, con voces dolorosamente chillonas y una letra lastimera y quejumbrosa en la que se intercalaban pasajes de alabanza al Señor. Pensó, en ese momento, que debería existir alguna ley que prohibiera el rock cristiano, con la honrosa excepción de «Spirit in the Sky» de Norman Greenbaum. Había muchos congregados sentados en las viejas butacas del cine. Algunos de ellos echaban un vistazo de vez en cuando a la pantalla de su móvil; otros daban sorbos al café, servido en tazas de acero inoxidable. Lyle no sabía qué hacer, cómo actuar. No conocía a nadie. En la iglesia luterana de San Olaf, la señora Drummond tocaba el órgano desde hacía una eternidad, al menos desde que Lyle era niño —y quién sabe si quizá desde los tiempos de la guerra de Secesión—, y, una vez ella atacaba las teclas y pedales, todo el mundo sabía que tenía que abrir su himnario por la página señalada y tolerar sus escasas cualidades musicales. No era tanto que los himnos se hicieran largos como, más bien, repetitivos. Solo «Thine is the Glory» había despertado algo en Lyle alguna vez hasta el punto de hacerlo alzar la voz por encima del volumen habitual que empleaba al hablar.

Pero aquí, en la Coulee Lands, las letras de las canciones se proyectaban sobre la pantalla de cine y todo el mundo cantaba a pleno pulmón. Lyle miró a Peg, en busca de apoyo moral, pero su esposa miraba hacia delante con determinación. Parecía estar cantando la canción, dando palmas incluso, aunque no fuera al ritmo necesariamente. Se sucedieron tres canciones antes de que los congregados se sentaran por fin. Algunos de los asistentes mostraban ya un leve lustre en sus pieles debido a una gozosa sudoración. Lyle miró la hora. Habían pasado unos veinte minutos. Vio a Isaac dibujando en un sobre de ofrenda. Quiso alargar el brazo para atraer al pequeño hacia él, pero estaban cada uno en su butaca, así que optó por apoltronarse en la suya y aguardar a que aquello acabara. Se imaginó a sí mismo en una madriguera, tal vez jugando al solitario.

Un hombre joven caminó con naturalidad hasta el «frente» de la iglesia, justo debajo de la pantalla. Lucía una barba bastante larga, unos vaqueros nuevos pero envejecidos artificialmente, botas de trabajo gastadas y una camisa de franela con los dos botones de arriba desabrochados y las mangas remangadas, dejando ver los tatuajes de su antebrazo. Era alto, desde luego más alto que Lyle, quien se imaginó a sí mismo estirándose hasta más del metro ochenta que debía medir el otro. Aquel hombre joven parecía el cantante de un grupo de rock o un empleado de la construcción que hubiera salido a tomar una cerveza después del trabajo.

Lyle lo miró atentamente. Lo observó mientras él contemplaba desde allí, de pie, las filas de feligreses. Sus ojos brillantes revelaban una inmensa seguridad en sí mismo. Lyle buscó con la mirada a Shiloh, situada un poco más adelante en el pasillo. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa que Lyle no recordaba haber visto en meses, años tal vez. Resplandecía ante el hombre que estaba frente a ellos. Con un sobresalto, Lyle comprendió que debía tratarse del pastor de aquel rebaño.

Fue en ese momento cuando se le vino la palabra a la cabeza: rebaño. Los gansos también formaban rebaños: bandadas. Y los patos. Pero los gansos y los patos también podían arruinar sin remisión el césped de un parque con su incesante producción de excrementos. La ocurrencia estuvo a punto de hacerle reír, pero se contuvo y trató de mantener la seriedad estudiando a los parroquianos. Todos habían estirado el cuello y estaban ligeramente inclinados hacia delante, hacia aquel pastor joven y desaliñado.

Lyle nunca se había sentido muy predispuesto a seguir a nadie. Era cierto que había acudido a la iglesia durante décadas, pero nunca de forma reverente, sino más bien como uno va a correos o a la gasolinera, como parte de una actividad rutinaria. Tampoco le interesaba la política; había vivido lo suficiente para ver cómo todos los políticos que había admirado alguna vez se convertían en una decepción miserable, cuando no directamente en mentirosos. Y, por lo que a él respectaba, la religión no era mucho mejor —quizá peor, incluso, si hablaba con franqueza—, salvando su respeto y su afecto por Charlie. Pero sin embargo allí estaba, sentado en aquella butaca de cine vieja y torcida, así que se encogió de hombros, hinchó el pecho y se miró los pies. El suelo estaba moteado de restos de chicle pegados a la moqueta. Trató de imaginarse el cine antes de que cerrara, los adolescentes que se habrían besuqueado allí mismo, los espectadores masticando palomitas, quedándose dormidos, llorando, riéndose o saltando del susto en la butaca...

—Buenos días —dijo el pastor finalmente, con voz relajada y suave y un ligerísimo acento sureño, como melaza derramándose despacio fuera de su recipiente... Lyle aflojó un poco la tensión. Quería alzar la vista para mirar a aquel hombre a los ojos, pero siguió mirando al suelo.

—¡Buenos días! —repitió el pastor, y Lyle pudo *escuchar* las sonrisas en los rostros de todos los congregados, las sonrisas dibujándose en las caras de su propia familia. La iglesia entera vibró con un coro de «¡buenos días!».

—¡Buenos días! —volvió a gritar el pastor.

Lyle alzó la vista un momento y vio cómo el hombre iba de un lado a otro del frente de la iglesia, con los brazos levantados, agitándolos en el aire como si fuera un entrenador victorioso celebrando una canasta decisiva.

—Empecemos con una oración —dijo el pastor, y Lyle, ahora sí, fijó la vista al frente, pues era su costumbre, desde la muerte de Peter, no rezar, sino permanecer en el mundo con los ojos

abiertos, observando cómo rezaban los demás.

El pastor inclinó la cabeza, dejando caer hacia delante su espesa mata de pelo castaño, y Lyle contempló cómo, delante de él, las filas de fieles se inclinaban también, encorvando los hombros, llevándose las manos entrelazadas al regazo y cerrando los ojos.

Lyle no escuchó la plegaria. Estaba ocupado observando a la gente, absorbiendo cuanto acontecía en el viejo cine. Las ajadas cortinas de terciopelo color borgoña que colgaban a cada lado de la pantalla tenían unas marcas de agua que describían una especie de espiral amebiana, a modo de estampado accidental. Había pequeñas bombillas blancas delimitando los pasillos — algunas funcionaban, otras estaban fundidas—, como si fueran las pistas de despegue de un aeropuerto poco fiable. El púlpito no era tal, sino un atril con pinta de endeble sobre el que reposaba la pesada Biblia del oficiante. Los instrumentos de la banda estaban dispuestos de manera desordenada, casi casual, como si los músicos fueran adolescentes improvisando en una fiesta: una guitarra acústica por aquí, un violín por allí, una guitarra eléctrica, un bajo, unas cuantas panderetas, una batería, un pequeño teclado Casio... Lyle se fijó en una mujer mayor que estaba más adelante, en el pasillo, en una silla de ruedas, y que cantaba para sí mientras movía la silla hacia delante y hacia atrás; observó a una mujer joven, que movía la cabeza y hacía tintinear suavemente la media docena de pendientes que llevaba en una oreja; y a un hombre de su misma edad que se sonaba los mocos en un pañuelo blanco con la palabra «Royal» bordada en azul; y a una chica joven, con dos coletas rubias, que estaba hurgándose la nariz; y a un chico tan aparentemente concentrado que la piel de su rostro había adquirido un color remolacha; y a un hombre mayor con el hombro espolvoreado de caspa; y a unos niños con las manos llenas de pinturas de cera, que parecían estar muy ocupados coloreando; y a las madres que consultaban a escondidas el móvil; y los *spinners* desestresantes que vio girar entre los dedos de varias manos. Advirtió también que algunos de los congregados parecían estar ya al borde del llanto, recién iniciada la ceremonia.

Después observó a quienes estaban más cerca: a Peg y a Shiloh, que tenían los ojos cerrados y el semblante relajado; y al pequeño Isaac, que estaba de pie, al otro lado de Shiloh, mirando a Lyle, sonriendo traviesamente y saludándolo con la mano. Lyle le devolvió el saludo, luego se puso bizco y le sacó la lengua. No creía que Dios pudiera tomarse a mal aquella conducta poco decorosa pero benigna entre un abuelo y su nieto.

La ceremonia duró casi tres horas. Lyle rememoró los tiempos en los que había visto *Ben-Hur* en el cine y en los que solían hacerse descansos en las proyecciones de películas muy largas. Su maltrecha vejiga hubiera agradecido sin duda un pequeño receso. Tras el «amén» final, salió zumbando hacia el servicio y estuvo delante del urinario durante lo que le parecieron minutos. Después se lavó las manos y, al salir, encontró a su familia en el «pórtico» —es decir, en el recibidor del antiguo cine—, rodeando al pastor. Este parecía estar culminando en ese momento una suerte de elaborado truco de magia, pues, mientras Lyle se aproximaba, Peg y Shiloh rompieron a aplaudir y Isaac chocó los cinco del hombre con entusiasmo.

—Usted debe de ser el padre de Shiloh —dijo el pastor, ofreciéndole la mano—. Soy el pastor Steven. Encantado de conocerle.

Lyle advirtió que llevaba un voluminoso reloj blanco, de plástico, varias esclavas de plata y un número no desdeñable de coloridas pulseras trenzadas.

—Así es —respondió él—. Lyle Hovde. Y esta es mi mujer, Peg.

—Oh, ya nos hemos presentado —dijo ella, con tono alegre—. Ha sido un sermón maravilloso, pastor Steven. Sencillamente maravilloso. Es usted un predicador increíble, y siendo tan joven, además.

Lyle podía ver que su esposa estaba siendo sincera.

Shiloh se apoyó contra el hombro derecho del pastor y este agachó la cabeza para apoyarla sobre la de ella.

Lyle frunció el ceño.

—¿Practica antes los sermones? —continuó Peg—. ¿O los escribe? Porque en ningún momento le he visto leer ni consultar notas...

—Si me excusáis un momento, voy a saludar a unos amigos —dijo Shiloh.

Y salió disparada para mezclarse con un grupo de fieles de su edad, que se reían y señalaban las pantallas de sus teléfonos y anotaban cosas, mientras levantaban bebés y los sujetaban a la altura de las caderas o los acunaban en sus brazos. «Tiene una comunidad aquí», pensó Lyle, «no solo a sus viejos padres y a Hoot y a Charlie, o a Mable y Otis, como mucho, dejándose caer de vez en cuando por casa».

—No, señora, ningún ensayo previo. Sale todo de aquí —dijo el pastor, dándose una palmada en el esternón— y de aquí —añadió, tocándose la frente—. Creo que un pastor que recurre a notas o escribe los sermones no está alerta ni mantiene alerta a su comunidad. En esta iglesia, todo está en las manos de Dios. No hay red de seguridad, no hay *airbags*. Todo es real y todo sucede en el momento. Y yo soy un mero recipiente o, si lo prefiere, un canal.

Isaac había corrido hacia Lyle y se había abrazado a una de sus piernas. Lyle miró hacia abajo y frotó la cabeza del muchacho.

—Es un jovencito muy talentoso —dijo Steven, y dirigió al niño una sonrisa aprobadora mientras le guiñaba un ojo.

—Lo es, sin duda —corroboró Peg—. Estamos tan orgullosos de él. Y de su madre también.

—¿Talentoso? —preguntó Lyle.

Steven miró a Lyle con una intensidad y una determinación que este no había sentido en muchos, muchos años; como si aquel joven sacerdote pudiera ver en su interior, o incluso a través de él, y escrutar cada molécula de su ser, cada segundo de su vida, cada poro de su piel.

—Sí —respondió Steven—, su madre y yo creemos que es un sanador.

—¿Un sanador? —repitió Peg—. ¿Isaac?

—¿Un sanador de qué? —dijo Lyle—. Solo es un niño. Tiene cinco años.

—No creo que eso le importe mucho al Señor —replicó Steven—. Nadie sabe por qué decide habitar en una persona y no en otra, por qué enciende una luz en este niño y permite que otros niños se echen a perder o mueran, incluso. Pero yo lo he visto, ¿no es verdad, Isaac?

El pequeño miró hacia arriba, a su abuelo, y asintió con cautela antes de volver a fijar la vista en la moqueta.

—Ahora, si me disculpan, quisiera dar la bienvenida al resto de invitados que han venido esta mañana —dijo Steven, y estrechó la mano de todos una vez más, antes de arrodillarse junto a Isaac y hacer la señal de la cruz en la frente del muchacho. Luego, acarició su pelo rubio, se incorporó y se dirigió hacia el grupo de Shiloh y sus amigos.

Lyle miró fijamente a Peg, quien tardó en devolverle la mirada.

—Abuelo —preguntó Isaac—, ¿puedo comerme un donut?

Lyle revolvió su cartera hasta encontrar un billete de un dólar y se lo entregó.

—Pero tráeme la vuelta —le dijo, con un tono más apremiante de lo que hubiera deseado.

Sabía que el cambio serían cincuenta centavos o menos, pero ya era más de lo que estaba dispuesto a donar a aquella iglesia esa mañana.

Una vez el niño se hubo alejado, Lyle echó un vistazo a su alrededor y se dirigió a Peg.

—Bueno, estaba preparado para encontrarme con una legión de evangelistas fanáticos. Pero me parece que nuestra hija se ha unido más bien a una secta —dijo.

Peg le dio un golpecito suave en el hombro.

—Estoy convencida de que no es una secta —susurró.

—¿Lo estás? Ese hombre acaba de decir que tu nieto de cinco años es un puñetero... un «sanador». Sea lo que sea eso.

En ese momento, Shiloh se acercó a ellos, abrazándose los hombros, la piel radiante.

—Bueno, cariño —dijo Peg—, tu padre y yo estábamos pensando en ir tirando para casa. ¿Estáis listos?

—No —respondió Shiloh—, pero no os preocupéis, el pastor Steven nos puede acercar más tarde.

—¿Seguro? Podemos llevarnos a Isaac —se ofreció Peg, y Lyle creyó intuir un leve matiz de desesperación en su tono.

—Estará bien aquí —dijo Shiloh—. Hay más niños con los que puede jugar.

Isaac estaba junto a uno de los antiguos puestos de palomitas, hablando con una niña de pelo largo y rizado y piel pálida. La niña llevaba unas gafas con lentes muy gruesas y miraba a Isaac como si fuera un hermano mayor al que adorara o un profesor. Isaac le ofreció un poco de su donut, invitación que ella aceptó de buen grado.

—No es ninguna molestia —insistió Peg—. De verdad. Le daremos bien de comer y de cenar, algo sano, lo prometo. Así te puedes relajar con tus amigos.

—Ya estoy relajada, mamá —dijo Shiloh—. Y él está muy bien aquí. De hecho, es posible que luego vayamos a ver un piso juntos.

—¿Juntos? —preguntó Lyle—. ¿Tú y Isaac, quieres decir?

—Y Steven —dijo Shiloh—. De todas formas, gracias por venir. Significa mucho para mí. Nos vemos esta noche.

Besó a ambos en la mejilla y se volvió hacia donde estaban sus amigos, como podía haberlo hecho diez o quince años antes.

Lyle y Peg se pusieron en marcha despacio, enfilando el camino hacia la salida y pasando por delante del puesto de palomitas, donde su nieto había desaparecido ya de su vista. Era como si acabaran de ver una película muy triste una lluviosa tarde de invierno. Pero no llovía. Fuera, el sol bañaba cálidamente el aparcamiento, reflejándose sobre los parabrisas y emitiendo destellos cegadores. Lyle se sorprendió a sí mismo buscando la mano de Peg y ambos caminaron hasta el coche de ese modo, agarrados, como caminan las parejas mayores cuando tienen que atravesar unos grandes almacenes atestados o un estadio lleno de gente.

El futuro pintaba bastante más turbio de lo que habían imaginado tres horas antes.

Se agacharon para entrar con dificultad en el coche y luego se quedaron allí sentados, inmóviles, mirando hacia delante.

—¿Un sanador? —dijo Peg.

—Yo qué sé —respondió Lyle—. Quiero decir... bueno, ya sabes lo que pienso.

—Creo que deberías hablar con Charlie. Ver si él sabe algo sobre este lugar y sobre este pastor Steven.

—¿Pedir a nuestro pastor que espíe al suyo?

—Lo digo en serio, Lyle.

—No sé.

Lyle arrancó el coche y puso rumbo al sur. Durante largo rato, avanzaron en silencio, ambos con la ventanilla bajada, los campos y el Misisipi corriendo a su vera.

Al llegar a casa, Peg se apresuró a cambiarse de ropa y, una vez vestida de faena y calzada con zapatillas deportivas, se fue directa al pequeño jardín. Allí comenzó a trabajar de inmediato, hundiendo vigorosamente la azada en la tierra, una y otra vez. Lyle, por su parte, sin saber muy bien qué hacer, terminó por tumbarse en la cama. La casa estaba tan silenciosa sin Isaac. El pequeño siempre estaba hablando o cantando, ya fuera mientras dibujaba en la mesa de la cocina, o construía fuertes improvisados con muebles del salón y mantas, o montaba en bicicleta, u hojeaba la *Encyclopedia Britannica* (edición de 1985, el año en que adoptaron a Shiloh) de Lyle, o mientras tallaba un trozo de madera en el rincón del garaje que Lyle tenía habilitado como taller. Siempre estaba ese alegre ruido de fondo, agudo en tono pero moderado en volumen, como si hubiera un parque infantil un poco más abajo en la misma calle. Lyle podía estar en el baño, afeitándose, y oír al pequeño parlotear sin parar, contándole a Peg algo que había visto u oído en el pueblo, o cantando un fragmento de alguna canción que había escuchado en la radio, como aquella de los Beach Boys, *So hoist up the John B's sail! See how the main sail sets. Call for the Captain ashore. Let me go home!*\*\*\*

Lyle se levantó de la cama, se quitó el traje de domingo, se puso unos vaqueros azules y una camiseta gris ya vieja y se dirigió, despacio, hacia el jardín. Peg estaba arrancando malas hierbas y tenía las manos sucias de tierra y llenas de dientes de león, zanahorias silvestres, ambrosías y gramas. Su rostro estaba surcado de churretones de barro allí donde el sudor se había mezclado con la tierra. Lyle se quedó junto a la diminuta cerca del jardín, consistente en una alambrada de gallinero de apenas un metro de altura y varios postes para sujetarla, lo suficiente para mantener a raya a las marmotas y los conejos. Peg estaba arrodillada y Lyle advirtió que estaba jadeando y que algo agitaba su pecho.

—Tal vez no debamos... —empezó a decir Lyle—. No lo sé, tal vez sea mejor que nos lo tomemos con calma y no la presionemos.

Peg asintió, hasta tocar el pecho con su barbilla. Luego espiró ruidosamente.

—Tienes razón —dijo—. Pero conviene vigilarla un poco, también. Hacer algunas preguntas.

—¿Necesitas que te eche una mano? —preguntó él.

—Te quiero —respondió ella.

—Yo también.

Lyle pasó una pierna por encima de la valla y luego la otra. Se arrodilló junto a Peg y las manos de ambos hurgaron juntas en la tierra. Así transcurrieron varias horas, hasta que llegó el momento de cenar. Entonces fueron a la cocina, donde aguardaron la llegada de su hija y de su nieto.

**Verano**



La casa de Lyle y Peg no tenía aire acondicionado y la primera noche verdaderamente calurosa de aquel verano, Lyle no pudo conciliar el sueño. Durante horas, estuvo revolviéndose en su lado de la cama, como un tronco girando en el agua. Probó a encender la lamparita de su mesilla de noche y leer un rato uno de sus libros favoritos, *The Control of Nature*, de John McPhee. Luego lo dejó y volvió a apagar la luz. Fue al baño y bebió un vaso de agua. Regresó a la cama. Contó ovejas. Aguzó el oído para ver si se acercaba algún tren, pero no se escuchaba ninguno. Encendió la luz de nuevo y se puso a hacer un sudoku.

Finalmente, volvió a apagar la lámpara y bajó a la cocina. Se sirvió un vaso de leche y se lo bebió, sediento. Luego se sirvió otro, salió al porche y se sentó en el balancín de la entrada.

Nada parecía moverse en el pequeño pueblo. No había tráfico. Ni trenes. Nadie paseando al perro. La estación no estaba lo suficientemente avanzada para escuchar luciérnagas o cigarras. Ni siquiera había murciélagos haciendo piruetas en la oscuridad. Las hojas de los árboles del bulevar no temblaban ni se agitaban. No hacía nada de viento.

¿Tenía hambre? Quizá. De vuelta a la cocina, abrió la nevera y echó un vistazo al interior, bañado de luz blanca. ¿Queso? No, queso no. ¿Salami? ¿Una manzana, quizá? ¿Helado? Sí, helado podía valer. Pero al abrir el congelador, descubrió que solo quedaba una cucharada escasa de helado de chocolate y menta; casi peor que no encontrar nada. Aquello era muy típico de Peg: dejar un cartón con una miseria de leche, una caja con una solitaria galleta Oreo o una bolsa de nachos, antes llena a rebosar, con tan solo un pequeño puzle de fragmentos rotos y polvo de maíz.

Lyle se comió la cucharada de helado que quedaba y tiró la tarrina. Luego deambuló por la pequeña cocina con la cuchara fría todavía en la boca. El contacto del metal helado contra la lengua le producía una sensación agradable. Finalmente, abrió un armario, sacó un bote de mantequilla de cacahuete y empezó a comerse una cucharada tras otra, muy despacio, mientras miraba a través de la ventana, hacia la oscuridad exterior.

—¿Abuelo?

Lyle se llevó tal sobresalto que a punto estuvo de dejar caer el bote. Allí estaba Isaac, bostezando; solo llevaba puestos sus pequeños calzoncillos.

—¿Qué pasa, tigre?

—Has usado la misma cuchara.

—¿Qué?

—Para el helado y la mantequilla de cacahuete. Te he visto.

—Vaya, es verdad.

Isaac arrastró los pies hacia Lyle y se abrazó a su cintura.

—Hace mucho calor, abuelo —protestó, somnoliento.

—Lo sé.

—¿Podemos ver la tele?

—No, si ponemos la tele luego nos costará más dormir. Pero ¿sabes qué podemos hacer? Podemos coger el coche y salir a dar una vuelta.

—¿A dónde?

—No lo sé —dijo Lyle—. A una gasolinera. Podemos pillar unos Eskimo Pies. O a un McDonald's. Igual hay alguno abierto en algún lado.

—En La Crosse hay un McDonald's —dijo Isaac, con entusiasmo.

—Muy bien. Pues ponte algo de ropa y vamos a dar un paseo.

—¿No se lo deberíamos decir a mamá? ¿O a la abuela?

—Nah, no queremos despertarlas.

—Tal vez deberíamos dejarles una nota.

—Esa sí es una buena idea, chaval. Vístete mientras yo escribo la nota.

—De acuerdo.

—Espera un momento, hazme un favor y haz pis primero. Hay que conducir un rato para llegar y no queremos accidentes por el camino, ¿verdad?

—Vale, abuelo.

El pequeño salió corriendo hacia el baño. Lyle se apoyó en la encimera de la cocina y garrapateó una nota en un papel: «Isaac y yo hemos salido a por un helado. Estaremos de vuelta enseguida. Os quiero, Lyle». Luego fechó la nota y puso «Pasada la medianoche», lo que le recordó al título de una canción de J. J. Cale, una de sus favoritas en otra época de su vida, ya muy lejana.

Condujeron por la carretera del río, con el aire acondicionado a tope.

—Mamá dice que nos vamos a mudar a La Crosse antes de que empiece el colegio —dijo Isaac desde la silla de niño colocada en el asiento de atrás.

Lyle resopló.

—¿Sí?

El pequeño asintió.

—Vaya —prosiguió Lyle—. ¿Y qué te parece? ¿Te apetece?

Isaac se encogió de hombros.

—Me gusta estar contigo y con la abuela. Me gusta que estemos todos juntos. Me gusta cómo huele vuestra casa.

—Y a nosotros nos gusta mucho teneros con nosotros —dijo Lyle—. Oye, a lo mejor me puedes enseñar dónde vais a vivir.

—Solo me acuerdo de que mamá dijo que se llama dúplex y de que los vecinos tenían aparcadas varias motos pequeñas en la entrada.

Lyle miró al muchacho por el espejo retrovisor.

—¿Motos pequeñas?

Isaac asintió.

—Sí, y estaban muy sucias y eso.

El McDonald's abría veinticuatro horas al día, siete días a la semana, un concepto que todavía ponía a Lyle de los nervios: la idea de un negocio que pudiera estar abierto durante los

próximos cien años y operando de manera permanente. Se acercaron a la ventanilla para vehículos y pidieron dos batidos de fresa.

Acto seguido, Lyle puso rumbo hacia la Coulee Lands Covenant y, al hacerlo, tuvo una intuición.

—¿La casa nueva está por aquí cerca? —preguntó a Isaac.

—No lo sé —respondió su nieto—. La última vez que la vi no estaba tan oscuro. Pero creo que sí.

Atravesaron las calles nocturnas despacio, sosteniendo en la mano los batidos fríos, con el aire acondicionado haciendo un ruido infernal y la radio sonando bajita —«Sweet Thing» de Van Morrison: *I shall drive my chariot down your streets and cry...*\*—. Finalmente, llegaron a un callejón sin salida, flanqueado de dúplex nuevos y casas de una planta de color beige. Isaac se incorporó en su asiento.

—Espera —dijo.

Escudriñó el exterior desde la ventanilla y señaló uno de los edificios.

—Creo que es ese.

Lyle bajó la ventanilla y el aire húmedo de la noche entró espeso como las aguas de un cenagal. No había árboles en el paseo ni en los patios de las casas, un detalle que Lyle siempre asociaba a la pobreza. O al descuido. O a la provisionalidad. Contempló la casa con detenimiento: los revestimientos de vinilo, el césped sin cortar, las persianas venecianas torcidas en las ventanas en penumbra.

—Mamá dice que tiene aire acondicionado —dijo Isaac.

En el acceso a las casas había cuatro motocicletas sucias, llenas de barro, y varias latas de cerveza aplastadas y abandonadas sobre la hierba. En el aire flotaba un vago olor a combustible y a carbón. De un patio trasero llegaba un rumor de risas apagadas, hasta que un perro invisible comenzó a ladrar y un vozarrón le espetó de repente «¡cállate!». Un poco más adelante, en la calle, había una camioneta con neumáticos gigantescos y una pegatina en el parachoques con la bandera confederada y la leyenda FEAR THIS.\*

Se quedaron en silencio un rato, mientras la radio seguía sonando —... *And I will never, ever, ever, ever grow so old again...*\*—. Isaac sorbía su batido rosa y la luz de la luna se reflejaba sobre los cristales rotos que ensuciaban el callejón, como si fueran un millar de diamantes en bruto arrojados sobre un vestido de oscuro terciopelo.

Lyle miró hacia el otro lado de la calle, donde alguien había encendido un cigarrillo en la oscuridad, la brasa anaranjada ardiendo lenta e intermitentemente. Subió la ventanilla y emprendieron el viaje de regreso.

—El pastor Steven parece majo, ¿no? —preguntó a Isaac.

El niño encogió sus pequeños hombros.

—Nos dijo a mí y a la abuela que puedes curar a la gente —insistió Lyle.

Isaac miró por la ventanilla, a las luces que corrían fugaces.

—¿Qué quiere decir eso, chaval?

—No lo sé, abuelo —dijo Isaac.

Lyle lo miró por el retrovisor. El pequeño tenía los ojos cerrados.

—¿Isaac?

—Buenas noches, abuelo.

—Isaac, contéstame. Soy tu abuelo. Sabes que puedes contármelo todo. Te lo prometo.

Lyle detuvo la camioneta en el aparcamiento abandonado de un almacén maderero en ruinas y se volvió hacia Isaac. El muchacho seguía callado e inmóvil.

—¿Sabes por qué sé que no estás dormido?

Isaac no respondió. Seguía cerrando sus ojos con fuerza.

—Primero, porque eres incapaz de soltar ese batido; y, segundo, porque cuando duermes de verdad, abres la boca, igualito que tu madre. Ahora, por favor, respóndeme.

El muchacho abrió los ojos y comenzó a sorber con aire distraído los restos del batido.

—A ver, ¿por qué creen que eres un sanador?

—No lo sé, abuelo... Una vez descubrimos un cardenal que se había estrellado contra la ventana de nuestra cocina y pensábamos que estaba muerto. Tenía moscas alrededor y todo. Pero antes de que mamá pudiera cogerlo para tirarlo a la basura, yo lo toqué y el pájaro echó a volar.

«De acuerdo», pensó Lyle, «eso no tiene por qué significar nada. El pájaro podía estar aturdido, simplemente».

—¿Y qué pasa con las personas, Isaac? ¿De verdad puedes curar a una persona?

—Eso dice mamá —respondió el niño, encogiéndose de hombros de nuevo y apretando con fuerza la pajita que tenía entre los labios.

—¿Y por qué cree eso, chaval?

—Supongo que porque he ayudado a algunas personas.

—¿Qué personas, Isaac?

Isaac volvió a adoptar un gesto indiferente.

—Le cuentan algo al pastor Steven. Entonces el pastor Steven me lleva a una casa. Suele haber un montón de gente allí, y están todos rezando. Luego le dicen al pastor Steven dónde les duele, él me lo dice a mí y entonces yo pongo mis manos donde me dicen y después la gente se siente mejor. Pero solo ha pasado unas pocas veces, abuelo.

—¿Seguro, chaval?

—No me apetece hablar de esto.

Lyle miró a su nieto en la oscuridad. Luego estiró el brazo para acariciarle la rodilla.

—Está bien —dijo—. Tenemos que volver a casa, además.

—Abuelo...

—Dime, cariño.

—Tengo que hacer pis.

—¿Otra vez?

—Lo siento.

—No, no pasa nada, es solo que... —Lyle no quería herir los sentimientos del pequeño—. Espera, que salgo contigo.

Se dio cuenta de que también él sentía la vejiga llena. Se acercaron a una zona de sombras muy densas y se aliviaron allí, acompañados por el sonido de su orina trazando un arco y sacudiendo las altas hierbas en la oscuridad.

Durante el trayecto de regreso, Isaac se quedó dormido. Al llegar, Lyle lo cogió en brazos y lo sacó del coche, cerrando la puerta con suavidad antes de entrar en la casa y bajar las escaleras hasta el cuarto del niño. Lo metió en la cama, le apartó el pelo de la cara y lo besó en la frente.

Luego, subiendo las escaleras sin hacer ruido, cruzó la casa en tinieblas hasta llegar a la nevera, hizo una bola de papel con la nota y, agotado por fin, se retiró a su dormitorio, donde no tardó en dormirse.

## 10

Por la mañana, la casa olía a tortitas y beicon, a café y a huevos revueltos. Peg y Shiloh estaban en la cocina, charlando y riéndose en voz baja.

—Buenos días —dijo Lyle, poniéndose una taza de café y besando a su hija en la mejilla—. ¿Dónde está Isaac?

—Está durmiendo todavía —respondió Shiloh—. Creo que nadie durmió muy bien anoche.

Procedente del sótano, llegó el sonido de unos pasos ligeros sobre la escalera y, al poco, Isaac apareció en la cocina, saltando directamente al regazo de Lyle.

—¿Hay hambre? —preguntó Peg.

El chico asintió.

—¿Cuántas tortitas te puedes comer?

—Pues... tres —dijo Isaac, y se acurrucó contra Lyle, desprendiendo todavía la calidez matutina de las sábanas, su pelo revuelto y encrespado.

Shiloh los miró y sonrió.

—Míralos, vaya par —dijo—. Uña y carne.

Isaac asintió con la cabeza.

—Anoche fuimos a por batidos. Y le enseñé al abuelo nuestra casa nueva.

Peg dejó frente a Isaac un plato con comida y un vaso pequeño con zumo de naranja. Luego lanzó una mirada fugaz a Lyle y se secó las manos en el delantal.

Durante unos instantes, se hizo el silencio en la cocina, mientras Isaac atacaba su desayuno.

Shiloh miró a su padre con ojos sombríos y se aclaró la garganta.

—¿Y de quién fue la idea? —preguntó.

—Del abuelo —dijo el niño, con la boca llena de tortita con mantequilla y sirope de arce.

Se hizo un nuevo silencio incómodo, roto tan solo por el ruido que Isaac hacía al masticar y por el suave siseo de las tortitas que estaban al fuego. Fuera, se escuchó el silbido de un tren en la distancia. Peg removió algunos platos en la pila, pero Lyle sabía que no los estaba fregando, no realmente. Podía sentir la mirada de su hija fija en él. No era así como le gustaba empezar los días, con un conflicto. De hecho, no había nada en el mundo que lo desagradara más.

—Creo que podríais quedaros aquí —ofreció con amabilidad—. Maldita sea, te llevaré en coche al trabajo si hace falta.

Lyle advirtió la desesperación que dejaba traslucir su propia voz. Sabía, además, que argumentar su propuesta de manera racional no serviría sino para hacerlo sonar más desalentado y alejar aún más a Shiloh.

—Los colegios aquí están muy bien. Las clases son más pequeñas. Isaac recibirá toda la atención del mundo. Y nosotros podemos echar una mano. Podemos llevarlo y recogerlo. Ahorraríais dinero.

—Vaya, ya lo has planificado todo por nosotros, ¿eh, papá? —respondió Shiloh con sequedad.

—Siento lo del aire acondicionado también. Voy a llamar a Hoot. A ver si podemos arreglarlo cuanto antes. Tu madre y yo deberíamos haberlo hecho hace años.

—¡Papá, por favor!, esto no tiene nada que ver con el aire acondicionado... No me puedo creer que hayas ido a espiar nuestra nueva casa. Me parece tan... Solo tenías que pedirlo.

Shiloh se levantó de la mesa.

—Da igual —prosiguió—, Steven me va a ayudar a conseguir un coche hoy. Llegará en una hora más o menos, así que voy a ducharme.

Lyle acarició la cabeza de Isaac y frotó con los dedos el lóbulo de su oreja izquierda. Peg, ahora sí de verdad, depositó ruidosamente varias ollas en el fregadero, apagó el fuego y salió de la cocina en dirección a su dormitorio.

—¿Se ha enfadado la abuela? —preguntó Isaac—. ¿Mamá está enfadada también?

Lyle se levantó y se sirvió más café.

—Por supuesto que no, cariño —dijo.

Sobre la plancha reposaban todavía cuatro tortitas, ya más negruzcas que doradas.

Steven aparcó en la entrada de la casa, al volante de una camioneta gmc *vintage* de finales de los setenta o principios de los ochenta, toda ángulos rectos y cromados brillantes. No había una sola mota de óxido en el chasis y la forma en que estaba pintada recordaba a un caramelo de cinta, de un turquesa y un blanco resplandecientes.

En el porche, Lyle se incorporó para salir a recibir al pastor.

—Bonita camioneta —reconoció—. ¿Era de tu padre? ¿De algún tío tuyo?

—No —respondió Steven—, la compré de segunda mano con dieciséis años. Ahorré durante años la paga que me daban por hacer las tareas de casa. Y llevo invirtiendo tiempo y dinero en ella desde entonces. Me distrae del trabajo. Creo que es una buena forma de entretenerse, y de sentirse bien. Para unos, es tener un perro; para otros, supongo, leer un libro. Pero a la gente siempre le gusta hacer preguntas sobre coches y camionetas viejos —hizo una pausa y sonrió—. A ti también.

Lyle se sonrojó, ligeramente azorado. Su propia camioneta estaba aparcada en el garaje y, aunque no era mucho más nueva que la de Steven, estaba mucho más estropeada. El vehículo se había convertido en una especie de solárium para polillas y moscas y estaba llena de polvo, de virutas de madera y de porquería. Lyle había sido criado y educado para cuidar sus posesiones y enorgullecerse de ellas, ciertamente, pero allí estaba aquel chaval joven, que probablemente no había cumplido treinta, y que había sido capaz de arreglar algo tan antiguo y de dejarlo como nuevo...

Lyle decidió apretar un poco más.

—¿Llevas mucho tiempo en La Crosse?

—No, señor. Unos ocho meses.

—¿Y antes de eso?

—Bueno, he ido de aquí para allá. Es como si cada año, año y medio, me llamaran de algún sitio diferente y me reclutaran para plantar y hacer crecer una nueva comunidad. En los últimos cinco años he vivido en Oregón, Idaho, Misuri, Minnesota y, ahora, en Wisconsin. Ya sabe lo que dicen, «la piedra que rueda no cría moho»...

Lyle quería preguntarle qué estaba haciendo con su hija y con su nieto, pero en vez de hacerlo, se miró las botas de trabajo que calzaba.

—Señor —comenzó Steven—, quiero que sepa que Shiloh y yo solo vamos a ser compañeros de piso. Dormitorios separados. Soy pastor, señor. No puedo vivir en pecado. Lo hago solo para facilitarnos las cosas y para ayudarla a arrancar en La Crosse. Como usted sabe, los pastores no ganamos mucho... Pero estoy muy interesado en ella, señor. Y en Isaac también, por supuesto. Ese chico... Le diré algo: solo he visto una cosa así otra vez en mi vida, y nunca en mi congregación. Fue en Oregón. Había un hombre al que los fieles solían ir a ver cuando enfermaban. Yo lo vi curar a gente. Lo vi destruir el tumor que una chica tenía en la barriga solo con echar su aliento sobre él. Lo vi rezar sobre un bebé mortinato y revivirlo. El aliento del Señor pasó a través de él y entró en los pulmones del bebé y el niño empezó a llorar, pasó del azul al blanco y al rosa en un momento.

En el rostro de Steven se dibujó una sonrisa amplia y franca.

—¿Y has visto a Isaac hacer esa clase de cosas? —preguntó Lyle—. ¿Curar a gente?

—Así es, señor. En cinco ocasiones. La primera vez... bueno, no podía creer lo que veían mis ojos. Y ahora me avergüenzo de ello, si le digo la verdad. Pero detrás de la iglesia habían encontrado a una mujer anciana, poseída y con espasmos...

—Espera un momento, ¿has dicho poseída?

—En efecto. Creo que la había poseído un demonio.

—¿Un demonio?

—O un espíritu maligno. Yo lo vi. La vi retorciéndose allí, en la nieve, hablando en diferentes lenguas, con los ojos completamente en blanco. Shiloh se había acercado a ella y estaba tratando de confortarla cuando Isaac se acercó también... Le bastó con estirar el brazo y tocarla para espantar a aquel demonio y devolverla a la normalidad. Recuerdo haber pensado entonces en lo asustado que tenía que estar el niño, siendo tan pequeño y dulce como es, pero... maldita sea, era yo el que estaba asustado. Él, sin embargo... él estaba tranquilo, estaba sereno, Lyle. Nunca he visto un poder semejante en un niño.

—¿Y las otras veces?

—Bueno, señor, si algún miembro de mi iglesia acude a mí con un problema de salud y se trata de una dolencia lo suficientemente seria, Isaac y yo vamos a su casa y rezamos por ellos. El niño ha impuesto las manos a tres feligreses diferentes y en todos esos casos, señor, estoy convencido de que los ha curado. También me curó a mí, señor.

—Ah, ¿sí?

—Verá, durante años he padecido unas migrañas terribles que me dejaban completamente ciego. Eran tan dolorosas que tenía que encerrarme en un cuarto oscuro. Me debilitaban tanto que algunos domingos ni siquiera podía officiar, o si lo lograba no tenía fuerzas para quedarme luego con la gente. No podía rezar junto a los míos ni jugar al baloncesto con los jóvenes ni nada parecido. Así que, una noche, le pregunté a Shiloh si ella y Isaac podían rezar por mí, si podíamos tomarnos de la mano y rezar, y le aseguro, señor, que nunca antes había sentido así la presencia de Dios. Podía sentirlo, sentirlo a Él, brotando a través de mí, recorriendo mis dedos y mis brazos, hasta llegar a mi cerebro. Y la migraña se fue, desapareció, me limpió. Nunca he vuelto a tener una. Esa es la pura verdad.

—Ajá —dijo Lyle, mirándose los pies de nuevo.



En un mundo regido tan a menudo por ordenadores o teléfonos móviles, tan cultivado y perfeccionado a su modo, la sencilla franqueza de un hombre como Steven resultaba chocante. Lyle se sentía como si le acabaran de arrojar una pedrada con una honda de cuero y se tomó un momento para tratar de recomponerse tras aquella revelación.

—Entonces, ¿tu iglesia apoya esa clase de cosas? —preguntó—. Estoy algo confundido.

—Bueno, señor, esa pregunta es difícil de responder. Mi iglesia sin duda cree en la oración, en el poder de la oración. La oración es la forma que tenemos de hablar con Dios, de transformar el mundo y de brindar apoyo a otros hermanos cristianos. Y sí, creemos que el Señor habita en algunas personas escogidas. Dicho lo cual, no hacemos publicidad de ello y desde luego no vamos a explotar a Isaac ni nada parecido, de ningún modo, señor. Pero le diré algo también: no seré yo quien se interponga en el camino de la luz del Señor para hacerle sombra. No lo haré, señor.

Steven alzó la vista por encima del hombro de Lyle.

—¡Buenos días! —dijo.

Shiloh acababa de salir por la puerta. Pasó junto a Lyle y junto a Steven y se metió en la camioneta.

—¿Isaac no va con vosotros? —preguntó Lyle.

Shiloh se encogió de hombros.

—Está feliz aquí. Mamá y él van a cocinar algo juntos, creo. De todas formas, tal vez sea mejor que hoy se quede.

Steve alargó el brazo para estrechar la mano a Lyle.

—Que Dios le dé un buen día —dijo con tono jovial.

—Igualmente.

La camioneta arrancó y Shiloh no miró hacia atrás ni saludó en ningún momento. Lyle se quedó allí, de pie, unos instantes, antes de entrar de nuevo en casa.

Isaac estaba erguido sobre una banqueta baja, de modo que su pecho quedaba a la altura de la encimera de formica, mientras Peg, de pie, justo detrás de él, vigilaba los movimientos del niño en actitud protectora. El suelo estaba manchado de harina y de azúcar. Isaac se volvió para sonreír a Lyle. El pequeño tenía harina esparcida por el pelo, las mejillas y la ropa. Peg susurró algunas instrucciones a su oído y Isaac, obedeciendo, cogió las virutas de chocolate y, a continuación, la batidora.

—Pensaba que no podía comer galletas —dijo Lyle.

—Son galletas ecológicas —dijo Peg—. Las llamamos galletas mágicas. Ahora dile: «Lárgate ya, abuelo».

Lyle percibió que Peg se había relajado un poco, si bien todavía seguía distante. Sus sonrisas iban dirigidas al pequeño, no a él.

—Lárgate ya, abuelo —repitió el niño alegremente.

Pero Lyle no se quería ir a ninguna parte. Quería quedarse allí para siempre, fijado en aquel punto del tiempo y el espacio, apoyado en aquella puerta mientras contemplaba a su mujer de cuarenta y tantos y a aquel milagro de nieto suyo, ambos de pie allí, bañados por la luz de la mañana, el olor del desayuno todavía impregnando la casa que tanto amaba, situada cerca de las vías y de los trenes que recorrían sus días con su constante traqueteo, *cliqueti-clac, cliqueti-clac*, de las barcazas que remontaban lentamente el río ancho y turbio, de los motoristas que pasaban a toda velocidad por River Road, de los manzanos, que cada día crecían un poco más, sus ramas

curvándose de manera uniforme; y de su amigo Hoot, que mataba el tiempo hurgando bajo el capó de sus dos Mustang gemelos y averiados...

Por nada del mundo quería abandonar aquel momento, así que cerró los ojos e inhaló los aromas de la cocina, tocó el marco de la puerta, sintió sus pies dentro de las botas, hasta la misma punta de los dedos, y luego expulsó el aire de sus pulmones. Y de haber sido un hombre religioso, bien podría haber pronunciado en ese momento un «amén». En lugar de eso, sin embargo, al abrir los ojos se encontró con los de Peg, que se había dado la vuelta para mirarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí —respondió él, y asintió con la cabeza—. Ya lo creo que sí. Pero tenemos que hablar luego, esta noche —añadió, lanzando una mirada al niño.

Estaban tumbados en la cama, escuchando cómo caía la lluvia sobre el tejado para luego correr hacia las canaletas y acumularse colina abajo, en dirección al río. Era una lluvia suave, lo suficientemente lenta y regular para que Lyle pudiera oír cómo las gotas se desprendían de los árboles, una a una. La lluvia lo reconfortaba. Había aplacado el calor y traído una frescura gratificante a la atmósfera. Aun así, estaba decidido a instalar el aire acondicionado la semana siguiente, antes de que cayera sobre ellos el calor sofocante y opresivo de finales de verano.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Estás diciendo en serio que puede curar a la gente? —dijo Peg, apoyándose sobre un codo—. ¿Cómo puede ser eso, Lyle? Es solo un niño. Un niño pequeño.

«Los caminos del señor son inescrutables», estuvo tentado de responder Lyle, pero se contuvo.

—¿Quieres saber lo que pienso yo?

Hablaban susurrando, en el dormitorio, con la puerta cerrada.

—Sí, Lyle. Quiero saber qué piensas tú.

—Creo que a esos predicadores se les mete una cosa en la cabeza y se convencen a sí mismos de ella. Creo a Isaac tan capaz de curar esas estúpidas migrañas como a mí de salir ahí afuera ahora mismo y hacer que deje de llover. Pienso que Steven quiere creer y se convence a sí mismo... Y creo que también puede ayudar el hecho de que se haya encaprichado con nuestra hija.

—¿Deberíamos preocuparnos?

Lyle suspiró.

—No tengo ni idea —dijo.

—Yo estoy un poco preocupada.

—Yo también —dijo Lyle—, yo también.

En el viejo huerto convivían muchos tipos de manzano: Cortlands, Honeycrisp, Gala, Pink Lady, Zestar, Granny Smith, Golden Delicious y una docena o más de variedades extrañas y silvestres que a veces daban fruta y otras parecían olvidarse de ello o negarse a hacerlo. Una de las teorías era que esos manzanos silvestres estaban programados de forma natural para dejar de dar fruto y confundir así a sus enemigos los insectos. Fuera como fuera, también lograban confundir a Lyle y a Otis. Las manzanas silvestres eran además imperfectas y efímeras, difíciles de almacenar y de transportar y por lo tanto también de vender, pero Lyle y Otis amaban aquellos árboles aún más por su singularidad. Algunas de las manzanas tenían la piel muy fina y se magullaban fácilmente. Otras, sencillamente, no estaban buenas y tenían un sabor extraordinariamente ácido, seco o pastoso, y llevárselas a la boca era como masticar una bola de papel. Con otras sucedía que, aunque estaban blandurrias, daban buena sidra, y las había que tenían un sabor extraño y desagradablemente agrio.

El huerto, sin embargo, proporcionaba a ambos hombres tareas diversas y gratificantes. Era algo con lo que podían contar hasta el fin de sus días. Algunas mañanas, Lyle llamaba a la puerta de la casa de la vieja pareja y se los encontraba peleando por un mando de televisión extraviado o por alguna factura vencida y enterrada bajo pilas de periódicos viejos. Al final, Otis besaba a Mabel en la frente y los dos hombres conducían hasta el huerto, donde Otis se bajaba para abrir la portezuela y Lyle entraba despacio con la camioneta hasta el interior del terreno vallado.

Era entonces cuando comenzaban su jornada, si bien por lo general todavía apuraban unos cuantos sorbos más de café mientras se demoraban otro minuto en el cálido interior del coche, escuchando las noticias de la mañana. Luego se bajaban dando sendos portazos y, ya fuera, estiraban sus espaldas rígidas. Una vez ejecutada aquella calistenia ritual y espasmódica para vejetes oxidados, se internaban en el huerto, dejando en la camioneta las fiambreras y los termos. Entonces la pomarada se desplegaba ante ellos, decorada todavía por los jirones de niebla matinal, los pájaros que cruzaban fugaces y, revoloteando a menor altura, las polillas y mariposas.

Sus labores venían dictadas por el paso del verano. Segar, rastrillar, fumigar. Algunas veces, se entretenían también reparando la valla. Y Otis siempre estaba ideando nuevas tareas, un impulso que no dejaba de ser inusual en un hombre que había cumplido ya los ochenta. Unos años atrás, había decidido plantar arándanos para diversificar el huerto. Después llegaron dos filas de fresales y, luego, medio acre de frambuesas.

A Lyle le encantaban los arándanos. Arándanos con gachas. Arándanos con tortitas. Horneados en *muffins* o en el pan. Espolvoreados en la ensalada o comidos a puñados con la mano. Incluso como aderezo de un helado o salpicados con sirope de arce. En el congelador tenía almacenadas bolsas y bolsas de plástico con arándanos a granel. Sin embargo, no le gustaba recolectarlos. Tenía los dedos demasiado gruesos y en los últimos años parecía haber ido perdiendo sensibilidad en las yemas. Peg solía bromear con que Lyle se podía tirar todo el día

intentando coger una moneda olvidada en la acera. El comentario hacía referencia a su falta de destreza, pero también a la arraigada y muy escandinava frugalidad de su carácter.

Por no mencionar lo que le costaba agacharse. Incluso protegido con rodilleras y abrigado hasta los pies, a Lyle le dolían las rodillas hasta el punto de sentir las palpar. Sus hombros se tensaban y se atrofiaban. Pero no le habían contratado para quejarse. Así que cogía arándanos, cogía arándanos, cogía arándanos y, mientras los cogía, se iba comiendo unos cuantos, mirando de vez en cuando a Otis, para ver si mostraba alguna oposición a aquella forma de hurto. Pero Otis también tenía los labios, y hasta la barbilla, completamente manchados de azul.

—¿Cómo anda ese nieto tuyo? —preguntó Otis.

—Empieza la guardería este otoño.

—¿Ya? ¿Aquí, en el pueblo, entonces?

—No —dijo Lyle—. Shiloh y él se mudan a La Crosse. Han alquilado un piso pequeño allí.

Otis dejó de recolectar y miró a Lyle. La piel oscura de varios arándanos asomaba de entre sus dientes torcidos y largos. Se llevó un dedo artrítico a la boca y comenzó a usarlo de palillo. Tenía el sol a su espalda y Lyle podía distinguir los pelillos errantes que brotaban de sus orejas de soplillo.

—¿Todo bien?

—Shiloh quiere estar más cerca de su iglesia —dijo Lyle, dirigiendo su atención de nuevo hacia los arándanos.

No tenía ninguna intención de profundizar en la relación de Shiloh con Steven, aunque sí sentía curiosidad por saber qué pensaba Otis de la religión y, más concretamente, de la curación a través de la oración. A pesar de los muchos años que llevaban trabajando juntos, aquel era un tema que jamás habían tocado.

—Nunca he entendido las religiones organizadas —dijo Otis desde donde estaba—. Ser una buena persona. No hacer daño a los demás. No engañar. No ser avaricioso. Con eso me parece suficiente. No necesito una maldita guía para no salirme del camino correcto. Ni una tabla de piedra grabada por un rayo. Ni una recompensa celestial. No necesito guardar un día de la semana. Todos los días de nuestra vida son importantes, del primero al último. A medida que te haces viejo, cada vez te das más cuenta de ello.

Lyle se irguió. Sintió cómo su columna se estiraba y se enderezaba y notó el sol en su rostro.

—¿Tú crees que hay algo más, Otis, después de... después de esto?

Otis se metió unos cuantos arándanos en la boca.

—Comida para gusanos. Eso es lo que viene después. Un compost sabroso para la hierba que crece encima, y para los árboles. ¿No es eso lo que nos decía el viejo Walt Whitman? Que somos a un tiempo especiales y no especiales. No más especiales que esos petirrojos de ahí, o que los malditos ratones de campo. Solo somos un feo organismo más, destinado a consumirse en algún momento. Menos grandiosos que los dinosaurios, diría yo. Me gustaría ver quién o qué vendrá después de nosotros, pero para entonces ya me habré ido hace mucho.

—¿Ni cielo ni infierno, entonces?

—¿Y qué hay de esto? —preguntó Otis, alzando los brazos en dirección a la pomarada—. ¿No es celestial? Mira, ahí está la luna, qué demonios. No. Ni cielo ni infierno. Solo esto. Aquí mismo. Solo estos malditos arándanos. Miles de arándanos maduros que tenemos que recolectar y luego ver cómo se los vendemos a alguien. El cielo.

Lyle se quedó callado un momento.

—No lo sé, Otis —dijo finalmente, con tono dubitativo—. No me parece tan mala cosa poder reunirme de nuevo con mis padres. Con mis tíos y tías.

Hizo otra pausa, mientras sentía el jugo azucarado de los frutos en los dedos; mientras sentía el barro secándose en sus manos y el rocío de la mañana filtrándose a través del cuero de sus botas y empapando el cálido algodón de sus calcetines. Pensó en su hijo, su hijo perdido. Y de repente ya no pudo recordar qué estaba haciendo allí, arrodillado entre las sombras alargadas de media mañana. Lyle no creía en el cielo, pero había veces en las que deseaba hacerlo, desesperadamente.

—Lo entiendo —dijo Otis—. No pasa un día sin que me pregunte quién se irá primero, si Mabel o yo. Y ruego por ser yo. Esa vieja urraca me vuelve loco a veces, pero no puedo imaginarme vivir sin ella.

—Pero ¿no crees en el cielo?

—No —dijo Otis volviendo al trabajo—. Tal vez sea por haber pasado medio siglo dentro de la academia, medio siglo enseñando horticultura a los chavales, pero no creo en nada que no pueda ser probado. Tampoco juego a la lotería. Creo en la probabilidad, en las matemáticas, en los hechos, en el tiempo.

El huerto estaba quieto y callado.

—O bueno —añadió Otis—, no lo sé, Lyle. ¿Qué quieres que te diga? Venga, de acuerdo, creo en el cielo. Todos vamos a ir al cielo. A la Big Rock Candy Mountain de la canción. O al Valhalla, al Vaikunthá, a los Campos Elíseos... Soy un creyente, sí señor. ¿Dónde hay que firmar?

## 12

Un día a media tarde sonó el teléfono. Lyle lo cogió esperando encontrar la voz de un vendedor al otro lado, o a alguien queriendo hacerle la enésima encuesta sobre política.

—Compañero, te necesito —dijo Hoot con voz temblorosa—. Ahora mismo.

Lyle no hizo preguntas.

—Voy para allá —fue todo lo que dijo.

De camino al hospital, Hoot se retorció en el asiento trasero de la camioneta de Lyle. Se retorció como si sus ropas estuvieran ardiendo o llenas de brasas, con la respiración entrecortada y puntuada por ataques de tos.

—No puedo respirar bien —decía—. Me quedo sin resuello.

Lo admitieron de inmediato en urgencias y Lyle se sentó en la sala de espera. Demasiado nervioso para hojear las revistas rancias y amarillentas que había dispuestas sobre las mesitas bajas, terminó por ponerse de pie otra vez y paseó. Paseó y paseó. Así transcurrió una hora y luego otra. Y aunque habían llegado ya los días largos de principio de verano y el sol se ponía cada vez más tarde, llegó el momento en que lo hizo, el cielo recortándose suave y púrpura contra las luces blancas del hospital.

Finalmente, una enfermera se acercó a Lyle y lo invitó a pasar de nuevo a la zona de urgencias. Allí encontró a Hoot tumbado en una cama, con sendos goteros conectados a sus brazos delgados y dos tubos de oxígeno saliendo de su nariz. El paciente hizo una mueca cuando Lyle se acercó al borde de la cama.

—¿Te acuerdas cuando me dijeron que no tenía de qué preocuparme? —preguntó Hoot—. Pues se equivocaron.

—No entiendo —dijo Lyle.

—Me han hecho radiografías —respondió Hoot—. He visto los escáneres. Está muy extendido, dicen.

—¿El qué? —preguntó Lyle, aunque ya sabía la respuesta.

—Cáncer, compañero. En la radiografía parece que alguien hubiera vaciado una bolsa de M & M's dentro de mi pecho. Solo que son todos del mismo color de mierda: un montón de pequeños tumores blancuzcos y desagradables que están por todas partes. El médico hasta se ha disculpado conmigo por haber creído que era solo una neumonía. Estaba bastante afectado por ello, se notaba. Es un chaval joven.

Lyle tomó asiento junto a su amigo.

—¿Lo pueden tratar? —preguntó.

Hoot tosió.

—Ni tú ni yo somos médicos, Lyle, pero los dos sabemos cómo acabará esto.

—No, no lo sé, Hoot. Lo que sí sé es que eres tremendamente duro de pelar. No apostaría contra ti.

—He pensado sobre ello, *amigo*.\* Pero la verdad es que no me queda nada más. No tengo esposa. No tengo hijos. Las únicas personas que sabrán que me he ido sois tú y tu familia. Mi hermana también, claro, pero ella tiene su vida y sus propias preocupaciones. Tal vez mi exmujer venga al funeral.

Lyle hundió la cabeza en las manos.

—¿Y qué pasa con nosotros? Queremos tenerte ahí. Queremos que luches.

—No estoy seguro de que merezca la pena luchar si al final voy a perder la batalla de todos modos. Han hablado de quimioterapia. No lo sé, Lyle. Tal vez pruebe unas cuantas sesiones, a ver qué tal me siento. Pero creo que tengo que poner mi vida en orden. Aunque, oye, tengo buenas noticias también.

Lyle miró a su amigo.

—¿Cuáles?

Hoot esbozó una sonrisa amarga.

—Ya no tengo que dejar de fumar.

Primero condujeron hasta la farmacia, donde Lyle compró varios medicamentos que le habían recetado a Hoot, y luego lo llevó a su casa. Hoot miró por la ventanilla durante casi todo el trayecto.

—Echaré de menos el río —dijo—. Nunca quise vivir en ningún otro lugar. De verdad te lo digo.

Cuando Lyle llegó por fin a casa, Peg y Shiloh estaban esperándolo en la entrada. Ambas lo abrazaron durante lo que parecieron cinco minutos y Peg lloró en su hombro, algo extraordinariamente inusual.

—Entonces, ¿lo va a intentar? —preguntó Shiloh.

Lyle meneó la cabeza.

—No lo sé. El pronóstico es malo. Puede que pruebe con la quimio, para ver cómo le afecta. Le he dicho que puedo llevarle a las sesiones. La verdad, no puedo culparle. No sé cómo reaccionaría yo.

—Pero no puedes vencer el cáncer si no lo intentas —dijo Peg.

Lyle se encogió de hombros.

—Es un adulto. Díselo a él.

—Tal vez Isaac pueda ayudarlo —dijo Shiloh.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lyle, y su voz resonó con un tono más grave del que pretendía.

—Él... él puede sanar a la gente —respondió Shiloh—. Yo lo he visto. Steven dice que el Espíritu habita en él. Posee un don. Un don divino.

—Cariño, Isaac es solo un niño —intervino Peg—. ¿De verdad crees que es conveniente inculcarle esas ideas? Es muy pequeño.

—No son ideas, mamá. Es Dios. Es Dios actuando a través de Isaac como si fuera un canal. Como un rayo a través del agua.

—Bueno, estoy cansado. Estoy muy cansado y no voy a discutir de esto ahora, si no os importa —dijo Lyle, dándoles la espalda y dirigiéndose hacia el dormitorio.

—¡Papá!, Hoot es tu mejor amigo. Vamos, al menos considéralo.

Lyle se giró con tanta rabia y frustración como no recordaba haber sentido en años y años.

—¡Lo sé, Shiloh! —gritó—, lo sé de sobra —repitió, golpeando la pared con la mano, con tanta fuerza que temblaron los marcos de las fotos que había colgadas—. Y se va a morir.

En ese momento, los tres adultos se percataron de la presencia de Isaac, que estaba de pie junto a la puerta de la cocina, con los ojos rojos y llenos de lágrimas.

—He mojado la cama —dijo, con voz trémula y apocada—. Lo siento.

Peg se apresuró a ir en su busca, pero Shiloh se le adelantó e, interceptando al pequeño, lo cogió en brazos.

—¿Por qué todo el mundo está enfadado? —preguntó Isaac.

—Oh, cariño, no estamos enfadados —dijo Peg con dulzura—. Nadie está enfadado. Venga, vamos a cambiar esas sábanas y en un periquete estarás como nuevo.

—¡Mamá! —la cortó Shiloh con voz severa—. Ya me ocupo yo de esto, ¿de acuerdo? Buenas noches.

Madre e hijo desaparecieron escaleras abajo y, al poco, Lyle y Peg escucharon la lavadora girando y el ruido de la ducha mientras Shiloh lavaba al pequeño.

Lyle se sentía francamente cansado y con el corazón hecho trizas.

—Vamos a la cama —sugirió Peg—. Venga, por la mañana te encontrarás mejor.

Se retiraron a su cuarto, donde Peg ayudó a Lyle a quitarse las botas y los calcetines y a librarse de la camisa, tirando de ella por encima de sus hombros duros y musculosos. Luego, mientras trataba de cerrar los ojos, oyó a su mujer recorrer el pasillo y entrar en la cocina. Escuchó cómo abría el grifo del fregadero y luego el borboteo de la tetera hirviendo. Al regresar, Peg llevaba una taza de té en cada mano y Lyle percibió el aroma a miel y limón.

—Siéntate —le dijo ella, ofreciéndole una taza.

Permanecieron así un rato, sentados juntos sobre la cama, escuchando la sinfonía cotidiana de los trenes que llegaba del exterior, el ruido esporádico del escaso tráfico y el canto de un chotacabras.

—¿Isaac no es un poco mayor para mearse en la cama? —dijo Lyle finalmente—. Le ha pasado ya varias veces desde que volvieron, ¿no?

—Yo también lo he pensado —admitió Peg—. Pero ha pasado tanto tiempo desde que Shiloh era niña que reconozco que ya no sé qué es normal y qué no. Aunque sí sé que es diferente con cada niño. Y, bueno, al fin y al cabo, puede pasarle a cualquiera. Podría pasarnos a ti o a mí.

Lyle gruñó y esbozó una sonrisa.

—Bueno, todavía no soy tan viejo, ¿no? —preguntó—. No tanto como para tener que usar pañales.

—No quería decir eso —dijo Peg tiernamente.

—¿Qué piensas de todo este asunto de la cura a través de la oración? —preguntó Lyle.

Peg suspiró.

—Es decisión de Hoot, supongo. Pero a lo mejor deberíamos probar. ¿Qué daño puede hacerle?

—No lo sé —admitió Lyle—. Excepto por el hecho de que los alienta, ¿no crees? Es como si ayudáramos a normalizarlo. Me refiero a que estamos hablando de curar rezando, ¿no? ¿Cómo puede nuestra hija creer en eso, en el siglo XXI?



—Bébetete el té y duerme un poco, cariño —dijo Peg con suavidad.

Lyle bebió de la taza caliente. Luego se tumbó y se metió debajo de las sábanas, mientras escuchaba el silbido del tren. Durante largo rato, pensó en su amigo Hoot, solo en su casa, imaginando, quizá, su propio juicio final, su propio fin de los tiempos.

A última hora de la mañana, Lyle encontró a Charlie trabajando al sol, reparando unas juntas de mortero que se habían desprendido entre unas piedras de la base de la iglesia de San Olaf. Una silla plegable hacía guardia junto a una carretilla llena de cemento húmedo, mientras una manguera de jardín chorreaba sobre el césped. En los altavoces de un pequeño y modesto radiocasete negro sonaba una selección de rock clásico, un género que Lyle encontraba cada vez más nebuloso. Aquella misma semana, había oído a un locutor pinchar Nirvana y Metallica detrás de Jimi Hendrix y Janis Joplin. La etiqueta «clásico», por lo que parecía, había terminado por significar, de manera vaga y general, «no nuevo».

—Lyle —dijo Charlie con voz ronca—, ¿vienes y me echas una mano?

Lyle se sentó en la silla plegable y contempló los campos circundantes.

—¿Qué sabes sobre la curación por la fe? —preguntó Lyle.

Charlie soltó una carcajada.

—Venga, sáltate esas milongas y vayamos directos al grano, ¿quieres?

—Hablo en serio —dijo Lyle.

—De acuerdo, pero antes échame un ojo al cemento que tengo ahí. Añádele un poco más de agua, tal vez, pero no mucha, no te pases.

Charlie acabó de reparar la grieta y se lavó las manos con la manguera.

—Me has robado la silla —dijo, negando con la cabeza—. Me has robado la silla y aquí estás preguntando sobre la curación por la fe. Dime que al menos me has traído un paquete de tabaco o una botella de brandy.

—Es Shiloh —dijo Lyle.

Charlie asintió, tosió y escupió sobre la hierba.

—Cómo no —respondió el pastor.

—¿Y bien?

—¿Qué hora es? —preguntó Charlie.

Lyle alzó la vista hacia el sol.

—Mediodía, más o menos, creo —dijo.

—Mira, ayúdame a terminar estas últimas juntas y luego podemos ir a mi casa y hablar tranquilamente.

Así pues, ambos trabajaron durante los siguientes veinte minutos bajo un sol matinal que lucía resplandeciente y sin filtros y, cuando hubieron usado toda la lechada, Charlie aclaró con agua la superficie de las piedras y limpió también la carretilla. Remolcando la silla y el resto de herramientas, los dos hombres caminaron hasta la casa parroquial de Charlie. Una vez allí, el pastor cortó un poco de embutido y de queso cheddar y lo puso en un platito junto a unos pepinillos y unas galletas. Luego abrió dos latas frías de cerveza Leinenkugel's y ambos salieron al patio trasero y se sentaron en un banco de madera Leopold. Allí, Lyle empezó a contarle a Charlie lo que pasaba con Isaac, Shiloh, Steven y la iglesia Coulee Lands Covenant. La luz de la

mañana se derramaba casi benéfica sobre ambos amigos, mientras un papilio revoloteaba vacilante entre ellos. Finalmente, cuando Lyle terminó su relato, resopló y miró a Charlie.

—¿Qué piensas? —le dijo.

—Bueno —respondió Charlie—, no tiene buena pinta.

—¿El qué? ¿Lo de curar mediante la oración?

—Eso, desde luego; pero hay más cosas —añadió, e inspiró profundamente por la nariz—. Mira, lo de curar a través de la oración es algo que se practica en muchas iglesias diferentes y en todo el espectro sociopolítico. Pero esto de lo que me hablas, el rollo fanático y pentecostal, lo de «te voy a curar la hepatitis echándote el aliento»... eso sucede en iglesias muy contadas y aisladas. Casi nunca se practica abiertamente, a la luz del día, porque si fuera así, los líderes de esas iglesias saben que les cerrarían el chiringuito, o que los encerrarían, incluso —Charlie dio un sorbo a su cerveza antes de proseguir—. Suelen hacerlo en una casa particular. Se corre el mensaje entre la congregación, como una cadena telefónica, de que algún miembro está enfermo, pero mortalmente enfermo, y todos acuden a su casa y rezan por él o le imponen las manos. Algunas veces, hay también un sanador, pero no es habitual, y suelen ser los propios miembros de la congregación, los hombres casi siempre, los que dirigen el ritual. Lo llevan en secreto porque, si la persona acaba falleciendo, no es bueno para la reputación de la iglesia. Sobre todo, no es bueno para los cabecillas de la iglesia, ni tampoco para la familia del enfermo, que debería haberlo llevado a un hospital.

Lyle dio un trago a su cerveza.

—¿Así que me estás diciendo que Shiloh cree en la cura a través de la oración? —preguntó Charlie.

—No solo eso —respondió Lyle, suspirando—, Shiloh cree que Isaac es un sanador.

—¿De verdad? —dijo Charlie—. ¿Por qué?

—Parece que el chaval lo ha hecho varias veces.

—Vaya, Lyle, no sabía que Shiloh estaba tan metida en eso. Lo de la cura por la fe es un disparate. Al menos, ese tipo de cura —Charlie dio un largo trago para terminar su cerveza y se apoyó sobre el respaldo de la silla—. Me refiero a que no hay nada malo en rezar por alguien, en rezar por una persona que se está muriendo. Pero el meollo de la cuestión es que esta práctica en concreto es directamente criminal. No se puede llamar de otra manera. Si sabes que alguien se está muriendo y rezas por esa persona en lugar de llevarla al médico, estás cometiendo una negligencia grave. De igual modo, si alguien está sufriendo y crees que Dios va a curarlo por arte de magia, estás cometiendo un delito en toda regla.

—Siento que la estoy perdiendo, Charlie. Está hablando de mudarse, cosa que puedo entender, de verdad, pero... ¿Qué podemos hacer con Isaac? ¿Dejar que sea criado por esos, esos...?

—¿Habéis ido a su iglesia?

Lyle asintió.

—Una vez, sí.

—¿Cómo es el pastor?

Lyle soltó una carcajada amarga.

—Eso es parte del problema —dijo—. A Shiloh le gusta. Le gusta de verdad, quiero decir.

—No sé qué decirte, Lyle. Esa clase de iglesias... lo son todo para sus fieles. Son como una especie de agujero negro, succionan a la gente y es muy difícil sacarlos de ahí. Los miembros que osan criticar a la iglesia o que rompen con su ortodoxia son rechazados y marginados.

—Pero puede suceder, ¿no? Quiero decir, tiene que haber personas que logren salir.

Charlie meneó la cabeza.

—Al menos por lo que yo he leído, no hay muchas que lo consigan. La persona en cuestión tiene que experimentar una especie de epifanía, aunque en este caso es lo contrario a una epifanía cristiana. Suele consistir en una caída en desgracia.

Charlie hizo una pausa.

—Como lo que te sucedió a ti, de hecho —prosiguió—. A veces, esa pérdida de la gracia sobreviene cuando fallece alguien querido. Cuando la cura por la oración falla, la persona se da cuenta del profundo error que ha cometido.

—¿Cómo podemos ayudarla?, ¿cómo ayudarlos?

—Lo único que puedo decirte, compañero, es que no hagas nada que la aleje más y que trates de mantener al niño tan cerca de ti como puedas. Si quieres, puedo intentar hablar con ella, pero me temo que es demasiado lista y que me verá venir. No. De momento, haz lo que puedas para seguir ahí y apoyarla. Lo malo de este tipo de iglesias es que, si no te andas con cuidado, la pueden absorber completamente y...

Charlie se mordió una uña.

—Y ¿qué?

—Y puede que no vuelvas a verla. Se convierte en un enfrentamiento entre ellos y el mundo. Eso es lo que creen: que todo el mundo los persigue. Su fe se fortalece con ello.

Lyle apuró su cerveza y los dos amigos permanecieron sentados en silencio durante unos momentos. Tenía ganas de decir «tengo miedo», pero no lo hizo, no se atrevió a verbalizar lo que sentía por temor a que se hiciese más real.

—Lyle —dijo Charlie—. Estate lo más cerca de ellos que puedas. ¿Me oyes, amigo? Tan cerca como puedas.

En el periodo que iba desde la caída de las últimas hojas, tan intensamente coloridas como condenadas, hasta el Memorial Day, el 25 de mayo, la carretera de River Road y las poblaciones que la flanqueaban permanecían casi olvidadas. Por qué conducir hacia el norte, a noventa kilómetros por hora, por esa carretera sinuosa, cruzando pueblos de mala muerte, cuando un motorista podía atravesar el corazón de América, ya fuera en una u otra dirección, corriendo a cien, ciento veinte o ciento cuarenta kilómetros por hora por la Interestatal 35, o por esas otras grandes arterias de asfalto que eran la 90 y la 94. Por eso, cuando llegaba la Navidad, todas las tiendas y comercios a lo largo de la River Road cerraban de forma rutinaria y no volvían a abrir hasta mediados de mayo, justo a tiempo para desatracar puertas y ventanas y limpiar las telarañas acumuladas en todos los rincones y estanterías. Aun así, para la mayoría de los habitantes de la zona, el invierno era una estación maravillosa. En las carreteras no había turistas ni motoristas ni conductores borrachos. Todo estaba tranquilo y en silencio, con la excepción de los trenes de mercancías que pasaban rugiendo a toda velocidad.

Con la llegada del verano, sin embargo, una energía inmensa se manifestaba en todo y en todas partes, electrizando también el río. Los colosales álamos negros que crecían en la ribera se convertían entonces en una explosión de hojas verdes y dejaban caer sus semillas suaves y algodonosas con tal prodigalidad y desenfreno que aquella pelusilla blanca terminaba por acumularse en todos los bordillos, puertas y entradas, formando bancos de falsa nieve. Y las flores... primero los jacintos, luego los narcisos y, por último, la profusión de lilas —¡lilas!— en un abanico de púrpuras principescos y ostentosos blancos, tan fragantes que su perfume saturaba el aire y cualquier estancia... Y luego estaban las ranas, los sapos, los grillos, las cigarras y el universo entero de los insectos, palpitando de vida y estallando en una gozosa cacofonía, tan escandalosa, que sus vecinos humanos tenían que cerrar las ventanas por la noche, si no para lograr acallar a los invertebrados, sí al menos para bajar el volumen de los búhos que, posados en la copa de los árboles o los postes de teléfono, ululaban durante horas, como si fueran un grupo de borrachos hablando a voces en un bar para hacerse oír.

Por último, por supuesto, estaban los turistas, llegados en sus nuevos y flamantes Volvos y Volkswagens, sus rancheras Subaru, sus Jeeps y sus monovolúmenes. Daban bandazos a lo largo de la River Road, curioseando en las tiendas de artesanía y entrando y saliendo de las boutiques, y, finalmente, se zambullían en los cafés, las pastelerías y los bares para recargar energías con cruasanes y bollos, vino blanco o café prensado en frío, catas gratuitas de queso y gofres con helado.

A Lyle los turistas le traían sin cuidado, siempre que a su paso dejaran una estela de dinero, como una huella húmeda destinada a evaporarse. Aquel verano, sin embargo, no tenía mucha paciencia con ellos ni con sus sonrisas ociosas. Su hija y su nieto se iban a mudar y su mejor amigo se estaba muriendo. El mundo, según parecía, se estaba volviendo un lugar muy oscuro.

Hoot nunca había lucido kilos de más, pero ahora era como un saco de piel y huesos, tan frágil como un espantapájaros. Los días que tenía cita con el médico, Lyle lo llevaba en coche hasta la consulta, ya fuera en La Crosse o en Eau Claire, y ambos aguardaban sentados en salas de espera con aire acondicionado, mientras hojeaban revistas descoloridas.

—Quiero que sepas —le dijo Hoot un día—, que voy a dejar todo a mi hermana, la que vive en Oakland. Todo menos los coches. Esos quiero que te los quedes tú.

—Hoot... no hay ninguna necesidad. Vamos a centrarnos en lo que tenga que decirnos el médico. No hay necesidad de andar planeando...

—Lyle —le interrumpió Hoot—, eres mi amigo y te quiero, pero no seas idiota. Me estoy muriendo. Y solo intento dejar las cosas en orden y bien atadas. Se lo diría a mi hermana ya, pero es mejor así, porque si averigua que me estoy muriendo, querrá venirse aquí y entonces la tendré todo el día encima dándome la tabarra con la quimio y, cómo no, con que deje fumar. Me hará comer tofu y beber kombucha o alguna mierda por el estilo. Así que prefiero que... bueno, es mejor así. Ya he dejado escrita una nota para ella.

Lyle permaneció callado un buen rato.

—Ojalá pudiera hacer algo —dijo finalmente—. Algo para ayudarte.

Hoot tosió.

—Hay algo que puedes hacer.

Lyle se enderezó en la silla.

—Peg siempre está invitándome a cenar a vuestra casa —dijo Hoot.

—Hoot, le encantaría que pasaras alguna vez, ella lo ha...

—Calla la boca, Lyle, estoy intentando transmitirte cuál es mi puñetero último deseo.

—De acuerdo —asintió Lyle, juntando las palmas de sus manos y apoyándolas sobre el regazo.

—Me gustaría cenar en vuestra casa. Y me gustaría que vinieran Shiloh y Isaac. Incluso ese memo del pastor, el novio de Shiloh. Y también, quizá, Otis y Mabel. Y si quieres invita a Charlie. Me gustaría que fuéramos todos bien vestidos, como si fuera Acción de Gracias o Navidad. También Isaac. Le compro yo un traje y una corbata si no tiene. No me importa mucho el menú. La verdad es que ya no tengo apetito. Pero estaba pensando en las festividades y el... mira, no sé si me quedará carrete hasta noviembre así que... agradecería mucho poder hacer algo así.

Su voz se quebró. Lyle nunca había oído a su amigo expresar tristeza. Ni una sola vez en los más de veinte años que hacía que se conocían. Jamás.

—Siempre me gustó el día de Acción de Gracias — continuó Hoot—. De niño me encantaba. La casa se llenaba de gente, con todos mis primos, mis tíos y mis tías. Recuerdo el olor a comida, y a los adultos, más amables de lo habitual, probablemente porque ya iban un poco achispados. El pastel, el helado... Creo que eso es lo que quiero, revivir esa sensación. ¿Me entiendes, *amigo*?

En ese preciso instante, una enfermera lo llamó por su nombre.

—Horton Shaw.

Lyle casi nunca había oído nombrar a su amigo por su nombre completo.

—¿Estás bien? —preguntó Lyle con suavidad—. ¿Preparado?

—No lo sé, compañero. Ahora mismo, como diría el difunto y gran Joe Cocker, *I'm not feeling so good myself...* \*

—Déjame ayudarte —dijo Lyle, y se puso de pie para levantar a Hoot, agarrándolo del brazo por el bíceps, cerca de la axila. El miembro que aferró era tan delgado como un palo de escoba. Frágil como un tallo de maíz en octubre.

—¿A quién se le ocurre ponerle Horton a un niño? —preguntó Hoot—. Es como si mis padres estuvieran deseando que se rieran de mí en el colegio.

Hoot recuperó el equilibrio y los dos hombres mayores avanzaron despacio hacia la enfermera, que los aguardaba con una animosa sonrisa pintada en el rostro.

—¿Para qué es la cita? —preguntó Lyle, mientras cedía el testigo a la enfermera y esta apoyaba su mano sobre la espalda de Hoot.

Hoot siguió avanzando con esfuerzo.

—Oh, es solo para recordarme que me estoy muriendo —dijo sin volverse hacia Lyle, antes de desaparecer por la puerta.

—Te espero aquí —gritó Lyle a su espalda. Una hora más tarde, Hoot salió de nuevo, con aspecto frágil y demacrado. Dos enfermeras lo ayudaron a llegar a la sala de espera. Lyle se levantó de inmediato y corrió hacia su amigo.

—Aquí estamos, compañero —dijo Hoot—. Dios, no hagamos una escena. Solo llévame a casa. Estoy hecho polvo.

—Muy bien —dijo Lyle—, vámonos.

—Pero antes hay que hacer una parada. Necesito pillar un tanque portátil de oxígeno. Me temo que ahora soy uno de esos viejos bastardos, condenado a llevar conmigo a todas partes mi propia atmósfera. Aunque, bueno, digo yo que el oxígeno puro no será peligroso ni nada, ¿no? Seguro que es perfectamente compatible con seguir fumándome mis cigarrillos. Desde luego, no será peor que lo de esos capullos que ves a veces en las gasolineras, echando el pitillo mientras ponen gasolina de noventa y un octanos. Serán gilipollas.

Cuando llegaron a casa de Hoot, Lyle acompañó a su amigo hasta la puerta, pero este lo despidió una vez allí.

—Eres un buen amigo, Lyle, pero vete a tu casa ya. Saluda a Peg de mi parte.

—Puedo quedarme un rato, si quieres...

—Lyle, lárgate de aquí. ¿Qué tengo que hacer? ¿Mentir? Muy bien, pues ahora mismo voy a cagar. ¿Quieres sujetarme la mano mientras estoy en el trono?

—De acuerdo, Hoot —dijo Lyle—. Pero llámame si necesitas algo.

Lyle estaba a tan solo una manzana de casa cuando se desvió de repente y tomó una carretera secundaria en dirección al campo. El sol del crepúsculo ardía en el retrovisor como una linterna de acetileno. Condujo hasta una vieja cantera abandonada, una suerte de cuenco profundo de arenisca en lo alto de unos peñascos, por debajo de los cuales el agua corría cristalina, de un turquesa casi caribeño. Se sentó allí, con una necesidad punzante de llorar, si bien las lágrimas no acudían a sus ojos. Presa de la tristeza y la frustración, cerró de un portazo la camioneta, cogió la piedra más grande que pudo encontrar y, alzándola sobre su cabeza, la arrojó a las aguas serenas, donde se hundió con gran estruendo y violencia, generando ondas que se extendieron por toda la

superficie. Luego se arrastró de nuevo hasta la cabina, se miró en el espejo y condujo a casa, donde lo aguardaba Peg.



En toda su vida, que abarcaba ya sesenta y cinco años, Lyle nunca había tenido que andarse con pies de plomo con otra persona. Ni tan siquiera había pensado en esa posibilidad. Se había criado en una estoica familia de granjeros americanos de ascendencia noruega en la que nadie decía lo que sentía o solo lo hacían muy de vez en cuando, y en la que, como resultado, los sentimientos eran como focos de fuego aislados, que debían ser rápidamente extinguidos y, a ser posible, en privado. Peg había crecido en una familia similar del Medio Oeste y pertenecía a la tercera generación de un linaje de profesores de matemáticas de instituto, por lo que constituía un modelo de lógica, pragmatismo y paciencia a prueba de bombas. Por supuesto, Lyle y Peg no eran nunca despiadados o crueles. Lo único que implicaba esa configuración era que, en sus propias vidas, el trabajo duro y la capacidad de resistencia eran lo más importante. Para ellos, nadie tenía derecho a considerarse particularmente especial. Si hubieran tenido un lema o un credo, este podría haber sido algo así como: «Mantén la cabeza gacha, haz tu trabajo bien y a la primera, limpia al final del día lo que hayas ensuciado y, por encima de todo, no crees problemas».

Desde el principio, sin embargo, Shiloh desafió tozudamente esa concepción del mundo, si bien Lyle y Peg estuvieron siempre dispuestos a aceptarlo y a darle gusto, malcriándola, comprándole vestidos y zapatos nuevos y trajes de bailarina, y apuntándola a clases de danza en La Crosse. A todo lo que se le antojara, en realidad, porque, para ellos, que tanto habían sufrido y esperado, Shiloh era como un milagro. Y todos, en la sombría comunidad de Redford, ya por entonces muy avejentada, mostraban por la pequeña Shiloh una devoción similar. Cómo la mimaban y consentían los abuelitos allí donde iba, como una princesa desfilando de aquí para allá sin necesidad de carroza o de tiara. No importaba dónde pusiera el pie: le regalaban caramelos o galletas; los viandantes la saludaban desde las aceras, llamándola por su nombre, y los coches tocaban el claxon al pasar a su lado. Porque —y esto todavía es cierto— existen pequeños pueblos en todo el mundo, tan íntimos y conectados, que el dolor o la alegría de uno de sus habitantes puede ser compartido por sus vecinos con la misma intensidad. Y así era como la pequeña comunidad de Redford ayudaba a Lyle y a Peg a curar su dolor y a seguir adelante, con una bienvenida sincera y alegre. Y así fue como Lyle y Peg fueron despegándose de su antigua concepción del mundo, que fue desprendiéndose como una costra hasta caer del todo, de modo que pronto la olvidaron completamente. Eso es lo que el amor obró y puede obrar.

Lyle y Peg sabían que Shiloh era especial. Y podía crear todos los problemas que quisiera, que ellos ya se encargarían de limpiar los destrozos al final del día.

Pero ahora, Lyle caminaba sigilosamente en torno a ella, hasta tal punto que sentía que iba de puntillas por su propia vida. Por eso, cada vez que su hija salía de la habitación, saltaba al coche de Steven y desaparecía calle abajo, Lyle dejaba escapar un sonoro suspiro de alivio.

Aun así, en ningún sitio se encontraba más tenso que en la iglesia de ella, tieso como una escoba, sus músculos tan tirantes que parecía más presto a enzarzarse en una pelea que a recibir la comunión. Por otra parte, Peg y él ya no podían sentarse en la parte de atrás del viejo cine para

disfrutar de un relativo anonimato. Ahora que Shiloh y Steven estaban saliendo juntos oficialmente (aunque Lyle no terminaba de entender la acepción del término «salir juntos» en el siglo xxi), tenían que sentarse en primera fila, tan cerca del pastor que Lyle podía escuchar las pulseritas y colgantes que pendían de sus muñecas, repiqueteando como si fueran panderetas. Sin quererlo, y muy a su pesar, él y Peg se habían convertido en una suerte de mayores venerables dentro de la iglesia.

De lo que no había duda era de que Steven era un orador nato. Aparte de ser un predicador talentoso, también estaba excepcionalmente bien versado en las Escrituras. Lyle había podido escuchar ya varios de sus sermones y los había analizado todos escrupulosamente. Y por más que él difiriera de la interpretación del Evangelio que hacía el joven pastor, escuchaba a muchos otros en aquel templo asintiendo y diciendo amén. Y no pocos se levantaban de pronto de sus asientos y comenzaban a agitar las manos en alto como si fueran hojas temblorosas.

Steven merodeaba por el santuario como una pantera al acecho, hablando directamente a su congregación, y proyectaba la sensación de conocer a cada cual de manera íntima; más aún: de conocer las mayores debilidades, los miedos y crímenes de cada uno de sus fieles. Aquel hombre joven no solo estaba imbuido de una asombrosa seguridad en sí mismo, sino también de una arrogante rectitud, de una santurronería que portaba como si fuera una orgullosa toga púrpura, exudando una mezcla imposible de moderna juventud y de la clase de dignidad que solo irradiaban personas diez, veinte o treinta años mayores que él.

Aquel domingo en particular, su sermón parecía versar vagamente sobre la moralidad y el aborto, un tema que Lyle nunca había oído mencionar en su parroquia de San Olaf, donde todas las cuestiones políticas se mantenían siempre a prudente distancia. Lyle no se sorprendió al oír a Steven condenar el aborto, en abstracto, mientras deambulaba por el viejo cine, pero sí lo hizo al verlo detenerse justo delante de Peg y de él y escuchar cómo comenzaba a hablar sobre su propia vida, la de ellos.

—Hay una mujer entre vosotros, amigos. Una mujer cuya madre biológica tenía tan solo quince años cuando la trajo al mundo. No en un hospital, ni siquiera en el refugio cálido y seguro de un hogar familiar, sino en el baño mugriento de un restaurante de comida rápida. Bien, esta historia podría haber acaecido de una manera diferente, incluso de otras cien maneras diferentes y trágicas. Porque ¿qué hubiera pasado, amigos, si esa recién nacida, que hoy es una mujer aquí presente, entre nosotros, hubiera sido asesinada antes siquiera de poder dar su primera bocanada de aire? ¿Qué hubiera pasado, amigos, si su madre hubiera usado anticonceptivos, como la llamada «píldora del día después», tan popular? ¿Qué hubiera pasado si ese bebé, que hoy es un miembro amado de nuestra congregación, hubiera sido abandonado, arrojado o dejado atrás, como lo son tantos y tantos niños inocentes cada año, cada mes, cada día, cada hora, ¡cada instante!, en este país? Depositados en un cubo de basura o en un contenedor, bajo una montaña de desperdicios y de servilletas de papel. ¿Qué hubiera sucedido entonces, amigos? ¿Qué sería de nuestro mundo, de nuestras propias vidas? Esta iglesia...

En ese punto, la voz de Steven se fue apagando. Lyle fijó la vista en él y pudo sentir cómo la sangre fluía atropelladamente hacia sus mejillas y sus orejas, cómo se le aceleraba el pulso.

—Pero tengo buenas noticias, amigos. El Señor no abandonó a aquella recién nacida. El Señor habló al oído de su joven madre y la consoló, y gracias a la oración y a la buena voluntad

del prójimo, el Señor obró lo necesario para que, a través de una red de fieles, se cumpliera su voluntad y la niña fuera finalmente entregada a sus verdaderos padres.

El silencio en la iglesia era tal que Lyle casi podía escuchar la sangre palpitando en sus orejas. De hecho, podía oír a un padre hablándole a su hijo pequeño fuera de la sala, junto a la salida del baño, mientras lo ayudaba a abrocharse los pantalones. Habían pasado muchos años desde la última vez que Lyle había rememorado el día en que conocieron a Shiloh. Pero lo hizo ahora, y el problema que le planteaba el enfoque de la historia de Steven es que dejaba fuera de la misma, muy convenientemente, a todos los personajes —a todos los cristianos— que habían abandonado a la madre; a todos los que la habían juzgado, forzando a una niña de quince años a subirse a un bus de línea en busca de un pasaje seguro, de un puerto seguro.

—Amigos, esos verdaderos padres no conocían a esta niña, ni a su madre biológica. Ni siquiera habían visto una fotografía suya. Sencillamente, se montaron en el coche y fueron a buscarla, como hicieron aquellos tres magos de oriente siguiendo una estrella... Algunos de vosotros me habéis preguntado alguna vez: «Pastor Steven, ¿cómo podré reconocer la llamada de Dios?».

El joven pastor sonrió a su rebaño y sus feligreses correspondieron a su sonrisa con risas y con algún que otro aplauso suave y discreto, pues su pregunta, todos lo sabían, era obviamente una pregunta retórica. Lyle comenzó a revolverse en su asiento. No podía controlar sus manos y empezó a retorcérselas mientras golpeaba el piso con los pies, nerviosamente. Fijó la vista en el suelo. Estaba furioso. Aquella era su historia. Aquel día, aquellos sentimientos y recuerdos eran suyos y de Peg exclusivamente. Pero aquel hombre estaba narrando la vida de Lyle como si fuera una valla publicitaria en el arcén, una gran pancarta roja y estridente desplegada sobre la playa y remolcada por una pequeña y ruidosa avioneta.

—Amigos, esos padres, esos valientes padres, de los que me alegra poder decir que están hoy aquí sentados entre nosotros, son un testimonio vivo de la gracia y la voluntad de Dios, pues, al escuchar su llamada, se pusieron en marcha sin la más mínima duda en su corazón, confiándose a él.

Steven posó su mano derecha sobre el hombro de Peg, que rompió a llorar. Lyle miró a su mujer, ciertamente sorprendido, pues ella no era una persona propensa a mostrar sus emociones ni a llorar, mucho menos en público. Pero Lyle se sorprendió aún más cuando la mano izquierda de Steven aterrizó sobre su propio hombro, dando un buen apretón a su sexagenario armazón de músculos, cartílago y hueso. Acto seguido, el pastor se alejó de ellos y comenzó a predicar de nuevo a una congregación para entonces sumida en un frenesí creciente. Peg se restregó las mejillas con un clínex.

—¿No creéis que Dios sigue haciendo milagros? —bramó Steven—. ¿No creéis que sigue aquí, caminando entre nosotros? ¿Pensáis que es todo un cuento, solo palabras en un libro viejo y aburrido?

Hasta el último de los fieles se había incorporado en la sala de cine, con la excepción de Lyle y Peg. Todos daban palmas y gritaban palabras de aliento a su pastor. El ruido se hizo ensordecedor y el calor, repentinamente sofocante. Detrás de Steven, los miembros de la banda parroquial, Redeemed, tomaron sus instrumentos y comenzaron a tocar, primero suavemente, pero luego ganando volumen, puntuando cada afirmación del pastor.

—Cada uno de vosotros es un milagro, y Dios os ve, tal como vosotros me veis y yo os veo a vosotros. ¡Todos somos milagros! Cada niño es un milagro, y esa es la razón por la que debéis ser valientes y arrojaros a este mundo malvado para alzar una antorcha y empuñarla contra su oscuridad. Y si estáis en el trabajo, o en una barbacoa o en un partido de béisbol, aprovechad esos momentos para compartir vuestra fe y pasar la antorcha. No hace falta ir lejos, basta con que miréis a los hermanos y hermanas que están aquí, en esta sala. Podéis salvaros los unos a los otros. Podéis salvar vidas para Jesús.

Lyle se dio cuenta de que era el único en toda la sala que seguía sentado, y que, incluso cuando Peg le dio la espalda para abrazarla, su hija no dejaba de mirarlo, mientras el joven pastor, cuyos brazos alzados recogían el calor de los aplausos, lo miraba a él también, su rostro barbado surcado por una sonrisa, el sudor corriendo por su frente y acumulándose en sus cejas oscuras y arqueadas.

—Quiero concluir el servicio de hoy con una pequeña actuación —dijo Steven, mientras un grupo de niños salía y lo rodeaba.

Lyle alzó la vista de nuevo. Steven pasó sus brazos por encima de los dos niños que estaban junto a él.

—Todos sabemos que los niños son regalos, que son milagros. Por tanto, ¿qué puede ser mejor que acomodarse en la butaca, solo unos minutos, para escuchar cantar a estos milagros?

Lyle reconoció de inmediato la canción que el coro de niños empezó a entonar. Luego, advirtió a Isaac entre el grupo de caritas y lo vio cantar orgulloso, su boca formando una «o», mientras, a su lado, la pequeña Sadie lo miraba también, cada vez que olvidaba la letra, para recuperar el hilo. Lyle vio que estaban tomados de la mano, que se cogían de la mano mientras la directora, una mujer muy, muy bajita —no mediría más de metro y medio— hacía brotar la música de sus gargantas, moviendo sus brazos cortos y gruesos al son de la melodía y señalando alternativamente a un niño y a otro. Y muy a su pesar, a pesar de toda su frustración, Lyle se relajó y se hundió en el asiento para disfrutar de ver a su nieto cantar, del espectáculo que ofrecían aquellos niños, cogidos de la mano, cantando «You Are My Sunshine».

Aquel domingo, después de que Steven se dirigiera a la congregación con aquella oración final, la sala de cine vibraba con el júbilo palpable de un pequeño grupo humano unido: el sudor brillaba en decenas de rostros y se multiplicaban los abrazos y los apretones de manos, mientras las voces acompañaban las saluciones, resonando altas y regocijadas. Lyle enredaba con la hoja parroquial amarillenta y en cierto momento fingió que se le había caído debajo de la butaca para evitar tener que levantarse y estrechar manos sin ningún entusiasmo. Agotado, furioso y sintiéndose cada vez más atrapado, comprendió que Shiloh quizá estaba ya perdida, que no había forma de deshacer el camino que la había conducido hasta aquel lugar. Pero Isaac...

Lyle no sabía qué hacer para mantener al niño cerca, cuál era la mejor forma de protegerlo y de qué, si es que había algo que temer.

Peg estaba junto a un grupo de mujeres, riendo despreocupada. Lyle buscó a Isaac, a su nieto, con la mirada, pero el chiquillo no estaba por ningún lado. Se sintió muy solo, así que se fue al baño, se encerró en uno de los cubículos, se sentó y se pasó las manos por el cabello. Esperó dentro durante un buen rato, hasta que el alboroto del vestíbulo fue diluyéndose. Luego tiró de la cadena, se acercó al lavabo para echarse agua en la frente y se miró al espejo. Allí, reflejada, pudo ver la inquietud pintada en su cara.

Shiloh parecía feliz cuando estaba junto a Steven, así que Lyle o Peg se prestaban voluntariamente, con aparente desinterés, a hacer de niños: «Salid a cenar los dos juntos, hombre. Id hasta Red Wing. O hasta Stillwater, incluso. Qué diantres, cogeos un par de días libres. Subid hasta Boundary Waters. ¿Steven no lo conoce? Dentro de poco hará demasiado frío. Id ahora. Tu madre y yo nos quedamos con Isaac encantados. Pero si sois vosotros los que nos hacéis un favor».

Lyle hacía un gran esfuerzo por aparentar calma. Procuraba no apretar demasiado las tornas. Esa táctica le había permitido ganar un espacio para acompañar a Isaac a los ensayos del coro, durante los cuales podía deleitarse, en silencio, sentado al fondo de la sala, escuchando aquella colección de pequeñas voces mientras ensayaban, se reían y por lo general no paraban de enredar, mientras su directora trataba desesperadamente de poner orden y de organizar a los cantores, pastoreando su atención, extremadamente errática. Aun así, de haber podido, Lyle hubiera sugerido a Shiloh y a Steven, con gran sutileza, que hicieran un viaje al desierto de Gobi, que remontaran el Amazonas, o que consideraran la posibilidad de hacer una placentera travesía en camello de una punta a otra del Sahara.

—Papá, ¿estás seguro? No quiero causarte molestias.

Lyle, Shiloh y Steven estaban de pie en la entrada, cambiando el peso de una pierna a otra, mientras daban pataditas a pequeñas piedras o trazaban las fisuras del cemento del suelo con la punta de sus zapatos.

Lyle meneó la cabeza.

—Shiloh, es nuestro nieto —la tranquilizó—. Id y divertíos.

Steven había propuesto matrimonio a Shiloh unas semanas antes y, si bien todavía no estaban durmiendo juntos de manera abierta, lo «impropio» de que pasaran un fin de semana en el mismo motel parecía algo mitigado. Por supuesto, Lyle no hizo ninguna pregunta acerca de cuáles eran sus planes para pernoctar. La vida sexual de su hija no le importaba lo más mínimo, y toda aquella exhibición de reparos le parecía una farsa barata de lo más hipócrita.

—Lo de ir a Boundary Waters podría estar muy bien —dijo Shiloh—. Podríamos alquilar una canoa y acampar por allí. Puede ser un viaje divertido y barato...

—Eso es —dijo Lyle—. Pero si empezáis a escuchar violines, prometedme que os daréis la vuelta.

Shiloh lo miró con gesto confundido.

—Perdón —dijo Lyle—. Era una pequeña broma con *Defensa*, la película.

—Vale, papá —dijo Shiloh, negando con la cabeza—, no pasa nada.

Los novios partieron un lunes, a principios de agosto, con el remolque de la camioneta de Steven lleno hasta los topes de accesorios de camping. Shiloh y Steven estaban tan entusiasmados como dos adolescentes enamorados. El pastor hizo sonar el claxon cuando arrancaron y salieron del

aparcamiento, pero Isaac ya había corrido hacia el interior de la casa, con Peg pisándole los talones. El plan acordado para la tarde era preparar una pizza desde cero ellos mismos, ver películas y beber zarpaparrilla. Lyle saludó perezosamente a los dos tortolitos y acto seguido se metió también en casa.

Abuelos y nieto pasaron unos días fantásticos. Fueron a Mineápolis y al nuevo estadio de béisbol de los Minnesota Twins y Isaac se quedó maravillado con el modesto puñado de rascacielos de la ciudad. Hicieron noche en el hotel Saint Paul y por la mañana fueron al mercado de granjeros, al Museo de los Niños y al Museo de la Ciencia, donde Isaac se quedó boquiabierto con el pequeño muestrario de esqueletos de dinosaurios. Antes de abandonar las Twin Cities, pararon en el Mojo Monkey's, una tienda de donuts de moda, y se sentaron cerca del escaparate. Lyle saboreó su café mientras el niño contemplaba embobado la larga cola de clientes y parroquianos que entraban y salían constantemente de la tienda.

Pero algo le pasaba a Isaac aquella tarde, la tarde que volvieron a casa desde Saint Paul. Estaba muy cansado. Lyle y Peg lo atribuyeron al largo viaje en coche y a la excitación motivada por todo lo que habían visto. Pero el pequeño pidió, de hecho rogó, poder meterse en la cama a las cinco de la tarde. A la mañana siguiente, no se despertó hasta pasadas las diez, y solo cuando Peg se sentó en la cama junto a él para enjugar el sudor de su frente ardiente.

—Tiene fiebre —dijo Peg, preocupada—. No sé. ¿Deberíamos llamar a Shiloh? ¿O lo llevamos al médico directamente?

—¿Por un poco de fiebre? No creo que haya que molestarla por esto, Peg. Veamos cómo evoluciona a lo largo del día.

El niño pasó toda la tarde tirado en el sofá de la sala, a pesar del buen tiempo que hacía fuera.

—Podríamos ir a visitar a Charlie —dijo Lyle, intentando animarlo—. O ir al huerto. Estoy seguro de que Mabel te preparará una manzana dulce. O podemos ir a pescar. ¿No te apetece eso? Podemos bajar al río y ver las barcazas —dijo, apretando los hombros del muchacho—. ¿Qué me dices, chaval?

Los ojos de Isaac permanecían inexpresivos y su cara tenía un color amarillento.

—¿Cariño? —dijo Lyle, observando a su nieto más de cerca—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¿Puedes decirle algo al abuelo?

Los labios del muchacho estaban cuarteados, así que Lyle sacó el botecito de Carmex y le aplicó un poco de bálsamo. Lo hizo sentarse y le ofreció un vaso de agua fría.

—Estoy muy cansado, abuelo. ¿puedo quedarme aquí viendo la tele?

Lyle se sentó junto a él en el sofá y ambos vieron una película de Harry Potter, hasta que Lyle advirtió que el chiquillo se había quedado dormido. Entonces lo tomó en brazos y lo llevó a la planta de abajo, a su cuarto, cada vez más preocupado.

A la mañana siguiente, descubrieron que Isaac había vuelto a mojar la cama. Las sábanas estaban empapadas y despedían un olor acre a orina, pero ni siquiera aquello había logrado despertar al pequeño, que seguía en la cama, tan aturdido que ni siquiera podía hablarles.

—Vamos a llevarlo al hospital —dijo Peg, finalmente.

—¿Y qué hay de Shiloh? —preguntó Lyle.

—No hay tiempo —insistió ella—. El niño tiene algo.

Lyle se sabía demasiado bien el camino a urgencias, pues había tenido que llevar a Hoot en más de una ocasión, pero esta vez condujo aún más deprisa que nunca. Tras aparcar en la misma entrada del hospital, cogió en brazos a Isaac y cargó con él hasta la ventanilla de admisión. Varias enfermeras salieron entonces para llevárselo y Peg las siguió, mientras Lyle se quedaba junto al mostrador haciendo el papeleo.

Una hora más tarde, Peg salió de la sala de urgencias abrazándose los hombros y con semblante fatigado.

—¿Cómo está? —preguntó Lyle.

—Deshidratado —dijo ella—. Lyle, tiene diabetes.

—¿Diabetes? No entiendo.

—Le han puesto un gotero y van a reponerle líquidos, pero... era eso lo que tenía. Pobrecito mío —Peg se derrumbó sobre el pecho de Lyle—. Por eso tiene siempre tanta sed. Y por eso se hace pis en la cama. Es diabético.

—Pero... ¿Shiloh no sabía nada de esto?

—No lo sé, Lyle. ¿Eso importa? Ahora lo sabemos y vamos a tener que hablar con ella de esto. Voy a llamarla por teléfono ahora mismo y a ponerla al tanto.

Diez horas más tarde, Shiloh entró como una tromba en la habitación del hospital, donde Lyle y Peg estaban durmiendo, velando a Isaac, en butacas reclinables. Faltaba poco para que amaneciera. Steven entró detrás de ella.

—¿Quién os ha dicho que traigáis a mi hijo a un hospital? —gritó—. ¿No podíais llamarme? ¿A qué estáis jugando? ¿Me animáis a irme para aprovecharos y robarme a mi hijo?

Dos enfermeras entraron apresuradamente en la habitación en el momento en que Peg se levantaba de su butaca con los ojos muy abiertos, llenos de confusión y terror. Lyle seguía completamente noqueado y Isaac, que dormía en la cama, comenzó a toser y a revolverse.

—Shiloh —dijo Peg, corriendo hacia ella—. ¡No teníamos elección!

—Necesito que se calmen todos —intervino enérgicamente una de las enfermeras, situándose entre Shiloh y Peg—. ¿Está claro? ¿Me han oído? Quiero que se calmen todos ahora mismo o llamo a la policía.

—Llame a la policía —dijo Steven sin alzar la voz—. Y que averigüen cómo pudo enfermar este niño.

Lyle se levantó de su butaca muy despacio, aunque para entonces ya estaba completamente despabilado.

—¿Cómo dices? —respondió.

—¿Quiénes son los padres del niño? —preguntó la enfermera.

—Yo —dijo Shiloh, y tomó la mano de Steven—. Nosotros.

La enfermera extendió los brazos, con las palmas abiertas hacia ellos, invitándolos a tranquilizarse.

—De acuerdo, entonces... señora, señor —dijo, dirigiéndose a Peg y a Lyle—, les voy a tener que pedir que se vayan.

—Pero, no entiendo... —comenzó a decir Peg—. En ningún momento queríamos... ¿Podemos al menos...? ¿Podemos al menos darle un beso de despedida?

—Señora, venga conmigo, por favor —dijo la enfermera.

De ese modo, Lyle y Peg fueron conducidos fuera de la habitación y de la planta de urgencias hacia la entrada del hospital.

—Espere un momento —dijo Lyle, deteniéndose en el pasillo—. No hemos hecho nada malo. El chiquillo es nuestro nieto. Nuestro único nieto. Estaba enfermo. Ni siquiera sabíamos que era diabético. ¿Cómo íbamos a saberlo? Nadie nos lo ha dicho. ¿Acaso lo sabía nuestra hija? ¿Qué está pasando aquí? ¿Cómo podemos estar seguros de que está en buenas manos?

La enfermera dejó escapar un profundo suspiro. El pasillo en el que se habían detenido estaba tranquilo. No había médicos ni enfermeros ni conserjes a la vista. El suelo de terrazo barato brillaba bajo el intenso resplandor fluorescente de los focos del techo. A lo lejos podía escucharse el zumbido de una máquina pulidora.

—Mire —dijo la enfermera—, tenemos las manos atadas. Sé que ustedes son buena gente. Lo sé. Hicieron lo que debían hacer. Pero ahora no puedo ayudarlos. Tenemos que seguir el protocolo. Tenemos que ceñirnos a la ley. ¿Mi consejo? Vuelvan a casa y descansen. Den un poco de margen a la madre de su nieto para que se tranquilice y luego reúnanse de nuevo. Esto sucede con muchos padres, sobre todo con los jóvenes. Están demasiado tensos.

La enfermera miró a ambos lados del pasillo y luego dio un abrazo rápido a Peg.

—Escuche —le dijo—, ustedes no han hecho nada malo. Vuelvan a casa. Su nieto va a necesitarles, estoy segura de ello.

Pasaron tres días antes de que pudieran ver a Isaac de nuevo. Shiloh no les cogía el teléfono, no respondía a los mensajes de texto ni a los correos electrónicos. Lyle no fue a trabajar al huerto, pues prefería estar en casa por si Shiloh aparecía sin previo aviso por allí.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, cuando escuchó cómo se abría la puerta de la entrada.

—¿Hola? —dijo, y se volvió en la silla.

No le había dado tiempo a levantarse, cuando Shiloh apareció por el estrecho pasillo, caminando hacia él.

—Cariño —dijo Lyle con suavidad—, te hemos estado llamando.

Shiloh asintió, sin despegar los labios.

—¿Cómo está Isaac? ¿Se encuentra bien?

—Está bien —respondió ella con voz débil, la vista fija en el suelo.

—¿Qué sucede, cariño? ¿Cómo puedo ayudar?

—No tienes fe, ¿verdad? —preguntó Shiloh—. No crees en Dios.

Lyle se sentó de nuevo y suspiró profundamente. De repente, se sentía muy pesado, sentado en aquella pequeña silla de cocina, el mimbre y la madera crujiendo bajo su peso. Miró por la ventana y vio a Peg en el patio trasero, colgando la colada en el tendedero.

—No lo sé —concedió Lyle—. No, supongo que no —añadió.



—Papá, odio tener que decir esto, pero tú eres la razón por la que Isaac ha enfermado. ¿No lo ves?

—No —respondió Lyle, completamente perplejo—. No lo entiendo. ¿Cómo puedes pensar algo así? O decirlo siquiera.

—Pues yo creo que es bastante fácil de entender, ¿no? —continuó Shiloh—. Tú eres la enfermedad, la debilidad. Es a través de ti como Satán entró en Isaac. Y fue en esta casa donde cayó enfermo. Y no debería sorprenderme. Estás tan ocupado pensando en el aire acondicionado, cuando deberías estar preocupado por ti... Por tu alma.

Lyle no sabía qué responder a aquello, así que clavó la vista en el suelo de la cocina, en el viejo linóleo. Como estaba descalzo, terminó por mirarse los pies. Se miró las uñas, amarilleadas por el tiempo, gruesas y nudosas como una cuña de madera rota. En ese momento, pensó en Peter, ese renacuajo, y casi pudo sentir su peso minúsculo al cogerlo en brazos —su piel suave y recién estrenada, tan lisa— y oír de nuevo los pequeños y delicados gorjeos que profería.

—Os quiero tantísimo —dijo—. A los dos, a ti y a Isaac. Más de lo que puedas imaginarte.

—Voy a recoger el resto de nuestras cosas. Isaac empieza el colegio en un par de semanas.

—¿Cómo está? —preguntó Lyle.

—Papá, ahora mismo no puedo entretenerme a hablar. Pero ya está como siempre, ¿de acuerdo? Al poco de llevárnoslo, empezó a encontrarse bien. Y he ahí el poder de la oración, ¿no es cierto? Satán no puede hacer nada cuando Steven y yo estamos junto a él. Sobre todo, cuando está cerca un hombre con una fe tan poderosa como la de Steven.

Lyle asintió.

—Por supuesto —dijo.

—Todavía no nos hemos rendido contigo, papá —dijo Shiloh—. Steven está seguro de que, si rezas con él, tal vez pueda traerte de vuelta. Me ha hablado, incluso, de la posibilidad de bautizarte de nuevo.

La estancia se quedó en silencio hasta que Lyle habló otra vez.

—Por favor, no te olvides de la cena para Hoot. La próxima semana.

—Allí estaremos —dijo Shiloh, y desapareció hacia el sótano, donde Lyle pudo oírla revolviendo cajones y luego, descolgando de las perchas las últimas prendas del armario. Por último, escuchó el sonido rítmico de sus pasos subiendo las escaleras y el tono distante y resignado de su voz.

—Adiós, papá —dijo—. Ah, una última cosa.

—¿Sí, cariño?

—No quiero que te acerques a Isaac, papá. No hasta que hayas cambiado de verdad. No hasta que te hayas reconciliado con Dios.

El patio trasero de la casa era pequeño, pero a lo largo de los años habían ido dando forma a aquel espacio hasta convertirlo en un patio con todas sus letras: adoquines de ladrillo, una modesta fuente y, con el paso de las estaciones, un surtido constante y cambiante de delicadas plantas en flor: jacintos, helechos, hostas, lirios y lilas. Allí donde se formaban las sombras más espesas, junto a la pared de la casa, a Lyle le gustaba ver crecer el musgo, verde y fresco, sobre su colección de rocas, recogidas en distintos viajes, pues la geología era, en verdad, una de sus pocas aficiones. En cada extremo de la propiedad crecían setos de lilas, que caían como una cortina sobre la hierba del césped y que, en primavera, estallaban derramando su perfume púrpura. En el extremo norte, sobre la ladera de la colina, se levantaba un muro de piedra caliza que señalaba el final del patio. Y allí, en la única zona que recibía una generosa ración de luz solar, Peg plantaba hierbas, especias y plantas suculentas, además de algunos ramilletes de equináceas y margaritas.

Peg había visto unas fotos en una revista de diseño, o tal vez había sido en alguna película, y tenía una visión en su cabeza de cómo debía ser la «última cena» de Hoot, que era como la llamaban en secreto, si bien nadie deseaba que lo fuera. Así que, durante una semana, Lyle estuvo encaramándose torpemente a lo alto de una escalera para colgar cables con luces blancas de Navidad, de modo que se entrecruzaran por encima de la hierba, de un seto de lilas al otro. Peg, mientras tanto, daba instrucciones desde abajo, señalando a un lado y a otro y ayudándose de una azada para guiar la colocación de las luces y garantizar que fuera impecable.

Desde que Hoot había mencionado la idea de la cena, el rato que no estaba colgando luces, Lyle lo pasaba trabajando en el garaje, construyendo una gran mesa rectangular con viejas tablas de granero que había recogido por las granjas de la zona. La mesa, de un metro y pico de ancho por tres y medio de largo, le había llevado decenas de noches de trabajo en el garaje, mientras escuchaba por la radio los partidos de los Milwaukee Brewers y los Minnesota Twins y espantaba las polillas y los escarabajos que acudían curiosos a la luz de los fluorescentes. Había pasado muchos días planificando la disposición de las tablas y luego lijándolas hasta dejarlas lisas, antes de aplicar dos capas de un revestimiento claro, hecho con una mezcla de alquitrán y aceite de linaza.

Antes de irse a dormir, Peg se acercaba hasta el garaje, y Lyle recordaría aquellos momentos hasta el fin de sus días. Su esposa, esa mujer a la que sentía que conocía desde siempre, se quedaba junto a la entrada, ya fuera descalza o con sus viejos mocasines indios, con los brazos cruzados, mientras lo contemplaba desde la penumbra. Luego, sonriendo al ver la mesa, se acercaba a él, lo abrazaba por detrás, entrelazando las manos sobre su tripa, y apretaba la cabeza contra sus escápulas.

—Lo siento tanto —dijo una de esas veces—. Siento tanto que vayas a perder a tu mejor amigo.

Lyle dejó la brocha sobre la mesa y puso sus manos sobre las de Peg, y ambos se quedaron así largo rato, balanceándose al son de una música inaudible, hasta que él dijo: «Tú eres mi mejor amiga».

—Pero es diferente, ¿no? —dijo Peg—. Creo que una persona puede tener varios mejores amigos. Quiero decir, yo no tengo ninguna necesidad de beber cerveza contigo como hace Hoot. O de ver los partidos de los Packers y hablar de coches viejos. Me alegra que tengas un amigo para esas cosas. Del mismo modo que, estoy segura, a ti no te apetece nada venir de compras conmigo o jugar al Scrabble.

Se quedaron callados unos instantes.

—Es como si el tiempo... hubiera empezado a pasar demasiado rápido —dijo Lyle—. Como si ya no pudiera aferrarme a las cosas ni conservarlas. Como si no pudiera frenar nada.

—Yo te conservaré a ti —dijo Peg.

Estuvieron un buen rato así, balanceándose suavemente en la noche de verano, con el cemento bajo sus pies, cálido y húmedo. En la esquina del garaje, los ratones correteaban furtivamente de un lado a otro, mientras las ranas croaban desde las ramas invisibles de los árboles y, más abajo, hacia el río, un tren cruzaba las sombras a toda velocidad en dirección norte. Podían sentirlo, podían sentir cómo temblaba entonces la tierra bajo sus pies y ver cómo parpadeaba, atolondrada, la luz del garaje; y Lyle quiso decir «le voy a echar tanto de menos», pero tuvo miedo de no poder contener el llanto si pronunciaba aquellas palabras en alto, así que se las guardó para sí, detrás de los labios, donde comenzaron a crecer y a expandirse. Sentía la cabeza pesada y el corazón frágil. Cerró los ojos y notó los cálidos brazos de su mujer en torno a él, abrazándolo como un niño abraza un árbol, y la estrechó con más fuerza.

—Tu mesa es muy bonita —dijo ella, transcurrido un rato.

—¿Tú crees?

—Sí —asintió Peg, acercándose a ella y pasando su mano por la superficie lisa y suave—. La madera es muy bonita.

—La madera tiene más de cien años, probablemente. No es toda del mismo granero, pero intenté coger solo nogal americano.

—¿Has usado un plano o algún esquema?

Lyle negó con la cabeza.

—Teníamos una como esta en casa cuando era pequeño —dijo, encogiéndose de hombros—. Las llaman mesas de cosecha. Al final de la estación, cuando toda la cosecha estaba ya recogida, mi padre y sus hermanos solían sacar una mesa como esta al campo y celebrábamos una gran cena al aire libre.

—Nunca me habías contado eso —dijo Peg, recolocando detrás de la oreja un mechón de pelo que había caído sobre su frente.

—Uno de los mejores recuerdos que tengo es de mi padre, después de empacar las últimas balas de heno del año —continuó Lyle, y se sentó en la vieja silla que tenía junto al atestado banco de herramientas—. Hacía mucho calor. Estábamos a finales de agosto, creo. O tal vez a principios de septiembre. Había mucho polvo en la atmósfera y estábamos todos trabajando en los campos, subiendo las balas de heno al carro. Hacía demasiado calor para llevar camisa, y tengo la imagen de todos nosotros allí, trabajando codo con codo a pleno sol, con la piel quemada, y de mi madre, que nos traía todo el rato cubos de agua helada con rodajas de limón. Recuerdo lo bien que sabía

aquella agua, y recuerdo contemplar los campos y ver a mis tíos y a mis primos, todos cantando mientras trabajaban. Cuando acabamos la faena, la tarde ya estaba muy avanzada, y mi padre dijo: «Vamos a darnos un baño, chicos». Y se quitó toda la ropa, menos los calzoncillos, y yo nunca lo había visto así, ¿sabes? Nunca le había visto la tripa, por ejemplo, ni las rodillas siquiera, y entonces echó a correr hacia el arroyo, y recuerdo cómo se zambulló en el agua y lo asombrados y sorprendidos que nos quedamos, porque nunca lo habíamos visto así, tan feliz. Y todos lo seguimos y nos metimos en el agua y empezamos a salpicarnos unos a otros mientras mi madre nos miraba desde la orilla y se reía también. Todavía puedo verlo, a mi padre —continuó Lyle—, sentado a la mesa de la cosecha, después de bañarnos en el río. Uno de mis tíos había traído una hielera llena de cerveza fría y todos los adultos estaban bebiendo, incluida mi madre, y luego hicimos un pícnic allí fuera, en mitad del campo. Nada especial, mazorcas de maíz, salchichas y ensalada de patata y pepinillos. Supongo que éramos pobres, pero yo no lo recuerdo así. Sencillamente, me sentía feliz —dejó escapar una pequeña risita y se frotó la mandíbula—. Ese es mi recuerdo favorito de mi padre. Bañarme con él aquel día en el río. Verle sonreír. Sentir que le había ayudado con el trabajo, tan duro; sentir que había podido contribuir en algo.

—Te quiero —dijo Peg—. ¿Lo sabes?

Lyle suspiró.

—Yo también te quiero —dijo.

—¿Vamos a la cama?

—¿Cómo llevamos la cena de Hoot? ¿Debería quedarme trabajando un rato más?

—Solo queda preparar la comida —dijo Peg—, pero Shiloh y yo nos podemos encargar de eso. El día de la cena, lo único que tienes que hacer es ayudar a poner la mesa.

—Muy bien —asintió Lyle—. Pues vámonos a la cama entonces. Estoy molido.

Lyle echó un último vistazo a su mesa. El tren ya había pasado hacía un rato, dejando a la noche huérfana de su aparatoso traqueteo. Apagó la luz del garaje y bajó la desvencijada puerta panelada. Peg le ofreció la mano y él la tomó. Caminaron así cogidos hasta el interior de la casa, atravesando el pasillo que tantas veces habían atravesado para llegar a la cama, la misma que los aceptaba siempre, tal y como eran. Sobre ella yacieron, tumbados de espaldas y mirando al techo, y ambos pensaron, consternados, en su nieto, en ese niño maravilloso por el que tanto temían, y también en su madre, a la que amaban tanto que se les desgarraba el corazón al comprender, de manera inequívoca, que se estaba alejando cada vez más de ellos, de su hogar y de su pequeño pueblo, como una barca hinchable a la que la corriente arrastrara cada vez más lejos de la costa brumosa.

El único momento en que Lyle podía ver a Isaac era los domingos. Pero incluso entonces Shiloh insistía en que ella y Peg se colocaran entre el abuelo y su nieto, separándolos, si bien no podía evitar que el pequeño corriera en brazos de Lyle cada vez que lo veía entrar en la iglesia.

—¡Abuelo! —decía Isaac—. Te he echado de menos.

Aquello era suficiente para destrozar a Lyle, para desintegrar su corazón allí mismo, mientras estrechaba con fuerza a su nieto y le acariciaba la cabeza.

—Yo también te he echado de menos, tigre. ¡Qué ganas tengo de oírte cantar hoy!

—¿Sabes qué canción vamos a cantar?

—No lo sé, ¿cuál?

—«Jesús me ama.»

—Una de mis favoritas —dijo Lyle, antes de sonreír abnegadamente a Shiloh—. Buenos días, cariño.

—Buenos días, papá —respondió ella con frialdad.

La asistencia a la iglesia de Coulee Lands parecía haber declinado, pensó Lyle mientras tomaban asiento. La banda, Redeemed, había perdido al menos uno de sus miembros —la ausencia del batería producía un ruidoso vacío—, y ahora cada sonido, cada tos o estornudo, cada susurro de los niños y cada crujido de las viejas butacas y sillas adquiría una estridencia inusual y alarmante. Cuando el coro infantil se colocó formando dos filas sobre la tarima que había frente a la gran pantalla y tras el maltrecho atril, Lyle advirtió que su número se había reducido también, si bien no podía precisar cuánto exactamente.

La directora del coro ocupó su lugar habitual frente a sus alumnos, de pie sobre una vieja caja de manzanas, y alzó los brazos para marcar el inicio de la actuación.

No podía decirse que Isaac estuviese muy dotado para el canto. De hecho, Lyle gozaba no tanto de la calidad de su voz como de su volumen. El pequeño vociferaba, literalmente, aquellos viejos clásicos cristianos, con toda naturalidad y desparpajo, sonriendo y saludando a Lyle y a Peg desde su puesto en el coro —hasta que estos también le sonreían y lo saludaban—, mientras el resto de niños a su alrededor progresaba de modo vacilante a lo largo de la actuación, aspirando a algo parecido a la sincronización.

Lyle recordaba con cierta culpabilidad los últimos años de instituto de Shiloh: las peleas, los portazos, las discusiones durante la cena... Cuando finalmente se fue a la universidad, al dejarla en la residencia, lo embargó una sensación de alivio. Peg y él habían hecho su trabajo. La habían cuidado y habían velado por ella hasta convertirla, con suerte, en una joven fuerte e independiente. Aquellos primeros meses de nido vacío no se les hicieron raros ni mucho menos tristes. Al contrario, una atmósfera de tranquila serenidad se había instalado en la casa y Lyle aprovechó aquella paz novedosa para pasar largas horas leyendo o trabajando la madera en su taller. Cuando

Shiloh volvía para visitarlos, algún fin de semana o en vacaciones, le alegraba verla, por supuesto —siempre le alegraría, pues era su hija y la quería más que a nada en el mundo—, pero también agradecía la calma que volvía a imperar cuando se iba.

Cuando nació Isaac, Lyle no anticipó la agitación y la emoción profundas que sentiría al sostener a aquel bebé en sus brazos. Pero así fue. Aquel pequeñín le hizo recordar a Peter, sí, pero también el milagro que había supuesto la entrada de Shiloh en sus vidas. Isaac representaba otra oportunidad también para ellos, para Peg y para él, otra oportunidad para maravillarse ante la frágil belleza de una vida nueva, con la ventaja añadida de que aquel bebé no era suyo y por lo tanto no les tocaba a ellos cambiar cada pañal sucio, ni consolar cada llantina nocturna e intempestiva.

Y allí estaba ahora, aquel niño de cinco años, aquella maravilla.

Finalmente, los pequeños cantores saludaron con una humilde reverencia y la congregación prorrumpió en una cálida y sincera ovación. Isaac correteó hasta donde estaban sentados Lyle, Peg y Shiloh, pero en vez de sentarse en su butaca, se lanzó hacia Lyle y se sentó en el regazo de su abuelo.

—Bien hecho —dijo Lyle, besando la cabeza del muchacho—. Muy pero que muy bien hecho.

La jornada de la última cena de Hoot fue uno de esos raros frutos de finales de agosto: un día claro y luminoso, bello y templado, refrescado por un suave viento norte procedente de Canadá y la River Road. Sin trenes de mercancías pasando a toda velocidad ni HarleyDavidsons rugiendo en la carretera. Sin lanchas motoras zumbando en el río en una u otra dirección. Redford estaba en calma. Shiloh, Steven y Isaac llegaron en la vieja camioneta de Steven y, cuando aparcaron delante de la casa, los tres apretados en el banco delantero, Lyle tuvo que admitir que se parecían mucho a una familia.

Shiloh apenas posó un beso fugaz en la mejilla de Lyle y Steven pasó detrás de ella, portando varias bolsas de plástico del supermercado atestadas de comida. Al ver a Steven avanzar con esfuerzo hacia la casa, Lyle se dio cuenta de que había permanecido rígido y cruzado de brazos y que no se le había ocurrido ofrecerse a echar una mano a aquel joven, potencialmente su yerno. Agradecía, eso sí, que Steven se abstuviera de llamarlo «papá». Conservaba alguna esperanza de que su hija acabara perdiendo el interés en aquel hombre y regresara a casa, pero el anillo que Shiloh lucía en su anular, sus andares briosos y sus mejillas sonrojadas indicaban lo contrario.

—¿A qué hora es la cena? —preguntó Steven, cargando con las bolsas mientras Lyle le abría la puerta.

—A las seis —respondió Lyle—. Cuando dejes esas bolsas, tal vez puedas echarme una mano para sacar la mesa al patio.

—Por supuesto, señor —dijo Steven—. Listo para ayudar.

Lyle encontraba francamente irritante la persistente educación de Steven. Si se le hubiera concedido la capacidad de parar el tiempo un momento, le hubiera encantado darle un buen puñetazo en la nariz allí mismo, solo para ver al muy gilipollas caerse al suelo y luego quedarse estupefacto y aturdido cuando el tiempo volviera a fluir. El simple hecho de fantasear con aquella escena le produjo un enorme gozo infantil.

Mientras Shiloh y Peg preparaban la comida en la cocina y Isaac veía una película en el salón, Lyle y Steven sacaron la mesa de la cosecha al patio y comenzaron a ponerla. Primero extendieron un mantel *amish* de algodón blanco, con encajes azul marino, y luego colocaron la vieja vajilla de porcelana de la abuela de Peg y la cubertería de plata que reservaban exclusivamente para Acción de Gracias y Pascua. Lyle dispuso cinco botellas de burdeos sobre la mesa, todas ellas compradas durante su viaje a Mineápolis, en la venerable licorería Surdyk's.

—Oh, estoy seguro de que no va a hacer falta tanto vino —dijo Steven, riendo—. Shiloh y yo no bebemos.

—Perfecto —respondió Lyle, su rostro repentinamente iluminado—, así el resto tocamos a más. Aunque sabes bien —añadió— que Jesús bebía vino, ¿no es así? No creo que vaya contra las normas.

—En primer lugar, no me gusta que nada me nuble el juicio —dijo Steven—. Prefiero mantener mi mente pura.

—Ya veo —dijo Lyle—. Estoy convencido de que es mucho mejor así.

—Y en segundo lugar, no quiero que nada me tiente a cometer ningún... lo que llamamos «actos impuros» —continuó Steven, frunciendo el ceño al tiempo que parecía sonrojarse.

Lyle sonrió.

—Bueno, yo no soy teólogo, pero... —comenzó a decir.

—Eso ya lo sabíamos —replicó Steven, sonriendo con suficiencia.

—Lo que iba a decir es que, si bien no soy ningún teólogo, me resulta muy difícil creer que cualquier Dios, cualquier Ser Supremo, esté ahí arriba monitorizando tu nivel de alcohol en sangre y que luego se muestre contrariado si se da la circunstancia de que te apetece besar o abrazar a la persona que amas. Eso me parecería un poco, no sé, mezquino.

—Bueno, yo sí soy teólogo —respondió Steven— y no necesito beber vino para besar o abrazar a la gente a la que quiero.

—Por supuesto que no, Steven —dijo Lyle.

Aquel hombre joven lo agotaba con sus certezas acerca del mundo, de la vida después de la muerte... acerca de todo. Lyle echó un vistazo a su viejo Timex. Las dos en punto. Quedaban horas para la cena. La cocina era demasiado pequeña para acoger varios pinches y su único cometido — encargarse de la parrilla— no lo ocuparía hasta pocos minutos antes de empezar la velada. Sintió la tentación de abrir una de esas botellas «innecesarias» en ese mismo momento, aunque solo fuera para paliar el sufrimiento de tener que matar el tiempo con Steven.

—Estoy pensando en acercarme un momento a casa de Hoot —dijo finalmente—, a ver si quiere venir un poco antes, o por si necesita que le eche una mano con algo.

—Te acompaño —se ofreció Steven, con fastidiosa jovialidad.

Al parecer, el chaval era inasequible al desaliento.

—Oh, no hace falta —dijo Lyle—. Puede que Shiloh te necesite aquí.

—Apuesto a que estará encantada de librarse un rato de nosotros —respondió Steven, propinando a Lyle un suave puñetazo cómplice en el hombro—. Listo cuando tú lo estés. Puedo conducir yo.

Advirtiendo que la camioneta de Steven estaba bloqueando la salida, y que habría que moverla de todas formas, Lyle asintió con un gesto de cabeza y ambos se pusieron en marcha. El vehículo estaba provisto de un equipo de sonido tan bueno que parecía un desperdicio no escuchar algo de los Creedence Clearwater Revival, pero la radio permaneció apagada durante el breve trayecto hasta la casa de Hoot. Aparcaron en la entrada y llamaron a la puerta. Hoot les abrió ataviado con una sudadera holgada, arrastrando su tanque portátil de oxígeno y con un pitillo entre los labios.

—Dios —dijo—. Llegáis muy pronto. Ya sé que me estoy muriendo, pero yo creo que hasta esta noche llego, por lo menos. Quizá hasta mañana por la mañana, incluso.

Hoot se dio la vuelta y se retiró hacia el interior de la casa, dejando vía libre a Lyle y Steven, que se limpiaron las suelas en el felpudo de la entrada y lo siguieron.

Lyle pudo ver cómo Steven forzaba una sonrisa cuando, una vez dentro y casi de forma inmediata, Hoot puso una lata de cerveza fría en la mano del desconcertado pastor. Antes de que pudiera declinar la invitación, Hoot chocó su lata con la de Steven en señal de brindis y, llevándosela a los labios, dio un trago respetablemente largo.



—¿Y qué se supone que eres tú? —preguntó al joven pastor—. ¿Un mormón hípster? ¿Ahora hay de esos?

—No, señor, soy predicador.

—¿De verdad? —dijo Hoot, mirando al joven de arriba abajo—. Pues vaya.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Lyle, sentándose a la mesa junto a Hoot y lanzando una mirada a Steven, que seguía de pie en la puerta, no sabiendo muy bien qué hacer con sus manos ni consigo mismo mientras sostenía la lata de cerveza como si fuera una granada de mano.

—Pues no sé qué decirte, Lyle. Regular, supongo. Me siento cansado todo el rato, y dolorido, y se me está cayendo el pelo. Me he comprado un gorro rojo. Me parezco un poco Jacques Cousteau.

Hoot miró a Steven.

—No has tocado tu cerveza, hípster.

—Steven no bebe —explicó Lyle—. Le da miedo que le entren tentaciones carnales.

—Solo veo tres hombres en esta cocina —dijo Hoot—. Dos de ellos más viejos que Matusalén. ¿Qué me dices, predicador? ¿Serás capaz de mantener a raya esos deseos carnales?

—También le gusta pasar por alto el hecho de que Jesús bebía vino —añadió Lyle.

—No hay pruebas de que lo que bebían Jesucristo y sus discípulos estuviera fermentado realmente —dijo Steven, poniéndose a la defensiva.

—Estoy seguro de que llevas razón, chaval —dijo Hoot, riéndose—. Estoy seguro de que Jesucristo dejó bien claro que él solo bebía zumo de uva sin fermentar. Y estoy seguro de que eso era muy fácil de encontrar entonces, hace ¿cuánto?, hace dos mil años en Palestina.

Lyle dio un sorbo a su cerveza. Le encantaba aquello. Le encantaba ver cómo Hoot vacilaba a Steven.

—Venga, *Padre* —dijo Hoot—, siéntate y cuéntanos algo. Lyle me ha dicho que eres un verdadero fanático de la Biblia.

Steven avanzó cautelosamente hasta la mesa y se deslizó en una de las sillas.

—Soy pastor, señor. Así que sí, supongo que eso me convierte, en parte, en un «fanático de la Biblia», pero prefiero otros términos como devoto o...

—Entonces dime algo, pastor —le interrumpió Hoot—. El médico me ha explicado que me queda menos de un año de vida. Y creo que está siendo generoso. Teniendo en cuenta el peso que he perdido ya y el tipo de cáncer que me está devorando por dentro, me parece que tendré mucha suerte si llego a Navidad, o incluso a Pascua. Así que mi pregunta es: ¿cuántas posibilidades tengo de conocer a san Pedro?

—¿Perdón, señor?

—Las puertas del cielo, chaval. ¿Me van a dejar pasar o no?

Steven se revolvió incómodo en la silla. Se miró las manos, nervioso. Lyle nunca había visto al joven tan descolocado.

—¿Ha aceptado usted a Jesucristo como su Señor y su salvador?

—No lo sé. Supongo —respondió Hoot.

—¿Supone?

—Sí, supongo. Quiero decir, estoy bautizado y confirmado y todas esas chorradas. ¿Qué más hay que hacer?

Steven se dejó caer contra el respaldo y estuvo a punto, a punto, de dar un sorbo a la cerveza.

—¿Se ha arrepentido de sus pecados? —insistió.

—¿Qué pecados? —preguntó Hoot y, acto seguido, prorrumpió en una carcajada carraspeante y espasmódica, toda flema y alquitrán de cigarrillo, surgida de lo más profundo de aquel par de pulmones andrajosos, exhaustos y ennegrecidos. La carcajada derivó pronto en un violento acceso de tos y Lyle le cogió la cerveza y la apoyó sobre la mesa. Luego le puso la mano sobre la espalda hasta que la tos pareció remitir.

Steven lanzó a Lyle una mirada de preocupación.

—He visto tu camioneta —dijo Hoot—. Una verdadera joya.

Steven asintió humildemente.

—Fue mi primer amor —dijo.

Hoot se levantó con dificultad de la mesa y, con un gesto de sus dedos delgados, indicó a ambos hombres que lo siguieran.

—Entonces creo que sabrás apreciar lo que tengo en el garaje. Lyle ya lo ha visto, por supuesto.

Una vez en el garaje, Steven se quedó sin habla al principio, de pie junto a la puerta, junto a una vieja nevera color aguacate que, en tiempos mejores, solía estar siempre llena de latas de cerveza.

—¡Señor! —exclamó—. ¡Míralos!

—¿Entiendes algo de coches? —preguntó Hoot.

—Bueno, diría que aquí tenemos dos Ford Mustang de finales de los sesenta. Dos modelos antiguos ligeramente diferentes... La carrocería parece estar en perfectas condiciones... —dijo Steven, y pasó la mano sobre el capó de uno de los autos, sobre la ventanilla lateral del conductor y la parte superior de una de las puertas—. ¿Puedo abrir el capó?

—Tú mismo —dijo Hoot, sentándose en una silla plegable.

Steven levantó ambos capós y echó un vistazo a las entrañas de los coches. Chasqueó la lengua mientras giraba la cabeza, recorriendo el motor con la mirada de un extremo a otro, como si estuviera descifrando un acertijo.

—Parece que los ha despiezado un poco.

—Tuve que hacerlo —respondió Hoot, encendiendo un cigarrillo—. Mi ex iba a venderlos y a fugarse con el dinero a Florida.

—¿Todas las piezas siguen por aquí?

—Por desgracia, no. Algunas sí que andan por aquí cerca, creo, en el garaje o en el sótano. Pero otras las vendí por el camino, para hacerlo más interesante. En esa época, me dediqué a arrancar cosas del motor, ya sabes, solo para ponérselo difícil a ella.

—¿Y nunca ha intentado reponerlas y repararlos?

Hoot se encogió de hombros.

—Me jubilé hace unos pocos años. Y antes, la mayoría de los días, cuando volvía del trabajo, me abría una cerveza, me hacía la cena, me echaba un rato y, cuando quería darme cuenta, ya era el día siguiente y hora de empezar de nuevo. Durante muchos años no hice gran cosa por aquí.

—Bueno —dijo Steven, mirando su reloj—, ¿le importa si les echo un vistazo?

Hoot dio una calada profunda a su Camel y miró al pastor.

—¿Quieres jugar a los médicos con mis Mustang?

—No puedo arreglar los dos, pero con las piezas de ambos, puedo tener uno listo hoy mismo. Eso se lo garantizo. Y si me da un mes o así, apuesto a que puedo tener los dos arrancando y funcionando.

—Y una mierda —gruñó Hoot—. No tenemos ni tres o cuatro horas antes de mi cena.

—¿Qué se apuesta? —preguntó Steven, sonriendo.

—De acuerdo —respondió Hoot—. ¿Qué puedo perder? En un año estaré muerto de todas formas.

—Si logro que uno de estos coches arranque hoy, antes de la cena, entonces tiene que venir a mi iglesia, cada domingo, hasta Navidad.

Hoot soltó una carcajada.

—Muy bien —respondió—, y si tú no logras repararlo... —Hoot volvió a dar una calada larga y tosió— tienes que beberte cinco chupitos de Jägermeister esta noche en la cena.

Ahora fue Lyle el que se echó a reír y aplaudió la ocurrencia.

Steven caminó hasta donde estaba Hoot, extendió la mano, escupió en la palma y se la presentó.

—¿Trato hecho?

Hoot escupió en la suya y Lyle se puso de pie para ver cómo ambos se estrechaban la mano.

Inmediatamente, Steven se sacó el teléfono del bolsillo y, sosteniéndolo contra el hombro, empezó a llamar a un montón de gente, mientras sus manos se movían deprisa bajo el capó, toqueteando manguetas y enredando con cables.

—Voy a necesitar un poco más de luz aquí, eso sí —dijo Steven.

—No pienso ayudarte, *Padre* —dijo Hoot—. Tienes línea directa con Dios, un teléfono móvil que funciona y más ego que nosotros dos juntos. Así que apáñatelas. Yo pienso quedarme aquí sentado, bebiéndome unas cervezas y, después, viendo cómo te coges una buena moña con las bombas de Jäger. Va a ser fantástico.

Pero en menos de treinta minutos, delante de la casa de Hoot, había aparcados varios coches antiguos, deportivos y camionetas completamente tuneados. Sus conductores, algunos de los cuales eran miembros de la Coulee Lands Covenant, entraron en la casa portando piezas en las manos o cargando con pesadas bolsas de deporte sobre los hombros. Un hombre llegó empujando un carrito con tres baterías de coche diferentes. Todos ellos se mostraron muy educados y prestos a estrechar la mano de Hoot, a escuchar con atención sus historias y bromas y a reírse con ellas. En poco tiempo había casi una docena de personas en el garaje, la mayoría conversando relajadamente en pequeños grupos, mientras otras metían la cabeza debajo del capó, se pasaban herramientas de mano en mano o sostenían linternas sobre el motor. Algunos de los recién llegados se sentaban de tanto en tanto al volante y giraban infructuosamente la llave o simplemente fingían que conducían el viejo automóvil.

Poco después de las cinco, Steven le ofreció la llave a Hoot.

—¿Por qué no prueba?

Hoot miró al pastor abriendo muchos los ojos, presa del asombro y la incredulidad.

—Me estás tomando el pelo —le dijo.

El pastor se encogió de hombros.

—Pruebe a ver.

Los hombres que estaban en el garaje —muchos de los cuales sostenían ahora una lata de cerveza en la mano o un cigarrillo entre los dedos— se hicieron a un lado, mirando a Hoot con amplias sonrisas en los rostros.

Hoot se incorporó vacilante, quitándose los tubos de la nariz. Dio una calada al pitillo, tiró la colilla al suelo y avanzó despacio hacia el coche. Steven le abrió la puerta del conductor y lo ayudó a acomodarse en el asiento. El hombre tenía un aspecto tan frágil allí sentado, que el viejo Mustang parecía ahora demasiado poderoso para su dueño. Hoot echó un vistazo al nutrido grupo que se había congregado en su garaje y, tras hacer una pausa, giró la llave.

El motor titubeó y carraspeó un par de veces. Hoot lo intentó de nuevo.

En esta ocasión, sin embargo, el coche regresó a la vida con un rugido grave y poderoso, escupiendo una densa nube de humo azulado. Los hombres, casi una docena, comenzaron a dar gritos de júbilo y a aplaudir; algunos eran muy corpulentos y tenían grandes barrigas cerveceras, otros lucían barbas gigantescas e iban completamente cubiertos de tatuajes y, aunque uno nunca los hubiera imaginado mostrando mucha emoción de ningún tipo, ahora sonreían mientras cantaban, entusiasmados: «¡Hoot! ¡Hoot! ¡Hoot!». Y Hoot, sentado al volante, estupefacto y feliz, metió la marcha atrás y maniobró con facilidad hacia la salida, como si estuviera a punto de partir de viaje hacia la puesta de sol. Steven corrió hasta la ventanilla.

—Espera un momento, Dale Earnhardt —le dijo—. Hay que hinchar un poco las ruedas. ¿Cuánto tiempo lleva este coche aquí parado?

Hoot posó una mano en el brazo de Steven. Alrededor del coche, el aire vibraba con el poder de sus ocho cilindros.

—No lo sé... —empezó a decir Hoot—. No sé qué decir.

—Bueno, bastaría con un «gracias».

Hoot asintió.

—Gracias, sí... es que jamás pensé... Nunca imaginé que volvería a conducirlo.

—Bueno, pero sienta muy bien hacerlo, ¿no? —dijo Steven, sonriendo.

—Demonios, ya lo creo —respondió Hoot—. Es como si hubiera rejuvenecido veinte años.

—No olvides —dijo Lyle, apoyándose también sobre el coche—, que todavía tenemos que ponerte elegante para tu gran cena.

—Me cago en la leche —dijo Hoot, negando con la cabeza, de pura incredulidad—. El muy desgraciado lo ha reparado. No me lo puedo creer.

Una pequeña comitiva de coches antiguos, de lustrosos deportivos tuneados y de camionetas con ruedas monstruosas desfiló despacio detrás del Mustang de Hoot, escoltándolo hasta la gasolinera más cercana, para que pudiera hinchar como era debido los neumáticos Firestone de llantas blancas. Luego, el cortejo prosiguió su moroso avance por la River Road, hasta el centro del pueblo, avanzando a menos de treinta kilómetros por hora, reteniendo el tráfico veraniego, pero despertando el entusiasmo de los viandantes, que saludaban y silbaban a su paso. Cuando Hoot llegó finalmente a casa de Lyle y se desvió para entrar, la procesión entera de vehículos hizo sonar las bocinas, mientras sus conductores lo felicitaban a voces una vez más, antes de proseguir su

camino, y Hoot los despedía orgulloso, apoyado contra el viejo coche, alzando un puño huesudo y delgado al aire, en señal de triunfo.

Lyle y Steven tomaron cada uno de un codo a Hoot y lo escoltaron hasta el patio, donde la mesa de la cosecha estaba ya impecablemente puesta, con las velas encendidas y las luces de Navidad ondeando sobre ella y brillando contra el cielo crepuscular. Peg y Shiloh aguardaban de pie la llegada del invitado. Llevaban zapatos de tacón y bonitos vestidos, con ligeros chales sobre los hombros. También estaban allí el pequeño Isaac, luciendo un trajecito de tela milrayas y sus muy deterioradas Converse All Stars, y Charlie, con un traje de lana que le venía algo justo, con coderas, y una corbata negra plana. Hasta Otis y Mabel habían venido vestidos con sus mejores y muy desfasadas galas. Todos abrazaron a Hoot, que besó en las mejillas a las mujeres y en la frente a Isaac. Cuando Peg le ofreció una copa de vino, se lo pensó un momento y le dijo: «¿No tendrás por ahí una de esas cervezas que tanto me gustan, querida?».

A lo que Isaac reaccionó entrando en casa como una centella para salir un instante después con una lata helada de Old Milwaukee, que Peg se apresuró a servir en una copa alargada de champán. Hoot la miró con buen humor.

—Podías haberte ahorrado la copa —le dijo.

—Esta noche —respondió Peg—, vamos a usar cada vaso y copa que hay en esta casa, cada pieza de vajilla, vamos a bebernos hasta la última gota de vino y a comer hasta que no podamos más; vamos a escuchar buena música y a celebrar tu... —Peg titubeó un instante y miró al suelo antes de alzar de nuevo la vista y proseguir—. Y vamos a celebrarte a ti, querido amigo. Así que brindemos.

Lyle sirvió rápidamente dos copas de vino y le pasó una a Peg, mientras Steven y Shiloh, que habían comprado una botella de vino sin alcohol, alzaban también las suyas.

—Por Hoot, quien jamás dejó intacta lata alguna de cerveza —dijo Peg animosamente, conteniendo con valentía las lágrimas que sus ojos, Lyle lo sabía, pugnaban por derramar.

Todos entrechocaron sus copas y así dio comienzo la velada.

En una mesita auxiliar, habían dispuesto un tocadiscos y Isaac estaba muy atareado cambiando vinilos, si bien casi siempre terminaba por volver a poner alguno de los Beatles, lo que parecía agrandar a Hoot, quien canturreaba desde su silla «Hey Jude», que resultaba ser también una de las canciones favoritas de Isaac. El pequeño se encaramó al regazo de Hoot y ambos se balancearon suavemente al ritmo de aquella suerte de nana extática en que consistía la canción, «Na na na, na na na na, na na na na, hey Jude...».

—En mi boda pusimos esta canción —dijo Hoot, serenamente—. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Cómo ha cambiado el mundo desde entonces! Pero esta canción sigue sonando como si la hubiesen grabado ayer, como si la pudieran grabar dentro de diez años.

Los comensales atacaron los entrantes: queso y salchichas, manzanas y frutas del bosque, rebanadas de pan y mantequilla. A continuación, chuletas de cerdo y melocotones asados, rehogados con vinagre balsámico de veinte años y, después, una ensalada de col rizada y judías verdes. Para acabar, de postre, una tarta de queso decorada con fresas, un pastel de cereza y, de acompañamiento, un helado casero de grano de vainilla. Para cuando el café estuvo ya en el fuego,

el cielo nocturno se había desplegado sobre sus cabezas como una *chautauqua* estrellada y semejaba una gran carpa de circo perforada de luz por todas partes.

Hoot no tenía mucho apetito, pero estaba allí, sentado y satisfecho, una pierna cruzada sobre la otra, moviendo la cabeza al ritmo de la música, pidiendo una canción a Isaac de tanto en tanto. El muchacho corría entonces a revolver todos los discos hasta que encontraba lo que le pedían, «Nashville Skyline» de Bob Dylan, o «Harvest» de Neil Young, y colocaba la aguja sobre el siguiente surco gastado por el tiempo. De aquella manera, las horas fueron transcurriendo, hasta que todos se dieron cuenta de que Hoot parecía estar quedándose dormido, pues su cabeza ya no seguía el ritmo de la música, sino que se desplomaba alternativamente sobre su hombro izquierdo y sobre el pecho.

Lyle se acercó a su amigo e, inclinándose sobre él, le posó una mano en el hombro. Hoot se sobresaltó ligeramente y murmuró: «Qué noche tan bonita».

—¿Nos retiramos, Hoot?

—Dime que ese Mustang no se va a convertir en una calabaza —dijo Hoot con voz queda.

—No —dijo Lyle—. No estamos en esa clase de cuento de hadas.

Hoot miró alrededor de la mesa y vio las velas casi consumidas en su totalidad, las luces navideñas balanceándose suavemente sobre ellos, las botellas de vino vacías, las tazas de café todavía medio llenas, los tenedores cubiertos de restos reseco de cerezas y tarta de queso, los rostros de sus amigos y, finalmente, las estrellas y la luna, por siempre paciente.

—Oh, no estoy tan seguro de eso —murmuró.

Isaac se había quedado dormido hacía unas horas, pero los demás comensales acompañaron a Hoot hasta su Mustang recién resucitado y lo ayudaron a instalarse en el asiento del copiloto, desde el que les dijo adiós, moviendo la mano débilmente, como un gran general exhausto. Luego, Lyle arrancó y salió despacio del aparcamiento, con Steven siguiéndolo en su camioneta.

Ya en casa de Hoot, Lyle lo acompañó dentro mientras Steven aparcaba el Mustang en el garaje. Quizá por vez primera en sus largos años de amistad, Lyle entró en el dormitorio de Hoot, lo sentó sobre la cama y lo ayudó a quitarse su traje azul marino, su camisa blanca abotonada y, finalmente, sus viejos zapatos de vestir, los calcetines y los pantalones, de modo que Hoot se quedó en calzoncillos y camiseta interior blanca.

—Lo siento, *amigo* —dijo Hoot—, pero ¿te importaría alcanzarme la sudadera de los Packers que tengo en el armario? A veces me entra un poco de frío.

Lyle ayudó a Hoot a ponerse la sudadera y a meterse en la cama. Luego lo tapó hasta los hombros con las sábanas y le dijo: «Buenas noches, viejo amigo».

Pero Hoot ya se había quedado dormido y roncaba dócilmente.

Lyle se levantó y echó un vistazo al austero dormitorio: una cama de matrimonio, dos mesitas de noche, dos lámparas y una cómoda con cajones sobre la que reposaban, enmarcadas, tres fotografías. Sintiendo curiosidad, Lyle atravesó la estancia sin hacer ruido y contempló las imágenes. Había una vieja fotografía de Hoot con sus padres y su hermana, probablemente de finales de los cincuenta, y otra de Hoot con su mujer, justo después de su boda, los dos sonrientes y radiantes, ella con el velo levantado. Había sido tomada desde detrás del coche, y se veían la ristra de latas vacías de cerveza atada al parachoques trasero y los restos de arroz desperdigados sobre el asfalto negro y sobre el pelo oscuro y engominado de Hoot. Al ver la tercera fotografía,

Lyle no pudo evitar alargar la mano y cogerla para observarla mejor. Registraba un momento en el que no había pensado en años.

Era de la fiesta de graduación del instituto de Shiloh. La debía de haber sacado Peg, porque ella no salía. Estaban solo Hoot y Lyle, con una jovencísima Shiloh de dieciocho años estrujada entre ellos, con su toga y su birrete de graduada. Los tres sonreían y cada detalle de la imagen era fiel a la realidad: Hoot sostenía un cigarrillo en su mano izquierda, casi cortado por el borde de la foto, pero no del todo, el humo ascendiendo por el lateral. Lyle parecía mucho más ancho y fuerte, su pelo más poblado y rubio. Shiloh, por su parte, lucía una sonrisa más cauta que las de ellos, menos amplia, y no miraba a la cámara, sino hacia otro punto, justo fuera de plano, hacia algún amigo, quizá, hacia algún otro foco de conversación o diversión.

Lyle volvió a depositar el marco sobre la cómoda, entornó la puerta de la habitación de Hoot y salió de la casa, cerrando la puerta de la entrada antes de subir a la camioneta de Steven.

—Gracias por arreglar su coche —dijo Lyle—. Ya has visto lo feliz que lo ha hecho.

—No ha sido nada —dijo Steven—. Mi viejo era mecánico. Me tiré toda la infancia pasándole herramientas o sentado al volante, girando la llave de contacto de coches que no querían arrancar, mientras él miraba el motor, rascándose la cabeza. Es como una segunda naturaleza para mí.

—Aun así, ha sido muy bonito lo que has hecho. Un gesto muy bonito.

—Los coches son mucho más fáciles que las personas, Lyle —respondió Steven con sequedad—. Un coche te dice cuándo está estropeado, te dice cómo arreglarlo. Vienen con manual, incluso. En 1969 se fabricarían unos... ¿cuántos? ¿Doscientos Mustang? Tal vez algunos más... Pero, aunque no todos ellos son completamente idénticos, se parecen lo suficiente. No creo que haga falta decir que los seres humanos son mucho más difíciles de diagnosticar.

Steven se detuvo a la entrada de la casa de Lyle y le ofreció la mano.

—Rezaré por tu amigo.

Lyle estrechó su mano.

—Buenas noches —dijo.

Luego caminó hasta la puerta, sintiéndose muy cansado. Allí estaban Peg y Shiloh, descalzas en la escalera de la entrada. Shiloh abrazó a su madre, luego descendió las escaleras y caminó hacia Lyle, pero no se paró siquiera para darle un abrazo o un beso. Simplemente le rozó la mano al pasar, esbozando una sonrisa más parecida a una mueca, como si el solo hecho de tocarlo fuera doloroso. Lyle no podía recordar un momento en el que ambos hubieran estado tan alejados el uno del otro, en el que la mera idea de abrazar a su padre resultara casi pecaminosa para ella.

—Buenas noches, cariño —dijo Lyle, con tristeza.

—Buenas noches, papá —respondió ella maquinalmente antes de cerrar la puerta de la camioneta.

**Otoño**



Una tarde de un lunes de mediados de septiembre, Lyle y Peg condujeron por la River Road hasta La Crosse, donde recogieron a Isaac a la salida del colegio. Después regresaron a Redford y fueron hasta el huerto de Sourdough, que, aunque cerraba los lunes, en aquella época del año funcionaba a pleno rendimiento, con cientos de manzanas decorando las ramas de los árboles y el almacén repleto de cajas de fruta. Cualquiera otro día de la semana se hubieran encontrado un montón de turistas abarrotando el pequeño aparcamiento y dispuestos a gastarse un buen dinero en mantequilla de manzana, manzanas dulces, buñuelos de manzana recién fritos, sidra o, sencillamente, manzanas frescas. Tras los meses de duro trabajo, aquellas jornadas de finales de verano reportaban un gozo indisimulable a Otis y Mabel. Uno de ellos se ocupaba de la vieja caja registradora, mientras el otro guiaba a los visitantes hasta la zona de tiro al blanco con manzanas, los trabuquetes o el área recreativa donde había unos juguetes de plástico, descoloridos por el sol, que eran puntualmente rescatados del almacén para el importantísimo mes de septiembre. Pero aquel lunes, mientras los turistas recuperaban el aliento tras un fin de semana frenético, el huerto estaba muy tranquilo.

Cuando llegaron, oyeron a Mabel pegando voces y dándole instrucciones a Otis, que se encontraba en el almacén de manzanas, apilando cajas sobre un carrito Radio Flyer rojo.

—Va a tirarlas todas —le dijo Mabel a Peg—. Le digo las cosas, pero no me hace ni caso, como si no me oyera. Pero ya verás, se le acabarán cayendo todas esas manzanas preciosas y no las podremos vender.

Mientras Lyle se abría paso hasta el almacén, a través de pilas de cuatro cajas de altura, escuchó el estrépito de la carretilla al volcarse y el de las docenas de manzanas desparramándose por el suelo.

—¡Maldito vejestorio! —gritó Mabel—. Te lo dije. Cualquiera día pierdes la cabeza también.

—¿Te echo una mano? —se ofreció Lyle, tratando de reducir los daños.

—Te lo agradecería mucho —dijo Otis—. Esta mujer tiene un sexto sentido para las calamidades.

Mabel bajó los brazos en señal de profunda resignación y acompañó a Peg y a Isaac al interior de la casa.

—¿Por qué no cogemos unas bolsas de papel? —dijo Otis—. Y te llevas a casa las que podamos salvar. Estarán casi todas machacadas ya.

Los dos hombres emplearon veinte minutos en limpiar el almacén. Lyle ayudó a Otis a hacer más espacio en el recinto para guardar más manzanas. Luego se unieron a sus mujeres y a Isaac, que estaban sentados en la cocina, bebiendo sidra dulce en vasos bajos de whisky.

—Estaba pensando en llevarme un rato a Isaac hasta la pomarada —dijo Lyle.

—Id juntos si queréis —respondió Peg—. Yo me quedo por aquí.

Lyle y Isaac prometieron que volverían en un rato para tomar el aperitivo y sumarse a la charla. Montaron en la camioneta hasta la entrada del huerto y Isaac se bajó corriendo para abrir la portezuela de entrada. Cuando el vehículo estuvo dentro, volvió a cerrarla y corrió otra vez junto a su abuelo. Cogidos de la mano, ambos se internaron en la arboleda, dejando a un lado las nuevas plantaciones de variedades de Honeycrisp, Gala y Zestars, hasta llegar a las secciones más antiguas del huerto, donde crecían los manzanos silvestres, aquellos que Otis había encontrado hacía cincuenta años, cuando aquel terreno no era para él más que un pequeño refugio al que se escapaba los fines de semana, huyendo de sus responsabilidades como profesor universitario en Mineápolis.

—Quiero que pruebes una manzana —dijo Lyle—. Es una manzana especial. Tan especial que Otis y Mabel nunca la venderían. Esas manzanas las guardan solo para ellos. Y para nosotros.

—¿Por qué es especial, abuelo?

—Por tres razones. La primera, porque este manzano no da mucha fruta. Es muy, muy viejo. Con suerte, en un año bueno, no da más de una docena de manzanas. En segundo lugar, las manzanas que produce son muy frágiles; se estropean enseguida. Por eso no se podrían vender en una tienda, porque no se pueden transportar siquiera. En tercer lugar... bueno, tienes que probarla.

—¿Puedo elegir mi manzana, abuelo? —preguntó Isaac.

Lyle asintió.

—¿Por qué no escoges una para ti, una para tu madre y una para tu abuela? Luego las empaquetaremos y las guardaremos en algún lugar seguro para que estén bien protegidas y no se estropeen antes de comerlas.

—¿A qué saben, abuelo?

—Ya lo verás —dijo Lyle, e hizo una pausa antes de proseguir en un tono más serio—: Y no olvides guardar bien las pepitas de tu manzana. Dile a tu abuela que te ayude. Lo suyo es dejar que se sequen y luego conservarlas en un sobre de papel. Así, algún día, cuando... Quizá cuando tus padr... cuando tus padres compren una casa en algún lado, podrás plantar esas semillas y tener tu propio manzano especial. Y siempre recordarás de dónde viene.

«Y siempre recordarás este día», era lo que Lyle quería decir, «te acordarás de ti y de mí juntos, en este hermoso día de septiembre en Wisconsin». Pero se mordió la lengua, confiando en que fuera suficiente con el día en sí, en que fuera suficiente con la manzana. Mientras tanto, el pequeño había trepado ya al árbol, centenario y nudoso, y comenzó a pasarle la fruta: tres manzanas redondeadas, verrugosas y deformes, de piel rosácea y verde, moteadas de blanco en algunas zonas.

—Muy bien. Tu abuela quiere hacer tarta de manzana esta tarde, así que tenemos que coger también un par de bolsas con manzanas de los otros árboles. ¿Me echas una mano?

De ese modo, Lyle y Isaac regresaron hacia la camioneta, recogiendo por el camino unas manzanas de un árbol y otras de otro, llenando poco a poco dos bolsas de papel del supermercado, hasta que Lyle temió que se rompieran por el peso y su pequeña cosecha se desparramara. Guardaron las manzanas en la camioneta y pasaron a ver otro rato a Otis y Mabel. Después regresaron a casa, donde Lyle dio buena cuenta de un almuerzo a base de chiles y queso cheddar gratinado, crema agria, cebollas verdes, cilantro y galletas saladas. Luego se retiró al patio con su manta Hudson's Bay favorita y se quedó dormido en la silla Adirondack.

Allí fue donde lo encontró Isaac, mientras daba un mordisco a su manzana reliquia, una variedad sin nombre, ni siquiera catalogada por el muy prestigioso departamento de horticultura de la Universidad de Minnesota. El muchacho se quedó un rato de pie en el humilde patio trasero de la casa de sus abuelos, masticando la manzana. La fruta sabía a algo parecido a frambuesa ácida y nata, y la pulpa tenía una cualidad a un tiempo crujiente y deliciosamente efímera, pues se disolvía en la boca como una nube de algodón de azúcar. El pequeño casi no daba crédito a sus papilas gustativas y siguió dando un mordisco tras otro. Finalmente, cuando ya se la había terminado, descubrió una pepita solitaria atrapada entre sus dos paletas. La extrajo ayudándose de una uña y soltó una risita apagada. Luego se acercó hasta su abuelo, que seguía durmiendo y, retirando la manta que lo cubría, se detuvo un instante junto a él y cerró los ojos.

Isaac no entendía el «poder» del que hablaban su madre y Steven, ese poder por el que los miembros de la Coulee Lands Covenant prácticamente lo adoraban. Lo único que sabía es que lo había sentido por primera vez hacía aproximadamente un año. Su madre lo había matriculado en una guardería que a él no le gustaba y que, podía percibirlo, a su madre tampoco le agradaba mucho. Cuando Shiloh lo dejaba allí por las mañanas, él se ponía a llorar y trataba siempre de volver con ella. Isaac podía ver en el rostro de su madre hasta qué punto le dolía también a ella tener que dejarlo allí y él no podía entender por qué lo hacía, un día tras otro. La guardería estaba en un pequeño bloque de hormigón construido cerca de la autopista y el ruido del tráfico era ensordecedor e incesante. Dentro, las alfombras estaban muy viejas y olían a orín. El patio de recreo, pequeño y completamente dejado, se llenaba cada mañana de colillas de cigarrillos y de restos de comida rápida, y las cuidadoras eran mujeres grandes que solo prestaban atención a sus teléfonos móviles. Algunas de ellas llevaban tapones para aislarse de los gritos y los lloros.

Un día, mientras el resto de niños estaba echando la siesta, Isaac se despertó y se levantó para ir al baño. Al llegar a la puerta, sin embargo, oyó a alguien llorando dentro. Era una de sus cuidadoras. Isaac entró con tanto sigilo que la mujer no advirtió su presencia hasta que él le acarició la cabeza, tratando de consolarla.

Ella se sobresaltó, como si fuera presa de un shock, y él pudo leer en sus ojos que se sentía triste, asustada y, de alguna forma también, atrapada. Le recordó a un animal herido. Al mirarla más de cerca, pudo ver mejor sus brazos, su rostro y su cuello: la piel estaba llena de cardenales muy feos, algunos de un color oscuro y púrpura todavía, otros, más antiguos, amarillentos y desvaídos.

—¿Se encuentra bien, señorita Amy? —le preguntó Isaac.

La cuidadora estrechó el pequeño cuerpo de Isaac contra el suyo y, aunque el pequeño no podía ver su cara, la sintió llorar y sintió cómo se estremecía todo su cuerpo.

—La señorita Amy no sabe a dónde ir —dijo ella.

—Puede quedarse en nuestra casa —se ofreció Isaac.

Ella se apartó ligeramente y dejó escapar una risa fugaz.

—Mi mamá y yo cuidaremos de usted —insistió el pequeño, muy serio—. O tal vez su mamá pueda ayudarla.

Isaac no estaba asustado de lo que sentía la señorita Amy porque de algún modo intuía que podía ahuyentarlo. No era tanto que pudiera despachar de un plumazo el sufrimiento o la pena de otra persona, como sentir que podía aliviarlos. En su mente, imaginaba la orilla de un lago cuyas aguas estaban agitadas por una violenta tormenta y sentía que podía poner sus manos sobre esas

aguas y alisarlas, como una plancha alisa un mantel arrugado. Su madre solía elogiar a menudo lo observador que era, lo empático que era.

Así que eso es lo que hizo. Se sentó junto a la cuidadora y le acarició la cabeza, acarició sus cabellos y, con cada movimiento de su mano, se concentró en tranquilizarla, en apaciguar con dulzura su miedo y su angustia.

Dos semanas más tarde, cuando Shiloh fue a la guardería a recoger a Isaac, la señorita Amy la llevó aparte y le habló de un sueño que había tenido en el que Isaac la conminaba a irse de casa y a dejar a «ese hombre furioso», y le dijo que eso era lo que le había insuflado fuerzas para pedir el divorcio, solicitar una orden de alejamiento y mudarse a casa de su madre.

—Su hijo —le dijo la señorita Amy— es mi ángel.

Mientras sostenía la pepita de manzana en su boca, Isaac pensó en su abuelo y en la tarde en la que habían estado limpiando juntos la tumba de Peter. Luego abrió los ojos, levantó un poco el jersey y la camiseta interior de Lyle y, con mucho cuidado, se sacó la pepita de la boca y la colocó, húmeda como estaba, en el ombligo de su abuelo. Acto seguido, se alejó de puntillas, sin hacer ruido, corrió hacia el interior de la casa y entró a la cocina, donde su abuela estaba haciendo masa en una tartera —sus mejillas, sus antebrazos y el suelo embadurnados de harina—, mientras en la radio sonaba «Can't Find My Way Home» de Blind Faith, *But I'm near the end and I just ain't got the time. And I'm wasted and I can't find my way home.*\*

Un puñado de tempranas hojas otoñales cayó sobre el patio, mientras Lyle seguía durmiendo bajo las frescas sombras de la tarde incipiente. En la distancia, se escuchó pasar un tren, y cientos de coches, centenares de ruedas, un silbido remoto, señales de advertencia, las ramas de los árboles conminando al silencio con su suave rumor, y el vaivén incesante de tanto hierro pesado, oscilando de un lado a otro, pero avanzando siempre hacia adelante. Vagones llenos de carbón, rumbo a las centrales eléctricas; otros, vacíos, en dirección a Duluth; vagones cisterna rebosantes de jarabe de maíz...

Lyle volvió en sí lentamente, saliendo de un sueño profundo. Sin saber muy bien por qué, de repente se le vino a la cabeza una mañana dominical, hacía muchos años, en la que Shiloh había gateado hasta su cama, mientras la luz matinal se filtraba inclinada y diáfana a través de las ventanas y las cortinas. Recordaba los libros infantiles apilados sobre la cama —tan pesados que sentía que en cualquier momento se le iban a dormir las piernas—, y recordaba cómo habían pasado largas horas leyendo del tirón, riéndose y haciéndose cosquillas; y sintió el deseo de habitar en ese momento, de condensar el tiempo en una cabeza de alfiler donde pudieran vivir para siempre.

Fiel a su palabra, Hoot iba a la iglesia todos los domingos en que su salud se lo permitía, ataviado con un traje que colgaba sobre sus hombros como una vela en un día sin viento. Pero allí estaba, con su garboso gorrito rojo, arrastrando su tanque de oxígeno mientras Lyle lo ayudaba a entrar en el coche antes de partir hacia La Crosse.

—Te digo una cosa —le dijo a Lyle un domingo mientras iban hacia la iglesia—, en general, creo que estos evangelistas tienen la cabeza más llena de mierda que un pavo de Navidad, pero... —y aquí hizo una pausa dramática para toser, tapándose la boca con el puño—, no puede hacer daño ir unos cuantos días a misa antes de irse al otro barrio. Dudo mucho que Él esté mirando, pero... nunca se sabe, ¿no?

Su asistencia a la misa dominical había terminado por ablandar a Shiloh, quien, por entonces, había vuelto a dispensar a Peg y a Lyle un trato más o menos cordial. Lyle suponía que tenía que ser complicado para su hija admitir que un engendro de Satán pudiera acudir a misa, voluntaria y pacíficamente, durante semanas y semanas, y hasta contribuir de vez en cuando con una donación de veinte dólares cuando pasaban el cepillo. Desde luego, aquello no cuadraba mucho.

Lyle empleaba esas horas dominicales en estudiar a su futuro yerno. Y lo cierto es que Steven no era siempre el mensajero de Dios enérgico y carismático que se vanagloriaba de ser. Tal vez fuera porque Lyle solo se fijaba en él, pero había terminado por detectar una correlación entre el estado de ánimo del pastor y el número de fieles que se congregaban en la iglesia en cada homilía. Si los Packers jugaban a mediodía, por ejemplo, y más de la mitad de las butacas estaban vacías, solía descolgarse con un sermón largo e iracundo, lleno de fuego y azufre y referencias al Antiguo Testamento, con sus ejércitos devastadores, sus reyes malvados y sus concubinas. Pero cuando la sala estaba llena en al menos dos terceras partes, Steven sacaba lo mejor de sí. Recientemente, sin embargo, Lyle lo había visto junto a una chica joven y guapa, con larga melena rubia y pendientes grandes de aro, de piel bronceada y brazos y piernas delgados como los de una hippy. Lyle no había dicho ni una palabra, pues la interacción entre ambos había sido breve y el pastor se había limitado a pasar su brazo por encima del hombro de la joven, con la familiaridad propia de un antiguo compañero de colegio mayor. Pero Lyle la había fichado y, dos semanas más tarde, cuando advirtió una interacción similar entre ambos durante un receso, buscó a Shiloh con la mirada y la encontró entre un grupo de madres jóvenes, con los brazos cruzados y mirando fijamente a aquella mujer.

—¿Soy yo —susurró Lyle al oído de Hoot—, o el pastor Steven está dedicando a esa parroquiiana un poco más de atención de la que corresponde a... ya me entiendes... un miembro de su rebaño?

Hoot miró por encima de su taza de café.

—Salí un tiempo con una chica como esa antes de casarme. Tenía unas piernas tan largas que podía enrollarme en ellas y dar dos vueltas. Era una bailarina tremenda.

Peg le dio un manotazo amistoso en el brazo.

—Vosotros dos, controlaos un poco. Que estamos en la casa del Señor.

—Lo siento —dijo Hoot—, pero, en primer lugar, esto es un cine abandonado. Y no cambia nada el hecho de que pasé dos semanas salvajes con esa chavala. Recuerdo que fuimos de camping al lago Superior. Yo tenía aquella tienda de campaña pequeñita y...

—Hoot —dijo Peg fríamente—. Sabes que te quiero, pero, por favor, ahórrame los detalles.

—De acuerdo, pero sabes de quién estábamos hablando, ¿no?

—Lo sé —admitió Peg—. Pero estoy segura de que ahí no pasa nada. Steve es un pastor muy querido por su comunidad, eso es todo.

—¿Quieres que le tire el café encima o algo? —susurró Hoot—. Le podemos poner un poco de queso Limburger en el bloque del motor de la camioneta...

—¡Hoot! —bufó Peg.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —preguntó Hoot—. ¿Que me diga que no vuelva por aquí? ¿Y qué me importa? He tenido más ración de misa estos últimos meses que en los anteriores... ¿cuántos?, ¿cincuenta años? Y creo sinceramente que el Señor estaría de mi lado si al final la conducta del pastor no resultara ser tan... digamos, pura.

El domingo siguiente, cuando Lyle tocó el timbre de casa de Hoot, su amigo no abrió la puerta, así que Lyle entró de todas formas, gritando «¿Hoot?, ¿Hoot?, ¿estás visible, compañero?». Pero solo obtuvo como respuesta un silencio sepulcral e inquietante. No se oía la radio, ni se oía a Hoot silbar o arrastrar los pies por la casa. Lyle fue corriendo hasta el dormitorio y descubrió a su amigo tirado en el suelo, sobre la vieja alfombra que había junto a la cama.

—No le digas a Peg que me has encontrado así —gruñó Hoot—. Me he caído y... y creo que me he hecho bastante daño, *amigo*.

Lyle lo llevó en coche a toda prisa hasta el hospital de La Crosse, donde Hoot fue admitido inmediatamente en la uci. Los médicos explicaron que tenía otra neumonía y que la enfermedad estaba entrando en una nueva fase.

—De ahora en adelante —les dijo a Peg y a Lyle un médico joven—, tenemos que decidir si continuamos con la quimio y con el tratamiento... o si es mejor, y más humano, limitarnos a paliar el dolor y asegurarnos de que esté tan cómodo como sea posible.

Lyle y Peg pasaron con Hoot aquella mañana y parte de la tarde, sentados junto a él mientras dormitaba a ratos, incapaz de comer o de hacer siquiera alguna broma.

A última hora de la tarde, llegaron Shiloh, Steven y Isaac y le trajeron varias tarjetas Hallmark firmadas por los fieles de la congregación, junto con un ramo de flores. Shiloh se agachó para besar a Hoot en la mejilla.

—¿Ni una cervecita? —murmuró Hoot.

—Lo siento —dijo ella.

—Eres una mujer buena, Shiloh —le susurró Hoot—. Lo sabes, ¿verdad? Lo has hecho muy bien. Siempre he estado a un lado, mirando desde la barrera, como quien dice, pero siempre he estado pendiente de ti. Te he visto crecer. Y ha habido veces en que...

La voz de Hoot se quebró y Shiloh se sentó en la cama y lo tomó de la mano.

—... veces en las que he pensado en ti como en una hija. En las que he deseado haber tenido una hija como tú.

Ella se inclinó una vez más sobre él y lo besó en la frente.  
—Eres un buen hombre, Horton Shaw —dijo.

Lyle se había quedado medio dormido, despatarrado en una de las incomodísimas sillas Naugahyde de la habitación, y Shiloh le apretó suavemente la mano. Cuando abrió los ojos, la encontró acucillada frente a él, mirándolo seria y fijamente.

—Papá, Isaac quiere ayudar a Hoot.

Lyle se quedó callado mientras asimilaba aquellas palabras. Alzó la vista por encima de Shiloh y vio a Isaac, que se movía inquieto delante de Peg, mientras esta masajeaba sus pequeños hombros, y a Steven, que se había hecho a un lado y sostenía una Biblia en la mano. El hospital parecía respirar lejos de ellos: los monitores conectados a Hoot, el crujido seco del radiador de rejilla, un helicóptero despegando en el helipuerto, las enfermeras y enfermeros hablando y riéndose en voz baja en el pasillo.

—Papá —repitió Shiloh.

—Sí, cariño.

—Tienes que tener fe, ahora. Si no la tienes, deberías salir de la habitación mientras rezamos.

Lyle estaba muy cansado, pero se levantó y abrazó a su hija. La abrazó durante largo rato.

—Estoy preparado —dijo.

Se colocaron alrededor de la cama de Hoot, formando un estrecho círculo y tomándose de las manos, de modo que Isaac estuviera junto a la cabecera, a la altura de los hombros viejos y flacos de Hoot.

Por primera vez desde el día en que había rezado con su primo Roger junto al lago, aquel verano, hacía muchos años, Lyle trató con cada fibra de su ser de desterrar todas sus dudas y su ira, para tocar a su amigo moribundo como imaginaba que podría hacerlo un fantasma, no con las manos, sino con su corazón y con su mente. No escuchó las palabras que Steven comenzó a pronunciar. No, sabía que eso solo lo distraería y que, en lugar de guiarlo hacia fuera, solo lo haría hundirse más en sí mismo. Así que concentró toda su atención y su energía y, sí, se encontró a sí mismo rezando. Pero justo en el momento en el que iba a dirigirse a aquel Dios del que, más o menos, había renegado, sintió que algo no funcionaba. Sintió una duda similar a una espuela punzante, un pensamiento que penetró esas aguas oscuras y calmas. Y abrió los ojos.

Isaac había posado su mano derecha sobre la frente de Hoot y, este, de alguna manera, había aferrado su muñeca. Pero no había ninguna corriente eléctrica blanca o azul emanando del niño hacia el hombre. El aire no movía las cortinas, ni las sábanas ni el pelo de Shiloh. Todo en la habitación permanecía inmóvil y en absoluto silencio, y Lyle sintió que no podía estar allí ni un segundo más. Así que soltó con suavidad las manos de Peg y de Shiloh y salió al pasillo sin hacer ruido, cerrando la puerta detrás de él. Un rato después, la puerta de la habitación volvió a abrirse y Peg, Shiloh, Steven y Isaac salieron en fila y fueron hacia donde estaba Lyle, que aguardaba sentado junto al mostrador de atención de enfermería, con un vaso de café en la mano.

—Buenas noches, papá —dijo Shiloh, su rostro denotando agotamiento y tristeza.

—Gracias por venir —dijo Lyle, saludando con una inclinación de cabeza a su hija y a Steven.

—Lo siento mucho por tu amigo, abuelo —dijo Isaac, abrazándose fuerte a la cadera de Lyle.

—Yo también, chaval —respondió Lyle, sintiendo que estaba a punto de romperse en mil pedazos allí mismo.

Durante el camino de vuelta, Peg preguntó a Lyle por qué se había ido de la habitación.

Lyle tardó unos instantes en contestar.

—No lo sé —dijo finalmente—. Supongo que no sentía que lo estuviera ayudando realmente.

Se levantó un fuerte viento del oeste, acompañado de una lluvia racheada e intermitente que arrancó las últimas hojas de las ramas negras y húmedas de los árboles que flanqueaban la carretera. Algunas de ellas cayeron sobre la luna del coche y se quedaron allí pegadas, fuera del radio de alcance de los limpiaparabrisas. En la oscuridad circundante, no brillaban otros faros que no fueran los suyos.

Peg suspiró.

—Te quiero, Lyle, y eres una de las personas más generosas que conozco. Pero creo que hay algo dentro de ti que es... demasiado lógico o práctico. En realidad, creo que es miedo. Creo que tienes miedo de dejarte ir, cariño. Es como si siempre necesitaras asignar un sentido a todo, o enfocarlo desde la culpa o desde el éxito; pero la vida no siempre funciona así, ¿no crees? Tal vez la vida, el universo entero... tal vez todo ello sea mucho más de lo que somos. ¿Y si hay algo más grande? Alguna suerte de divinidad, o de magia, incluso. ¿Es tan difícil imaginar que uno puede no tener todas las respuestas, y que está bien así?

Condujeron hasta casa en silencio. Al llegar, el hogar estaba frío. Era la primera noche de otoño que refrescaba de verdad. Cuando Lyle tiró las llaves sobre la encimera, hicieron un ruido espantoso, más del que pretendía, y se encogió, sobresaltado.

—Me voy a la cama —dijo Peg.

—Buenas noches —dijo Lyle, y añadió alzando la voz—: A lo mejor me paso a ver a Charlie.

—Haz lo que quieras —respondió ella.

—Hoot es mi amigo, ¿sabes?

Peg se giró y se encaró con él.

—Lo sé, Lyle. Y también es amigo mío. Y esa es la razón por la que estoy dispuesta a hacer lo que sea, lo que sea, por salvarlo. ¿Y sabes lo que he hecho, Lyle? Todo lo que he hecho es cerrar los ojos y concentrarme. Concentrarme en Hoot. No en ti, no en mí: en Hoot. Y cada buen sentimiento, cada... no lo sé, cada buena vibración en mi interior, he intentado traspasársela. Pero tú ni siquiera has podido hacer eso. Te da demasiado miedo intentarlo.

—Peg...

—No, Lyle, vete. Vete a ver a Charlie. Pero prométeme una cosa, ¿quieres?

Lyle guardó silencio.

—Si alguna vez soy yo la que se está muriendo, inténtalo con un poco más de fuerza de lo que lo has intentado esta noche con tu amigo, ¿de acuerdo?

Y una vez dicho eso, Peg desapareció por el pasillo y cerró la puerta del dormitorio.



Charlie abrió la puerta con una sonrisa cansada y Lyle se sintió repentinamente agradecido de poder ver a su amigo. El fuego crepitaba en la chimenea. Charlie estaba escuchando jazz en el tocadiscos y en la mano sostenía un vaso de whisky escocés.

—Debería haberte llamado antes —murmuró Lyle—. ¿Te importa si paso un rato?

—Pasa, claro —dijo Charlie, arrugando la frente—. ¿Va todo bien?

—No lo sé —dijo Lyle—. No. Hoot se está muriendo. Peg está... enfadada. Y Shiloh cree que Isaac puede curar a la gente mediante la fe.

Lyle dejó caer los brazos.

—Siéntate —dijo Charlie—. ¿Te pongo un whisky?

—Venga —respondió a Lyle—. ¿Qué es lo que suena?

Charlie sirvió dos dedos de Oban en un vaso y se lo pasó a Lyle.

—San John Coltrane. *My Favorite Things*.

—¿San?

—Pues sí. Hay una iglesia ortodoxa africana en San Francisco que se llama la Iglesia de San Coltrane.

—Venga ya.

Charlie se encogió de hombros.

—Pues yo lo entiendo.

Durante un rato, permanecieron en silencio, sentados, mirando el fuego, escuchando cómo el viento azotaba los viejos cristales de la casa parroquial y las puertas en sus jambas. Lyle se permitió hundirse en la butaca. Fuera, una manada de coyotes ladraba y aullaba en la distancia.

—Me gusta escuchar a esas criaturas —dijo Charlie—. Hace que las noches sean un poco menos solitarias.

Lyle, que nunca había sentido mucho afecto por los coyotes, prefirió no decir nada y dio otro sorbo a su whisky.

—Isaac intentó sanar a Hoot esta tarde, en el hospital —dijo finalmente.

—¿De verdad? —masculló Charlie.

—Yo lo intenté, Charlie. Intenté creer. Traté de abrirme, lo hice... pero no fui capaz. No pude hacerlo.

—¿Por qué no?

—Supongo que empecé a pensar y... simplemente, sentí que algo no estaba bien. No creo como crees tú. Quizá no creo en absoluto.

—Lyle, ser cristiano consiste en parte... qué digo, ser una buena persona en general consiste en cuidar a los demás, en velar por toda vida humana. Yo te quiero, amigo mío, créeme, pero a veces me da la impresión de que piensas que una persona traiciona su religión si no está haciendo lo correcto cada puñetero momento. El Dios en el que creo tiene sentido del humor. Él te estaba observando esta tarde, pensando. «Este cabeza hueca deja una y otra vez que la perfección se convierta en enemiga del bien». Eres Lyle Hovde. Tienes derecho a dudar del mundo, de ti mismo, de la religión. Pero te conozco. Y tampoco tienes todas las respuestas. De lo contrario, no llamarías a mi puerta a las diez de la noche en mitad de una tormenta.

—¿Has visto alguna vez que la oración ayudara a curar a una persona? —preguntó Lyle transcurridos unos instantes.

—Así es. Lo he visto.

Lyle dio otro sorbo al whisky.

—¿Qué sucedió?

—Antes de volver aquí, fui pastor de una pequeña iglesia allá arriba, en Ely, en Minnesota, cerca de Boundary Waters. Un día se me acercó una mujer mayor que tenía muchos dolores y estaba llorando. Padecía una artritis muy mala. Tenía los dedos completamente deformados, como si hubiera jugado doce temporadas en la nfl, la nhl o algo así. Así que rezamos por ella. Ahora bien, yo nunca dije que fuera un sanador, ni pretendí tener poderes sobrenaturales ni le aseguré, en forma alguna, que pudiera cambiar las cosas. Pero un grupo de fieles y yo rezamos por ella y, ¿adivinas qué?, el domingo siguiente apareció por la iglesia diciendo que había funcionado. Alzó las manos, mostrándolas, y seguían estando deformes como las ramas rotas de un árbol, completamente nudosas, pero ella se sentía mucho mejor. Así que, ¿qué iba a decir yo? ¿Que la oración no había ayudado? ¿Que todavía tenía dos garras grotescas por manos? Ella se sentía mejor. Así que funcionó.

—Hum —gruñó Lyle.

—Lyle, pongamos que fueras tú, y Dios no lo quiera, el que tuviera cáncer. ¿Sabes qué te recomendarían los médicos, cualquier médico del mundo, para derrotarlo?

—Quimioterapia, dieta, ejercicio, no lo sé...

—Te dirían que tienes que tener fe en poder vencerlo. Que tienes que creerte que puedes superarlo. Bueno, pues ahora dime en qué se diferencia eso de lo que habéis intentado hacer esta tarde con Hoot.

—Pero se trata de una falsa esperanza, aun así —dijo Lyle—. No son la oración o la fe lo que cura el cáncer. Es la quimioterapia. No puedes tener fe en que puedes saltar de un acantilado y sobrevivir. No puedes tener fe en que puedes pegarte un tiro y seguir vivo.

—No es falsa esperanza —dijo Charlie—. El fondo del precipicio no es tu cuerpo, y tampoco lo es la bala. Pero el cáncer sí es tu cuerpo. El dolor sí es tu cuerpo. La tristeza, la angustia, la depresión, esas aflicciones habitan en tu cuerpo —Charlie se inclinó hacia Lyle y le dio un golpecito en el brazo con el dedo índice—. ¿No crees que tu amigo prefiere verte allí a su lado, creyendo en él, que fuera, en el cuarto de las escobas, con cara mustia, sufriendo una crisis existencial? Venga, hombre, Lyle.

—No me estás haciendo sentir mejor, precisamente, Charlie.

—Soy tu amigo, Lyle. Mi trabajo no consiste en hacerte sentir bien. Estoy aquí para hablarte con total franqueza.

—Sí, bueno, voy a coger un poco más de leña para ese fuego —masculló Lyle.

—Muy bien —dijo Charlie—. Te espero aquí, escuchando a san John Coltrane.

Fuera, el viento azotó el rostro de Lyle mientras cogía un montón de troncos de roble secos del cobertizo que había bajo el porche de la casa parroquial. Los coyotes estaban más cerca ahora y podía oírlos ladrar y aullar. Sintió un escalofrío en la nuca y se alegró de entrar de nuevo en la casa. Echó dos leños más al fuego y apiló el resto junto a la chimenea, sobre el viejo suelo de madera.

Cuando Lyle regresó a su butaca, Charlie estaba con la cabeza completamente echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca abierta, dando un verdadero concierto de ronquidos. Lyle le dio la vuelta al disco y colocó la aguja en el surco exterior del vinilo.

—No me extraña que vivas solo —dijo—. Roncas como un búfalo.

Despertado de su pequeña cabezada, Charlie dio otro sorbo a su whisky. Durante un buen rato, estuvieron callados, escuchando la música y el suave crepitar de la lumbre.

—Recuerdo una vez, cuando estaba en Alaska, hará unos... no sé, veinte años —dijo Charlie—. Yo trabajaba en un barco cangrejero. El dueño era un hombre ya entrado en años, y creo que yo le caía bien, porque cuando hacía mal tiempo y no le apetecía salir a faenar, me confiaba a mí el barco, lo que no es poca cosa. El barco era su medio de vida. No solo eso, era también su garantía de jubilación. Una mañana, zarpamos con el mar en calma. A bordo íbamos otros dos tipos y yo. Uno era un exconvicto y prófugo de la justicia, al que perseguían por haber robado varios bancos en Oregón, y el otro era un chaval muy dulce de Cleveland que estaba trabajando durante un par de años para pagarse los estudios en el seminario. Le tomábamos el pelo sin parar y el exconvicto estaba siempre enseñándole revistas porno y contándole los chistes más guarros que puedas imaginar. A veces, el chico me daba un poco de pena. Fuera como fuera, la cuestión es que yo era un poco engreído, vaya si lo era, y dejé que una corriente nos desviara del rumbo. En esa zona, las corrientes son muy fuertes, y yo todavía me estaba familiarizando con ellas. Así que, de repente, estábamos completamente perdidos en mitad del mar de Bering, muy lejos de nuestras trampas para cangrejos. Lo mismo podíamos estar a un kilómetro de la costa que a medio camino de Japón, yo no tenía ni idea. No me fiaba de ninguno de los aparatos de medición ni de las cartas de navegación, y entré en pánico. Tampoco quería llamar por radio a casa porque estaba avergonzado, así que fingí que todo iba bien y puse rumbo hacia lo que creía que debía de ser la dirección de vuelta. El barco era muy viejo, así que, durante las travesías, no era raro que tuviéramos que solucionar sobre la marcha múltiples problemas mientras pescábamos. Nunca supimos a ciencia cierta qué sucedió, si chocamos con algún bajío o con algún bloque de hielo, pero la cuestión es que, de repente, empezamos a hundirnos, y rápido. A veces todavía me pregunto si el viejo capitán nos mandó en una suerte de misión suicida, ya me entiendes, si saboteó su propio barco para cobrar el seguro... Bueno, de un modo u otro, conseguimos fletar la lancha salvavidas y los tres saltamos a bordo justo a tiempo de ver cómo la embarcación se iba a pique.

—Nunca me habías contado esto —dijo Lyle.

—No es una historia de la que me sienta muy orgulloso —respondió Charlie antes de continuar—. Y no estaría aquí para contarla si el mar no hubiera estado en calma. Si hubiera habido mala mar, y te aseguro que allí suele haber la peor mar del planeta, no hubiéramos escapado con vida. No teníamos lo necesario para sobrevivir allí, en mitad de la nada, en un bote abierto. Así que vagamos a la deriva, envueltos por una niebla tan densa que casi podías cogerla con las manos y hacer bolas con ella como si fuera nieve. Y aguzamos el oído, tratando de escuchar boyas, o motores, lo que fuera. Durante horas y horas, nos turnamos para hacer sonar los silbatos de los chalecos salvavidas y dar voces. Y, de repente, una manada de ballenas jorobadas surgió como de la nada. Empezaron a nadar a nuestro alrededor, emergiendo una y otra vez a la superficie. Estaban tan cerca, que alargué el brazo en mitad de la niebla y toqué a una de ellas. Hasta pude ver su ojo. Nos miramos, compañero. Durante unos segundos nos miramos. Tenía a la ballena más cerca de lo que te tengo a ti ahora. Estaba justo ahí, ahí delante. El exconvicto y el chaval también las tocaron. Las ballenas nos escoltaron durante varios minutos y luego desaparecieron, como si fueran hermosos fantasmas. Los tres llevábamos varias temporadas trabajando en cangrejeros, pero ninguno habíamos visto nunca algo semejante. Marsopas, sí, incluso alguna ballena de vez en cuando, resoplando o saliendo a la superficie... Pero aquello era

diferente. Fue... no sé cómo explicarlo... íntimo, ¿me sigues? Poderoso. Estuvimos a la deriva durante casi un día, hasta que la niebla se despejó finalmente y nos encontró otro barco cangrejero. Nos subieron a bordo, nos envolvieron en mantas y nos dieron café caliente. Nos habíamos desviado setenta y cinco millas marinas de nuestro puerto. Cuatro horas más tarde se desató una fuerte tormenta y, de habernos pillado todavía allí, hubiéramos muerto, no tengo la menor duda. Cuando desembarcamos, fuimos a un bar del pueblo, a comer una hamburguesa y beber unas cervezas. Los tres teníamos la intuición de que nuestros caminos se separaban allí. Y recuerdo estar sentado en el bar, muy callado, bebiéndome la cerveza, cuando el chaval me dijo: «Nos ha salvado la Providencia. Ha sido obra del Señor. Las posibilidades de que alguien nos encontrara... las posibilidades de que el tiempo fuera bueno... La única razón por la que todavía estamos vivos es porque Él tiene un plan para nosotros. Y espero que ambos sepáis verlo, sepáis reconocer que lo que nos ha sucedido es un milagro». Aquella noche en el bar fue la última vez que vi al exconvicto. Pero recuerdo, y siempre lo recordaré, que se acabó su cerveza, cogió al muchacho de los hombros y le dijo: «Nunca he creído en Dios, hasta que nos he visto ahí fuera, en mitad del océano, en esa pequeña lancha. Y me parece que ahora sí creo. ¿Y sabes qué es lo que me ha cambiado, chaval?». El muchacho se lo quedó mirando, pestañeando, y le dijo: «¿Que nos rescataran?». Y el exconvicto nos miró a los dos a los ojos y respondió: «Las ballenas». Nunca lo volvimos a ver. Dio un golpe en la mesa con los nudillos, dejó un billete de veinte dólares junto al plato y salió del bar. Después de aquello, nadie quería contratarme en un cangrejero. Estaba gafado. Era el tipo que había hundido un barco de un millón de dólares en un mar como un plato. Así que di muchos tumbos. Trabajé en una conservera de salmón, viví un tiempo con una chica en una comuna a las afueras de Ketchikan y tomé mucho ácido. Pero justo antes de tomar la decisión de volverme aquí, un día decidí comprar un kayak y tratar de remar hasta la zona donde habíamos visto las ballenas. Acampé en una calita preciosa, rodeada de pinos sitka gigantescos y de hileras de cedros que se asomaban a la costa y a las aguas frías y claras. Cada día, salía con el kayak y remaba por la zona, pescando para comer. Leía sin parar a Gary Snyder y Jim Harrison. Hacía fotos. Algo se estaba despertando en mí y tenía que ver con esas ballenas y aquella pequeña lancha salvavidas. Un día, estaba sentado junto al fuego, en esa cala, mirando el mar, cuando una ballena jorobada enorme salió a la superficie y volvió a hundirse con un salpicón estrepitoso y épico. Era como si supiera que yo estaba allí, como si estuviera actuando para mí. Así que agarré la cámara de fotos mientras pensaba: ¿Qué posibilidades hay de que esa ballena vuelva a hacer lo mismo? Pero lo hizo. No tardó ni dos minutos. Emergió del agua casi entera, justo delante de mis narices, a no más de diez metros de la costa. Me quedé en el campamento otros cuatro días, pero no volví a ver ninguna ballena. Luego regrese aquí.

—Vaya historia —dijo Lyle, chasqueando la lengua para expresar su asombro—. ¿Tienes esa foto todavía?

—Lyle —suspiró Charlie—, no necesito la fotografía. Tengo la historia. Tengo el recuerdo, la impresión. ¿Me entiendes?

—No —admitió Lyle—, supongo que no.

—No necesito pruebas de que Dios existe, Lyle. Sé que hay algo más. Lo he sentido. Estaba en esas ballenas y está en esos coyotes que aúllan ahí fuera. Está en este fuego y está en este whisky de malta.

Charlie se levantó y señaló con su dedo, como si fuera un cuchillo, el esternón de Lyle.

—Está en ti, amigo mío —continuó—. Está en mí. Lo único que tienes que hacer es descubrir tus... no lo sé... descubrir dónde están tus ballenas. Qué son. Porque yo sé que tú puedes ver a Dios reflejado en el mundo, sé que puedes sentirlo.

Charlie resopló y estiró la espalda.

—Pero ahora estoy agotado y me voy a la cama. Buenas noches, Lyle.

—Oye, espera un momento, Charlie. No te puedes ir a la cama así como así ahora.

—No soy un misionero, Lyle. No he sido yo quien ha aporreado tu puerta esta noche para tratar de convertirme. Has sido tú quien ha venido a mí, ¿recuerdas? ¿Y no crees que eso es significativo? Aquí estás, en mitad de la noche, tan perdido como lo estaba yo en mitad del océano, y estás buscando algo, pero cada vez que alguien te lanza una cuerda, empiezas a buscar en otra dirección.

Charlie alzó las manos en señal de resignación.

—De acuerdo, pues entonces ayúdame —dijo Lyle.

—No, eres tú quien tienes que ayudarte a ti mismo, amigo. Yo estoy viejo, y cansado, y me voy a dormir. La maldita caldera de la iglesia está en las últimas y tengo que ver cómo hacer para pagar una nueva. O para encontrar algún alma generosa que se preste a resucitarla. Estoy agotado. Cierra la puerta cuando salgas, ¿vale?

Lyle apuró de un trago su whisky, dio una palmadita a los brazos de la vieja butaca de cuero, apagó el tocadiscos y salió de nuevo a la noche helada y ventosa.

El camión de carga para transportar las manzanas era muy viejo, casi tan rematadamente viejo como Otis. El remolque, muy oxidado, estaba acondicionado y cerrado con tablones de madera, también viejos, que ascendían desde la parte superior de los guardabarros, de modo que la pálida luz de la mañana incidía a través de ellos, en haces paralelos, amarillos y blancos, sobre las cajas cargadas y la roja piel de los frutos. Lyle maniobró en aquel pequeño espacio, ajustando bien las pesadas cajas y apilándolas contra la cabina, antes de recular hacia el portón trasero del vehículo. Un banco de nubes procedente de Minnesota oscurecía intermitentemente el sol matinal y, cada vez que se nublaba, Lyle podía notar el frío en las manos y la espalda. Su aliento proyectaba una nube de vaho.

Era poco después del alba y, por más que no fuera un hombre propenso a quejarse, lo cierto era que aquella mañana hacía verdadero frío. Antes de salir de casa, se había quedado un rato de pie en la cocina, sosteniendo la taza de café en la mano y dejando que el calor del líquido negro se transfiriera a su piel callosa a través de la cerámica. Aun así, tampoco se demoró demasiado. Después de la discusión con Peg la noche anterior, quería salir de casa temprano. Sabía que había violado una de las viejas reglas de todo matrimonio: «No te acuestes enfadado». Además, notaba la cabeza un poco pesada por el whisky de Charlie.

Lyle no solía conducir aquel camión. De hecho, nadie lo hacía. Normalmente, solía estar aparcado junto al almacén de manzanas, acumulando hojas en el remolque, las ruedas casi a la altura del suelo, cuarteadas y deshinchadas, como si el vehículo no pudiera consigo mismo. Esa mañana, sin embargo, Lyle había recibido el encargo de llevar un pedido de manzanas a un supermercado localizado al sur de Redford, Misisipi abajo, hacia la frontera con Iowa.

Había guardado el almuerzo en una bolsa de papel marrón: un bocadillo de salami con gruesas lonchas de queso cheddar, una hoja de lechuga romana y mostaza de Dijon. También había cogido una bolsa de palitos de zanahoria. Y una barrita de chocolate. Y una bolsa de pistachos, para después, por si acaso. Apoyado sobre la encimera de la cocina, se rio para sí al pensar: «Manzanas no hace falta que compre».

Antes de salir del huerto, desplegó un mapa en el asiento de la camioneta y estudió el papel arrugado bajo la luz grisácea, siguiendo con el dedo la ruta que debía hacer aquel día. Conocía aquellas carreteras secundarias que serpenteaban entre las densas copas de los árboles, pues había ido de excursión por allí cuando era joven. En algunos puntos, la ruta se internaba por profundos valles y cañones entre montañas de arenisca, en cuyas blandas paredes anidaban los gorriones, formando matrices de nidos similares a panales. La carretera seguía el curso de las diferentes corrientes y riachuelos que descendían en dirección al Misisipi. Al llegar a aquella gran autovía natural, de aguas parduzcas, el cielo se abrió por fin, dejando ver, recortadas contra él, las escarpaduras y quebradas que constituían los puntos más altos de la zona.

Lyle arrancó y avanzó despacio para incorporarse a la carretera. No vio el ciervo hasta que lo tuvo encima.

El animal estaba allí parado, en mitad de la carretera, con los ojos muy abiertos y parpadeando, mientras seguía mascando una bola de hierba húmeda de la cuneta. Sus músculos estaban crispados bajo la alta corona de astas que enmarcaba su cabeza. Lyle pisó a fondo el freno y la vieja camioneta se detuvo en seco con un violento chirrido. Del remolque llegó el ruido de las cajas chocando entre sí y, al poco, el del desfile de manzanas por el suelo. El ciervo cruzó la carretera de un par de saltos y desapareció en unos pocos segundos. Lyle levantó la mano, como si quisiera disculparse. Luego resopló y, tras dar marcha atrás para volver a sacar la camioneta de la carretera, se quedó sentado dentro de la cabina, con el motor al ralenti; un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Se miró las manos, tan gruesas como adormecidas. Le temblaban. No podía recordar la última vez que sus manos habían tenido un aspecto juvenil o liviano. Se alegró de que fuera tan temprano. No había visto ninguna señal de que Otis o Mabel estuvieran despiertos. No había luz en las ventanas ni se veía el resplandor azulado del televisor, y el periódico asomaba todavía, sin recoger, en el buzón. Por nada del mundo hubiera querido que lo vieran así, nervioso y temblando. O que vieran la fruta, muy probablemente dañada.

Echó un vistazo al espejo del copiloto y vio varias manzanas tiradas sobre la grava, detrás de la camioneta. Apagó el motor y salió. Empezó a recogerlas, almacenándolas en el pliegue cóncavo de su chaqueta de lona. Las manzanas estaban llenas de polvo. Las examinó en busca de golpes y algunas las arrojó de una patada entre las hierbas altas que flanqueaban el camino. En una de esas, sin embargo, cuando iba a patear una manzana con su bota, se resbaló y se cayó de espaldas sobre la grava, clavándose las pequeñas piedrecitas. Se quedó tumbado un rato, sin aliento. Siempre supone un shock perder el control del propio cuerpo de manera tan inesperada y completa, sentirse tan frágil; pero más aún cuando se es un adulto. Resulta habitual ver a un niño pequeño trastabillar y caerse, cómico incluso. Pero ¿una persona de sesenta, setenta u ochenta años? Hay muchas posibilidades de que no vuelva a levantarse, no sin ayuda, al menos. Lyle se miró las palmas de las manos y las pequeñas marcas que la grava había dejado en ellas, como si las hubiera mordisqueado un animal con una dentadura extraña y errática. Dobló las rodillas y se sentó. Todas las manzanas que había recogido volvían a estar en el suelo. «Donde quieren estar, parece», pensó.

Sintió en el cuello el calor del humo que expulsaba el tubo de escape del viejo camión diésel, y su olor nauseabundo, y se puso de pie. Acto seguido, comenzó a recoger otra vez las manzanas y a colocarlas en la última caja de la parte de atrás del remolque, revisando el cargamento para asegurarse de que las pilas de fruta quedaban bien aseguradas y no había líquido derramado. Mientras tanto, en lugar de ir aclarándose, el día parecía volverse cada vez más gris. Por primera vez aquel año, pudo percibir el invierno en el viento y examinó el cielo en busca de signos que anunciaran nieve. Luego se montó de nuevo en la cabina, arrancó y avanzó muy despacio. Esta vez miró cuatro veces a los lados antes de incorporarse a la carretera, lenta y precavidamente.

—Allá vamos —dijo en voz alta—, un viejo en una vieja tanqueta.

Acarició el salpicadero de la camioneta con cariño. Los marcadores eran sencillos, grandes y visibles, algo que apreciaba mucho.

Condujo a través de pueblos somnolientos y aldeas aisladas, siempre quince kilómetros por debajo del límite de velocidad señalizado. En los campos fríos y cenagosos las vacas dormitaban

todavía, el vapor ascendiendo de sus grupas cálidas y mugrientas. En las cunetas, la maleza y otras hierbas en flor cedían bajo el peso de la escarcha y deponían su lucha hasta la primavera, sus finas líneas acendradas en tonos de plata y platino. Solo los robles eran demasiado avaros para desprenderse de las hojas —de un ocre prístino y crujiente— que seguían poblando sus ramas.

El camión avanzaba despacio, incapaz de alcanzar grandes velocidades, pero tomaba las curvas y meandros de la carretera con una suerte de elegancia persistente y parsimoniosa que casi aturdiría a Lyle, quien se sentía como un capitán al timón de un barco pequeño pero robusto y se aferraba al volante como si fuera tal, conduciendo con soltura, atento y alegre. La calefacción del vehículo proporcionaba un chorro constante de aire caliente y seco que entibiaba sus espinillas y rodillas.

Lyle estudió los estratos geológicos que la carretera dejaba al descubierto al horadar el terreno y se acordó de repente de una mujer joven que había conocido hacía poco en la Coulee Lands Covenant. Aquella mujer había estado sermoneándoles a él y a Peg sobre los peligros que entrañaba enseñar la teoría de la evolución en los colegios públicos, a todas luces ignorante de que Peg había pasado toda su vida laboral dando clase en los colegios públicos de la zona.

—¿Cuántos años tienes? —le había preguntado Lyle, mientras Peg le amonestaba dándole un golpecito en la espalda con la hoja parroquial.

—Veintinueve —respondió ella, ya un poco a la defensiva.

—¿Y cuántos años crees que tiene el planeta en que vivimos? —volvió a preguntar Lyle, con amabilidad.

—Siete mil —dijo ella con firmeza—. Más o menos.

Sus ojos eran oscuros y fieros.

Lyle asintió y sonrió.

—No soy un experto en biología evolutiva, ni en geología o antropología —dijo—, y hace muchos, muchos años que no me siento en un pupitre. Tengo más de sesenta y me acerco a los setenta. Esos años parecen un trozo nada desdeñable de lo que tú estás llamando nuestra historia completa. Y tengo que decirte una cosa: yo espero seguir evolucionando hasta el final. Pero no entiendo cómo puede ser que yo represente un porcentaje tan grande de la historia del planeta. Porque eso querría decir que mi vida, mis sesenta y cinco años, equivaldrían a...más o menos... ahora estoy calculando por encima, pero ¿unos tres o cuatro metros de roca de fondo? No sé cuáles son los términos técnicos adecuados.

Lyle estaba sinceramente interesado en la opinión de su interlocutora.

La mujer joven puso los brazos en jarras. Varios de sus hijos orbitaban alrededor de sus rodillas, chillando.

—Todo lo que está aquí está aquí desde el principio —respondió—. Dios hizo las cosas tal y como son. No hace falta que le explique eso.

—No, no creo que haga ninguna falta —admitió Lyle con simpatía, y se agachó para estrechar las manitas de sus niños—. Buenos días —dijo a cada uno de los pequeños, que le sonrieron.

Mientras conducía, Lyle evocó el rostro de aquella mujer, a la que habían conocido solo de pasada durante una de sus jornadas dominicales. Estaba tan segura del mundo y del lugar que ocupaba en él... Lyle observó los muros de arenisca a ambos lados de la carretera. La superficie goteaba agua de manantial, o tal vez fuera el denso rocío el que había descendido por las laderas para ir acumulándose allí. Agua supurada por los poros de la tierra, o quizá empujada lentamente



hacia el exterior desde algún punto profundo del interior de las cosas mismas. Recordó el fósil de trilobites que había encontrado una vez en una cantera y que luego había colocado en una de sus estanterías. Era uno de sus tesoros favoritos. En ese momento, pensó: «Me gustan las construcciones hechas de piedra y madera. Me gustan las cosas antiguas».

Y a continuación: «Yo soy antiguo también, soy viejo ya», y sonrió para sí a pesar del día gris. «Tal vez», pensó, «Charlie tiene razón. Hay que dejar correr las cosas». «Trata de tener fe», se dijo, «pero sin dejar de hacer preguntas. No seas tonto».

El camión culminó el ascenso de la ladera de un valle. Cualquiera otro día más luminoso, el cielo y las copas de los árboles hubieran refulgido entonces encendidas con el fuego apacible del sol. Aquella jornada, sin embargo, parecía condenada a una oscuridad gris e implacable. Las gotas de lluvia caían planas y desperdigadas sobre el parabrisas, antes de que el viento las arrastrara sobre la superficie. Lyle buscó la palanca de los limpiaparabrisas, pero cuando los puso, estos se deslizaron fútilmente sobre la luna, y la goma vieja y el metal chirriaron al contacto con el cristal. Así que los quitó y trató de ver a través del parabrisas sucio, manchado aquí y allí con restos de insectos y el polvillo de las polillas. Al poco, la carretera volvió a transitar por un terreno llano. A los lados aparecieron ahora los campos de maíz cosechado, los tallos rígidos y cortos, como disecados, de un amarillo blanzuzco y pálido.

Lyle contempló el mundo entrecerrando los ojos. La lluvia se intensificó de repente, con un microestallido. Bajó la ventanilla con la manivela y sacó la mano izquierda para tratar de limpiar la porción del parabrisas que tenía justo en frente, pero fue en vano. El cielo y la tierra parecieron disolverse en uno y el aire se convirtió en agua. Detuvo la camioneta en el arcén de grava y esperó sentado, con la ventanilla bajada, aspirando el aire frío, fresco y húmedo, dejando que llenara sus pulmones. No se había fumado un pitillo desde sus truncados tiempos de universitario, pero en aquel momento, le apeteció uno. Sentir su calidez. Una nube de tabaco en la que poder acomodarse, con el tiempo ralentizándose. A lo largo y ancho de los campos de octubre no se detectaba ni un movimiento. El cielo estaba tapizado de jirones nubosos, como manchado todo él de hollín y ceniza.

El camión era un vehículo de época que no tenía reloj ni radio. Lyle miró su Timex. No había prisa. Echó un vistazo al remolque. Las manzanas relucían como si las hubieran encerado y fueran los objetos más brillantes del mundo. La lluvia cedió un poco hasta transformarse en llovizna, y Lyle volvió a encender el contacto. Del capó salió una nube de vapor mientras el camión se incorporaba de nuevo a la vía.

El supermercado al que se dirigía estaba en un pueblo situado a orillas del Misisipi, en la base de un risco escarpado y amarillento. Los motoristas apreciaban mucho las vistas del pueblo y sus tabernas. Lyle encontró el comercio y estacionó el camión en la parte de atrás del aparcamiento, por deferencia hacia los clientes del negocio. No había cogido impermeable ni paraguas y caminó deprisa hasta la entrada bajo la suave lluvia. El agua le apelmazó un poco el pelo y humedeció las mangas y los hombros de su chaqueta. Ya dentro de la tienda, se sacudió el agua, como si fuera un perro, y fue hasta el mostrador de atención al cliente. Tras él había una mujer mayor, viendo una tertulia en la televisión. Lyle esperó pacientemente. La temperatura era agradable y la tienda estaba bien iluminada. La mujer solo se volvió hacia Lyle cuando el programa que estaba viendo se fue a publicidad. Lyle le sonrió y ella se limitó a levantar la barbilla, como preguntando qué quería.

—Traigo un pedido de manzanas —dijo Lyle.

—Tiene que hablar con recepción de pedidos —respondió escuetamente la mujer, antes de mirar hacia otro lado.

—¿Puede avisarlos, por favor? —dijo Lyle, su voz tan suave y agradable como la lluvia que repiqueteaba sobre ellos, en el techo—. ¿Por el interfono, o algo así?

La mujer suspiró y señaló hacia la parte trasera de la tienda.

—Hable con Getty —dijo, volviéndose de nuevo para enfrascarse en el televisor.

Lyle recorrió un pasillo que olía intensamente a comida para animales y arena para gatos. Sintió no poder explorar el supermercado minuciosamente. Le encantaba hacer la compra en los supermercados. El lento avance del carrito oscilante a través de la tienda. El examen cuidadoso de las frutas y verduras, algunas cultivadas allí, otras, en lugares que Lyle sabía que nunca visitaría: Chile, Nueva Zelanda, Guatemala. Antes de que Hoot se pusiera enfermo, ambos habían ido una vez hasta Eau Claire para asistir a la gran apertura de un hipermercado descomunal: casi veinticinco mil metros cuadrados de tiendas. Sin embargo, al no estar familiarizados con su distribución y no llevar teléfono móvil ninguno de los dos, pronto se perdieron y vagaron cada uno por su lado durante dos horas, hasta que Lyle encontró finalmente a Hoot junto a una gigantesca nevera con cervezas.

—Me tendría que haber imaginado que estarías aquí —dijo Lyle, reprendiéndolo.

—Oh, Dios mío —respondió Hoot, con ojos soñadores—. Mira qué precios. Estoy en el paraíso.

Volviéron a Redford aquella tarde, con Lyle al volante de su camioneta y Hoot dando sorbos a una lata de Old Milwaukee, diciendo:

—Esta es la razón por la que Redford Appliance se fue a pique. Con hipermercados como ese, los pequeños comercios no pueden competir.

—Me parece muy triste, la verdad —respondió Lyle.

—Pero así funciona este país, ¿no? —prosiguió Hoot—. La mano invisible y todo eso. El libre mercado. Nadie piensa nunca en el pequeño comerciante. Creo, sinceramente, que nosotros tuvimos suerte y eso es todo. Estábamos aislados en nuestro pequeño villorrio. Pero era solo cuestión de tiempo que el mundo nos encontrara.

Cerca de la sección de lácteos, Lyle divisó unas puertas batientes. Tomó esa dirección, atravesó las puertas y salió directamente a un muelle de carga. Vio a un hombre joven, de pie frente a una plataforma libre, y, junto al primero, a otro un poco mayor. Ambos estaban fumando mientras contemplaban la lluvia. Lyle percibió el sonido del agua precipitándose hacia un desagüe que quedaba fuera de su campo de visión. Los dos hombres miraron a Lyle y el más joven de ellos tiró el cigarrillo antes de exhalar el humo sobre el hombro, como si hubiera sido sorprendido haciendo algo que no debía.

—Oh —dijo Lyle—, perdón, no quería interrumpir.

—No interrumpes nada —respondió el hombre mayor, de cuyo labio inferior seguía colgando la colilla del cigarro—. ¿En qué podemos ayudarle?

—Traigo un pedido de manzanas del huerto Sourdough —dijo Lyle.

Junto a la puerta del muelle hacía más frío, y Lyle se encogió.

—Ya. Pero no pienso descargar un maldito camión de manzanas con la que está cayendo.

El hombre dio una calada al cigarrillo, que crepitó, sin sacar sus gruesas manazas de los bolsillos. Detrás de él, el más joven se limitó a mirarse los pies.

—¿Eres Getty? —preguntó Lyle, sin cejar en su empeño—. Soy Lyle. Lyle Hovde. Trabajo para Otis y Mabel en el huerto Sourdough —prosiguió—. Traigo un pedido de manzanas Honeycrisp y las he recogido casi todas yo. Son unas manzanas preciosas.

Getty exhaló una bola de humo.

—Muy bien, Lyle. Trae el camión hasta este muelle de aquí y lo descargaremos. En algún momento.

Lyle se rio.

—No vengo precisamente con un tráiler de dieciocho ruedas. Y me temo que nuestro viejo camión es más bajo que este muelle de carga.

Getty meneó la cabeza, tiró la colilla y se limpió la nariz con el envés de la mano.

—Mira, Lyle —dijo—, me importa tres narices. Como si eres Juanito Manzanas. Me llamo Arnold Getty, y aquí, en Value Foods, me pagan ocho dólares la hora sin cobertura social. Trabajaba aquí antes de que esto fuera un Value Foods y seguiré trabajando aquí cuando lo compren los siguientes ejecutivos cabrones de la próxima empresa. Así que, con todos los respetos, Lyle, no pienso mojarme el culo con esta maldita lluvia. No voy a hacerlo. En algún momento parará de llover, así que podemos esperar, o puedes descargar las manzanas tú mismo. Tú decides. A mí me la suda.

Lyle miró el reloj. Eran las diez de la mañana. Cargar la camioneta sin ayuda le había llevado casi dos horas al empezar la jornada. Sabía que a las manzanas no les pasaría nada por mojarse y no sentía una especial inclinación por salir ahí fuera y ponerse manos a la obra.

—De acuerdo —dijo con determinación y mirando a Getty a los ojos—. Démosle una horita.

—Muy bien —dijo Getty—. Una hora. Aunque te aviso, a las cinco yo termino aquí, pase lo que pase. Así que ya puedes rezar para que escampe, porque si no, estás jodido. Estas puertas se cierran a las cinco en punto, estén cargadas las manzanas o no. Son las reglas.

Lyle se asomó un poco y escrutó el cielo. No había fisura alguna en la bóveda gris, ni un rasguño de luz, tan solo un manto interminable de muda oscuridad.

—Si no te importa —dijo Lyle—, voy a acercarme al camión y a dejarlo a la vista. Así, si para, podremos empezar enseguida.

—Claro —dijo Getty—. Mejor echarles un ojo. Nunca sabes cuándo puede aparecer alguien y robar un camión de manzanas. Sobre todo, cuando llueve —añadió, resoplando cínicamente y estrellando jocosamente su puño contra el bíceps de su compañero, el más joven. Luego extrajo una flema de su garganta y escupió fuera de la puerta.

Lyle dejó a los dos hombres y, mientras caminaba por el perímetro del supermercado, sintió la tentación de comprar unos donuts recién hechos, pero se acordó del almuerzo que había traído consigo. Cruzó el aparcamiento al trote, hasta llegar al camión, y se encerró en la cabina, que estaba tan seca como una cueva. Deseando haber traído otra chaqueta más adecuada o algún jersey más gordo, giró la llave en el contacto y puso la calefacción. Observó los coches que entraban y salían, las señoras mayores cubriéndose el pelo con bolsas de plástico, y las madres con niños pequeños colgados de sus manos húmedas y pálidas. Luego dio cuenta de su almuerzo despacio, consultando la hora en su reloj más veces de lo normal.

Cuando hubo terminado de comer, dobló cuidadosamente la bolsa de papel y la guardó en la guantera. Le gustaba reutilizar las bolsas hasta que las fibras del papel empezaban a deteriorarse. Arrancó el camión y rodeó despacio el supermercado hasta la parte trasera, donde estaban los muelles de carga. Después, dio marcha atrás con cuidado para acercarlo al muro de cemento del muelle. En efecto, el vehículo y su remolque quedaban un metro por debajo del borde de la puerta de descarga. Getty y el empleado más joven seguían donde los había dejado, apoyados contra el muro del muelle principal, fumando y escupiendo a la lluvia pertinaz. Lyle se bajó de la cabina y se apresuró hacia los escalones del muelle. Para entonces ya tenía empapadas las botas y los calcetines.

Getty miró a Lyle, que chorreaba agua sobre el suelo de la zona de recepción de pedidos del supermercado.

—¿Qué prisa tienes, demonios? —dijo, meneando la cabeza.

Lyle se encogió de hombros.

—No me parece que haya ido con prisa.

—Quiero decir, no tienes que hacer ninguna otra entrega hoy, ¿no? —preguntó Getty.

—Así es —respondió Lyle—. Con esta acabo. Es la última de la cosecha.

Miró las manzanas con cierto orgullo, aunque también con una pizca de tristeza. Una vez llegara el invierno, echaría de menos pasar tiempo en el huerto. Contempló de nuevo el cielo.

—Bueno —dijo Getty—, yo creo que deberías relajarte un poco. Sentarte. Echar una cabezadita, si quieres. El chico y yo vamos a almorzar. ¿Quieres algo? ¿Un batido? ¿Una hamburguesa? ¿Patatas fritas? —preguntó mientras él y el otro mozo de almacén cogían sus chaquetas y sus gorras de béisbol.

—No, gracias —dijo Lyle—. Si la cosa se pone muy fea, siempre tengo un camión lleno de manzanas.

—Ya veo, sí —dijo Getty—. Manzanas.

Y se fue con su ayudante.

Lyle se sentó sobre una caja de cartones de leche y contempló cómo caía la lluvia y cómo el agua iba formando charcos. Se acordó de una vez que sus hermanos y él habían jugado con mercurio, en el colegio, siendo niños. El profesor hizo circular por la clase un matraz con la sustancia, para que los alumnos pudieran examinarla en la palma de la mano. Observó cómo la lluvia encontraba cada irregularidad en el piso de asfalto del aparcamiento.

Sobre una mesa de madera, semienterrada bajo pilas de hojas de periódico medio podridas —de las secciones de deportes— y duplicados de facturas, había un paquete de Marlboro. De la mesa colgaban también, revueltas por el viento, las páginas finas y estucadas de un calendario de chicas en bikini. Lyle se levantó de la caja de cartones de leche y sacó con suavidad un cigarrillo de la cajetilla de celofán. Se lo colocó entre los labios y, acto seguido, se palpó los bolsillos de los pantalones y de la chaqueta en vano, pues, por supuesto, no tenía cerillas ni mechero. Apretando el pitillo hurtado entre los labios, rebuscó en los cajones de la mesa de Getty hasta que encontró una caja de cerillas. Luego regresó a su asiento sobre la caja. Era muy consciente de tener un cigarrillo entre los labios, consciente de una forma que sospechaba idéntica a la de los adolescentes que abandonan por primera vez la seguridad del hogar paterno y se aventuran en el mundo para experimentar con todo. Encendió una cerilla y estudió su pequeña llama.

«Esto que estoy haciendo es una tontería», pensó.

Pero la nube de humo que produjo y que inhaló le pareció deliciosa y seca, cálida y delirante. Sintió la cabeza repentinamente ligera como un globo. Retuvo el humo en el interior de su caja torácica, como un secreto. Luego lo expulsó muy lentamente. Era agradable tomar conciencia de la respiración. «De esto debe de ir el yoga», pensó, «de respirar». Relajó los hombros y las piernas y miró fijamente las manzanas. La temperatura parecía estar bajando y se sintió contento de nuevo por haber cogido el cigarrillo, por poder sentir ese pequeño fuego ardiendo entre sus dedos, frente a su rostro. Qué joven se sentía de repente, y qué tonto.

Apuró el cigarrillo hasta el filtro, apagó la colilla aplastándola contra el tacón de la bota y se la guardó en uno de los bolsillos del pantalón, antes de ponerse de pie de nuevo, un poco titubeante. Aquello de guardarse el filtro del pitillo se llamaba *fieldstripping*, recordaba que le había dicho una vez un amigo que había estado en Vietnam... Con todo, el sabor de boca que le dejó el cigarro le resultó desagradable. Pensó requisar una manzana del cargamento para refrescarse el paladar, pero lo inquietó la posibilidad de que alguien de la tienda pudiera acusarlo de robo. Así que entró de nuevo en el establecimiento a buscar unos caramelos de menta. Después de comprar un paquete, se desvió un momento durante el trayecto de vuelta para husmear en la sección de productos agrícolas y examinar el inventario de manzanas. Comprobó que la mayoría eran de Washington. Había también unas pocas de Nueva Zelanda. Tocó la fruta y supo enseguida que ya había perdido gran parte de su frescura, y que, bajo la piel, la carne estaba ya mohosa, seguramente, y con muy poco sabor. Caminó de vuelta hacia la zona de recepción de pedidos. El agua caía a chorros por los aleros, deslizándose con estruendo por las bajantes.

—Si quieres algo bien hecho —dijo Lyle en alto y para sí—, tienes que hacerlo tú mismo.

Reconfortado por el cigarrillo y por el puñado de caramelos de canela y menta que se había metido en la boca, salió del muelle y comenzó a descargar el camión bajo la lluvia, pasando cajas de la plataforma trasera al muelle de carga. Cuando ya no cabían más cajas apiladas en el borde del muelle, volvió a cubierto y colocó la pila de cajas descargadas sobre un palé, que empujó hacia el centro del propio muelle. La lluvia no paró, pero Lyle tampoco lo hizo. A un ritmo constante, fue descargando el camión, cuyos ejes gemían a medida que recobraban liviandad. Lyle trabajaba deprisa. No quería pasar frío, era cierto, pero también quería haber acabado de descargar cuando Getty regresara del almuerzo.

La ropa empapada cada vez le pesaba más. Deseó poder echar mano de un termo de chocolate o de sidra calientes, pero no había, y ya se había bebido todo el café que había traído. Limpió el agua que empañaba el cristal de su reloj. Era ya la una y media. Getty y su ayudante llevaban fuera más de dos horas. Y ahora, además, había un tráiler de dieciocho ruedas entrando en el aparcamiento, con el logotipo rojo y blanco de Coca-Cola luciendo en el enorme remolque. El conductor era un hombre joven, que bajó la ventanilla de la cabina y gritó: «¿Dónde coño está Getty?».

Lyle alzó la vista. El agua le caía por el rostro, descendiendo por sus cejas y sus párpados. Se llevó una mano a la frente para protegerse los ojos del agua y estudió al nuevo intruso.

—Almorzando, creo —respondió Lyle.

—Ese maldito culo gordo —dijo el conductor—. Dame un momento que aparque el tráiler y te echo una mano con eso.

Lyle ya casi había acabado, pero observó al joven conductor maniobrar expertamente para acercar su tráiler al muelle de carga y colocarlo junto a su camión. La parte de atrás del gran

remolque besó suavemente el extremo del muelle —dos objetos de enormes dimensiones entrando en contacto—. Luego, el joven saltó de su cabina y subió al remolque de Lyle.

—Hagamos una cadena —le sugirió—. Tú te metes ahí dentro, a resguardo de la lluvia, y yo te paso las cajas que quedan.

—Me parece muy buen plan —dijo Lyle—, pero bueno, no hace falta que te molestes.

—Llámalo karma —respondió el joven—. Me llamo James Alan, pero todo el mundo me llama Jay.

—Jay —dijo Lyle—, yo soy Lyle.

—Muy bien, Lyle —dijo Jay—, métete para dentro.

Lyle salió de la camioneta y se subió al muelle. El cielo estaba abriéndose un poco hacia el oeste. Agarró otro palé y empezó a apilar las cajas mientras Jay bajaba las últimas que quedaban en el remolque y las colocaba sobre el muelle. Cuando acabó de descargar, Jay también se metió dentro para ayudar a Lyle. Fuera, comenzó a escampar. Ambos hombres trabajaron codo con codo de manera eficaz. A Lyle lo cautivaron enseguida el garbo silencioso, el músculo y la amabilidad de aquel tipo joven.

Justo cuando estaban colocando la última caja en el muelle, Getty y su ayudante salieron por las puertas batientes de plástico.

—¡No me jodas! —gritó Getty.

Lyle corrió hasta la camioneta, cogió el albarán y se lo dio a Getty.

—Solo necesito una firma.

—Claro, pero primero voy a tener que inspeccionar la entrega —respondió Getty, arrastrando las palabras—. Verás, por lo general, somos mi ayudante y yo los que descargamos los camiones aquí, pero parece que hoy tenemos a un conductor hiperactivo...

El aliento de Getty olía a alcohol y a comida grasienta. Adheridos a su barba incipiente, a la altura del mentón, tenía restos de mostaza.

—Vete a tomar por el culo —dijo Jay, acercándose también al muelle—. Firma el albarán de este caballero o llamo al encargado ahora mismo, gilipollas.

—Vale, vale —dijo Getty, garabateando una X en la factura y dejándola caer a los pies de Lyle—. Lo que sea con tal de librarme de vosotros.

—No sé cómo darte las gracias —le dijo Lyle a Jay—. ¿Podrías darme tu dirección? ¿O un número de teléfono? Me gustaría poder compensarte el favor.

—No te preocupes —dijo Jay—. Súbete al camión y trata de entrar en calor. Ese viejo capullo lleva años tocándome las narices. Solo hay que saber cómo tratarlo. Con buenos modos no responde.

Lyle ofreció su mano a Jay.

—Gracias, hijo. Gracias por echar un cable a este viejo.

—De nada —respondió Jay, estrechando su mano—. Ahora, lárgate de aquí antes de que Getty cambie de opinión —añadió con una amplia sonrisa.

A pesar de la melancolía de las tardes menguantes, Lyle sintió que el día se había tornado un poco más luminoso, más alegre, mientras rehacía la ruta de vuelta a casa en su camión International. Era la primera vez en su vida que llamaba a un hombre más joven «hijo» y, de repente, le preocupó

haberse excedido y haber causado cierto embarazo a Jay. Lo imbuyó una emoción profunda mientras conducía, solo en aquella cabina polvorienta, al pensar en su hijo perdido; de haber vivido, Peter hubiera tenido entonces, más o menos, la edad de Jay. ¿Qué caminos hubiera escogido, qué trabajos, de qué mujeres (u hombres) se hubiera enamorado? Imaginó las jornadas, y los años, que podían haber compartido: pescar juntos en el Misisipi, cazar ciervos, los partidos de béisbol, las graduaciones, los matrimonios, los hijos, los nietos... Esa trayectoria vital condensada y abreviada, todas esas posibilidades que, sencillamente, habían desaparecido...

De pronto, Lyle sintió un fuerte golpe en el lado del copiloto, cerca del parachoques trasero, y tuvo que luchar con ambas manos para controlar el camión e impedir que volcara y dejara bloqueada la carretera. Cuando logró enderezar de nuevo el aparatoso vehículo sobre el asfalto, se detuvo en el arcén para coger aliento. Al mirar por el retrovisor, sin embargo, vio con horror un coche compacto con el capó completamente abollado y humo saliendo del motor. El conductor, un chico joven, estaba fuera, bajo la lluvia, llevándose las manos a la cabeza.

Lyle bajó del camión y caminó hacia el otro vehículo por el arcén húmedo. El chico no tenía pinta de tener edad siquiera para ir a la universidad. Era desgarbado, de brazos y piernas muy largos, llevaba el pelo cortado a capas y un bigotito ridículamente ralo. Tenía las gafas empañadas y húmedas por la lluvia.

—Oye, ¿estás bien? —le preguntó Lyle.

—¡Me has dado! —gritó el chaval, con voz aguda y quejumbrosa.

—¿Estás bien? —repitió Lyle, pero esta vez a una distancia prudencial de un par de metros. Quería acercarse para consolarlo, pero el chico parecía estar a punto de un colapso nervioso—. ¡Calma, tranquilízate!

—¡Me has destrozado el puto carro, tío!

—No —replicó Lyle con serenidad—, yo no he destrozado nada. Mira, puedes ver lo que ha pasado por las huellas en la carretera, ¿lo ves? —Lyle señaló al asfalto, donde todavía eran visibles las marcas que habían dejado los neumáticos al producirse la colisión—. Yo estaba en la carretera, chaval. En mi carril. Y tú has debido...

Alzó la vista para ver por dónde se había incorporado el chico a la vía. Era una pista de tierra, de dos carriles, que llevaba a un humilde rancho. El acceso tenía por lo menos medio kilómetro de largo y no había apenas árboles que impidieran la visión. Lyle miró a ambos lados de la carretera: no venía nadie, no había tráfico.

—Pero ¿qué coño estabas haciendo? —preguntó al chaval—. ¿Estabas con el teléfono móvil? ¿Cómo puedes no haberme visto? Llevo un camión de una tonelada.

—Eh... bueno... yo... tú tampoco me has visto a mí —tartamudeó el chico.

—Yo no tenía por qué verte, yo estaba conduciendo por mi carril —dijo Lyle—. Por la carretera. ¿Estabas trasteando con la radio? Mira, sabes qué, vamos a ver a tus padres. Se van a enterar de lo que ha pasado de todas formas.

—No están en casa —se apresuró a responder el chaval.

—Muy bien, pues entonces tendremos que llamar a la policía.

El chico se vino completamente abajo al oír aquello, desinflado como un globo.

—¿Cuál es el problema?

—Es que... me acabo de sacar el carné —dijo—. Hace una semana.

—¡Hace una semana! —repitió Lyle con sorna, y empezó a reírse sin poder parar, doblándose por la cintura.

Después de toda la angustia y la tristeza de la última época —el cáncer de Hoot, la mudanza de Shiloh y Isaac, la diabetes de su nieto y todo el asunto de la cura a través de la oración—, Lyle se dejó ir. Se rio como no se había reído en años. Se le saltaron las lágrimas incluso, y dio gracias porque la lluvia le ayudara a disimularlo un poco.

—¡Hace una semana! —repitió una vez más, con voz más aguda esta vez.

—Muy gracioso —dijo el chico—, muy gracioso.

Finalmente, Lyle se limpió la cara y consiguió recuperar el aliento. El chico lo estaba mirando, expectante.

—Déjame echar un vistazo rápido al camión y veremos cuál es el siguiente paso —dijo Lyle.

Miró el reloj. Eran poco más de las tres de la tarde. El sol seguía muy bajo en el cielo, velado por una montaña de nubes.

El camión, fabricado todo él en acero americano y hecho para durar siglos, estaba prácticamente intacto, como Lyle sospechaba. El parachoques lucía una pequeña cicatriz de guerra, un resto de pintura gris del coche del chaval, pero eso era todo. El automóvil, sin embargo, había quedado como un *kart* de plástico tras el apocalipsis.

Lyle volvió junto al chico, que se frotaba los brazos, presa del frío, bajo la lluvia.

—Tenemos dos opciones —dijo Lyle—. Podemos llamar a la poli. Te multarán y el precio de tu seguro se pondrá por las nubes.

—¿O? —preguntó el chaval, esperando una alternativa.

—Podemos avisar a tus padres, empujar tu trasto hasta tu casa e irnos cada uno por nuestro lado.

—De acuerdo, voy a llamar a mi madre.

Lyle se deslizó tras el volante del pequeño coche, puso el cambio automático en punto muerto y esperó a que el chico terminara de hablar por teléfono.

—Sale del trabajo en una hora o así —dijo el chico—. Me ha dicho que tengo que pedirte disculpas.

Lyle aguardó.

—Lo siento —dijo el chaval—. No te vi venir. Estaba mandándole un mensaje a un colega. Ha sido una estupidez. Lo siento mucho —el muchacho se echó a llorar, agitando sus estrechos hombros—. Había ahorrado para comprar este coche —añadió—. Me costó mil quinientos dólares.

Su cara estaba completamente roja, y sus gafas, más empañadas aún que antes.

—Todo el mundo en el instituto se va a descojonar de mí —dijo.

Lyle puso una mano sobre el hombro del muchacho y le dio un apretón paternal. Luego le quitó las gafas cuidadosamente y las limpió con el tejido suave de su camisa, antes de echarles el aliento para limpiarlas una vez más.

—Deberías limpiar tus gafas más de una vez al año —dijo, afablemente—. Si no tuvieras las gafas tan sucias, me hubieras visto venir. Venga. Vamos a empujar este cacharro hasta tu casa.



Les llevó cuarenta y cinco minutos empujar el coche por el camino de acceso hasta el rancho. Durante ese tiempo, no pasó por la carretera ni un solo turismo, ni una sola ranchera o camión de la leche. Ni uno solo. El primer vehículo que vieron fue el coche de la madre del chaval, la luz de sus faros rebotando hacia arriba y hacia abajo mientras cabeceaba senda arriba. La mujer se apeó del coche y se quedó de pie, parada en el camino, cerrando los puños y con los brazos en jarras.

—¿Una semana? —dijo, sacudiendo la cabeza.

Luego, pasaron dentro de la casa y se sentaron un rato en torno a una pequeña mesa redonda de cocina, de madera de roble, y departieron trivial y educadamente. Lyle no dejaba de mirar por la ventana, a la espera de que pasara algún coche, pero no pasó ninguno. Consultó el reloj antes de volver hasta el camión. Había transcurrido otra media hora.

Después de devolver el camión a Otis y Mabel y explicarles las razones de su retraso, Lyle condujo su propia camioneta hasta casa. Peg lo estaba esperando. Había preparado un guiso de ternera con zanahoria, cebolla, patatas y nabo.

Había pan del día y una ensalada, y Peg estaba bebiendo una copa de vino tinto. No dijo hola a Lyle, sino que siguió sentada a la mesa de la cocina, leyendo una novela, *Pioneros*, de Willa Cather.

—Lo siento, Peg —dijo Lyle—. Siento lo de anoche. Lo intentaré con más fuerza. Quiero esforzarme. No quiero que te enfades conmigo. Lo siento.

Ella siguió sentada en la silla. Se humedeció el dedo para pasar la página sin dirigirle la mirada.

Él se acercó a ella e hincó una rodilla en el suelo, poniendo sus dos manos sobre el brazo derecho de Peg. Ella depositó el libro sobre la mesa, suspiró y, ahora sí, miró a Lyle.

—Estás congelado —le dijo—. Tienes las manos heladas y la cara en carne viva.

—Lo siento —repitió él.

—He preparado rosbif.

—Voy a intentar hacerlo mejor con Shiloh. Y voy a esforzarme más con la iglesia. Pero aun así, creo que debemos hablar de Isaac con ella, de su diabetes. Estoy preocupado por el niño.

—Eres tozudo como una mula —dijo Peg—, pero te quiero.

—Creo que necesito cenar algo, y luego meterme en la cama.

—Ahora te sirvo un plato —dijo Peg—. Ve a darte una ducha de agua caliente.

En la ducha, Lyle casi se quedó dormido. La sensación del vapor de agua era tan agradable. El agua caliente corriendo por su piel húmeda y aterida. El olor de su jabón de alquitrán favorito. Después de secarse con la toalla, se puso ropa limpia y mullida y se dejó caer sobre la cama.

Peg apareció en la puerta, ataviada ya con su camisón, cepillándose el pelo.

—¿Vas a querer cenar? —preguntó.

—He tenido un accidente con el camión —murmuró Lyle.

—¿Qué?

—Un chaval, un adolescente. Estaba escribiendo un mensaje con el móvil y se estampó contra el camión de manzanas.

—¿Estás bien? ¿Él está bien?

—Su coche ha quedado destrozado —dijo Lyle, suavemente—. Pero el chaval me recordaba al viejo doctor Wagner. ¿Te acuerdas de él?

—Por supuesto que me acuerdo del doctor Wagner. Fue él quien asistió a mi madre cuando me dio a luz. Y a mi abuela. ¿Qué pasa con él? ¿Lyle? ¿Estás bien? ¿Lyle?

Pero Lyle se había quedado dormido y no pudo evocar la historia del viejo médico rural que, hasta el día de su muerte, no tuvo consulta alguna donde colgar su sombrero, tan solo su amado Jeep Wagoneer verde, apodado El Dragón, con el que iba de casa en casa atendiendo llamadas, armado con un morral de cuero marrón en el que resonaban, saltarinas, las pastillas, las agujas y los botes de jarabe. El último de un linaje de practicantes de Redford, un hombre que aceptaba como pago huevos, pan casero, miel, mermelada, encurtidos, mantas, cerámicas, cuadros, carne, queso, leche... lo que fuera que el paciente pudiera ofrecerle.

Un día, durante la temporada de caza del ciervo, el viejo doctor estaba conduciendo por una carretera secundaria cuando una bala perdida que había sido disparada a casi un kilómetro de distancia por un cazador —un muchacho de trece años— se coló por la ventanilla abierta de su Wagoneer e impactó contra su sien con la suficiente fuerza, parece, para producirle una embolia mortal. La bala de plomo, al menos, no penetró en el cráneo, ni siquiera le rasgó la piel: sencillamente rebotó y cayó sobre su regazo. El Dragón avanzó un poco más hasta chocar con un grupo de viejos cedros, donde fue hallado junto con su conductor, desplomado sobre el volante.

¿Cómo era posible, llevaba preguntándose Lyle toda la tarde, que ese chaval hubiera ido a estrellarse justo contra él cuando, durante la hora siguiente —o tal vez más tiempo, quién sabía— no había pasado ni un solo vehículo por allí? ¿Cómo habían podido cruzarse sus trayectorias? ¿Y cómo pudo aquella bala, una bala perdida, alcanzar al buen doctor y poner fin a su vida? ¿Cómo era posible, siguió pensando, que él estuviera ahí, en ese momento? Que hubiera encontrado a Peg. Que hubieran encontrado a Shiloh. ¿Cómo era posible que todo eso no fuera una suerte de gran sueño? ¿Cómo iba a ser todo aquello puro azar, casualidad, un bello accidente cósmico? ¿Cómo?

Unos días después, Lyle condujo hasta La Crosse, hasta la iglesia de la Coulee Lands Covenant. Hacía un día claro, luminoso y frío. El cielo estaba surcado por decenas de miles de aves migratorias: gansos, patos, grullas, cisnes y multitud de pájaros cantores, de todos los colores y formas. Lyle había llamado a Shiloh el día anterior para proponerle que salieran a comer juntos y a Shiloh le había hecho ilusión la invitación, parecía entusiasmada casi, contenta de poder pasar un rato con él. Lo cierto era que, durante meses, Lyle había estado haciéndose perdonar, asistiendo a su iglesia, tratando de expiar su culpa y de congraciarse con Shiloh y, finalmente, según parecía, había logrado quebrar el muro, o al menos desgastarlo.

Al llegar, Lyle entró en el viejo cine y caminó hacia la «oficina» de la iglesia, en realidad un viejo cuarto-almacén que en tiempos había servido para guardar latas de películas, vasos desechables, grandes bolsas con maíz para palomitas, caramelos, servilletas y cosas así. Ahora, la habitación estaba atestada con un par de escritorios pequeños, una fotocopidora, varias remesas de papel, papeleras y artículos varios de oficina. Lyle escuchó la pelea enseguida.

—¿La quieres? —gritó Shiloh.

—¿Cómo te atreves? —respondió Steven en tono grave y amenazador, tratando de moderar su volumen para que no los oyeran—. ¡Cómo te atreves a cuestionarme!

—¡Todo el mundo lo ve! ¡Todo el mundo! ¡Esto me está matando! Vamos a casarnos en primavera y tú estás... estás tonteando, estás... ¿qué?, ¿«confraternizando»? con esa... ¡con esa basura!

—¡Te salvé! —respondió Steven, gritando también—. Os salvé a ti y a Isaac. Estabais perdidos. Esa gente impía que dice ser tu familia... Os acogimos aquí. Te di un trabajo. Te enseñé el camino que dio un sentido a tu vida. ¿Y ahora me pones en duda?

—Sí, Steven —dijo Shiloh—. Pongo en duda a mi prometido.

—Más te vale no hacerlo —replicó Steven con frialdad—. ¿Dónde está el alma dulce y tranquila de la que me enamoré, esa que alaba la Biblia? Estoy a esto de cancelar la boda. Puedes buscarte otra iglesia y otro trabajo. Volverás a lo de siempre, Shiloh. A dar vueltas de aquí para allá como una peonza, hasta acabar en casa de tus padres. No, no he hecho nada malo. Y como cabeza de esta iglesia y cabeza de nuestra familia, no permitiré que usurpes mi poder. Si eso es lo que quieres, búscate a otro hombre.

—¡No! —gritó Shiloh—. ¡No, Steven, espera!

—Será mejor que pienses en ello, mujer —dijo él, amenazadoramente—. Piensa en qué crees verdaderamente y en dónde quieres estar. Voy a salir a comer y, cuando vuelva, quiero ver a mi prometida aquí, a esa mujer que yo sé capaz de someterse a su iglesia y, por respeto a Dios, también a su marido.

Lyle apretó su cuerpo contra las estrechas escaleras que conducían a la cabina del proyccionista para ocultarse de Steven, que pasó como una tromba, cruzando el corredor en el que hacía un momento había estado Lyle, para salir por la entrada principal dando un portazo. Un

momento después, se oyó el motor de su camioneta arrancando, antes de que el vehículo desapareciera a toda velocidad.

Lyle aguardó unos minutos sentado en las maltrechas escaleras de terciopelo rojo, escuchando cómo su hija lloraba quedamente en la oficina. Transcurridos unos momentos, se incorporó y bajó sigilosamente los escalones, fingió que abría y cerraba nuevamente la puerta de la entrada y caminó hasta la puerta de la oficina, a la que llamó golpeando inocentemente con los nudillos. La pequeña estancia olía a mantequilla derretida.

—Hola —dijo desde fuera, con voz animosa.

—Ah, hola, papá —respondió Shiloh, sonándose la nariz con un pañuelo de papel.

—¿Sigue en pie lo de salir a comer? —preguntó él.

Shiloh suspiró.

—No tengo mucha hambre, si te soy sincera —respondió, tratando de evitar el contacto visual con su padre.

—Cariño —dijo Lyle con dulzura—, ¿va todo bien?

—Sí —mintió ella—, está todo bien. Bueno, venga, da igual, vámonos —añadió.

Comieron en una pequeña cafetería. Shiloh empujaba las hojas anémicas de lechuga hacia el borde del plato, mientras Lyle se sentía culpable por devorar una grasienta hamburguesa con queso.

—¿Cómo está Isaac? —preguntó Lyle—. ¿Cómo le va en el colegio?

—Muy bien —respondió Shiloh—. Ya sabes lo espabilado que es. El cole no es ningún reto para él.

—¿Y cómo va su diabetes? —continuó Lyle.

Se trataba de una pregunta directa y sabía que suponía un riesgo que podía poner término a la conversación, pero tenía que intentarlo.

—Bien, papá. Está perfectamente. Es un niño sano y feliz.

Shiloh dio un trago a su vaso de agua fría.

—¿Cómo está Hoot? —preguntó ella.

Qué habilidad tenía Shiloh para despistar o cambiar el rumbo de una conversación. Siempre había sido así, desde que llegó a la adolescencia y comenzó a perfeccionar sus tácticas para aprovechar las debilidades de sus padres y bombardear sus frágiles defensas con toda su artillería.

—No lo sé —admitió Lyle, con la vista pegada a su plato—. Después de aquí, voy al hospital a ver cómo está.

Se abstuvo de añadir: «Y tengo miedo de lo que me voy a encontrar».

Lyle cogió la mano de Shiloh.

—Cariño —le dijo—, ¿de verdad está todo bien? ¿Hay algo que quieras contarme? ¿Hay algo que pueda hacer?

—¡Papá! —gritó Shiloh con la suficiente violencia para hacer enmudecer la cafetería entera.

Acto seguido, retiró bruscamente su mano.

—No necesito que tú hagas nada. Estoy bien, ¿de acuerdo? Mira, ¿sabes qué? ¿Te importaría... te importaría llevarme de vuelta a la iglesia? Steven tiene que pasarme una cosa importante esta tarde y tengo trabajo.

Lyle se quedó mirando la mesa unos momentos, deseando decirle que había escuchado su discusión, que había visto a Steven flirtear con la otra chica después de misa, que estaba muy preocupado por Isaac, que la quería mucho más de lo que podía imaginar... Pero cuando alzó la vista, se encontró con la camarera, que lo estaba mirando, circunspecta, y se limitó a pedir la cuenta y a dejar el dinero sobre la mesa, antes de abandonar el establecimiento con su hija, sin decir una palabra, y de salir junto a ella a la tarde brillante y luminosa.

Lyle detuvo su camioneta delante del viejo cine y Shiloh apenas musitó un «gracias» cortante antes de saltar fuera y cerrar de un golpe la oxidada puerta del asiento del pasajero. Steven estaba esperando junto a la entrada de la iglesia y abrazó a Shiloh, sin dejar de mirar a Lyle un solo instante. Luego la besó en la cabeza, caminó despacio hacia la camioneta y abrió la puerta del copiloto.

—Estás intentando separarnos, ¿no es así, Lyle? — dijo, simple y llanamente.

—Estoy intentando cuidar de mi hija —respondió Lyle—. Y de mi nieto, también.

—No. Estás sembrando discordia, eso es lo que estás haciendo. Sembrar dudas. Pero no lo vas a conseguir. Soy más fuerte que tú.

—Eres un maldito hipócrita —replicó Lyle—. Hacía mucho tiempo que no me topaba con un embaucador, pero eso es exactamente lo que eres. Eres un estafador de tres al cuarto, un charlatán y un hijo de puta. Y como pongas en peligro a mi nieto, te juro por Dios que te daré una paliza yo mismo. Y lo disfrutaré.

Y, dicho esto, pisó el acelerador y la puerta se cerró de golpe, como si aplaudiera sus palabras.

Lyle escuchó la risa de Hoot resonando en el pasillo del hospital —esa risa estruendosa, pegajosa y grave— antes de llegar a su habitación. Cuando asomó la cabeza dentro, pudo ver a Hoot sentado en la cama, junto a un par de enfermeras y un médico joven que lo rodeaban formando un semicírculo de sonrisas y carcajadas.

—Aquí está mi colega —dijo Hoot, su voz más recia de lo que había sonado en semanas, sus ojos más claros, menos lechosos y amarillentos.

Lyle se quedó un momento allí parado, perplejo. Estaba medio mentalizado para ver morir a su amigo. Se había preparado para sentarse junto a él y decirle adiós. Pero allí estaba aquel viejo tozudo e incombustible, como una planta que revive después de regarla.

—Miradle, ya pensaba que me habría ido al otro barrio —bromeó Hoot con las enfermeras—. Se ha quedado de piedra.

—Pero... —dijo Lyle, dejando escapar una sonrisa de sus labios—, ¿te encuentras mejor, entiendo?

—Me encuentro mucho mejor —dijo Hoot, si bien la tos seguía allí, puntuando cada una de sus frases.

El médico y las enfermeras miraron a Lyle animosamente.

—Bueno —dijo Lyle—, eso es fantástico.

—Amigo mío, lo voy a dejar todo —continuó Hoot—. Voy a dejar el tabaco y la cerveza, Lyle. Si alguna vez me dejan salir de aquí, te juro que me voy a buscar una afición. Algo para mantenerme ocupado. A lo mejor arreglo el otro Mustang.

—Puede hacer ganchillo —sugirió una de las enfermeras—. O bordados.

Hoot chasqueó los dedos.

—Eso es una idea genial —respondió.

Lyle se dejó caer en una silla.

—Entonces, ¿la quimio está funcionando?

Hoot se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero algo está funcionando. Me siento bien, Lyle. Puede que le haya dado esquinazo a esto. Tal vez pueda derrotarlo.

—Por supuesto que puedes —se escuchó decir a sí mismo Lyle.

—¿Vemos la tele un rato? —preguntó Hoot, sonriendo—. Ponen *La ruleta de la fortuna* ahora.

Un poco más tarde, cuando Lyle salió de la habitación de Hoot, el médico joven lo llevó un momento aparte, junto a los ascensores.

—Mire —le dijo—, antes no quise chafar al señor Shaw, pues, como ha podido ver, está teniendo un buen día...

—Sí —respondió Lyle, con voz serena.

El médico frunció el ceño y se pasó la mano por la frente.

—La situación de su amigo no ha mejorado. No estoy diciendo que no vaya a mejorar o que no pueda mejorar, pero acabo de ver una radiografía y... el cáncer sigue muy extendido.

—Pero ya le ha oído —dijo Lyle, casi suplicante—, se siente mejor. Es mi amigo. Es un luchador —añadió, notando el temblor de su propia voz—. Tal vez pueda vencerlo.

El médico le puso una mano en el hombro.

—No dudo de usted ni del señor Shaw. Es un hueso duro de roer y todos lo apreciamos mucho aquí, como seguramente ha visto. Pero debe estar preparado, señor. Puede que su amigo no gane esta batalla. Tendrá más días como este. Pero vendrán otros días también, días peores. Subidas y bajadas, ¿me entiende?

Lyle asintió con la cabeza, y estuvo a punto de decir: «Estaba esperando un milagro».

**Inverno**

Un domingo, después de misa, Peg le dijo a Lyle: «Me gustaría ir hasta el lago Superior. ¿Te importa, Lyle?».

Estaban de pie, junto al coche, una tarde gris de noviembre, el viento jugando con los cuellos de sus abrigos y despeinándolos. En los últimos tiempos, Hoot ya no se acercaba a la Coulee Lands. Su salud había vuelto a resentirse y ya rara vez salía de casa. Las enfermeras de la unidad de cuidados paliativos lo visitaban dos veces al día. Finalmente, la situación de Hoot había llegado a oídos de su hermana, quien lo había convencido para ir juntos a un casino cercano aquel fin de semana, donde podrían pasar las horas sentados, jugando a las tragaperras, charlando y viendo pasar a la gente.

Por esa razón, aquella tarde de domingo Lyle y Peg no tenían que llevar a Hoot a casa o al hospital después de la ceremonia y podían disponer de su tiempo.

—Me parece bien —dijo Lyle.

Condujeron hacia el norte guardando un silencio cordial. Lyle no le había contado a Peg su enfrentamiento con Steven, y sospechaba que Steven tampoco le había mencionado nada a Shiloh. Desde entonces, parecía imperar una política de evitación mutua y ambos hombres se rehuían como si fueran los polos opuestos de un imán.

Las carreteras estaban desiertas. Aquella tarde jugaban los Vikings y los Packers, por lo que todo el mundo estaba reunido en las tabernas, bares y salas de estar, apiñado en torno a algún televisor. Salvo por el fuerte viento racheado, la conducción resultaba cómoda.

Lyle decidió ir hasta Duluth, que quedaba a unas tres horas de camino. La idea era llegar allí justo antes de la puesta del sol, con tiempo suficiente para contemplar el gran lago y los últimos barcos de carga de la temporada, antes de emprender el camino de vuelta. Hay días en el Medio Oeste americano en que nada parece tan natural como conducir largas distancias, aunque solo sea para dejar atrás, por unas horas, la propia ciudad o el propio pueblo. Un viaje que resultaría incomprensible para la mayoría de los habitantes del planeta es en aquella tierra una forma distendida de pasar un domingo, ya sea para fotografiar las hojas otoñales, recorrer los cursos del Misisipi o del Saint Croix, pasear por la orilla del lago Superior o del lago Michigan —mares continentales, en realidad—, pegarse una caminata hasta alguna cascada o, sencillamente, hacer una larga excursión para comprar una porción de pastel. Cuando no hay nada que hacer, conduces.

Lyle y Peg avanzaron dejando atrás las tierras de cultivo y las sabanas de robles para adentrarse en los bosques de arces y álamos temblones. A medida que progresaban, los árboles crecían en altura y grosor y las coníferas se multiplicaban y se adensaban, flanqueando la carretera cada vez más de cerca. De vez en cuando, algún ciervo cruzaba el asfalto a la carrera para desaparecer al otro lado, entre los tupidos pinares. Empezó a caer la nieve, precipitándose en copos grandes y morosos.

Encontraron un poco más de tráfico al llegar a Superior, población del llamado cinturón del óxido y hermanastra de Duluth, si bien menos afortunada y agraciada. Pasaron por delante de



antros de mala muerte, de gasolineras mugrientas y de tugurios de comida rápida hasta ser succionados por una gran matriz de puentes y pasos elevados, con el lago debajo, extendiéndose hacia el este, hacia el horizonte, sus aguas frías y enojadas levantando grandes olas, mientras un puñado de cargueros soportaban con arrojo sus espumeantes acometidas.

Aparcaron cerca de Canal Park, por supuesto, que es por donde suelen andar siempre todos los turistas, pero Peg los guio un poco más allá, hacia un espigón desde el que podían ver romper las olas contra la orilla rocosa y salpicar el camino de cemento. El viento soplaba contra ellos con tanta ferocidad que el rostro se les llenó de lágrimas y apenas podían dar un solo paso.

—¡Eres una insensata! —gritó Lyle.

—¡Venga, solo un poco más! —respondió Peg.

Se giraron y contemplaron Duluth, la vieja ciudad portuaria, surgiendo abruptamente de la ladera pedregosa, con sus viejos edificios de ladrillo junto a las estructuras más nuevas y ostentosas.

—¡Esto no es seguro! —volvió a gritar Lyle.

—¡Tienes razón! —concedió Peg.

Así que se dieron la mano y emprendieron el camino de regreso hacia el coche. Una vez dentro, pusieron la calefacción y acercaron la cara y las manos a los conductos de ventilación intentando desentumecerse.

Ya en la cervecería Fitger's Brewhouse, cogieron una mesa y pidieron una cerveza negra que los hizo entrar en calor. Primero tomaron una, luego otra y luego una tercera cada uno. Después llegó su cena y comieron con fruición y apetito hasta quedar casi aturcidos, para luego volver a salir a la intemperie y pasear un rato con la intención de que el frío los despabilara.

—Isaac no fue capaz de curar a Hoot, ¿verdad? —preguntó Peg—. ¿Te parece mal que te lo pregunte?

—Creo que hicimos todo lo que pudimos —respondió Lyle—. O tal vez debiera decir que hicisteis todo lo que pudisteis. Pero puede que no fuera suficiente. Puede que el cáncer sea demasiado agresivo y esté demasiado avanzado. Pero al menos lo intentasteis.

—¿Crees que Isaac puede sanar a la gente, Lyle?

—No lo sé —dijo Lyle—. De verdad, no lo sé. Pero según Charlie, debería confiar en mi intuición y en lo que siento. Puede que Hoot esté demasiado enfermo y que Isaac haya sido capaz de confortarlo un poco... En eso, puedo creer. Cuando vi a Hoot aquel día, el día que se sentía mucho mejor y se veía capaz de vencer al cáncer... tal vez fuera obra de Isaac. No lo sé, Peg. Siempre he tratado de comprender las cosas, pero quizá no es la manera adecuada de enfocarlas.

—Yo sí lo creo capaz de curar a la gente —dijo Peg—. Lo digo de verdad. Sentí algo en aquella habitación de hospital. Aunque no puedo explicarlo.

Durante el viaje de regreso, Peg se quedó dormida enseguida y Lyle tuvo que conducir atravesando la primera tormenta de nieve del invierno. En la carretera no había marcas de neumáticos de otros coches y avanzar entre la nevasca cegadora era como vagar a la deriva por el espacio exterior, abriendo una nueva ruta.

La tarde del día de Nochebuena, Lyle se encontró nuevamente en la iglesia de la Coulee Lands Covenant. El aire frío corría por el viejo cine y Peg se apretó contra él para tratar de conservar el calor. Lyle advirtió que el número de fieles parecía haberse reducido en al menos un cuarto, sino en un tercio. Había muchos más sitios vacíos de los que cabía esperar en una fecha tan importante del calendario eclesiástico.

—¿Dónde está todo el mundo? —susurró a Peg.

—¿No te has enterado? —le susurró ella.

—Nadie me cuenta nunca nada, ya lo sabes.

Peg sacó un bolígrafo del bolso y, cogiendo un sobre de ofrenda, escribió:

*Han acusado a Steven de acostarse con una feligresa.*

Lyle escribió debajo:

*¿No sospechábamos ya eso?*

Peg se encogió de hombros y garabateó:

*Nuestra hija insiste en que no es verdad.*

—Vaya, vaya —murmuró Lyle, mirando hacia delante, hacia la fila en la que se encontraba Shiloh, quien tenía la vista fija en el grupo de música y el falso púlpito. Por primera vez desde que había puesto el pie en él, Lyle sintió que aquel templo, junto con su congregación y todo lo que los rodeaba, parecían precarios e inestables, una farsa próxima a desmoronarse. Cogió el sobre de la ofrenda, lo arrugó y lo deslizó en su bolsillo.

Cuando Steven apareció frente a sus fieles, en su cara no había ni rastro de su voluble sonrisa. Tenía la mirada apagada y los hombros hundidos.

—Comencemos con una oración —dijo solemnemente.

Los congregados inclinaron la cabeza, pero Lyle siguió mirando al frente, observando al resto, como era su costumbre: una mujer se rizaba nerviosamente un mechón de pelo con el dedo; una niña pequeña se rascaba sus leotardos blancos; más allá, un anciano se mesaba su bien recortada barba haciendo un ruido parecido al de una lija. Justo encima del púlpito, había una tela de araña que llevaba ahí semanas. Lyle no había dejado de desear, en silencio, que una mañana de domingo, la araña descendiera por un hilo de seda plateada y aterrizara en la cabeza o en los hombros de Steven.

Hacia la mitad de la ceremonia, hizo su aparición el coro de niños, encabezado por su diminuta directora, que se subió a su caja de madera, alzó las manos en el aire y comenzó a desempeñar sus funciones.

El coro cantó «Noche de paz», sin acompañamiento. Eran una docena de niños, más o menos, sus voces agudas pero genuinas, todos ellos concentrados en su líder, aquella mujer pequeñita a la que parecían bastar la sola guía de sus manos y su expresión alentadora para extraer el sonido de aquellos cuerpos.

Arrobado como estaba, Lyle no se dio cuenta de que se había inclinado hacia delante considerablemente para escuchar con atención y de que había tomado a Peg de la mano. Hay pocas cosas tan poderosas como un coro, pensó Lyle, ya estuviera perfectamente sincronizado o no, lo formarían personas mayores o jóvenes, con voces virtuosas o del montón. Que varias personas valientes y generosas decidieran fundirse en una sola y alzaran sus voces contra el silencio, en un intento por llenar con arte y sonido un espacio de otro modo vacío... era tan bello. Cuando la interpretación hubo concluido, Lyle guiñó el ojo a Isaac y lo saludó rápidamente con la mano. El pequeño le devolvió la sonrisa, y luego le prestó el oído a su amiga Sadie, quien le dijo en un tono no muy discreto: «Feliz Navidad, Isaac».

Después, durante la ceremonia, Steven se paseó unos momentos en torno al púlpito, antes de dirigirse a los fieles.

—Siento mucho tener que deciros esto, y más, justo antes de Navidad y esas cosas, pero esta iglesia está en peligro. Nuestras finanzas... —en este punto su voz se fue apagando—. Nuestras finanzas están en quiebra. Estamos en bancarota. Al paso que vamos, solo podremos hacer frente al pago del alquiler uno o dos meses más.

Se escucharon varios resoplidos entre la congregación, mezclados con lamentos quejumbrosos y algún que otro sollozo.

—Así que depende de vosotros —dijo Steven—. ¿Cuánta fe tenéis? ¿Cuánto os importa? ¿Cuánto apreciáis esta iglesia? ¿Cuánto os ha dado? ¿Cuánto habéis tomado de ella y cuánto estáis dispuestos a devolverle?

El pastor continuó deambulando junto al púlpito, con las manos metidas en los bolsillos.

—Muchos de vosotros —dijo sin rodeos— sencillamente no estáis aportando vuestro diezmo. No estáis cumpliendo con vuestras obligaciones cristianas, con las reglas establecidas no por mí, sino por la Biblia. Vuestra Biblia. Así que depende de vosotros. ¿En qué clase de mundo queréis vivir? ¿Qué comunidad queréis para vuestras familias? Esta es vuestra iglesia —Steven hizo una pausa y dejó caer los brazos, en señal de resignación—. Terminemos con una oración antes de marcharnos.

A la salida de la iglesia, Peg tomó a Shiloh del hombro con suavidad.

—Vamos a ir a la misa del gallo en San Olaf. ¿Seguro que no queréis venir con nosotros? Podemos celebrar la Navidad juntos en casa mañana...

Shiloh abrazó a Peg y le dio un beso en la mejilla.

—Creo que este año pasaremos la Navidad en nuestra casa, mamá.

—Muy bien —dijo Peg con tono animoso—. Te queremos, cariño. Cuida bien del pequeño.

—Lo haré —respondió Shiloh.

De vuelta en casa, Lyle y Peg envolvieron regalos, ataron lazos y bebieron ponche de huevo mientras escuchaban una emisora que ponía villancicos ininterrumpidamente: Bing Crosby y Nat King Cole, Dean Martin y Elvis Presley... todo lo imaginable, incluyendo a Chuck Berry, Run-DMC y hasta Wham!

Pero el día transcurrió triste y terriblemente solitario y, en cierto momento, Lyle terminó por retirarse al salón y se quedó dormido en su butaca favorita. Unas Navidades sin niños, o sin

jóvenes siquiera, no eran lo mismo. Peg no lo despertó hasta pasada la hora de la cena. No tomaron más que un poco de sopa de cocido y unos sándwiches de queso.

—Odio esa canción navideña —dijo Lyle, apagando la radio.

—¿No te gusta John Lennon? —respondió Peg, tratando de sofocar una risita.

—Solo John Lennon podía escribir una canción navideña que te haga sentir un imbécil el resto de tu vida porque te guste la Navidad. Paul McCartney nunca haría eso. Ni George, ni Ringo tampoco.

—¿Estás bien? —preguntó Peg.

—Creo que sí —respondió Lyle—. Sí, estoy perfectamente.

Para Lyle y Peg era una tradición asistir a la misa del gallo en San Olaf, de modo que a las once menos cuarto de la noche montaron en el coche y se dirigieron a la iglesia. La nieve caía suavemente y hacía una noche inusualmente tranquila. No se oían trenes cruzando la ciudad, ni silbatos. La nieve parecía amortiguar cualquier ruido y, cuando llegaron al aparcamiento, Lyle sintió por un momento que estaban en una película antigua o dentro de una fotografía en blanco y negro, tan inmóvil y surreal parecía cuanto los rodeaba. Incluso la nieve semejaba caer con una lentitud sobrenatural, como si cada copo flotara en el espacio o volara lánguidamente, en lugar de caer cientos de metros desde el cielo hasta la tierra.

En el interior de la iglesia, la iluminación era muy tenue. Qué agradable resultaba la sensación de colgar los abrigos fríos y húmedos de las perchas y caminar a lo largo de la nave alargada y estrecha, con las losas sólidas bajo los pies, las velas parpadeando, las flores de Pascua y el aroma de las ramas de pino, viendo los rostros sonrosados y familiares.

Qué frágil parecía el mundo en Nochebuena, qué delicado. Como si todos los presentes en la iglesia oscilaran entre una suerte de felicidad extática, por un lado, y el recuerdo trágico de los ausentes por el otro. Pues aquel era un tiempo en que los fantasmas se arremolinaban y susurraban. Era el momento del año en que Lyle se sentía más vulnerable; en particular, a todo aquello que hacía que aquella noche en San Olaf le resultara tan poderosamente emotiva: los silencios prolongados; el sonido de las campanas, pequeñas y grandes; las toses o estornudos esporádicos; una bolsa de caramelos desparramándose con estrépito sobre el suelo del templo; el titilar de las pequeñas llamas; la voz de su amigo Charlie; el brazo de Peg enhebrado en el suyo; el sonido de los pasos arrastrados de un anciano; y la melodía de «Oh, Santa noche» y «Noche de paz», esas canciones que uno ardía en deseos de cantar, por más que hacerlo llenara de pavor. Para Lyle, «Noche de paz» cantada en una oscura capilla rural era más poderosa que una bomba atómica. Era incapaz de cantarla sin que se le empañaran los ojos, sin sentir que su voz era tan solo un eslabón de una cadena de voces conectadas a través de las generaciones y los siglos, de esa línea que a veces llamamos familia. O la propia memoria.

Cuando concluyó la misa, regresaron a casa y Peg besó a Lyle en los labios antes de meterse en la cama. Pero Lyle no pudo conciliar el sueño, así que fue a la cocina y se sentó allí a escuchar la npr, mientras se limitaba a mirar por la ventana y a observar cómo la nieve se iba acumulando lentamente. Luego, se sorprendió a sí mismo atándose las botas y poniéndose su mullida parca

escocesa Woolrich de cuadros negros y rojos y su gorro Stormy Kromer verde oscuro para salir a la calle.

Fuera, la atmósfera le resultó agradable y reconfortante. No corría el típico aire gélido de diciembre que hacía daño al respirar y que se colaba por la ropa y la carne hasta instalarse en el cráneo y el propio esqueleto. No, era un aire húmedo y casi tibio el que soplaba mientras los copos de nieve aterrizaban crepitando sobre sus mejillas y se derretían en sus pestañas. Caminó colina abajo hacia el pueblo, atravesando las calles mudas y desiertas. La nieve era un manto blanco e immaculado, virgen e intacto, pues no había siquiera pisadas de perro o marcas de neumáticos. Sintió casi como si estuviera quebrando aquella perfección, si bien el rastro solitario de sus huellas no hacía sino contribuir a brindar a la escena un toque propio de las litografías de Currier & Ives. Pasó por el bar —cerrado—, por la tienda de cerámica, por la oficina de correos y la cafetería —todos cerrados—.

Se detuvo frente a las vías del tren, plateadas y brillantes en la oscuridad. Luego, por primera vez en muchas décadas, se arrodilló y puso la oreja sobre los raíles. No escuchó ni sintió nada. Ninguna vibración inminente, ningún temblor o estremecimiento. Tan solo el latido de su propio corazón a la intemperie, solitario en mitad de la noche. Se levantó y caminó hacia el río.

Era tal su inmensidad, mientras se desplazaba tan silenciosa e inadvertidamente como el propio tiempo. Las orillas estaban completamente congeladas, al igual que las aguas hasta unas decenas de metros más adelante, hacia el centro del vasto y ancho canal. Pero debajo del hielo, el agua burbujeaba y borboteaba, corriendo, turbia y agitada, bajo la piel congelada del río.

Cuarenta años antes, una Nochebuena similar a aquella, Lyle había empezado a cortejar a Peg.

La nieve caía, morosa pero persistente, sobre sus hombros y los de Charlie, mientras caminaban en dirección al tañido monótono de la campana de San Olaf. Con cada campanada, el cielo parecía desprender más y más nieve, como si estuviera desintegrándose. Por el camino, se iban pasando una petaca plateada con aguardiente de menta y, de tanto en cuanto, cogían un puñado de nieve húmeda para hacer bolas y lanzarlas contra los anchos troncos de los árboles. A lo largo del día, se habían bebido entre ambos una caja entera de cerveza Blatz, mientras ayudaban con las tareas en la granja de Lyle.

Ese día, los padres de Lyle habían ido a misa más temprano y, ciertamente, no era por devoción religiosa por lo que Lyle y Charlie habían decidido asistir a aquel servicio, sino, más bien, para poder fisgar a las foráneas y las exiliadas —fácilmente reconocibles por sus elegantes abrigos azul marino o de piel de camello, sus guantes blancos, sus bufandas coloridas y sus botas de cuero altas—, aquellas que volvían a casa por Navidad para hacer felices a sus padres. Se sentaron al fondo, en la parte de atrás de la iglesia, su aliento ya notablemente inflamado y el templo girando lentamente en torno a ellos como si estuvieran encerrados en un huevo de Fabergé rodante: las coloridas vidrieras, la luz caleidoscópica, el parpadeo de las velas, los tapices y esculturas de Cristo en su éxtasis final. Entonces, una chica joven se sentó justo delante de ellos. Tenía una larga melena castaña y los lóbulos de sus orejas eran lo más bello que Lyle creía haber visto nunca.

—Es muy guapa —siseó Lyle con poca discreción, inclinándose —casi cayéndose— sobre Charlie.

—Estás gritando —le respondió Charlie—. Intenta hablar más bajo.

Lyle estudió a la chica y aspiró su perfume. Sentía un deseo desesperado de hablar con ella, como podía haber sucedido en un bar, pero en lugar de eso, alargó el brazo para tocar su pelo, como si fuera a acariciarlo, o a pasar la mano sobre un campo de cebada. Charlie le apartó el brazo de tal manotazo que sonó como si le hubiera sacudido con una regla de madera.

—Me he enamorado —dijo Lyle en voz alta.

—Esa es Peg Peterson, creo —susurró Charlie, informándolo—. ¿Habrás vuelto de la universidad?

Lyle volvió a alargar el brazo, pero Charlie lo interceptó de nuevo y meneó la cabeza antes de empujar a Lyle fuera del banco y de sacarlo al exterior de la iglesia, donde la nieve seguía cayendo en silencio.

—Oye, que la misa ni siquiera ha empezado —protestó Lyle—. No he caminado tres kilómetros hasta aquí para darme la vuelta ahora. Vamos dentro, aunque sea para calentarnos un poco —propuso, si bien su corazón estaba ya presto a derretirse por Peg Peterson.

—¿Y podrá usted hacer el favor de comportarse? Porque estamos a esto de que nos echen de la iglesia. El pastor Gustafson no nos quita el ojo de encima, te aviso.

Lyle asintió.

—Lo prometo —dijo, llevándose una mano al pecho como si hiciera un voto solemne, antes de inhalar profundamente el frío aire navideño.

No era medianoche todavía y la nieve comenzaba a caer más copiosamente. No se veían luces en kilómetros a la redonda, con la excepción de aquellas que se filtraban por las vidrieras iridiscentes para proyectarse sobre el manto blanco que cubría la tierra formando altos rombos. Tampoco se veían faros en la carretera. El mundo dormía. Escucharon el lamento del órgano de la iglesia y Charlie condujo de nuevo a Lyle dentro del templo.

Regresaron a su banco y allí encontraron, aguardándolos, un papelito arrancado de la hoja parroquial y con un mensaje escrito. «Estáis borrachos», ponía. Lyle se lo arrebató de las manos a Charlie, cogió un himnario y se lo puso sobre las rodillas, a modo de inestable apoyo.

—¡Un útil de escritura! —susurró con muy poca discreción.

Charlie cogió un lápiz diminuto y sin afilar que reposaba sobre el respaldo del banco de Peg y clavó su punta roma en el envés de la mano de Lyle. Ambos amigos intercambiaron una mirada prolongada durante el transcurso de la cual Lyle permaneció impávido, incluso cuando Charlie le sonrió, mostrándole sus dientes blancos. Finalmente, Charlie le dio el lápiz y Lyle comenzó a garrapatear un mensaje. Después hizo una bolita con el papel e, inclinándose hacia delante, la depositó en el hombro de Peg, donde permaneció en precario equilibrio durante un largo segundo, hasta que Lyle le dio un empujoncito con su dedo índice, haciéndolo caer hacia delante, fuera de la vista de ambos amigos.

Los padres de Peg advirtieron cómo la nota caía sobre el regazo de su hija y se volvieron para mirar con desaprobación a los dos jóvenes ebrios, que ahora sostenían el himnario entre ambos, abierto por cualquier página al azar, mientras comenzaban a cantar a voz en cuello nada más reconocer las familiares notas de «Oh, pequeña ciudad de Belén» escupidas por el viejo órgano.

Durante cualquier otra ceremonia, hubieran sido rápidamente descubiertos como impostores, pero en ese momento, alzaron la vista del himnario (abierto por «Now All Vault of Heaven

Resounds») y dedicaron una amplia sonrisa a los padres de Peg. Lo hicieron con cuidado de no establecer contacto visual con el pastor Gustafson, que estaba de pie en el centro del altar, cantando con la mirada fija en los primeros parroquianos ebrios que San Olaf veía en mucho tiempo, o quién sabe si por primera vez en su historia.

A la conclusión del himno, los dos jóvenes se sentaron pesadamente en sus bancos, antes siquiera de que el pastor anunciara a la congregación «podéis sentaros». Lyle creyó detectar cómo Peg reprimía una risita justo delante de ellos. Luego cerró los ojos, suavemente, y sintió el agradable pálpito de la sangre fluyendo por los dedos de los pies y de las manos —mientras el aguardiente se mezclaba con ella— y el calor opulento que despedía el radiador del vetusto edificio, con sus viejas tuberías gimiendo, temblando y desprendiendo vapor. Estaba ya a punto de quedarse dormido, cuando sintió que algo rodaba por su regazo antes de caer sobre el pequeño y sucio charco que la nieve derretida había formado entre sus botas. Se agachó para recoger el papelito, pero Charlie se le adelantó y lo leyó antes de lanzárselo al pecho, con gesto burlón. Lyle lo desenvolvió y procedió a descifrar la vivaz letra cursiva del mensaje: «¿Un café en el Coulee Café? ¿Pasado mañana? Ven sobrio».

Una vez más, robó el himnario del respaldo del banco de Peg, arrancó otro trozo de papel de la hoja parroquial y escribió: «Creo que me he enamorado. *Mary Christmas*».

Lyle no le dijo nada más a Peg aquella noche. Se quedó sentado detrás de ella, tan cerca como dos personas pueden sentarse sin llegar a tocarse. Estudió los hombros de Peg bajo el jersey de lana gris plateado que llevaba. Estudió las venas de su cuello, las curvas y los delicados pliegues de sus orejas, como si fueran los de una bella concha marina; su cabello, el aroma de su jabón de ducha y la discreta fragancia de su perfume (¿aplicado dónde, exactamente?). Cómo deseaba poder explorar cada línea de su topografía, cada elevación de cada costilla; la piel, tan a menudo ignorada, de la parte posterior de las rodillas, la curva descendente de su espalda, el vello suave de sus muslos, su nuca.

Se levantó solo cuando se dio cuenta de que lo hacían los demás feligreses, a la par que comenzaban a estrecharse la mano y desearse felices fiestas. La campana de la iglesia empezó a tañer perezosamente, sin mucho estruendo, pues era pasada ya la medianoche. Lyle y Charlie abandonaron su banco y caminaron hacia el nártex y la enorme puerta principal del templo antes de salir disparados hacia casa de Lyle. Durante el camino, Charlie se encendió un cigarrillo; Lyle, por su parte, parecía flotar sobre la tierra mientras los copos de nieve se deshacían al entrar en contacto con su rostro encendido. Se sentía como si le hubieran brotado unas alas nuevas que lo transportaran por encima de los campos, los valles y los barrancos que tan bien conocía.

El río fluía con parsimonia, silencioso. Lyle puso el pie sobre el hielo y trató de avanzar hacia el canal principal, atento a los quejidos y temblores de la placa congelada bajo la suela de sus botas. Cuando estaba a unos cincuenta metros de la orilla, se detuvo y escuchó el ruido, como de otro mundo, que hacía el nuevo hielo al formarse, uno de los sonidos favoritos de Lyle.

«Es un milagro», pensó. «Todo ello. Es un sueño, es un sueño milagroso, sin duda, estar vivo, haber vivido.»

Caminó de vuelta a casa, pisando sus propias huellas y, una vez dentro, tras quitarse el abrigo, se sintió tan cansado que consideró la posibilidad de quedarse dormido en el salón,

iluminado por las alegres luces del árbol de Navidad. En lugar de ello, decidió meterse en la cama y aguardó el sueño mientras escuchaba la nieve derretirse en las ventanas.



Por la mañana, tras desayunar un café y un tazón de copos de avena con arándanos y azúcar moreno, Lyle y Peg fueron hasta La Crosse, al apartamento de Shiloh, donde descargaron una caja de cartón escandalosamente grande y llena de regalos, la mayoría para Isaac, aunque también había unos cuantos para Shiloh y uno para Steven: una copia de *Gilead*, de Marilynne Robinson, un libro que Lyle confiaba concediera al joven pastor algún momento de reflexión e incluso de gracia divina.

En cuanto entraron en la casa, Lyle percibió una nube de malevolencia invisible que parecía flotar en el espacio, impregnándolo, si bien no podía precisar de qué se trataba exactamente. En las delgadas paredes de color beige vibraba una amenaza latente. Lyle nunca se había fijado antes en la ausencia de decoración, de colores, de mobiliario, de libros y de obras de arte. El espacio estaba tan desnudo que parecía una celda, tanto más cuanto aquella parquedad era una elección voluntaria de la familia que vivía allí. El árbol de Navidad era una suerte de trinchera solitaria de color y ornamento, pero tenía un aspecto muy cutre con su triste maraña de espumillón alrededor, su tira de luces y tan pocos adornos que Lyle podría haberlos cogido todos en las manos, como un malabarista. Shiloh estaba inusualmente callada. No, estaba más bien sumisa; como inane y resignada. Y el espacio que solían ocupar otras veces su voz, su calidez y su tacto parecía haber sido tomado por un Steven más voluminoso y locuaz.

—¿Habéis abierto muchos regalos esta mañana? —preguntó Peg jovialmente.

Isaac se volvió para mirar a su madre, que le dirigió una sonrisa inexpresiva.

—Hemos pasado la mañana rezando —dijo Steven—. Unos cuantos de nosotros. Un miembro muy querido de nuestra iglesia está padeciendo mucho dolor y necesita el apoyo de todos.

—Bueno —dijo Peg, colgando su abrigo en el armarito pequeño y frío que había junto a la puerta de entrada y frotándose vigorosamente los brazos—, ¡estamos tan felices de estar aquí con vosotros! ¿Quieres abrir algunos de tus regalos, Isaac?

Se quedaron allí unas tres horas, durante el transcurso de las cuales Shiloh no les ofreció ni una sola vez un café o un té. Tampoco había chocolate caliente ni pasteles de manzana humeantes aguardándolos en la mesa de la cocina. Las ventanas estaban cubiertas de nieve congelada e, incluso allí dentro, Lyle se encontró a sí mismo abrazándose los hombros, tratando de entrar en calor. El termostato marcaba quince grados, pero la temperatura parecía más cerca de los diez. Lyle observó a Isaac mientras pasaba las hojas de un libro que le habían regalado y advirtió que el pequeño parecía enfermo. Tenía la piel y los labios de un color azulado, como el de la leche desnatada.

Cuando se levantaron para irse, Isaac abrazó a Peg y le preguntó a Shiloh si podía quedarse con sus abuelos aquella noche, pero su madre parecía absorta en la contemplación de la andrajosa moqueta, hasta que intervino Steven.

—Es Navidad, Isaac —dijo con severidad—. Y tu sitio está aquí, en casa.

Aquella era la primera vez que el pequeño se echaba a llorar cuando Lyle y Peg se iban, y la primera que Lyle recordaba verlo verdaderamente enfadado, no hambriento o cansado, sino contrariado, triste.

Lyle lo levantó en brazos y lo abrazó casi con fiereza.

—Feliz Navidad, Isaac. Te queremos muchísimo. A que lo sabes, ¿eh? ¿Sabes cuantísimo te queremos?

—Entonces, ¿por qué no puedo ir con vosotros? Por favor, abuelo. Estoy cansado de rezar. Estoy cansado de la iglesia.

—¡Isaac! —gritaron Shiloh y Steven al unísono.

Lyle lo apretó aún con más fuerza.

—Es decisión de tu madre —dijo Lyle—. Te quiero muchísimo, pequeñín.

Cuando salieron a la calle, una vieja camioneta estaba arrancando un poco más abajo, revolucionando el motor y expulsando un humo gris parduzco por el tubo de escape. Un vecino pasó portando dos bolsas de plástico, una cargada de botellas que hacían mucho ruido al entrechocar, y la otra llena de restos de papel de regalo y de cajas y envoltorios desechados, algunos de los cuales asomaban del plástico negro.

Lyle y Peg hicieron el trayecto hasta casa en silencio, mientras Peg se enjugaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Una semana más tarde, Lyle recibió una llamada de un número desconocido.

—¿Diga? —respondió, educadamente.

—¿Lyle Hovde? —preguntó una voz fina y trémula.

—Sí, soy Lyle Hovde. ¿Quién llama?

—Su nieto está en peligro —se limitó a decir la voz.

—¿Quién es usted? —preguntó Lyle, cambiándose el teléfono de mano—. ¿Qué peligro?

—¿Podemos vernos en algún sitio? —dijo la voz—. ¿En Eau Claire, por ejemplo? Creo que Eau Claire es seguro...

Lyle trató de concentrarse. La voz le sonaba familiar. Era una voz de mujer, sí, pero había algo distintivo en ella. Era precisa en su expresión, y enérgica, pero no estridente.

—¿Debería ir a por él ahora? —preguntó Lyle—. ¿El niño está bien? ¿Debería llamar a la policía? Voy a llamar a la policía.

—¡No! —le rogó la voz, casi gritando—. Si lo hace, no lo volverá a ver jamás. Puedo prometérselo casi con seguridad. Reúnase conmigo en tres horas. En el restaurante Rady's Family. ¿Lo conoce? Al lado de la autopista. Junto a los campos de fútbol.

—Llevaré a mi mujer conmigo —dijo Lyle.

—De acuerdo —respondió la voz—. Nos vemos ahora.

—Un momento —le interrumpió Lyle—. ¿Cómo la reconoceré?

—Oh —dijo la voz, casi riéndose—, me reconocerá.

A las nueve de la noche, cuatro horas después de la hora punta de cenas y del correspondiente desfile de ancianos y ancianas de cabellos canos y tintados para atiborrarse de hígado con cebolla o rosbif con puré de patata, Lyle y Peg estaban sentados en uno de los reservados de vinilo del establecimiento. No habían tocado apenas sus cafés descafeinados, lo que no dejaba de confundir a la amable camarera, que parecía desconcertada también por su nulo interés en el carrusel de tartas, el menú de cenas o los desayunos-servidos-durante-todo-el-día.

Cuando la directora del coro de la Coulee Lands Covenant apareció por la puerta con su escaso metro cincuenta de altura y avanzó con paso lento y bamboleante hacia su mesa, Lyle y Peg se levantaron de inmediato para saludar a la improbable mensajera.

—Siéntense, por favor —dijo la directora—. Hay tanto de lo que tenemos que hablar... y, bueno, no hay mucho tiempo.

La camarera trajo otra cafetera de descafeinado y, tras mucho insistirles, tres raciones de tarta: manzana para Lyle, fresa y ruibarbo para Peg y merengue de limón para la directora del coro.

—Soy Sylvie North. Sé que hemos coincidido en la Coulee Lands, pero creo que nunca nos hemos presentado. Soy la directora del coro en el que canta Isaac. Es un muchacho talentoso. En muchos aspectos —dijo, meneando la cabeza con un deje melancólico.

—Bueno... Sylvie, supongo que tenemos que agradecerle que nos hayas llamado —comenzó Peg—. A veces tenemos la sospecha de que no siempre nos llega toda la información de lo que sucede, pero no podíamos imaginar que Isaac pudiera estar en peligro.

Sylvie dio un sorbo a su café, asintiendo.

—Miren, lamento toda esta intriga y misterio, pero lo cierto es que si Steven averigua que he contactado con ustedes, lo más probable es que los haga mudarse a otro lado. Está convencido de haber encontrado la gallina de los huevos de oro.

—Disculpe —dijo Lyle—, ¿la gallina de los huevos de oro?

—Así es, señor. Si encuentra la comunidad adecuada, una lo suficientemente desesperada, sus miembros le entregarán todo lo que tienen. Podría montar una nueva iglesia y hacerse millonario en seis meses. Lo digo en serio. Si Isaac posee de verdad ese don, Steven puede convertirlo en una mina. Pero creo que el niño está enfermo —continuó la directora—. No tiene energía. Ninguna. Se duerme cuando no debería. De repente, se desmaya y...

—Y ¿qué? —preguntó Lyle.

—No sé si fue un coma o no, pero el chico estuvo muy mal poco después de Navidad y se hizo una llamada general a rezar por él e imponerle las manos. Yo también acudí a su apartamento. Todos rezamos por él. Y el pequeño volvió en sí. Pero ellos les culparon a ustedes. Especialmente a usted —añadió, señalando cautelosamente a Lyle.

—Isaac es diabético —dijo Peg—. Lyle no tiene la culpa de eso.

—Ya —replicó Sylvie—, explíquese a ellos —la directora depositó su taza de café antes de continuar—. En este punto, hemos sobrepasado ya todos los límites de la razón y de la lógica, lo entienden, ¿verdad? Estamos en una historia completamente diferente. Tiene que ver con dinámicas y mentalidades grupales. Steven está perdiendo el control y lo sabe. La iglesia está dividida y una parte se ha vuelto contra él porque están... ¿cómo lo diría?... espantados de que

esté usando a Isaac para, supuestamente, sanar personas. Así que muchos se han salido. La otra mitad sospecha que se le van un poco los ojos con las mujeres y que probablemente haya sido...

—¿Infidel? —dijo Lyle, ayudándola a completar la frase.

—Correcto —dijo Sylvie—. Les garantizo que ya está buscando un nuevo lugar donde abrir el negocio.

—¿Y cómo sabe tanto sobre él? —dijo Lyle—. ¿Quién es usted?

Sylvie resopló.

—Soy uno de los miembros fundadores de la Coulee Lands. Yo ayudé a contratar a Steven. Vi sermones suyos en YouTube y pensé que podría ser un buen líder —Sylvie bajó la mirada y la fijó en la mesa—. Me avergüenza decirlo, pero me encandilaron su aspecto y su carisma. Me quedé prendada de él, supongo. Pero creo que ahora puedo verlo tal y como es, y quiero ayudar.

—Lo ha estado siguiendo, ¿verdad? —dijo Lyle—. A Steven.

Sylvie asintió y echó un vistazo fugaz al establecimiento, kitsch pero cálidamente iluminado.

—Así es —admitió—. Traté de informar a la policía local y visitaron el apartamento, incluso. ¿Lo sabían? Pero esa es una de las ilusiones que las personas como Steven son expertas en crear: para los polis, la casa es un impoluto hogar cristiano. Son una familia unida. Se encuentran con eso y no se puede ni comparar con otras cosas terribles a las que están habituados... remolques de camión con unos cuantos vampiros cocinando cristal dentro, o bebés de un día que ya son adictos a la cocaína. Así que pasaron del asunto. Me puse en contacto con algunas de las iglesias en las que Steven trabajó anteriormente. En todas sucedió lo mismo con otras feligresas. Tiene dos hijos en otras ciudades. Pero tampoco sabían eso, ¿verdad? Por eso les necesitamos. Necesitamos que den un paso adelante en el momento adecuado y que hagan lo que debe hacerse. Necesitamos que estén preparados. Cuanto antes, mejor. Necesitamos que salven a Isaac. Si logramos sorprenderlos rezando por Isaac en lugar de llevarlo al hospital, como manda la ley, tal vez podamos tener algo contra Steven. Y detenerlo.

Bajo la mesa, Lyle y Peg se dieron la mano.

Durante días, Lyle contuvo el aliento. Pasaba las noches tumbado en la cama con las manos apoyadas sobre el pecho, mirando las grietas en el techo de yeso, o mirando a través de la ventana, contemplando cómo rotaba lentamente el cielo nocturno. Aunque nunca había sido un lector rápido, devoraba un libro al día. Lo único que había que hacer era seguir vivo, perseverar hasta que llegara el momento en que sonara el teléfono y hubiera que pasar a la acción. Aunque todavía no sabía qué haría después exactamente, tan solo que respondería.

Algunos días visitaba a Hoot y eso ayudaba un poco. Hoot había dejado de beber su amada cerveza y ahora tomaba manzanilla con miel. Él y Lyle se sentaban juntos en la cocina y jugaban a las cartas o veían la tele y hacían *zapping*. A Hoot le encantaban las reposiciones de *Star Trek*.

—¿Quieres que demos una vuelta? —preguntó Lyle una tarde.

—No —respondió Hoot—, gracias. Estoy a gusto aquí.

—¿Y bajar al garaje? ¿Enredamos un poco con el otro coche a ver si podemos arreglarlo?

—Nunca pensé que volvería a conducir uno de esos coches —dijo Hoot—. Fue uno de los mejores días de mi vida. Escuchar arrancar ese viejo motor, y luego la cena.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó Lyle.

—No. Basta con que te quedes aquí sentado conmigo. No hace falta que digas nada. Me basta con tu compañía.

Siempre que podía, Peg buscaba la forma de estar presente en la vida de Isaac: lo llevaba en coche a alguna competición deportiva, iba a buscarlo al colegio, hacía de niñera... Hasta las largas horas de conducción le resultaban preciosas y abandonaba tareas que nunca antes había dejado pendientes, pues cada segundo que Isaac pasaba con ella era un segundo en que no estaba cerca de Steven. Shiloh había vuelto a prohibir a Lyle ver a su nieto, usando esa daga que parecía esconder siempre en la manga para apuñalarlo con ella cuando le convenía.

Por su parte, Lyle echaba de menos a aquel viejo médico rural, que hubiera podido hacer una visita a Isaac y supervisar su diabetes, y tal vez, incluso, hacer algunas llamadas y pedir ayuda a otros médicos de ciudades más grandes, como La Crosse, Eau Claire o Rochester. Pero como abuelo de un nieto en peligro, Lyle ocupaba un terreno resbaladizo, pues apenas contaba con salidas que no fueran impracticables o directamente inasumibles. No hay fuente mayor de esperanza que la que un padre deposita en un hijo —perder la esperanza en un hijo es perderla en el mundo—, y Lyle no la había perdido del todo en Shiloh todavía.

Cuando tenía dieciséis años, Shiloh recibió una carta de su madre biológica. Fue Peg quien la encontró en el buzón y, según le confesaría más tarde a Lyle, había pensado seriamente si quemarla. El impulso no respondía a que guardase ningún rencor hacia la verdadera madre de Shiloh, pues en un número casi infinito de aspectos aquella mujer había salvado la vida de Peg, otorgándole un sentido y dando una respuesta a sus plegarias. Pero los dieciséis estaban resultando ser una edad muy volátil para Shiloh. Lyle sospechaba que andaba experimentando con marihuana (habían encontrado una extraña pipa de cristal en su habitación) y a los chavales con los que se juntaba les gustaba pasar el día cerca de un puente de tren abandonado. En otoño, se dedicaban a pintar las viejas estructuras de acero con grafiti y, durante la primavera y el verano, saltaban desde las vigas más altas al río que pasaba debajo. Por aquella época, Shiloh vestía exclusivamente prendas de franela, a diario, y donó a una tienda benéfica de San Vicente de Paúl la ropa nueva que Peg le había comprado y que no era de franela. Todo lo que se ponía tenía que estar raído o roto y tener aspecto sucio o de segunda mano. Durante varios años, Shiloh fue una suerte de fantasma huraño que vagaba enfurruñado por la casa, sobreviviendo a base de comida basura mientras despreciaba lo que Peg cocinaba y comunicándose exclusivamente mediante gruñidos dolientes o chillidos del tipo «¡Tú no lo entiendes!», «¡Sois tan viejos!» o, sencillamente, «¡Dios!».

Y qué paciencia mostraba Lyle. Lidiaba con la insolencia de Shiloh de la única forma en que sabía hacerlo: con pequeñas dosis de humor y de afecto. Aquella era su hija, después de todo. Y puede que para él fuera más fácil mantener la calma, ya que era Peg la diana de gran parte de la ira de Shiloh. Aun así, a cada oportunidad, Lyle envolvía a su hija con un abrazo, y eso a pesar de que, la mayoría de las veces, ella padecía su cariño más que otra cosa: la espalda recta como una escoba y los brazos rígidos como los del soldado que espera una inspección de uniforme.

—Quiero ir a ver a mi madre —anunció Shiloh un lunes durante la cena—. Y si vosotros no queréis llevarme, me llevará alguno de mis amigos. O puedo coger un bus. No me importa. Pero voy a ir. Tengo que verla.

Lyle y Peg se limpiaron la boca con sus respectivas servilletas de papel y se echaron hacia atrás en sus sillas.

—Bueno, creo que puede ser una excelente idea —dijo Peg.

—¿Cuándo quieres ir? —se ofreció Lyle.

Sarah Hill vivía a las afueras de Indianápolis, en una urbanización de nueva construcción. Las casas eran de dos pisos y tres o cuatro habitaciones, todas ellas enlucidas con un revestimiento de vinilo en algún tono de beige o marrón, con un garaje con cabida para tres coches y, la mayoría, con una canasta de baloncesto visible junto al camino de acceso asfaltado.

Tras ser recibidos en la entrada y acompañados dentro, Lyle recordaba haberse fijado en la cualidad dorada que tenía la luz de aquel hogar y lo acogedor que parecía. El ambiente olía a flores secas y velas aromáticas y la gruesa moqueta estaba impecable. De algún altavoz no visible llegaba una música suave.

Al abrirles la puerta, lo primero que dijo Sarah fue: «Oh, alabado sea Jesús. Alabado sea Jesucristo, aquí estás. Mírate. Es un milagro». Le temblaban las manos cuando tomó el brazo de Shiloh. Luego tocó su cabeza y le pasó los dedos por el cabello. Tan solo dos semanas atrás, Shiloh se había teñido el pelo de color negro obsidiana, con dos mechones púrpura.

El marido de Sarah, Lance, salió entonces a recibirlos también. Era un hombre corpulento, de mandíbula perfectamente cuadrada y con el típico corte de pelo a cepillo que delata años de servicio militar. Lyle no pudo detectar ni un solo pelo en su rostro o su cuello, ninguna magulladura o corte al afeitarse. Hasta su nariz y sus orejas estaban escrupulosamente libres de esos pelillos molestos contra los que combaten tantos hombres de mediana edad al mirarse en el espejo del baño. Tres chicos, todos ellos mucho más jóvenes que Shiloh, los saludaron vestidos con impecables camisas azul claro a juego, abotonadas hasta el cuello y pulcramente metidas en sus pantalones caqui recién planchados. Lyle echó un vistazo a sus propios vaqueros Wrangler, un poco ajados. No era el peor par de pantalones que tenía —usaba otro para cambiar el aceite de la camioneta y cortar madera—, pero estaban muy gastados a la altura de los bolsillos y las rodillas, gastados en los bajos... en fin, muy gastados. Se dio cuenta también de que a su camisa de cuadros de franela le faltaba un botón en el bolsillo del pecho. También sus botas parecían fuera de lugar allí, en aquel zaguán tan impoluto.

Los niños de los Hill orbitaban en torno a Shiloh como si fuera una extraña especie de oráculo *grunge*, contemplando su atuendo como si acabara de salir de los bosques después de vagar perdida durante años. Lance observaba la escena desde un segundo plano, mientras Sarah cogía las manos de Shiloh y, cada poco, rompía a llorar, abrumada por lo que parecía alivio, o felicidad.

—No puedo creer que quisieras verme —decía una y otra vez.

—Por supuesto que sí —dijo Shiloh—. Eres mi madre.

Lyle apretó la mano de Peg, pues podía sentir que se le rompía corazón como se rompe un espejo agrietado: en grandes esquirlas y no de un solo golpe, con una lenta avalancha de pequeñas fracturas, algunos fragmentos de cristal aferrándose todavía al marco cuando el centro se ha desprendido ya, dándose por vencido.

Durante el año siguiente a su encuentro, Sarah llamaba a casa de los Hovde todos los domingos por la tarde y Shiloh y ella hablaban durante al menos una hora. Era en aquellos momentos cuando Lyle, que solía estar fregando los platos en la cocina o leyendo un libro en el salón, podía escuchar esa rareza en que se había convertido la risa de Shiloh, si bien su hija bajaba la voz enseguida, como si estuviera contándole a Sarah alguna confidencia, para luego volver a soltar una carcajada o una risita; aquello que Lyle y Peg habían temido que hubiera perdido para siempre o, peor aún, que lo hubiera arrojado a la parte más profunda, oscura y turbulenta del río.

Un tiempo más tarde, durante su primer año en la universidad, un par de semanas antes de las vacaciones de Navidad, Shiloh llamó a casa llorando. Sarah Hill había fallecido de un aneurisma

cerebral.

—Voy a pasar estas Navidades en Indiana —les dijo Shiloh—. Quiero estar con Lance y con los niños. Quiero ayudar del modo que sea.

—Por supuesto —dijo Peg—, lo entendemos. ¿Necesitas algo? ¿Dinero para el viaje? Podemos enviarte por correo tus regalos... —su voz se fue apagando.

—No —dijo Shiloh—, no hace falta.

Lyle siempre se preguntó qué había sucedido durante aquellas Navidades, porque Shiloh dejó de mencionar Indiana, a sus hermanastros, a Lance Hill y aquel cálido hogar del extrarradio. Incluso dejó de mencionar a Sarah. Era como si nunca hubieran estado en su vida. Después, unos años más tarde, un día en que Lyle estaba colocando un trozo de cartón bajo el Dodge Neon sempiternamente averiado de Shiloh para repararlo, le preguntó como quien no quiere la cosa: «Oye, nena, ¿qué pasó aquella vez que fuiste a Indiana, después de que Sarah muriera? Nunca nos contaste nada».

Lyle tenía la sensación de que nunca iba a encontrar mejor ocasión para preguntarle a Shiloh sobre ello, así que lo dejó caer con voz difusa mientras trasteaba en las entrañas del cacharro, sus botas asomando bajo la carrocería, al sol, y sus mejillas y su frente manchadas de aceite, mientras Shiloh le pasaba alguna herramienta de vez en cuando. La escuchó suspirar.

—Una noche —comenzó ella—, me desperté y Lance estaba allí, en la habitación donde yo dormía. Estaba allí de pie, mirándome. Pero estaba... solo llevaba una toalla atada a la cintura, como si acabara de salir de la ducha...

Lyle salió de debajo del coche.

—¿Lo hizo? —preguntó.

—No —respondió Shiloh con vehemencia—. Pero lo intentó.

—Lo siento mucho, Shiloh.

—No pasa nada, papá —dijo ella, sonriéndole—. Me defendí bien.

—¿Sí?

—Creo que pensó que iba a besarlo. Seguro que lo pensó. Era esa clase de cerdo. Ya sabes, en plan «¿cómo se me va a resistir una mujer a mí?». Así que no se esperó que le diera un rodillazo en los huevos.

Lyle levantó la mano y le chocó los cinco con fuerza.

—¿Quieres que vaya a Indiana? —le preguntó—. ¿Quieres que vaya hasta allí y le patee el culo por tí?

—Ya te he dicho que no —respondió Shiloh con una sonrisa—. Ya me encargué yo.

Permanecieron callados durante un rato. Lyle limpiándose la grasa de las manos con un trapo viejo, Shiloh haciéndose una coleta en el pelo.

—Estoy orgulloso de ti, hija mía —dijo finalmente Lyle—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella lo besó en la frente.

—Me echó de la casa esa misma noche. Eso hizo. Estábamos bajo cero. Pensé que el tío volvería en sí y se disculparía o algo, que le echaría la culpa al dolor por la pérdida de su esposa, a que se sentía, no lo sé, confuso... cualquier cosa. Pero en cuanto se recuperó del rodillazo, cogió todas mis cosas y las lanzó a la calle, a la nieve. Tiró mis llaves y mi cartera, toda mi ropa, hasta mi secador, todo. Y cuando me quedé allí fuera, en la entrada, me gritó que yo era un fraude. Que mi verdadero padre había violado a Sarah, que por eso se había quedado embarazada tan



joven. Luego me cerró la puerta en la cara. Desde donde estaba podía ver a los niños mirándome desde la ventana de su dormitorio. Podía ver cómo me decían adiós con sus manitas. Luego conduje hasta casa. Durante toda la noche. Unas diez horas del tirón. Cuando llegué, estabais tan contentos de verme... Me hicisteis gofres de chocolate con nata recién batida y un buen café caliente, y tú y mamá estabais tan... tan entusiasmados de verme.

—Eres lo mejor que nos ha pasado a tu madre y a mí —dijo Lyle—. Y eres lo que tu madre más quiere en el mundo. Lo que más.

—A veces, esa es una carga difícil de llevar —dijo Shiloh—. Esa clase de amor.

Lyle apartó un mechón de pelo de la frente de Shiloh y lo colocó detrás de su oreja, estirándolo con suavidad.

—Parte de ser padre consiste en querer a tus hijos mucho más de lo que ellos te querrán nunca —dijo.

—Papá...

—Es verdad. Alguna vez lo entenderás. Ya lo verás.

Llegó marzo, un mes de nieves extenuantes y húmedas. Muchos ancianos y ancianas morían, no cavando su propia tumba, sino quitando a paladas la nieve de la entrada de su casa, cuando sus corazones explotaban de repente bajo capas y capas de ropa sudada. Grandes líderes, grandes hombres y mujeres de negocios, excombatientes de Corea o de Vietnam, mujeres que habían dado a luz a diez hijos en su propia bañera... esos héroes cotidianos sufrían un colapso repentino y se llevaban la mano al pecho, esperando que apareciera algún rostro más joven que los viera tendidos en el suelo y llamara a una ambulancia que llegara a toda velocidad en su ayuda, con sus luces destellantes, azules y rojas, y su sirena, para emprender así, quizá, su último trayecto junto a la orilla del gran río azul parduzco, antes de partir para siempre, antes del deshielo y de que los granjeros volvieran a sembrar los campos.

Ya habían caído dieciocho centímetros de nieve y Lyle estaba en casa de Hoot, empujando una anticuada máquina quitanieves, despejando el acceso de la casa de su amigo. Antes habían tenido un inocente intercambio de empujones a cuenta de la máquina, cuando Lyle había visto a Hoot intentando encenderla, tirando de la cuerda del motor. Eran dos viejos demasiado orgullosos todavía para pedir o contratar a alguien que quitara la nieve de la entrada.

—Deja ese cacharro y vete a descansar —le había gritado Lyle a Hoot—. No quiero que te me mueras delante.

—Ni lo sueñes, carcamal —le había contestado Hoot, casi sin resuello.

Que Hoot siguiera vivo era una especie de milagro. Pero parecía que la quimio había ayudado algo y que el cáncer ya no avanzaba tan rápido. El propio Hoot tal vez tuviera algo que ver también, pues había dejado de fumar y de beber cerveza y nunca en su vida había llevado una dieta tan sana. Los días que se sentía con energía, daba paseos alrededor de la casa o saludaba a los vecinos desde el garaje, sentado entre las sombras.

—Necesito que aguantes, al menos, hasta la boda de Shiloh —dijo Lyle, comprobando el aceite de la máquina quitanieves—. O, si lo prefieres, podemos empaquetar a Steven y mandarlo a Afganistán. O a la Antártida. ¿Qué te parece?

—Siempre me gustaron las nevadas en diciembre, y hasta las ventiscas de enero. Pero estas nieves de marzo son para los pájaros —dijo Hoot, apoyándose en el parachoques trasero de uno de los Mustang y recuperando el aliento—. Yo ya estoy listo para la primavera.

Cuarenta minutos después, Lyle había despejado el camino de acceso a casa de Hoot y su parte de acera, si bien, en el ínterin, habían caído otros dos centímetros y medio de nieve. Cuando se sentó en una de las sillas plegables, estaba empapado de sudor y de nieve húmeda en proceso de derretirse. Su gorro Stormy Kromer desprendía nubes de vaho.

—Sabes, hay momentos en los que me pregunto por qué vivo aquí —dijo en voz alta—. No me sucede muy a menudo, pero los hay.

—Nah —replicó Hoot—, vivir aquí te endurece. Si te mudas a Florida o Arizona, ¿dónde está la gracia? ¿Contra qué tienes que luchar? Contra los escorpiones, supongo. Y contra las

malditas pitones de Birmania.

—Mira la que se nos viene encima —dijo Lyle, señalando la tormenta de nieve que se aproximaba.

—Me temo que nos van a caer otros treinta centímetros antes del amanecer —dijo Hoot—. ¿Quieres entrar y secarte? Tengo almendras. Y podemos echar una partidita o dos de cartas...

—Con que almendras, ¿eh?, vaya, vaya...

—Bueno, algunas veces les echo un poco de sal por encima. No me voy a morir por eso, ¿no?

Qué agradable resultaba poder sentarse en la cocina de Hoot. Que él siguiera vivo, que estuviera todavía allí, y que aquellos momentos aún fueran posibles. Se sentaron relajadamente junto a la mesa, sin prisa. Hoot barajó un mazo bastante machacado de cartas, marca Bicycle, mientras Lyle comía almendras a puñados y miraba por la ventana, viendo cómo la nieve agrietaba la noche.

—«Nevasca» es una buena palabra —dijo Hoot.

Lyle sonrió.

—Mírate. Si llevas un poeta dentro —dijo.

—¿Sabes qué otra palabra me gusta mucho?

—No tengo ni idea.

—«Tetas.» Se parece a lo que es. Y suena a lo que es, también.

—Olvida lo que te acabo de decir sobre la poesía. Eres quien pensaba que eras. Además, ¿cuándo fue la última vez que viste un par de tetas reales?

La mirada de Hoot se perdió en el vacío y su amigo apretó los dientes.

—¡Dios! —dijo, y silbó—. Hace casi dos décadas. Quiero decir, las cosas que ponen en la tele hoy en día no dejan mucho margen a la imaginación, pero...

Lyle negó con la cabeza y, en ese momento, sonó el teléfono.

—Hola —respondió Hoot al coger el aparato, antes de que su voz se tornara grave—. Es Peg, para ti —dijo, pasándole el teléfono a Lyle.

Menos de un minuto después, Lyle estaba internándose de nuevo en la ventisca. Hoot lo miró desde la ventana de la cocina mientras las ruedas de la camioneta giraban sobre la nieve antes de que el vehículo saliera disparado hacia casa de Charlie.

Condujeron a través de carreteras por las que de ningún otro modo hubieran conducido, atravesando la capa de nieve virgen que las máquinas quitanieves no habían podido despejar todavía. Los altos ventisqueros rompían como si fueran olas, estrechando la ruta hasta el punto de que en algunas zonas la carretera quedaba reducida a un solo carril.

—Cuando uno piensa en un comando de rescate — dijo Charlie, mientras escrutaba la oscuridad—, no creo que nos imagine a nosotros.

—Me ha dicho que el niño apenas se sostenía en pie —dijo Lyle—. Y que nadie movía un dedo para ayudarlo.

—Sí, de acuerdo, pero creo que deberíamos llamar a la policía —respondió Charlie—. Para empezar, puede que Isaac necesite una ambulancia urgentemente.

—Esta mujer ya intentó avisarlos, pero no la tomaron en serio. Y en una noche como esta, con este tiempo, una ambulancia tardaría tanto en llegar como nosotros.

—Aun así, no me gusta esto. Entrar ahí como si fuéramos las fuerzas del orden...

—¡Soy su abuelo! —bramó Lyle.

—Vale, vale.

—Si, por alguna razón, no podemos llevarnos a Isaac, ese será el siguiente paso —prosiguió Lyle—. Pero vamos a coger a Isaac, vamos a llevarlo al hospital y luego llamaremos a la policía. Por ese orden. No quiero que esté fuera de mi protección ni un momento más. Me preocupa que Shiloh rechace que le pongan tratamiento o que alguien me eche del hospital.

—¿Y cuál es mi papel exactamente?

Lyle miró a su viejo amigo. Tenía los largos cabellos empapados por la nieve y las gafas se le habían empañado un poco con toda aquella excitación. Su rostro se contraía en una mueca mientras avanzaban contra el frío y la oscuridad.

—Mi padre siempre me decía: «Antes de empezar una pelea, grítale muy alto al otro tío».

—¿Por qué?

—Porque puede que esté aún más asustado que tú.

—Así que entramos armando bulla.

—Eso es. Y cogemos a mi nieto.

—Siempre he tenido un buen vozarrón.

Ya en el callejón, Lyle dejó el motor de la camioneta en marcha. Frente al apartamento de Shiloh había coches aparcados hasta en triple fila. Mientras caminaban hacia la entrada del edificio, Lyle se sintió más joven de lo que se había sentido en años, como si le corriera gasolina por las venas. La puerta del apartamento estaba abierta, así que pudieron entrar sin mayor dificultad. En la cocina había media docena de mujeres, unas, fregando los platos; otras, reponiendo parte del muy frugal ágape comunitario que había sido dispuesto sobre la encimera. Lyle reconoció en todos los rostros a miembros de la Coulee Lands.

—¿Dónde está mi nieto? —rugió.

Nadie dijo nada, hasta que una chica adolescente señaló el dormitorio de Isaac. Lyle se fue hacia allí y agarró el picaporte con una mano enorme. Estaba atrancado. Golpeó la puerta con el puño.

—¡Lárgate, papá! —chilló Shiloh desde el otro lado—. ¡Por favor!

—¡No te lo voy a pedir otra vez! —contestó Lyle.

Le bastaron dos patadas al picaporte para que la puerta, barata y de madera hueca, cediera y se abriese. La habitación estaba a oscuras e impregnada de un fuerte olor a sudor y a orina. Había velas parpadeando en las esquinas. Varios ancianos de la congregación estaban sentados alrededor de Isaac. Shiloh y otros dos feligreses más jóvenes estaban de pie, junto a Steven, quien sostenía una Biblia abierta sobre su regazo.

—¡Te cubro, compañero! —gritó Charlie—. ¡Mándalos al infierno!

Lyle tomó aire antes de gritar con todas sus fuerzas:

—¡Apartaos, voy a llevarme a este niño al hospital!

Steven se levantó para interponerse, pero Lyle le propinó el mejor puñetazo que había dado en su vida, un rechazazo imponente que mandó al joven pastor al suelo, donde cayó boca abajo, doblado sobre el estómago, antes de sentarse agarrándose la mandíbula con ambas manos. Parecía haberse mordido la lengua hasta casi partirla en dos y sangraba copiosamente sobre la camisa.

—Tú conduces, Charlie —dijo Lyle, agachándose para coger a Isaac—. Dios mío, está muy caliente. Tenemos que darnos prisa, amigo.

—¡Papá! —gritó Shiloh—. ¡Papá, espera!

Pero Lyle ni siquiera se volvió. Atravesó el apartamento, esquivando los brazos y manos extendidos de aquellas personas junto a las que se había sentado los domingos en la Coulee Lands, hasta llegar a la puerta de la entrada. Salió de nuevo a la ventisca y se metió en la camioneta, llevando a Isaac en brazos y cerrando la puerta del pasajero detrás de él. A su lado, Charlie pisó a fondo el acelerador de la vieja Ford y juntos atravesaron de nuevo la tormenta, como si toda aquella nieve no fuera más que confeti, un desfile en honor de aquella improbable ambulancia.

Lyle cargó con Isaac hasta el interior del hospital. Las enfermeras no perdieron el tiempo y los hicieron pasar a urgencias de inmediato, donde una médico joven comenzó a ametrallar a Lyle con una ráfaga de preguntas rápidas.

—Es diabético —respondió Lyle—. El niño es diabético y sus padres no han estado tratándolo. Ha estado aquí antes. Es probable que esté muy deshidratado.

—Pero este niño está... —dijo la médico mirando a Lyle—. De acuerdo, haremos todo lo que esté en nuestra mano para salvarlo.

Antes de escuchar aquellas palabras, Lyle no había pensado nunca que Isaac pudiera correr un peligro mortal. Nunca. Que pudiera morirse. Por eso, cuando las enfermeras de urgencias lo condujeron de nuevo a la ventanilla de admisiones, para que rellenara una vez más todo el papeleo que, sabía, no haría sino empeorar aún más la situación, sintió pavor de que pudiera estar a punto de perder otro niño, y fue en ese momento cuando se desplomó sobre el frío enlosado del suelo, la nieve sucia y derretida formando un charco junto a sus mejillas calientes. Lo último que recordaba era oír la voz de Charlie, a Charlie gritando: «¡Que venga alguien aquí, por Dios bendito!».

**Primavera**

Nada hay tan pesado en el mundo como el féretro que porta el cuerpo de un niño pequeño, pues ningún adulto que haya soportado alguna vez esa carga puede olvidarla jamás. Enterrar a un hijo es una tragedia a la que muchos padres no logran sobreponerse nunca. Oscurece el sol, arrebató el color, apaga la música. Disuelve los matrimonios como un ácido, desangra la felicidad y no deja tras de sí más que un rastro inerme de gris desesperación.

Nadie lo sabía mejor que Lyle y Peg, quienes recordarían siempre, con perfecta claridad, el desfile de dolientes que se formó desde San Olaf hasta el cementerio de la iglesia, situado a poca distancia, mientras dos viejos tíos de Lyle portaban el féretro de su hijo. El funeral se celebró una mañana fría, gris y lluviosa de mayo, más propia de invierno que de primavera. Soplaban un fuerte viento racheado y varios integrantes de la procesión perdieron el control de sus paraguas, de modo que estos salieron despedidos hacia adelante, bailando y girando camino abajo. Varias mujeres entradas en años y en carnes trataron torpemente de darles caza, hasta que un puñado de padres decidió enviar a sus hijos por delante del cortejo para que los recuperaran. La procesión se deshizo entonces en diferentes grupos, los niños por un lado, riendo y persiguiendo los paraguas mientras estos volaban sobre los parduzcos charcos primaverales como si fueran pétalos negros; y las personas mayores por otro, aquellas a las que la humedad y la artritis habían impedido agarrar bien los paraguas y que ahora giraban sus rostros abatidos y derrotados hacia Lyle con los ojos llenos de pesar y remordimiento y las mejillas empapadas de lluvia.

Pero hay cosas aún peores en el mundo que el féretro de un niño.

Desde aquella nevasca de marzo, Isaac no había salido de la unidad de cuidados intensivos del hospital de La Crosse, donde permanecía en cama, conectado a varias máquinas y con respiración asistida. Había transcurrido más de un mes y lo único que los médicos podían hacer era esperar. El pequeño estaba en coma.

El mundo se había derrumbado, más o menos. Para cuando la policía llegó al dúplex aquella noche, Steven ya se había ido de la ciudad, con un vendaje para mantener la mandíbula rota en su sitio. Una investigación posterior probó que había estado robando dinero de la iglesia. Semanas más tarde, una joven de la congregación descubrió que estaba embarazada de un niño que solo podía ser hijo del joven pastor. Fue así como la Coulee Lands Covenant se vino abajo como un castillo de naipes. Shiloh había rescindido su contrato de alquiler y vivía ahora en el hospital. Por las noches dormía en una butaca, junto a la cama de Isaac.

Lyle, por su parte, tenía prohibido ver a su nieto. Peg sí podía entrar en la habitación; sobre todo, pensaba Lyle, porque Shiloh no era tonta y necesitaba agua y comida, ropa limpia, pasta de dientes y, de vez en cuando, un hombro sobre el que llorar. Y Shiloh no culpaba a Peg de nada. Era Lyle el responsable de todo. Lyle quien había destrozado su vida.

Antes de que Sylvie North se mudara de La Crosse, Lyle se vio una última vez con ella. En esta ocasión, no hubo ninguna necesidad de misterio. Sylvie condujo hasta Redford y Lyle la recibió en su casa. Se sentaron en la cocina y tomaron un té y, después de un rato, Sylvie se disculpó y de pronto se echó a llorar.

—Si te hubiera llamado dos horas antes —dijo, compungida—. ¡Dos horas! Podríamos haberlo salvado. Lo siento tanto, Lyle. Lo siento tantísimo...

Lyle se revolvió incómodo en su silla, hasta que no pudo soportarlo más y, tras levantarse, se arrodilló junto a Sylvie y posó su pesado brazo sobre la espalda trémula y diminuta de la mujer.

—Oye —dijo serenamente, ofreciéndole su pañuelo—. Yo no te culpo a ti. ¿Cómo podría hacerlo?

Pero ella seguía llorando.

—Mira, Sylvie, nada de todo esto es culpa tuya. Eres la única que nos dijo la verdad. Hiciste lo que pudiste. Sin ti, no sé si Isaac seguiría siquiera con vida. Esa es la verdad. Le salvaste.

La mujer era una cosa tan pequeña que a Lyle lo destrozaba verla sufrir de aquel modo.

—¿Cómo está Peg? —preguntó ella, enjugándose las lágrimas con el pañuelo.

—Bueno, está furiosa —dijo Lyle—. Furiosa con Shiloh, furiosa con Steven, furiosa con la iglesia... —Lyle omitió convenientemente el hecho de que Peg también atribuía a Sylvie una parte de culpa—. Peg y yo perdimos un hijo antes de que llegara a cumplir un año. No creo que pueda lidiar siquiera con la idea de perder a Isaac.

—¿Y tú? —preguntó Sylvie—. ¿Cómo estás tú, Lyle?

—Yo... —empezó a decir Lyle.

Pero no pudo decir nada más. Se sorprendió a sí mismo levantándose del suelo, yendo al dormitorio y mirando a través del gran ventanal, colina abajo, hacia la calle principal, en el momento en que un tren cruzaba el pueblo.

—¿Lyle? —le llamó Sylvie—. ¿Estás bien?

Pero él temía que, si abría la boca, no sería capaz de emitir nada más que un terrible lamento y que toda su tristeza brotaría de golpe como una sirena trágica.

—Gracias, Sylvie —consiguió decir—, de verdad. Pero ahora es mejor que te vayas. Sé que estaremos en contacto.

—Rezaré por Isaac —dijo ella mientras abría la puerta para marcharse.

—Muy bien —dijo Lyle, mirándose los pies—. Te lo agradezco, también.

Lyle contempló a Sylvie alejarse en su pequeño Ford Fiesta, solo un poco más grande que un carrito de golf. Luego se dejó caer sobre la escalera de entrada para tomar el sol de última hora de la mañana.

Estaba haciendo una primavera inusualmente cálida, con temperaturas entre los veinte y los veinticinco grados durante todo abril, y los árboles del barrio habían comenzado a florecer un mes antes de tiempo. El río corría alto entre sus orillas y los fines de semana la gente del pueblo hacía pícnic tan cerca del agua como podía, para ver desde la ribera las últimas placas de hielo que flotaban corriente abajo sobre las aguas turbulentas y fangosas.

Quedarse sentado en casa no le hacía ningún bien, y Otis todavía no estaba listo del todo para retomar el trabajo en el huerto, así que Lyle se encontraba atrapado en una suerte de limbo desasosegante. Al final, decidió recorrer a pie los cinco kilómetros que lo separaban de la casa de Charlie.



En primavera, el calor siempre producía un efecto irritante en Lyle. Pensaba en osos polares famélicos nadando desesperados en el mar del Norte, buscando hielos flotantes en los que poder cazar; o en glaciares desprendiéndose sobre aguas marinas cada vez más templadas, mientras los turistas lanzaban exclamaciones de asombro y regocijo desde la cubierta de sus cruceros de lujo. Lyle prefería vivir en un mundo frío a vivir en un mundo caliente. Nadie, según su experiencia, se comportaba de modo muy racional cuando los termómetros se disparaban por encima de los treinta grados.

Empezó a sudar casi tan pronto como salió de casa. Sentía la cabeza congestionada por el estrés y la tristeza y aquel aire caliente de abril no hacía nada por atemperar esa sensación. Las noticias sobre la disolución de la Coulee Lands y la enfermedad de Isaac habían llegado a los medios locales, por más pequeños que fueran, y Lyle había escuchado rumores e insinuaciones de que Shiloh podría ser acusada de imprudencia temeraria por poner en riesgo la vida de Isaac. Lyle no estaba seguro de a qué clase de justicia podía servir aquello. Lo único que le importaba era que Isaac se recuperara.

Para cuando llegó a casa de Charlie tenía la camisa completamente empapada en sudor y estaba terriblemente sediento. Vio a Charlie sentado fuera, en el porche, hablando con Roger, el primo de Lyle; ambos hombres estaban bebiendo lo que parecían ser té helados con rodajas de limón. Cuando Lyle subió los escalones del porche lo recibieron con amplias sonrisas.

—Roger —dijo Lyle, alargando la mano para saludarlo—. No sabía que habías vuelto.

—Déjame darte un abrazo —dijo Roger—. Siento mucho lo de Isaac, Lyle, de verdad. Iré a visitarlo mañana al hospital.

Los dos primos se abrazaron torpemente.

—No hacía falta el abrazo —dijo Lyle—. Estoy más sudado que un caballo de carreras y seguro que huelo a rayos.

—Escucha, vengo de África —respondió Roger—. No creo que haya habido un día en los últimos veinte años en el que yo no haya estado sudado o no haya abrazado a otra persona sudada.

—De todas formas, gracias —dijo Lyle—. Oye, Charlie, ¿me pones a mí un té helado de esos?

Charlie le sirvió un vaso.

—¿Alguna novedad en el hospital? —preguntó.

Lyle negó con la cabeza.

—Todo sigue igual —respondió, antes de cambiar de tema—. ¿Cuánto tiempo te quedas por aquí, Roger?

Su primo resopló.

—Pues creo que definitivamente —dijo.

—¿Sí? —respondió Lyle, un poco sorprendido—. Pero has dedicado toda tu vida a las misiones, a África... ¿Dónde tienes pensado instalarte?

—Tal vez aquí —dijo Roger—. No lo he decidido todavía. No sé muy bien cómo explicarlo, Lyle. Pero ya no me siento llamado a hacer esa labor. Tal vez el Señor tenga otros planes para mí —añadió, encogiéndose de hombros—. O tal vez no.

—Ajá —dijo Lyle.

Charlie y Roger miraron a Lyle.

—¿Estás bien, Lyle? —preguntó Roger.

—Sí, es solo que... no lo sé. Si te soy sincero, Roger, nunca comprendí tu vocación o, siquiera, qué sentido tenía lo de ser misionero. Pero de todas formas, para mí era reconfortante saber que estabas ahí, luchando e intentándolo. ¿Qué puedo decir? Me alegro por ti, aun así. Me alegra que estés de vuelta.

—Gracias —dijo Roger.

Lyle tomó asiento en los escalones del porche, bebiendo a sorbos su té y enjugándose el sudor de la frente.

—¿Quieres que recemos, Lyle? —preguntó Roger—. Tal vez te ayude a sentirte mejor.

Los tres se quedaron muy callados. Durante unos instantes, solo se escuchó el sonido de los pájaros cantores revoloteando en los árboles y el crujido del suelo de madera bajo sus pies.

Lyle volvió el rostro hacia Roger.

—Sí —respondió—, creo que me vendría bien.

Así que los tres hombres se levantaron, formando una extraña piña con sus brazos apoyados en los hombros de los otros. Y en aquella tarde luminosa, Lyle cerró los ojos y, en lugar de intentar analizar cada palabra que salía de la boca de Roger, dejó que estas flotaran a su alrededor como si fueran notas musicales o volutas de humo, y pensó en su nieto, yaciendo en aquella habitación de hospital fría y aséptica, y rezó por que pudieran disfrutar de otro día juntos, los dos, en el huerto; rogó poder volver a alzar la vista mientras trabajaba para ver a su lindo, lindísimo nieto correteando por la hierba y trepando a los árboles, cantando sus canciones favoritas y habitando el mundo como lo habitan una mariposa o un colibrí. Cerró los ojos con más fuerza todavía e imploró, con todo su ser, que aquella visión que había evocado todavía pudiera volverse realidad.

Cuando Roger dijo «amén», Lyle no quiso abrir los ojos. No. Prefirió permanecer instalado en aquella visión, con Isaac, en el huerto, donde todo estaba a salvo, y no allí, en el porche de Charlie, con el calor ya tan palpable en el ambiente y su cuerpo dolorido y sudoroso. Así que se quedó como estaba y Roger y Charlie siguieron de pie junto a él, rodeándolo con sus brazos, sosteniéndolo.

Durante la primera semana de mayo, muchos de los manzanos del huerto Sourdough comenzaron a florecer con esos efímeros y delicados estallidos de rosa sobre blanco. Casi todas las ramas lucían decoradas de aquel modo. Pero el tiempo continuaba loco aquel año, y al poco Lyle se encontró en la cocina de Otis y Mabel mirando con ellos una predicción del tiempo que anunciaba descensos de las temperaturas por debajo de los cero grados y lluvias gélidas para el día siguiente.

—Estas temperaturas... —empezó a decir Otis—. Hemos tenido temperaturas así de bajas otras veces, eso no me preocupa. Perderemos algunas de las flores, pero no todas. Es la lluvia gélida lo que me inquieta. Puede destrozar toda la cosecha. Estropeará los árboles. Las ramas no aguantarán. No sé qué podemos hacer.

—Es una pena —dijo Mabel—. Pensar en un año sin manzanas. A ninguno de nosotros nos quedan muchas estaciones tampoco —rio amargamente—. En fin, qué se le va a hacer. Ya somos viejos. A lo mejor podemos aprovechar e ir de vacaciones este verano. Podemos ir al Gran Cañón.

—Eso no estaría mal —admitió Otis.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Lyle—. ¿Puedo hacer algo por los árboles?

Otis meneó la cabeza.

—Tenemos cuarenta acres de manzanos, Lyle, lo sabes. ¿Qué podemos hacer? No hay nada que puedas hacer. Así es la vida. A veces obtienes cosechas abundantes y a veces hay años como este. El peor de los escenarios posibles es que caiga la clase de lluvia gélida que se va acumulando en las ramas hasta quebrarlas. Eso sí que nos puede meter en un buen apuro.

—De acuerdo —dijo Lyle—. Permaneceré alerta y aguardaré nuevas instrucciones.

—De todas formas, estos meteorólogos no tienen ni pajolera idea —dijo Otis—. Trabajé en la academia más de medio siglo. Los meteorólogos eran de los científicos menos respetados en el campus. Al final de la jornada, echaban un vistazo a sus radares fardones, metían los datos en un ordenador, sacudían unos cuantos huesos de pollo antes de tirarlos sobre la mesa, encendían una vela negra y rezaban cien avemarías. Luego, alguien estornudaba en Seattle y les estropeaba la previsión. Puede que al final todo quede en nada. Vete a casa y cruza los dedos para que el tiempo mejore.

Durante los tres días siguientes, el frío no terminó de llegar. La tierra estaba inusualmente caliente para ser principios de primavera y, por las noches, las temperaturas se mantuvieron ligeramente por encima de los cero grados. Por las mañanas, Lyle conducía hasta el huerto e inspeccionaba los árboles, envueltos en una niebla tan densa que parecía adherirse a la ropa como jirones de algodón. Aun así, las flores parecían a salvo. Se agachaba sobre ellas para olerlas y cerraba los ojos, inspirando profundamente, respirando aquel perfume limpio, natural y delicado que le producía una sensación tan maravillosa.

Uno de los días, se sacó unas tijeras de podar del bolsillo y cortó con mucho cuidado una ramita de uno de los árboles, cargada de capullos en flor.

Esa misma noche, después de que Peg se hubiera dormido, condujo hasta el hospital de La Crosse. El enorme edificio estaba en silencio y, al asomarse a la habitación de Isaac, vio a Shiloh durmiendo sobre un colchón tirado en el suelo y tapada con una manta fina. Entró sin hacer ningún ruido, como si sus pies no tocasen el suelo.

Se agachó para besar a Isaac en la frente y tocó las orejas y las manitas de su querido nieto. El niño parecía solo dormido. Lyle acercó la ramita de manzano a su nariz un momento. Luego encontró un vaso con agua donde colocarla, apoyándola contra la pared para que se sujetase. Finalmente, besó a Isaac una vez más para darle las buenas noches, aunque lo embargó la espantosa sensación de que podía tratarse de una despedida mucho más larga.

Salió de la habitación sin decir una palabra, sin hacer ningún ruido. En los pasillos del hospital no se cruzó con nadie, ni tampoco con otros coches en la carretera, así que, al entrar en casa y meterse en la cama, se permitió a sí mismo creer por un momento que todo lo sucedido aquel último año no había sido sino una gran ilusión. Que nada había sucedido de verdad y que, al día siguiente, cuando se despertase, todo seguiría en su sitio, perfectamente colocado.

Pero la mañana del cuarto día, el cielo se cubrió rápidamente de negras nubes y no tardó en empezar a caer una lluvia fría.

Peg ya se había duchado y hecho café, y se movía de un lado a otro de la casa con determinación.

—Buenos días —dijo Lyle.

—Me voy al hospital —respondió ella.

—¿Cómo está Isaac?

Peg meneó la cabeza.

—Igual, me temo que igual.

—¿Y Shiloh?

—No lo sé, Lyle. Me da miedo que haya sufrido una especie de colapso o algo... No abre la boca. Llego y me siento en esa habitación... y estoy allí y es como si estuviera con dos fantasmas. No sé qué hacer...

Lyle se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Peg comenzó a golpearle el pecho con sus puños.

—¡No es justo! —gritó, llorando—. Él no hizo nada malo. Y nosotros lo dejamos solo en aquel apartamento, con esa gente, ¡con esos monstruos! Todo lo que tenían que hacer era darle insulina. Darle agua. Llevarlo al médico. Pero no, no lo hicieron. ¡Lo hubieran dejado morir! ¡Nuestro niño, nuestro nieto!

Peg se quedó así un rato, apoyada en Lyle, llorando, mientras él le acariciaba la espalda y miraba a través de la ventana, hacia el patio, donde la lluvia gélida ya había empezado a doblegar los arbustos de lilas, curvando lentamente hacia el suelo aquellas plantas antiguas, sólidas y firmes.

—Hay momentos —dijo Peg—, en los que quisiera abofetearla por lo que ha hecho.

Lyle comprendía bien a Peg, pero dijo:

—Tenemos que apoyarla. Somos cuanto le queda.

—Una mujer tan lista como ella... —continuó Peg—. Dejarse engañar así. Cómo pudo ser tan estúpida.

—Recé por Isaac —susurró Lyle—. Recé por él con Charlie y Roger.

Peg se separó un poco de él y lo miró fijamente, como si fuera un extraño que acabara de llegar portando un misterioso mensaje.

—¿De verdad? —dijo.

Lyle asintió.

—¿Por qué rezaste?

—Me pareció bien hacerlo —admitió—. Y supongo que era lo único que podía hacer.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Peg.

—Puede ser —concedió él.

Ella lo abrazó de nuevo.

—Se lo contaré a Isaac hoy —dijo Peg, enjugándose las lágrimas—. ¿Qué otra cosa podría contarle? ¿Qué vas a hacer hoy?

La Peg estoica y sólida como una roca estaba de vuelta. Preparada para ser el rostro y el apoyo firme que su hija y su nieto necesitaban. Lyle pensaba con frecuencia que si el mundo, gobernado por hombres de manera tan violenta y estruendosa, aún seguía en pie, era gracias a mujeres como Peg. Mujeres que sufrían en silencio, amaban inmensamente y, al final de cada jornada, volvían a juntar todas las piezas después de asearlos a todos, de llenar sus estómagos y de aplacar sus miedos. Y luego, por la mañana, lo hacían todo de nuevo otra vez, sin darse la más mínima importancia. Trescientos sesenta mil bebés nacidos cada día, de madres que los alimentaban, dormían con ellos y apaciguaban su llanto en mitad de la noche.

—Pues me gustaría encontrar algún modo de salvar el huerto —dijo Lyle, luchando por controlar su propia sensación de fracaso—. ¿Alguna idea brillante?

Peg se abotonó su abrigo de invierno, buscó sus llaves y su monedero y cogió un gorro. Cuando ya tenía la mano en el picaporte, miró a Lyle.

—Sé que en Italia queman paja en los viñedos para que suba la temperatura del aire.

—¿Cómo?

—Lo leí en alguna parte.

—¿Paja?

—Paja y gasóleo, creo. Lo importante es generar mucho humo, me parece.

—Te quiero —dijo Lyle—. Pero ¿dónde has aprendido eso?

—No sabría decirte. Me gusta beber vinos italianos. Busco cosas en Google. Buena suerte —dijo Peg al salir de casa.

Lyle se abrigó bien: calcetines gruesos, pantalones de trabajo forrados de franela, camisa de algodón y un buen jersey. En una bolsa de viaje de lona metió más calcetines, otro par de pantalones, dos camisas más, otro jersey, una chaqueta de vellón, guantes, varios sándwiches y algo de picoteo, botellas de agua y su termo de café. Luego condujo hasta casa de Charlie.

—Vaya día de perros hace, ¿eh? —dijo Charlie—. ¿Quieres entrar? Roger y yo estábamos pensando en pasar el día viendo *spaghetti westerns*. Haremos palomitas de maíz, tal vez una olla de chile con carne, algunas cervezas...

—Charlie —dijo Lyle—. Necesito tu ayuda.

—Bueno, pues entonces pasa dentro, hace mucho frío ahí af....

—Charlie —lo interrumpió Lyle—, lo digo en serio. Llévate a Roger contigo también, ¿vale? Necesito que vayáis a la tienda de Willy y compréis tantas balas de heno como podáis. Y comprad también cuarenta litros de gasóleo en el Kwik Trip. Traedlo todo al huerto. Yo voy a por leña.

—¡Lyle! —gritó Charlie.

Pero Lyle se había retirado ya al cálido refugio de su camioneta Ford. En la caja de carga llevaba más de una cuerda de madera de roble seca y sazónada y un buen montón de leña.

Lyle llamó a la puerta antes de entrar en casa de Otis y Mabel. Luego, sentado con ellos a la mesa del desayuno, les explicó su plan.

—Lyle —dijo Mabel—, la suerte está echada. No hay nada que puedas hacer. Esos árboles sobrevivirán o no, pero no será el fin del mundo ni del huerto. Qué demonios, plantaremos otros nuevos. Ya lo hemos hecho otras veces. Hay trabajo garantizado.

—Odio tener que decirlo, pero Mabel lleva razón —intervino Otis—. No puedes salvar esos árboles.

—Me gustaría intentarlo, al menos —dijo Lyle, con cierta firmeza en su tono—. No tengo mucho más que hacer.

Otis miró a Mabel y ambos se encogieron de hombros.

—Bueno, habíamos decidido ir a visitar a Isaac hoy —dijo Otis—. Mabel iba a cocinar unas galletas en el horno. Ya sabemos que está... que está en coma, pero hemos pensado que tal vez pueda olerlas, al menos.

—Sois unas bellísimas personas, los dos —dijo Lyle—. Decidle hola de parte de su abuelo.

Lyle empezó por una esquina de la parte trasera del huerto, cerca del viejo manzano silvestre que le había enseñado en su día a Isaac. Colocó primero una base de bolas de papel de periódico arrugado, después añadió encima piñas y cortezas de abedul y, finalmente, hizo un tipi con troncos de roble de mayor tamaño. Luego se arrodilló y, usando un Zippo que había pertenecido a su padre, encendió el fuego.

La lluvia y el viento no cesaban un solo instante. Lyle sintió cómo se le enrojecía la cara por el frío y la humedad, pero aguantó hasta que el pequeño fuego se estabilizó y empezó a crecer. Cuando estuvo satisfecho con la marcha de la pequeña hoguera, echó un par de troncos más antes de moverse a otro punto del huerto.

De ese modo, fue avanzando a lo largo y ancho de la pomarada, haciendo una fogata tras otra y siempre en el espacio entre cuatro árboles, en esos pasillos de hierba que Otis y él solían segar en verano y otoño y donde aparcaban la camioneta cargada de herramientas mientras podaban los árboles. Poco a poco, el huerto se fue llenando de humo y de luz.

Lyle progresaba despacio por cada corredor. Hacía una pequeña hoguera, la alimentaba y luego pasaba a la siguiente. Vigilaba siempre el fuego anterior, de modo que, si se percataba de que sus llamas disminuían, corría a alimentarlo con un nuevo cargamento de leña. Cuando se arrodilló sobre la hierba fría para ver arder los innumerables fuegos, su rostro cuarteado estaba

empapado en sudor. Emplazadas entre los árboles a intervalos regulares, las hogueras iluminaban la parte inferior, pringosa y resbaladiza, de las ramas en flor. Muy poco a poco, el huerto se fue revelando a la luz de las llamas naranjas, rojizas y amarillas.

Justo antes del mediodía, escuchó el sonido de un claxon y, al volverse, vio a Charlie en la cabina de una camioneta, saludándolo con la mano. El vehículo arrastraba un remolque lleno de balas de paja rectangulares.

Lyle trotó colina abajo para abrir la portezuela del huerto.

—¡Ya creía que no veníais, chavales! —les espetó con tono jovial.

—Traigo a la caballería —dijo Charlie, sonriendo.

Roger saludó, vivaz, desde el asiento del copiloto.

—¿No estás un poco lejos de África, tú? —dijo Lyle.

—No quisiera estar en ningún otro sitio —le respondió su primo, dándole un fuerte apretón de manos.

En cuanto Charlie hubo aparcado, él y Roger saltaron fuera, bajo la lluvia.

—Ahora cuéntame qué es lo que estás haciendo aquí, Lyle —preguntó Charlie, estudiando el terreno—. Esto parece alguna clase de chifladura quijotesca.

—Estamos salvando el huerto —dijo Lyle.

—Muy bien —asintió Charlie—. Estamos salvando un huerto. Supongo que hay cosas más disparatadas en el mundo que salvar árboles.

Lyle condujo a los dos hombres hasta su columna de fogatas, les explicó cómo hacerlas, en el centro de cuatro árboles, y luego dio una palmada, como si fuera un entrenador enviando a su equipo de vuelta al terreno de juego. Charlie y Roger empezaron a cargar balas de heno y a transportarlas hasta los pasillos de hierba que separaban las filas de árboles. La lluvia seguía azotándolos. Por momentos se tornaba aguanieve e incluso granizo. Los cuatro hombres estuvieron pronto completamente empapados, pero seguían moviéndose por el huerto portando leña en sus brazos o bidones de gasóleo, encendiendo una nueva fogata aquí o echando más madera a otra moribunda un poco más allá.

A las cinco de la tarde, el huerto estaba envuelto en una densa nube de humo provocada por la errática danza de más de un centenar de fogatas. Los tres hombres se sentaron en la parte posterior de la caja de la camioneta de Lyle. Se comieron los sándwiches y bebieron café caliente mientras compartían uno de esos silencios especiales que se instalan entre quienes han trabajado toda la jornada sin descanso ni quejas.

—Gracias por ayudarme —dijo Lyle—. Es que estoy tan cansado de perder... No sabía qué otra cosa hacer.

Charlie besó la cabeza de su amigo, con su mostacho húmedo por el sudor, por el aliento y por los mocos medio congelados.

—Llevas un pequeño san Judas Tadeo dentro —dijo Roger—. Mi santo patrón favorito.

La temperatura siguió bajando. En los bosques aledaños al huerto, las ramas de los grandes y viejos robles comenzaron a ceder bajo el peso del hielo, quebrándose y cayendo al suelo con tanto estrépito como si fueran edificios. Sobresaltados por el estruendo distante, los tres hombres se volvían de tanto en cuanto. Sobre sus cabezas, las nubes resplandecían con el fogonazo intermitente de los relámpagos, que surcaban el cielo como dedos artríticos de un azul intenso, antes de dar paso a un trueno ensordecedor.

—Son días extraños —dijo Roger, uniéndose a Lyle junto a un fuego crepitante.

—Todavía faltan más de dos horas para la puesta de sol y está casi tan oscuro como si fuera de noche —respondió Lyle.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—Ve y echa una cabezadita —dijo Roger—. Quítate la ropa mojada. No te digo que te vayas a casa, porque sé que no lo harás. Pero métete un rato en la camioneta y entra en calor. Charlie y yo tenemos todo bajo control por aquí. Al menos por el momento.

Lyle asintió.

—Creo que te voy a hacer caso —dijo, rascándose la cara.

Caminó despacio hasta la camioneta y se dejó caer pesadamente en el asiento del conductor. Sintió con placer el aire caliente de la calefacción en sus pies y sus manos fríos. Estaba muy cansado, ciertamente, y no tardó en cerrar los ojos y quedarse profundamente dormido.

No podría decir durante cuánto tiempo permaneció sumido en aquel sueño, pero lo despertó el golpeteo de la lluvia sobre el techo de la camioneta, repiqueteando con fuerza. Fuera, las hogueras comenzaban a parpadear, debilitadas. Lyle se cambió de ropa y volvió a salir a la tormenta. Los ruidos de ramas rompiéndose eran más frecuentes ahora, y procedían del huerto también. Encontró a Charlie arrodillado junto a un fuego moribundo.

—Llueve demasiado, compañero —dijo Charlie, mascullando las palabras con un cigarrillo entre los labios—. No podemos mantenerlos todos vivos, me temo.

Charlie tenía hielo en el bigote y en la punta de la barba, pero sus ojos brillaban a la luz de la hoguera.

—Estoy pensando en llevar a Roger a casa —dijo—. El pobre hombre acaba de volver a Wisconsin procedente de África y le tenemos aquí fuera, pasando este frío, tratando de salvar unos cuantos manzanos. Me preocupa que su constitución tropical no resista bien este tiempo.

—Volveos a casa —asintió Lyle—. Era una batalla perdida desde el principio, supongo. Yo me quedaré por aquí y me concentraré en mantener vivas unas cuantas hogueras, quizá.

Charlie se puso en pie y abrazó a su amigo.

—Volveré luego. Si no esta noche, por la mañana, seguro.

Lyle vio cómo Charlie y Roger se subían a la camioneta de Charlie. Ambos lo saludaron con la mano y luego los faros del vehículo iluminaron el huerto, antes de girar y apuntar hacia la salida. Lyle fue hasta la portezuela de la entrada y se aseguró de cerrarla bien.

Ahora estaba solo. Contempló el huerto desde su punto más bajo. En la ladera de la colina todavía brillaban tenuemente docenas de pálidos fuegos.

Pero la lluvia seguía cayendo a mares. El cielo encapotado semejaba una máquina de *pinball*, tales eran los destellos y fogonazos de los relámpagos. Lyle comenzó a descender la ladera, avivando las hogueras, añadiendo leña o balas de heno a su paso. Su suministro de combustible, sin embargo, empezaba a escasear. Era imposible salvar todos los árboles. Al caminar entre sus filas, pudo ver cómo se quebraban de cuajo, limpiamente, varias ramas grandes, desperdigando sus flores por el suelo como si fueran confeti pisoteado.

Más abajo, al fondo del valle, un tren hizo sonar su bocina, prolongada, grave y solitaria.

El aire estaba impregnado de humo y vapor. Lyle apiló en la camioneta las balas de heno y los bidones de diésel restantes y condujo hasta el rincón del huerto donde crecían los árboles más



viejos. En esa zona, las hogueras seguían ardiendo vivamente, protegidas de algún modo por los cercanos bosques. El daño causado por la lluvia gélida no era tan terrible allí. Algo tenían aquellos viejos árboles que hacía que su madera fuese más fuerte, más resistente.

Lyle atizó aquellos fuegos, los primeros cuatro que había encendido, y luego se metió en la camioneta, al abrigo de la calefacción. Desde allí contempló el resplandor eléctrico de los relámpagos entre las nubes, como si el cielo fuera a resquebrajarse y a hacerse añicos.

Entonces sonó su teléfono móvil.

—Lyle —dijo Peg—, ¿estás bien?

—Estoy bien —respondió él—. ¿Cómo está Isaac? ¿Cómo va todo por el hospital?

Peg suspiró.

—Sin novedad. Le he leído *Remando hacia el mar*. A Shiloh le gustaba mucho ese libro de pequeña.

Lyle permaneció callado, mirando cómo ardían las hogueras.

—Otis y Mabel me han dicho que sigues intentando salvar el huerto.

—Intentándolo, sí. Pero no sé si con mucho éxito.

—Le he dicho a Isaac que has rezado por él —dijo Peg.

—Me alegro —respondió Lyle—. Dios mío.... Lo que daría por que despertase. Por que despertase y pudieras llevarlo a casa contigo. Mañana por la mañana desayunaríamos tortitas y bajaríamos al río.

Fuera, el humo comenzó a propagarse en diagonal, envolviendo las pequeñas copas de los árboles antes de avanzar hacia el bosque colindante. A Lyle le quedaba ya muy poca leña en la camioneta.

Sentía una gran congestión en la cabeza, una presión palpitante que se extendía, golpeándolo por dentro. Sabía que era miedo, tristeza, y también, en parte, duelo.

—¿Vendrás a casa esta noche? —preguntó Peg.

—No —respondió él con voz queda y tranquila—. Creo que me quedaré aquí, a hacer lo que pueda.

—A él le hubiera gustado mucho estar contigo —dijo Peg—, le hubiera encantado cuidar de esos fuegos. Hubiera querido que hicierais aún más. Hubiera sido toda una aventura para él.

Lyle casi sonrió.

—Sí, supongo que sí.

Peg suspiró.

—Bueno, voy a llevar a Shiloh a nuestra casa. La pobre necesita urgentemente una ducha y dormir en una buena cama. He logrado convencerla, por fin.

—Muy bien —dijo él.

—Oye, Lyle...

—Dime.

—¿Trajiste tú una ramita de manzano aquí, al hospital?

—Sí.

—Es muy bonita. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Lyle.

Tras lo cual, colgó el teléfono y sintió que su coraje se desvanecía, sentado allí, en la cabina seca y cálida de su vieja furgoneta, supervisando su última y pequeña línea defensiva contra la

tormenta. Pero ya había llorado suficiente durante el último año y no quiso llorar en ese momento, por más que el dolor y la tristeza se agitaran en él como en una caldera a punto de explotar.

Divisó dos faros acercándose a la puerta del huerto, al pie de la colina. Sospechó que era Otis, quien, para su sorpresa, había decidido pasarse a echar un vistazo a los fuegos. De pronto, Lyle tuvo muchas dudas sobre lo que había puesto en marcha. En aquel momento, el huerto tenía una pinta desastrosa. Incluso en el caso de que lograra salvar unos pocos árboles, tendrían que limpiar todos los restos de las hogueras y plantar hierba nueva, además de recoger todas las ramas que habían sucumbido a la lluvia gélida. ¿Y si después de todo, lo que en realidad había hecho era armar un buen follón en un huerto que ni siquiera era suyo? Arrancó la camioneta y condujo hasta la entrada.

—Venga, ¿por qué has tardado tanto? —le gritó Otis desde el camión de transporte de manzanas—. Charlie me ha llamado y me ha dicho que igual necesitabas una mano, así que he echado un cargamento de leña al remolque, pensando en que a lo mejor salvaba el día. Te he traído café caliente, también.

—Me alegro de verte, Otis. Muy bien, pues entonces vamos a atizar los fuegos.

Condujeron colina arriba e hicieron ocho nuevas hogueras. La lluvia parecía haber remitido un poco, pero era el frío, más intenso, el que amenazaba ahora a los árboles.

—El mal tiempo durará hasta mañana a mediodía —dijo Otis—. Después, se supone que volverá a hacer sol y que las temperaturas subirán hasta los diez grados.

La lluvia se había convertido en nieve, en grandes copos que descendían lentamente. En la noche resonaba todavía el crujido de las ramas que se quebraban antes de caer al suelo, pero la nieve parecía amortiguarlo a medida que iba acumulándose, rápidamente.

—Gracias por ir a ver a Isaac —dijo Lyle con voz queda, pronunciando las palabras deprisa, como si tuviera miedo de venirse abajo si las decía más despacio.

—Me ha alegrado poder verlo —dijo Otis—. Es un muchacho fuerte, Lyle. Tiene muchas agallas. Ha pasado por mucho.

Otis contempló el fuego. Lyle podía advertir la tristeza y la preocupación asomando en el rostro avejentado de Otis, mientras el anciano hacía esfuerzos por no quedarse frío.

—Oh, ¿huelen las flores de esos manzanos? —dijo Otis—. A pesar del humo y la ceniza. Venga, vamos a avivar las hogueras una vez más.

Se puso de pie y ofreció su mano a Lyle para ayudarlo a levantarse.

—¿Crees que merece la pena? —preguntó Lyle.

—Tengo este huerto desde hace décadas —dijo Otis—. Y nunca ha sido por una cuestión de dinero. Siempre ha sido por esto, por los árboles. Por su fruta. Por este olor. Por tener algo en que ocupar mis días. Así que ayúdame a descargar esta leña. No sé si podré aguantar mucho rato este frío. Se me mete hasta los huesos y luego me cuesta días sacarlo de ahí y entrar en calor.

Lyle saltó al remolque del camión y comenzó a descargar los troncos de leña formando pilas piramidales en el suelo. Luego, ambos hombres se estrecharon la mano una vez más.

—Me vuelvo. Cerraré la portezuela al salir —dijo Otis—. Y, Lyle...

—¿Sí?

—Siento de veras lo de tu nieto.

Lyle asintió y se despidió con la mano, entre el gris plomizo del humo y la tristeza.

Se movía más despacio ahora, acarreado tres o cuatro troncos de una vez y atizando cuantas fogatas quedaban vivas. El huerto gemía bajo el peso de todo aquel hielo mientras la nieve seguía cayendo. Era más de medianoche y la pila de leña de Lyle se agotaría antes del amanecer. Ya había quemado todas las balas de heno y gastado todo el gasóleo. Arrastró las ramas caídas a los fuegos que todavía resistían —un trabajo agotador—. Los ojos le ardían por el humo.

Poco después de la una de la madrugada, trepó de nuevo a la cabina de la camioneta y se quedó dormido.

Se despertó una hora antes del alba. Las estrellas brillaban, todas y cada una de ellas, y el huerto parecía un jardín de esculturas de cristal: filas y filas de pequeños árboles, algunos de ellos luciendo todavía sus delicadas flores, todos recubiertos de una capa de hielo tan gruesa que parecían lacados. Entre los manzanos, todavía humeaban los restos de las hogueras, si bien solo un puñado de ellas seguían ardiendo. Los árboles brillaban y titilaban a la luz de las estrellas y del fuego y el mundo parecía tan sereno y silencioso que Lyle era consciente del sonido de su propia respiración.

La quietud de la noche era perfecta y la luna brillaba suspendida sobre el horizonte como si fuera un foco reflector. Lyle caminó entre los árboles, bajo aquel tenue resplandor astral, mientras la luz creaba extrañas sombras y el humo avanzaba flotando en todas las direcciones. ¿Era posible? Muchas de las flores, quizá la mayoría de ellas, estaban intactas. Y el aire comenzaba a entibiarse.

Se acercó a su manzano favorito y se tiró en el suelo junto a él. Se tumbó de espaldas sobre la nieve, densa, blanda y suave, y sintió su corazón palpar y dar saltos. Un dolor relampagueante le sacudió los brazos y los dedos, hasta que una insensibilidad total reemplazó las punzadas. En lo más profundo del valle, sobre el río y también sobre las colinas del oeste, se hicieron visibles las primeras luces del alba. Los haces dorados acariciaron los árboles cubiertos de hielo y las flores de los manzanos cayeron sobre Lyle, derramándose sobre su rostro y su boca abierta. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Cuando abrió los ojos, Charlie estaba agachado sobre él, mirándolo con franca preocupación.

—¿Lyle? ¿Estás bien?

Lyle se incorporó apoyándose en los codos, pero sintió un dolor abrasador.

—No, no te muevas —dijo Charlie—. Voy a llamar a una ambulancia ahora mismo.

Lyle meneó la cabeza y alargó la mano buscando el brazo de Charlie, luego sus manos.

—Lo he visto aquí, Charlie, he visto a Isaac.

Charlie negó con la cabeza.

—Lyle, eso es imposible. Isaac sigue en el hospital.

—No —dijo Lyle, con lágrimas corriendo por sus mejillas—, no, estaba aquí, conmigo. Íbamos a plantar un árbol juntos, justo aquí, este árbol. Y luego nos tumbábamos los dos en la nieve y entonces sentí esta... esta pequeña explosión, como si una mano se me relajara y luego comenzara a crecer un árbol en mi estómago, y las raíces estaban dentro de mí y podía verlo

crecer... podía ver cómo se expandían sus ramas, cómo brotaban sus hojas y cómo sus flores se transformaban en manzanas. Y él y yo estábamos juntos, tomados de la mano. Y él me cantaba, Charlie. Él estaba cantando y jugando y yo estaba aquí tumbado, escuchándolo y contemplándolo.

Lyle se limpió la cara y Charlie se sentó junto a él.

—Oh, Dios mío, ha sido tan hermoso, Charlie. Y él estaba aquí, aquí mismo, junto a mí.

—Estabas soñando, Lyle.

—¿Sí?

Charlie asintió.

—No quería que fuese un sueño. Quería quedarme allí, junto a él.

—Lo sé —dijo Charlie.

—¿Me ayudas a levantarme? —dijo Lyle.

—De acuerdo, pero vamos a tener que llevarte a que te vea un médico —dijo Charlie, ayudando a Lyle a levantarse del suelo.

—No, no, por favor —dijo Lyle—. Quedémonos aquí un poquito más.

Y allí permanecieron ambos un rato más, contemplando el huerto, que descendía colina abajo, mientras el humo vagaba a la deriva entre los árboles y las flores blancas y rosadas lucían brillantes en sus ramas, o bien caían, suave y lentamente, sobre la nieve que ya comenzaba a derretirse. Hacia poniente, las colinas adquirieron un fulgor cada vez más intenso, a medida que el sol ascendía sobre las copas de los manzanos alineados al este; el cielo era de un azul immaculado, rasgado tan solo por la blanca estela de un avión lejano. Se escuchaba el goteo incesante del agua cayendo de los árboles, de cada uno de ellos, las gotas reuniéndose luego en la tierra para correr ladera abajo en busca de la gran corriente de agua.

Y ahora el río brillaba también: una senda larga y plateada bajo la luz nueva de la mañana.

Y sucederá que, en los últimos días, dijo Dios, derramaré mi Espíritu sobre todo mortal y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.

Hechos de los Apóstoles, 2:17

## **Nota del autor**

El 23 de marzo de 2008, Madeline Kara Neumann falleció en Weston, en el estado de Wisconsin, por una complicación de una diabetes infantil no diagnosticada. Durante los días previos, la niña, de once años, se había quejado reiteradamente a sus padres de que se sentía agotada. Cuando entró en un estado similar al coma, en lugar de llamar a una ambulancia, su familia se limitó a rezar por su recuperación.

Se estima que cientos de niños, si no miles, mueren cada año en Estados Unidos a causa de enfermedades tratables, debido a que sus padres o tutores legales optan por rezar por ellos en lugar de recurrir a la medicina o la ciencia.

El autor quisiera dar las gracias a los clérigos con cuya ayuda ha contado para la escritura de este libro: el pastor Peter Bredlau, el pastor Kurt Jacobsen y, en particular, el pastor Bill Swan.

## Agradecimientos

Gracias a: Tim Brudnicki, Marcus Burke, Alex y Cynthia Butler, Jim Carter, Nick Cave y Warren Ellis, Mark Connor, el Chippewa Valley Book Festival, Julian Emerson, Brady y Jeanne Foust, Jason Gerace, Peter Geye, Nick Gulig, Kaitlen y Reidar Gullicksrud, Bill Hogseth, BJ Hollars, Tracy Hruska, Betsy y Sheridan Johnson, Mildred Larson, Sara y Chris Meeks, Nick Meyer y Volume One, Van Morrison, Nik Novak, Ben Percy, Drew Perry, L. E. Phillips Public Library, Brett Rawson, Jeff Rochon, Aaron Rodgers, rza, SHIFT Cyclery & Coffee Bar, Charmaine y Josh Swan, Mike Tiboris, Hilary y Mike Walters, Steve Winwood. Gratitud infinita para con: Rob McQuilkin —*consigliere* y *maestro*, ambos—, todo el mundo en la agencia literaria Massie & McQuilkin, Megan Lynch, Sonya Cheuse, Daniel Halpern, Emma Dries, Miriam Parker. Gracias a todos mis editores y traductores extranjeros. A todas las librerías y libreros independientes y las bibliotecas que han apoyado mi carrera. Este libro no hubiera sido posible sin el apoyo de Bette Butler y Jim y Lynn Gullicksrud. El autor también quisiera dar las gracias a la familia de Dave Flam, en particular a Jill y Derek Pulvermacher, a Kevin Flamy y a Betty y Jerry Harper.

Amor, amor y amor para: Henry y Nora y, por supuesto, para Regina, la Reina del Norte.

«Y con cierta frecuencia, cuando pensamos que nos estamos protegiendo, en realidad estamos luchando contra quien nos rescata.»

MARILYNNE ROBINSON

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Algo en lo que creer*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.





\* «Así que iza la vela del *John B.* / Mira cómo se coloca la vela mayor / Avisa al capitán en la orilla / Déjame volver a casa.» (*Todas las notas son del traductor.*)

\* «Conduciré mi carro por tus calles y lloraré...»

\* «Teme esto.»

\* «Y nunca, nunca, nunca volveré a ser tan viejo otra vez.»

\* En español en el original.

\* «No me siento tan bien.»

\* «Pero estoy cerca del final y ya no me queda tiempo / Y estoy borracho y no encuentro el camino a casa.»

## Nota biográfica

Nickolas Butler nació en Allentown, Pensilvania, y se crio en Eau Claire, Wisconsin. Es licenciado por la Universidad de Wisconsin y por el taller de escritores de la Universidad de Iowa. Ha trabajado en el departamento de mantenimiento de Burger King, de vendedor de perritos calientes, en una empresa de telemarketing, en una industria cárnica, en un tostadero de café y de dependiente en una licorería.

Sus textos han aparecido en *Narrative Magazine*, *Ploughshares*, *The Kenyon Review Online*, *The Christian Science Monitor* y *The Progressive*, entre otras publicaciones. Vive en Wisconsin con su mujer y sus dos hijos.

Es autor de la novela *Canciones de amor a quemarropa* (Libros del Asteroide, 2015), del libro de cuentos *Beneath the Bonfire* (2015) y de la novela *El corazón de los hombres* (Libros del Asteroide, 2017).



## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Algo en lo que creer*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[Canciones de amor a quemarropa](#), Nickolas Butler

[El corazón de los hombres](#), Nickolas Butler

[Algún día este dolor te será útil](#), Peter Cameron

Libros del Asteroide 

**Nickolas Butler**  
**Algo en lo que creer**

Traducción de Álvaro Marcos

